SANDRA RUSSO

La Cámpora por dentro

FUERZA PROPIA

Cómo surgió y hacia dónde va la agrupación que se ubica en el corazón del kirchnerismo



Sandra Russo

Fuerza propia

La Cámpora por dentro

Debate



A Néstor Kirchner

Agradecimientos

A Werner Pertot, por la realización de algunas de las entrevistas.

A los militantes de La Cámpora y de Unidos y Organizados que participaron en la producción de este libro.

Prólogo

Fue en 2008 cuando me enteré, como tanta otra gente, de que había una agrupación de jóvenes llamada La Cámpora. Durante el conflicto por la 125. Ya entonces registré, aunque vagamente, que no era una agrupación “que apoyaba” al gobierno de Cristina Kirchner, sino que eran, de cuajo, kirchneristas. Esa identidad política, enunciada de ese modo, emergió precisamente ese año, y no sólo entre los jóvenes. Aquella primera reacción salvaje de los poderes fácticos fue un cachetazo. Mientras la Mesa de Enlace y los grandes medios propalaban su náusea y se aferraban al modelo agroexportador, paradójicamente provocaron un pujo inesperado. Muchos ciudadanos que habían apoyado discretamente el gobierno de Néstor Kirchner y seguían haciéndolo con el de Cristina Fernández se sintieron interpelados por el conflicto con las patronales agropecuarias y dieron el salto al kirchnerismo como la fuerza política que los expresaba y de la que formaban parte.

Tal como lo dije y escribí muchas veces, a mí me pasó eso. Tengo más de cincuenta años y alguna vez ubiqué a mi propia generación entre la de los desaparecidos y la de los chicos de la guerra de Malvinas. Unos podrían haber sido hermanos mayores, los otros hermanos menores. En el medio, hubo silencio y desesperanza. En los mejores casos, hubo ironía. En los peores, cinismo. La palabra “ideales” quedó marcada a fuego como una antigüedad ligada a los “imberbes”. Quedó, también, teñida de sangre. Y en todos esos años en los que si uno vivía sin ideales sentía que no le faltaba nada importante, mi generación creció, maduró, hizo familia, llegó a la mediana edad, y aprendió subrepticiamente a sobrellevar la argentinidad

como un defecto de fábrica. Durante toda nuestra vida algo hizo ruido, falso contacto entre la Argentina y muchos argentinos entre los que me cuento. Naturalizamos como “lo argentino” el festival de dislates que propició el poder, primero el de la dictadura y después el de la democracia. La democracia, por la que tanto salimos a la calle, resultó boba, casi un sketch televisivo, una coreografía de señores con traje que se alternaron para hacer lo mismo. El impulso primaveral del alfonsinismo fue abortado demasiado pronto por las “Felices Pascuas” y la posterior desestabilización que terminó en un golpe de mercado.

Cuando yo tenía treinta y cinco años, que es la edad promedio de la generación que conduce La Cámpora, estalló Río Tercero. Ya en los 90, este país parecía inconmovible: hubo sublevaciones militares, especulación financiera, destripe del Estado, funcionarias a cargo de Medio Ambiente posando en abrigos de piel, sobresueldos, Día del Niño no Nacido, orgullosas relaciones carnales con Estados Unidos y el FMI. De modo que la realización, para mi generación, fue personal.

Quizá uno de los mayores legados que le reconozco y le agradezco a Néstor Kirchner fue habernos dado la oportunidad de retomar algo trunco adentro nuestro. Y lo hizo posible dándole cauce a esa conmoción interna que nos vincula con los otros, con lo público y lo político: trajo a la superficie y puso en el primer plano de la conciencia de millones de personas la idea de vivir intensamente según sus convicciones. Hoy no hablamos de ideales, hablamos de convicciones, y es mejor, porque los ideales siempre quedan un poco más arriba de las propias posibilidades, pero todos podemos tomar la decisión de vivir de acuerdo con nuestras convicciones.

En 2008, sentí con mucha claridad que mis propias ideas, las de toda la vida, me empujaban a hacer explícita mi pertenencia política. Era éste el modelo de país que me parecía que valía la pena, el que se integraba a una región por primera vez orgullosa de sí. Y era muy claro que si los que

teníamos las convicciones despiertas no las hacíamos explícitas, este modelo era un bocado que se habrían de engullir los peces gordos. En 2008 estuvo clara la puja de poder. Los que cercaban al gobierno eran los que habían pergeñado la Argentina que me daba vergüenza. No hubo duda, no hubo reticencia en el apoyo, aunque sé perfectamente que esto último choca de frente con la idea de “pensamiento crítico”. Pero creo que cuando uno ha aprendido a pensar críticamente, y se integra a un proyecto colectivo, de ninguna manera renuncia a esa manera de pensar. Por el contrario, la expande. Sumarse a ese proyecto es el resultado claro de una lectura crítica de nuestros doscientos años de historia, nuestras derrotas y nuestros errores. La identidad política no es una obligación, es un derecho.

Masivamente, desde 2008, y no antes, amasado por la acción de gobierno y la interpretación que esos sectores le fueron dando al rumbo político, surgió también en la conciencia colectiva lo que hoy se llama “proyecto nacional y popular”. Esto es, a trazos gruesos, un modelo de país inclusivo, desendeudado externamente, política y económicamente soberano, dispuesto a saldar la deuda interna con los sectores populares, gestor de un Estado activo en los sectores estratégicos, portador de una autoestima que haría completamente impensable, por concepción ideológica, aquella propaganda de la dictadura en la que se instaba a no comprar nada de industria nacional, y se mostraba cómo las sillas argentinas se rompían al sentarse. Los argentinos éramos antes como esas sillas: nos creíamos de mala calidad.

La Cámpora es un síntoma, una herramienta, una construcción política al servicio de ese proyecto, que no nace de un acuerdo entre cúpulas partidarias sino de las bases de una sociedad que volvió a abrazar la política después del largo paréntesis de la antipolítica de los 90.

En 2008 recorrí las carpas que ocupaban la Plaza del Congreso y vi a algunos de esos militantes. Distinguí ya entonces varias caras que me eran personalmente conocidas. Eran algunos ex alumnos de mi taller de texto

breve. Tuve una idea aproximada de qué tipo de jóvenes, con qué ideas en la cabeza, estaban sintiéndose convocados a esa agrupación de banderas blancas y celestes, con un toque de amarillo. Los colores de la bandera argentina, pero agitados.

"Entonces, en 2008, los relatos sobre La Cámpora se multiplicaron, y fuimos muchas cosas. Entre ellas, los hijos del poder", dirá Máximo Kirchner, que desde 2004, junto a un pequeño grupo de jóvenes militantes santacruceños, se abocó al armado de una "orgánica nacional de la juventud", según la línea que bajaba Néstor Kirchner. Nenes de mamá, oportunistas, avivados en busca de cargos en el Estado, intoxicadores de adolescentes, en fin, todos esos relatos descalificadores tuvieron su campo fértil en los grandes medios y en boca de opositores. Tanta es la avidez mediática por impugnarlos, y tanta ha sido la velocidad con la que La Cámpora ha crecido en todo el país, que uno no puede dejar de asociar una y otra cosa: la politización de la juventud, especialmente la de las nuevas generaciones —chicos y chicas entre diez y quince años menores que los integrantes de la Mesa Nacional de La Cámpora—, indica por un lado que el proyecto político al que se integran los expresa y, por el otro, que esa otra herramienta política que gozó de impunidad durante décadas, los grandes medios de comunicación, se desgastó. Pese a las descalificaciones, la agrupación no deja de crecer.

La Cámpora es una agrupación bastante hermética, como lo han sido a su vez otras agrupaciones que se disolvieron para integrarla. Podría decirse que confluyen en ella tres tipos de militantes que por su procedencia y sus historias sienten aversión por la videopolítica, lo que ella implicó en los 90 e implica todavía en un país en el que la oposición sigue apostando en casi todos los casos a construir pura imagen: los que provienen de los organismos de derechos humanos, los que militaron durante la década del 90 en agrupaciones universitarias, y los que lo hicieron en agrupaciones

territoriales. Hasta 2003, ésos fueron sectores marginales de la política. Sectores con una clara conciencia de cómo y al servicio de quiénes funcionaban los grandes medios.

Este libro llevó más de dos años de trabajo y espera. Cuando en abril de 2012 fui al estadio de Vélez, al acto que se relata en el primer capítulo y en el que fue lanzada la consigna de Unidos y Organizados, tenía unos cuantos capítulos bosquejados, una decena de entrevistas hechas y una perspectiva. Cuando reconstruí la década del 90, a través de testimonios de militantes populares diez años mayores que los miembros más antiguos de La Cámpora, pude conectar —porque eran ellos mismos los que se habían conectado— los hilos de resistencia a la antipolítica y el neoliberalismo, que se mantuvieron tensos en los barrios, en las universidades y en los organismos de derechos humanos, en esa larga década cuya lógica inauguró la dictadura en 1976. Pero fue en Vélez donde tuve la conciencia vertiginosa de este proceso político: fue allí que La Cámpora dejó de ser una agrupación más, la más cristinista, para ser la articuladora de un espacio político nuevo, y que la supera. Unidos y Organizados tomó volumen en La Plata, en abril de 2013, con las inundaciones. El multitudinario operativo solidario que unió a miles de jóvenes de distintas agrupaciones y a miembros de fuerzas de seguridad no tiene antecedentes históricos.

“El único héroe válido es el héroe colectivo” fue la frase de El Eternauta, de Héctor Oesterheld, que tomó para sí el Néstornauta, el icono que La Cámpora puso en el paisaje: aquel vecino de Vicente López que junto con sus amigos se organizaba para resistir una invasión y una nevada tóxica, y salía protegido con un traje que parecía espacial pero que estaba hecho con el hule y el plástico que había en la casa, se volvió estandarte. Probablemente sea ése el eje duro, decisivo, que transmite y consolida la concepción política a la que adhieren sin distinción todas las agrupaciones que forman parte de Unidos y Organizados. Es algo anterior a todas ellas, una noción de sí y de los otros

incluso prepolítica. La percepción de uno inmerso en lo colectivo es el punto en el que, probablemente, el cambio de paradigma se haga más profundo. Toca lo subjetivo. Entre ser uno solo, individuado, y ser uno con otros, hay un salto.

El mismo día que empezó a llover en La Plata, en un acto por Malvinas, la Presidenta lanzó la idea de que "La Patria es el Otro". Ése resultó el concepto de base de todo el trabajo solidario que había empezado mucho antes y siguió después de las inundaciones, hasta hoy.

La Patria es el Otro. Es algo que se dice fácil y se vive con obstáculos internos y externos. Del individuo escéptico y recortado sobre sí de los 90, del joven publicitario o a lo sumo referenciado en una tribu urbana que promovía el neoliberalismo, se pasa a otro tipo de sujeto, que vuelve a pensarse colectivamente, y en consecuencia actúa políticamente. Es un cambio lento, para el que probablemente ya vengan mejor preparados los más jóvenes. Los mayores, los que conducen, tuvieron que desandar creencias y sobreponerse a las inercias de su propia generación. El cambio subjetivo incluye hasta la forma que adquiere internamente, para cada uno, su identidad política. A trazo grueso, como se verá, muchos de los jóvenes que se acercaron a la militancia desde 2008 usan como sinónimos las palabras peronismo y kirchnerismo. Muchos otros no, y han debido elaborar la escena política argentina contemporánea para posicionarse dentro del kirchnerismo y reivindicarlo como una actualización peronista.

En mi libro anterior, *La Presidenta*, Cristina Fernández describió la escena desestabilizadora de 2008. Desde entonces, aquel "ánimo destituyente" ha tomado cuerpo, visibilidad e impudor. No es un secreto para nadie que hubo y hay operaciones desestabilizadoras, que se hicieron más fuertes a medida que lo que era un gobierno sucedido por otro del mismo signo se convirtió en un proyecto político así comprendido y así defendido por los sectores que lo eligieron en elecciones libres. Ese proyecto ha encontrado en los jóvenes la

fuerza propia en la que la Presidenta puede confiar para extenderlo hacia el futuro más allá de un vaivén electoral. La fe en la juventud forma parte sustancial de la concepción política de la que habló Néstor Kirchner durante todo su mandato, esa fe marcó a su propia generación.

Máximo Kirchner, el hijo de Néstor y Cristina Kirchner, el mentor de La Cámpora, hasta ahora no había hablado. Fue difícil llegar a él, pese a que, tratándose de una organización con disciplina interna y marcada por ese sesgo colectivo que evita las exposiciones personales, fue también su visto bueno el que permitió que accedieran a las entrevistas los miembros de la Mesa Nacional y sus militantes. A Máximo no le faltaba voluntad, me mandaba a decir, pero sí tiempo. Después fui entendiendo que "la falta de tiempo" era además la espera de un tiempo político apropiado. Así que esperé.

Cuando por fin conversamos por primera vez, en enero de 2013, fue expansivo y verborrágico. Explicó, entre otras cosas, su concepción política, forjada en una casa como la suya, en la que papá era Néstor y mamá era Cristina. Una casa en la que, según cuenta, las discusiones políticas transcurrían en la mesa, y las "síntesis superadoras" llegaban mucho después que el postre. Contó qué les pasa a él y a sus compañeros cuando arrecian los ataques mediáticos sobre ellos, y por qué responden tan pocas veces. Describió a La Cámpora como una organización "ni muy dogmática ni muy pragmática", peronista pero abierta a las discusiones que abran las nuevas generaciones, con fuerte inserción barrial y con anclas en el pensamiento nacional y popular.

En aquel primer encuentro, Máximo habló muy relajado. Pidió dejar a un lado el formato de entrevista y tener simplemente una conversación. Fue larga, y cuando se apagó el grabador hubo un par de horas más de charla. Se mostró expansivo, quizá porque tantas veces optó por callarse. Hay mucho de su hermetismo que le viene de antes de que existiese La Cámpora. Solamente

él sabe qué dimensión hay que aprender a darles a las propias palabras cuando se es el hijo de dos presidentes de la Nación.

La segunda entrevista se demoró, todavía, mucho más de lo que yo esperaba. Un año. Recién a principios de 2014 conversamos con Máximo otro largo rato, esta vez en su oficina de Río Gallegos. Lo encontré igual de delgado que la vez anterior, pero ahora, según dijo, ya no gracias a una dieta, que lo debilitaba, sino a la rutina de aparatos que hace en su casa. A propósito, vive en la misma casa en la que creció junto a sus padres, en un barrio que replica la austeridad de la ciudad. Ahora hicieron una ampliación porque con Rocío, su mujer, tuvieron a Néstor Iván. Como padre, dice, ha cambiado algún pañal, pero ése no es su fuerte. En estos primeros meses de vida de su hijo, un bebé suave y muy sonriente, ayuda en todo lo que puede a su mujer. “En casa, soy soldado de Rocío”, se ríe.

Habían ocurrido, en esos largos meses transcurridos desde la primera entrevista, muchos acontecimientos que era necesario incluir de alguna manera en el libro para cerrarlo de cara a 2014. Habían transcurrido las elecciones de medio término, la Presidenta había sido inesperadamente intervenida en la cabeza después de una caída en Olivos, había habido un cambio de gabinete y un cambio en la comunicación de Gobierno que permitía a Cristina Fernández preservarse del desgaste cotidiano y poder trabajar las mismas horas que antes, pero en Olivos, y habían tenido lugar muchas evidentes operaciones de desestabilización, financieras, policiales, mediáticas. De todo eso faltaba hablar.

En la última entrevista ya estaba claro, por otra parte, lo que Máximo había deslizado un año antes y que se resumía en la última frase del libro que ya estaba escrito: “Esta porción de la Argentina, después de 2015, va a seguir exigiendo”. Es decir que La Cámpora y Unidos y Organizados, la herramienta política que la aglutina junto a otras organizaciones, responden a la conducción de Cristina Fernández de Kirchner no sólo como a la actual

Presidenta, sino como a la máxima expresión del proyecto político que gobernó el país en los últimos diez años. Que son la fuerza propia de ese proyecto, los que lo acompañarán desde el oficialismo o desde la oposición. Que son, en suma, no apenas una organización juvenil de un gobierno en el poder, sino una nueva fuerza política integrada en su mayoría por jóvenes que hacen y seguirán haciendo política en los barrios y no en la televisión. "Confunden las cosas permanentemente", dijo Máximo esa tarde de un frío que a mí me parecía rabioso pero al que los habitantes de Río Gallegos están acostumbrados incluso en verano. "Cuando nosotros hablamos de llevar adelante un proyecto político en el tiempo, ellos permanentemente confunden eso con los tiempos institucionales. No hablábamos de eso. Nunca hablamos de eso", agregó Máximo, negando el cliché de "la perpetuación en el poder". De lo que hablan, y de lo que primero Néstor Kirchner y después la Presidenta les habló siempre a ellos, es de seguir militando, seguir formándose y de insistir en un ideario y en una acción política constante.

Terminado el libro, me quedo con la idea de que La Cámpora, la agrupación señalada por los grandes medios como un invento del poder, una bolsa de trabajo, un grupo de choque, un rejunte de vagos oportunistas, es una organización amasada largamente en el tiempo, cuyo origen se remonta a los principios del gobierno de Néstor Kirchner, y cuyo motor primigenio fue un pequeño grupo de militantes santacruceños. Hoy es liderada por una generación de dirigentes que no venían de sus casas sino de una extensa militancia en los barrios, los derechos humanos y las universidades. A ellos, que son los de treinta y pico, se les han sumado otras generaciones, los "hijos de la democracia", en sucesivas capas que arrancan en los estudiantes secundarios.

La Cámpora nació peronista pero abierta: la identidad kirchnerista se mueve, dialoga con su propia heterogeneidad. La agrupación recuperó, para sus integrantes, la mística que la política había perdido hacía décadas: a lo

largo y ancho del país, cada sábado, junto con militantes de las otras agrupaciones que integran Unidos y Organizados, y abiertos a la comunidad, miles y miles de jóvenes emprenden tareas solidarias sin reparos en hacerlo, cuando cuadra, junto con otras agrupaciones de voluntarios, provenientes de otros partidos políticos, de la Iglesia o de algunas ONG. La patria, para todos esos jóvenes y adolescentes, es algo en el alma y algo concreto, a lo que se le brinda tiempo y trabajo. Más allá de ese eje vertebral, La Cámpora pone el acento en la permanente formación política de sus miembros, que conciben al Estado como un instrumento que debe ser eficaz para regular las fuerzas entre fuertes y débiles. La organización reivindica a Cristina Fernández de Kirchner como la conductora del proyecto político que comenzó en 2003, y se piensa como su fuerza propia.

SANDRA RUSSO

1
Vélez. La Cámpora como articuladora

Son las dos de la tarde del 27 de abril de 2012. Estoy llegando al estadio de Vélez. Me costó. Tres taxistas se negaron a acercarme a Liniers, y el que aceptó me dejó a quince cuadras. Las calles están atestadas de micros que llegaron desde todo el país. Hay miles de pibes. Van con las banderas de sus organizaciones, de muchos colores, algunas de mucho despliegue, otras hechas a mano. Se escuchan acentos distintos. La mayoría de las personas que me rodean y caminan en el mismo sentido que yo por las veredas de Liniers son muy jóvenes. En otro contexto uno diría que son como los de las matinés bailables. Pero éstos van a Vélez, donde la Presidenta dará vuelta el protagonismo del acto cuando les diga, dentro de unas horas, en el punto nuclear de su discurso, que "los verdaderos custodios de este legado histórico no somos los que estamos en este escenario, que ya estamos viejos, sino ustedes. Ustedes son los que no van a permitir que se dé un paso atrás".

De pronto, cuando voy caminando hacia Vélez, abriéndome paso en la marea de chicos y chicas que inundan las calles de Liniers, me doy cuenta de que es aquí por donde quiero empezar. Por este 27 de abril de 2012 en el que las cosas estarán más claras, porque hoy estos jóvenes que caminan a mi alrededor emergerán, explícitos, como la fuerza política del presente que se proyecta hacia el futuro. Hoy la Presidenta dirá claramente cuál es su estrategia política de cara a la organización y al tiempo, y los miles de jóvenes que llenarán Vélez lo entenderán. En los próximos meses, se constatará día a día cómo avanza ese armado —no sin dificultades, no sin

contradicciones—, y cómo los grandes medios y la corporación política responderán a esa estrategia, que por otra parte no imita ni replica ningún otro sector político: con un goteo ininterrumpido de línea editorial estigmatizadora de la militancia política juvenil, en lo amplio, y un hostigamiento cerril a La Cámpora, en lo concreto. Por si hiciera falta, hago la salvedad: una cosa es la crítica, y otra muy distinta es la justificación de los prejuicios y las operaciones de descrédito.

Con la muerte de Néstor Kirchner, en 2010, se produjo el segundo gran movimiento hacia la militancia de los más jóvenes. Si uno repasa las imágenes de aquella despedida multitudinaria al ex presidente, y ve en ella a Cristina Fernández inaugurando en esa misma escena su luto, puede quizá advertir un pacto colectivo, no conceptualizado todavía, sellado entre lágrimas y gritos. “Gracias Néstor. Fuerza Cristina.” En esas dos oraciones estaba escrito lo que pasó hasta hoy.

Un año y medio después, en Liniers, casi todos los pibes llevan puestas las camisetas de sus agrupaciones, como si pertenecieran a diferentes clubes que practican un mismo deporte. Veo banderas de La Cámpora, el Movimiento Evita, la Tupac Amaru, el Frente Transversal, Miles, Kolina, Nuevo Encuentro, la JP Descamisados, el Peronismo Militante, la Martín Fierro y más. Mientras camino entre ellos pienso que aquí no hay marcas ni hay sponsors, y que tampoco hay aparato. Los grandes medios lo insinúan, pero hasta ellos lo saben: éste no es un acto clientelar. El clientelismo no provoca ni fervores ni sacrificios sino apenas los magros intercambios que los argentinos nos acostumbramos a presenciar entre el poder político y los sectores vulnerables. Aquí andan todos un poco enamorados de una idea de país.

Pienso, mientras me abro paso entre los grupos de manifestantes, que además estos jóvenes son muy distintos de los de hace diez años, los de 2001, cuando estalló todo. Que no son posmodernos ni yuppies ni emos ni góticos

ni *fashion victims*, en fin, todas esas tribus juveniles que eran a lo sumo a lo que podía integrarse un joven cuando no había política y ese vacío lo ocupaban la indiferencia o el individualismo. Muchos de estos pibes vienen de sectores que, además, no entraban en ninguna de esas modas; la gran tribu de los 90 fueron los excluidos. Estos que caminan hacia el estadio de Vélez son chicos y chicas que además de tener puestas las remeras de sus organizaciones llevan otras que dicen otras cosas. Por ejemplo, "Yo lo vi bajar los cuadros", "Yo vi cuando CFK nacionalizó YPF", "El amor vence al odio", "Soy un joven incauto que se deja intoxicar". Van cantando, y en las canciones se funden. "Somos de la gloriosa Juventud Peronista, somos los herederos de Perón y de Evita, a pesar de los muertos, de los fusilamientos, los compañeros muertos, los desaparecidos, no nos han vencido." Cantan muchas más, pero ésa es la que estremece, porque es la que cantaron antes otros. Alguien ha dicho que el kirchnerismo es una fuerza joven porque está integrada por sucesivas JP.

Como fuere, en los treinta años de democracia, nunca se vio como ahora, ni siquiera en el 83, el arribo tan masivo de los jóvenes a la política. Ya veré, ya tomaré nota de que este fenómeno históricamente inesperado que es la militancia juvenil kirchnerista surge como algo que se autovisibiliza, algo revulsivo para los grandes medios y el establishment, en principio porque ya no pueden asegurar, como hace tan poco tiempo, que el kirchnerismo estaba liquidado. Pero advertiré también, con mucha claridad, que esta militancia no sale de la nada, sino de los pliegues oscuros, ladeados, silenciados durante una larga historia de luchas, y que la generación que la lidera, la de los treinta y pico, tiene sobre sus hombros más de una década —la de los 90— fogueándose en los piquetes, las universidades, los barrios y algunos sindicatos.

LOS TEJIDOS BARRIALES

En la Puerta 9 de Vélez me encuentro con Miguel Funes, diputado bonaerense de La Cámpora, al que hace apenas unos días conocí en Ituzaingó. Fue en una escuela arrasada por el tornado, que ese sábado a la tarde fue reparada y pintada por decenas de militantes. Desde el temporal de fines de abril, La Cámpora suspendió el trabajo político de sus unidades básicas y se volcó al trabajo social. Esa tarde, después, fuimos a visitar a otro grupo que había estado todo el día recuperando troncos de árboles arrancados por el viento para hacer con ellos juguetes de madera. En la recorrida estaban el Cuervo Larroque, Mariano Recalde, Patucho Álvarez, Santiago Rodríguez, Diego Bossio, entre otros. Hablaban con los pibes, algunos muy, muy chicos, que los recibieron cantando. Había mucha voluntad en unos y otros, que exponían esa tarde, además, el fresco generacional que aglutinan. Los referentes nacionales de La Cámpora tienen entre treinta y cinco y cuarenta años. Sus militantes más jóvenes son estudiantes secundarios. Los eslabones generacionales también existen ya en el interior de la agrupación.

Esa tarde, en Ituzaingó, me demoré charlando con Funes sobre el pedido de informes que había presentado para saber el estado de la investigación por la desaparición de Luciano Arruga. Pero ahora, cuando me lo encuentro en la Puerta 9 de Vélez, y es temprano y hay sol, le veo en el brazo el tatuaje. Tiene tatuada, bien grande y visible, la cara de Néstor. Funes fue el primer tatuado de La Cámpora del que se ocuparon los diarios. Pero entre los miles y miles que nos rodean, hay otros tantos que han hecho lo mismo. Se tatúan la espalda, la pierna o el brazo con el Néstornauta o con el nombre de la agrupación o con la imagen de Néstor o Cristina. Habrá quien, más adelante, interprete estos tatuajes como un gesto de afirmación política: lo que se lleva en la piel no se niega, y estas generaciones están pegadas a la democracia. El tatuaje, que es en muchos casos literal, también es un modo de comunicar eso

profundo que les pasa con “el proyecto”. Un tatuaje es una forma íntima de bandera. Una bandera en la piel.

AQUEL 22%

Unas horas más tarde, Vélez está a pleno. Hoy hace un año y medio que murió Néstor Kirchner. Y también hace nueve años que se llevaban a cabo esas extrañas primeras elecciones después del estallido, en las que el ex presidente obtendría el segundo lugar con un 22% de los votos. Cristina Fernández hará eje, en su discurso de esta tarde, en ese porcentaje que el día anterior a las elecciones, según revelará, Néstor Kirchner había adivinado. Contará que con su hijo, Máximo, habían intentado reconstruir la noche previa al 27 de abril de 2003, y que el hijo le recordó un papelito que había encontrado esa madrugada, sobre la mesa del comedor de su casa, cuando todos ya se habían ido a dormir, en el que su padre había escrito con la Bic: “22%-24%”. Lo que sacó él y lo que sacó Carlos Menem.

Máximo está en el palco, atrás de su madre. Cuando ella lo nombra y cuenta lo del papelito, él tensa la mandíbula y respira profundo, en ese gesto típico de los varones cuando reprimen la emoción. La Presidenta recuerda que cuando la segunda vuelta le fue negada a Kirchner por la renuncia del candidato del 24%, ellos sabían que accederían a un gobierno legal, pero que la legitimidad habría que gestarla, y en un país roído. Fue a todo o nada desde aquel primer momento: la única apuesta era, dijo, la transformación, y la construcción de una fuerza propia que hoy está a la vista. Es esta que explota en Vélez nueve años después.

ESTE PROYECTO SOBRE EL PROYECTO

En mi libro anterior, *La Presidenta*, cuando debí rastrear de dónde habían salido los militantes de la FURN (Federación Universitaria por la Revolución Nacional), la agrupación en la que militó Néstor Kirchner, se me iluminó una zona de comprensión histórica. Esta expresión no es casual ni fortuita. En su discurso inaugural —que fue conversado por los dos pero escrito por Cristina Fernández, según ella misma reveló en una de las entrevistas de ese libro—, Néstor Kirchner habló de la "comprensión histórica" en las tres líneas en las que definió el motor y el rumbo que se ponía en marcha aquel 25 de mayo de 2003: "Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, ésta es la oportunidad para la transformación, el cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro".

A lo largo de la investigación que requirió *La Presidenta* pude entender, desde el seguimiento puntual de la FURN, una de las tantas organizaciones juveniles peronistas de los 70, los enlaces generacionales que tuvieron origen en el mismo momento en el que Perón fue derrocado y comenzó la proscripción. Los hijos de los miembros de la Resistencia, expresados entre otros en Gonzalo Chávez, uno de los fundadores de la FURN a mediados de los 60, fueron quienes una generación después del golpe de 1955 volvieron a levantar las banderas del Peronismo Revolucionario. Hoy, la generación que conduce las agrupaciones juveniles kirchneristas, entre ellas La Cámpora —los de treinta y pico—, son los hijos de la "juventud maravillosa" que, a pesar del éxtasis del 73, no pudo llevar adelante su proyecto político y fue arrasada por el terrorismo de Estado. El cambio de época hace hoy al Estado de derecho una bandera, más que de lucha, de resistencia. La Cámpora tiene un sustento político esencialmente democrático.

Retomando uno de los conceptos que se desarrollan más adelante, comparto, como es público, la comprensión histórica de la que hablan los protagonistas de este libro. Miro los doscientos años argentinos desembocar en el presente, desde el mismo punto de vista, el mismo catalejo.

Pero cuando comencé este trabajo tenía mucha curiosidad por conocer la historia de La Cámpora. En charlas con algunos dirigentes había advertido que ellos mismos también tenían curiosidad, porque los acontecimientos que lanzaron a miles de jóvenes hacia la militancia en sus filas fueron sucediéndose a toda velocidad y en pocos años, en muchos escenarios paralelos y en circunstancias que nunca fueron relatadas públicamente. En este punto, agradezco a los integrantes de la Mesa Nacional, a Máximo Kirchner, a los referentes de otras agrupaciones y a los militantes que hablaron en las entrevistas, su confianza en que esa historia sería reconstruida con respeto.

Ese eje con el que fueron escuchadas las palabras de los protagonistas, y observados los barrios en los que militan o los tatuajes en sus pieles, aspirará no a reconstruir biográficamente la vida de nadie en particular, ni se detendrá exhaustivamente en el ajedrez de las decenas de agrupaciones políticas, estudiantiles y de derechos humanos de las que deriva la camada más antigua de La Cámpora. Lo que quise buscar, entender, escribir, es la lógica política que se desliza detrás de cada historia, detectar qué fue lo que hizo confluir tantas historias juntas en este estadio de Vélez, atestado de jóvenes que hoy gritan que son soldados de Cristina.

Cuando va terminando su discurso, en el que ha hecho un recorrido por el gobierno de su compañero y por el suyo, la Presidenta, que ya en el lanzamiento de su candidatura en 2011 se postuló como “un puente entre generaciones”, habla de algo que le pasó hace poco y que quiere compartir

con estos ciento veinte mil jóvenes que la escuchan. “Hace unos días estaba en San Antonio de Areco, y se me acerca un gurrumín así —y señala con su brazo una estatura imaginaria por debajo de sus propios hombros—. No estaría más allá del primer o segundo año del secundario. Se acercó y me entregó la bandera de la agrupación a la que pertenecía. Me dijo que era un militante. Y yo pensé, la pucha, si tuviera que elegir entre todas las cosas que les estuve diciendo desde que empecé a hablar, me quedo con ese pibe. Con la incorporación de miles de pibes a la política. Eso es lo mejor que hemos hecho, porque eso es sembrar futuro.”

2

Máximo Kirchner. El hijo y sus circunstancias

Es el hijo de dos presidentes y conduce desde un principio el armado de La Cámpora. No habla con los medios. Su silencio ha dejado crecer los rumores sobre su persona; nueve de diez de esos rumores son insultantes. Dicen que se pasa todo el día pegado a la play, que es vago, que dirige una organización que reparte cargos públicos como anzuelo, entre muchas otras cosas que muy de vez en cuando se desmienten. Máximo Kirchner explicará por qué no quiere perder tiempo en las desmentidas, y por qué prefiere seguir mirando la escena nacional desde Río Gallegos, donde vive en la casa que era la de su infancia. Está muy flaco; un par de veces está a punto de encender un cigarrillo pero se conforma con tenerlo entre los dedos. Su voz desliza un acento impreciso, que es sureño, del que surgen cada tanto palabras antiguas, como "purrete". Este treintañero que ha crecido entre Néstor y Cristina hoy habla de Néstor y Cristina, no de papá y mamá, al menos en esta primera larga charla mantenida en enero de 2013, en Olivos, en la casa donde se aloja cuando viene a Buenos Aires.

Pese al visto bueno que había dado hace más de un año, la entrevista costó y tardó. El libro ya estaba casi listo, había hablado con todos los miembros de la Mesa Nacional, pero faltaba Máximo. Había evasivas que se debían, según se me explicaba, a que siempre algún otro tema más caliente se superponía. Tuve que insistir mucho en que, si dependía de eso, la entrevista nunca saldría. No obstante, cuando por fin se encendió el grabador por primera vez, Máximo fue hilando de corrido su lectura de los últimos años. Relató algunos

momentos cruciales de La Cámpora, los mismos que han detallado extensamente sus compañeros, pero sobrevolándolos en el contexto político en el que nació y sigue creciendo su organización. Su relato lleva implícita su concepción política, nítidamente peronista pero inclusiva, y esencialmente territorial. Se reconoce a sí mismo como parte de una generación destinada a la anestesia política, aunque a él eso nunca le pasó. Cómo podría, en esa casa.

Le pregunto, antes que otra cosa, por qué el silencio.

—Uno puede ser una persona pública por diferentes motivos. En mi caso, uno es público, primero, en este sentido, por Néstor y Cristina. De manera primaria, y casi única. Más allá de La Cámpora, antes que La Cámpora. Uno es público por efecto traslativo. Pero más allá de eso, no es una decisión salir o no salir en televisión. Lo que sí es una decisión es hacer lo que uno tiene que hacer —dice él, y advierto mientras empieza a hablar que reemplaza el "yo" por el "uno"—. Salir en televisión nunca fue necesario ni para uno ni para nadie. Sería sobrecargar todo. Si hay quienes hablan mejor, si hay otros que llevan adelante esos roles... El día que se haga necesario salir de otra manera, se planteará y se evaluará. Uno ha ido a mil actos, ha estado en muchas básicas, en muchos lanzamientos, en muchos lugares... que quizá no sean los lugares donde están las cámaras. Uno no anda por donde están sacando fotos, pero no porque lo evite, sino porque nunca me he movido por ahí. Ése no es mi hábitat.

Esto es lo primero que dice, pero volverá sobre este tema, el de dar o no respuesta a los ataques mediáticos, una y otra vez, a medida que avance su relato, que no será el de la historia de La Cámpora, sino el de la lógica política que absorbió en su casa con los padres que tuvo, el de la suya, que hizo propia a medida que creció y maduró, y de la que hoy sostiene a su organización. Hablará de una mezcla de macro y micropolítica, que se nutre de marcos teóricos pero que abreva en el barrio, en los ámbitos, en las básicas.

Máximo describe su vida cotidiana como la de cualquiera que, si llega con ganas, sale a regar el jardín a la noche y charla con sus vecinos, que son los de la infancia. Está acostumbrado a recibir cartas para Cristina, como antes recibía cartas y mensajes para Néstor. Es inevitable y no lo evita. Desde que tiene memoria ha sido el hijo del intendente y la secretaria de Legal y Técnica, luego el del gobernador y la diputada, después el del Presidente y la senadora, ahora el de la Presidenta y el hombre de cuyo apellido deriva la fuerza política que hace diez años gobierna a la Argentina. "Uno nunca deja de ser hijo ni deja de ser padre, pero en política ellos son Néstor y Cristina. Yo comparto las ideas, pero no porque sean las de los padres de uno. Y eso es así también por el modo en que ellos se han plantado frente a la sociedad."

Le comento que en una entrevista que mantuve con su madre antes de escribir *La Presidenta* me impresionó en su momento el relato que ella hizo del parto del que nació él. Me asombró lo descarnado de los detalles —sus dudas sobre si podría cuidarlo bien, su temor a la caída del cordón umbilical, su necesidad, en los primeros días, de su hermana Gisele—, pero también la ubicación política de ese momento tan íntimo.

—Naciste en el 77, en La Plata.

—Hospital Italiano.

—Tu papá no pudo ir.

—Papá no pudo ir por cuestiones de seguridad. Cuando yo nací él estaba en Río Gallegos. Y yo estaba en Río Gallegos, también, cuando él murió en Calafate. Viste, esas cosas. Había estado con él, vimos Racing-River y ellos se fueron para Calafate y yo me quedé en Río Gallegos.

Volverá a aparecer ese momento de la muerte del padre, pero más adelante, cuando hable de política. En lo íntimo de esa familia no se detiene mucho, pero sí reconstruye el clima de las discusiones en la mesa.

—Ellos tenían discusiones fenomenales. ¡Por eso me resulta muy gracioso que digan que en el kirchnerismo no hay discusión! —se ríe, y en su modo de

reírse siempre hay algo de asombro — . La primera discusión empezaba en la mesa. Ellos tenían sus propios puntos de vista, y uno el suyo. Se discutía con intensidad. No se terminaba mal, ni siempre eran discusiones sobre grandes temas. Pasó esto. Vi esto otro. Me contaron tal cosa. Se opinaba, se aportaba, se dudaba. Y un poco todo eso es la política. Ir juntando información, maneras de sentir o de entender, conectar un tema con otro, poner en duda. Más allá de que el que tenga que decidir en última instancia tenga sus propios mecanismos de procesar todo eso. En casa siempre hubo discusiones sobre todas las cosas, pero también una síntesis. Néstor diría “superadora”. Hablaría de sus “verdades relativas”. Él empezaba con eso y Cristina se enojaba. Néstor era un gran discutidor. Te encaraba por todos lados, hasta por lo que no creía, para ver qué pasaba. Por lo tanto, la discusión podía ser muy larga. Néstor doblaba la apuesta, y Cristina se la redoblaba. Eran bravos. Pero no era una discusión entre dos, ¿eh? Se hablaba con todo el mundo, en general. Él atendía a mucha gente y siempre hacía preguntas. Sobre el tema por el que lo iban a ver, o a veces sobre otros temas. Qué viste acá. Qué pasa allá. Cómo ves esto. Y hay un mito que dice que cuando la gente habla con alguien que tiene poder no dice lo que piensa. Eso no es así, por lo menos en este caso no era así. Yo lo he visto hacer preguntas y escuchar respuestas que no le gustaban. Es un riesgo que corrés cuando hacés un planteo. ¿Qué idea se tiene de la discusión? Vos tenés que estar dispuesto a escuchar que lo que vos planteás a alguien no le gusta. Y todos tienen derecho a contestar. Si hacés un planteo, el otro tiene lengua y dice lo suyo. Si abrís la discusión, la tenés que bancar. Por ejemplo, Darín en su momento le hizo un planteo a Cristina, y Cristina le contestó. Eso fue todo. Es medio extraño el deseo de algunos de decirte lo que quieren, y taparse los oídos cuando se les contesta. ¿A qué le llaman discusión?

¿Y cómo son las discusiones de La Cámpora? El cliché mediático no las registra. Ni las de La Cámpora ni las de ninguna otra organización kirchnerista. Ése será un eje sobre el que pivoteará Máximo: el cliché y el estigma que los grandes medios difunden sobre las organizaciones juveniles en general, y La Cámpora en particular, está impidiendo para la oposición la comprensión del presente político, en el que la politización de nuevos sectores, entre ellos los juveniles, son una clave.

—Muchas veces se tiene la idea de que por pertenecer a una organización política se clausura el debate. Al contrario, se abre. Pero desde una posición. Y cuando uno toma una posición, sabe que esa posición tiene flancos débiles. Cada uno sabe el suyo. Lo tenemos todos. Pero bueno, tenés que pararte, defender tu punto de vista, escuchar y poder corregir o persuadir. Hoy hay muchas cosas en discusión que antes estaban fijas. Los sectores juveniles son el síntoma de una sociedad más amplia que tomó conciencia política. Y eso es fabuloso. Porque mirá: no importa la edad que tengas, lo importante es que te des cuenta de hasta qué punto podés vivir contento si al lado tuyo está todo mal. Hay dos calidades de vida. La de puertas adentro, bueno, podés tener tu casa, tu tele, tu equipo de música, tu auto, cama, morfi, ¿qué más? ¿Y afuera qué pasa? Afuera vas a salir en algún momento, porque la vida no transcurre entre cuatro paredes. Y si no salís vos, salen tus seres queridos. El afuera te tiene que interesar sí o sí. Pero no desde el miedo, sino desde la acción. No hay efecto mágico, pero accionando es más fácil que las cosas cambien.

Las discusiones internas de La Cámpora transcurren lejos de los focos. Mientras en las unidades básicas de todo el país ese “magma” del que habla Máximo sigue su curso expansivo y ascendente, las respuestas de la organización a las insistentes denuncias en su contra —algunas lo involucran a él directamente, como la tapa de *Noticias* que dio cuenta de la compra de

una chacra en Zárate, lo que fue desmentido con un comunicado— son escasas.

—Dejás hablar, dejás hablar, y un día contestás. Se aguantan todo tipo de agresiones, menosprecios. Por lo menos en mi caso, lo que más me molesta es cuando se denigra a los compañeros. Cuando se los reduce a contratos o a intereses. Contratos hubo siempre. ¿El Turco y De la Rúa no tenían contratos? ¿Y armaron algo? No armaron nada. Patricia Bullrich es un ejemplo de que puede haber oportunistas en una organización política, esté donde esté, de que puede haber oportunistas en cualquier lado. O de que haya gente que hoy ponga el cuero y mañana cambie y traicione, de eso nadie está a salvo. Las organizaciones no son sectas. La gente entra libremente. Y cuando hay buena leche, nos ha pasado que nos avisen. En tal lugar hay uno que les cobra a los jubilados treinta pesos. Se investigó, se probó y se lo expulsó. Pero esto es otra cosa. Hubo incluso presiones internas para que saliéramos a contestar lo que se publicaba, pero nosotros decíamos que no. Decíamos: veamos cuál es el momento, ahora no nos paremos por eso. Porque eso te distrae. Y además eso te cansa. Tenés que ser como Cristina, ¿y cuántos hay así, capaces de hacer tantas cosas al mismo tiempo? Contestamos muy pocas veces, por ejemplo cuando Susana Viau escribió que el Cuervo estaba “muy exaltado para esas horas de la noche”, dando a entender que se había ido al baño a tomarse un par de rayas. Algo dijimos. Pero la agresión es tanta que no se puede. Contra mí vinieron cuando me fui a operar la rodilla en el Austral. Lo que nunca dijeron, en cambio, es que cuando poco antes, con Rocío, perdimos un embarazo, estuvimos una hora esperando en el Hospital de Río Gallegos a que llegara la persona que le tenía que hacer la ecografía. En esa hora, en esa espera, yo pensaba: “Mirá vos, y este hospital lo hizo Néstor”. Te callás, te callás la boca, que digan lo que quieran. A mí la bronca me dura un ratito y se va. Después sigo haciendo lo que tengo que hacer.

Parte de lo que tiene que hacer es ocuparse de una organización que se complejiza a medida que se expande. La discusión interna se hace, además de con plenarios y asambleas, con informes de debates que se promueven desde la conducción.

—Y hay sorpresas —dice—. Hace poco, por ejemplo, estuvimos discutiendo el tema del aborto. En los informes de cada comuna era muy interesante ver los diferentes puntos de vista. Uno hubiese pensado que iba a haber una opinión más uniforme, y no fue así. La opinión generalizada era a favor, pero hubo matices. Hay temas que generan cortes distintos. Hubo quienes se manifestaron a favor pero incluyeron la preocupación por el papel del hombre, del padre, qué pasa si la mujer no quiere y el hombre sí. Y hubo también los que directamente se expresaron en contra, especialmente los militantes de provincias más religiosas. Los hay. Y no por eso quedan afuera. Lo que implican esos matices es más necesidad de discusión. Uno de los grandes problemas de este país, hoy, es que los partidos políticos no dan los debates hacia afuera, pero tampoco hacia adentro. Uno ve lo que les pasó hace poco a los militantes radicales. Los fajaron en la puerta del Comité Nacional. Puede pasar que en un mitin político haya bronca y trompadas, pero entre militantes, no entre militantes y barrabravas contratados afuera para que les peguen a los militantes. Eso es otra cosa. Los partidos expulsan a sus propios jóvenes.

Esos cortes transversales aparecen a cada rato. Porque aunque dirige una organización juvenil, “no por ser joven sos bueno”, dice él. “¡Ya tengo treinta y siete!”, agrega y completa: “Si no, parece que hasta los veinticinco entendés todo y después sos un boludo. Esto no es La Guerra del Cerdo”, se ríe. En rigor, La Cámpora ya traspasó el friso que podría dar cuenta de una organización netamente juvenil. Contiene a gente de trece a cuarenta años. La generación que conduce, la suya, la de los treinta y pico, viene de la antipolítica.

—Del cinismo, de la ironía —dice, y recién ahora enciende un cigarrillo, y abre su segunda botellita de agua mineral—, venimos de creer que ser divertido era lo mejor que te podía pasar. Entre cuatro paredes todos podemos divertirnos, pero no se construye nada. Y la consecuencia de eso es que el poder lo seguían teniendo los mismos. Mi generación votaba a Clemente o a la mortadela. Metía dibujitos en las urnas. Uno miraba asombrado todo eso. Porque uno tenía la formación de su casa, pero su vida no transcurría adentro de su casa. Si no, corría el riesgo de quedar como Tanguito, escribiendo "La balsa" solo en el baño de un bar. Se había estereotipado hasta la rebeldía, que consistía en tener el pelo largo y ponerse un arito. O en leer a Naomi Klein. Yo le recomendé *La doctrina del shock* a todo el mundo, por ejemplo, pero no como una biblia, sino como un libro que describía muchas situaciones que explican muchos de nuestros fracasos.

La ironía no alcanzaba

Para revertir las décadas de antipolítica que precedieron a 2003, Máximo cree que su padre hizo algo crucial: reintrodujo en la discusión pública la idea del poder. Abrió la posibilidad de otro tipo de poder, y en ese mismo movimiento —para muchos de quienes hablan en este libro, esa puerta se abrió ya en el discurso inaugural del 25 de mayo, cuando prometió no dejar las convicciones en la puerta de la Casa Rosada—, habló de algo diferente. "La pregunta es para qué querés llegar al poder", dice Máximo. Esa pregunta lleva inmediatamente a otra, a la idea de un proyecto. Máximo lo sigue analizando desde su propia generación:

—Me daba bronca ver que en los sectores juveniles circulaba con tanta fuerza la idea de que el poder es malo por sí mismo. Era como renunciar por anticipado a que cambiara de manos. Se les enseñaba a los chicos a

mantenerse alejados de la política, pero no a todos. A los de los sectores populares y los sectores medios. En los colegios caros, elitistas, mientras tanto, a otros pibes se los preparaba para asumir los roles del poder. Generaban tecnócratas con ideas fijas, tipo Harvard. La economía es así. Esto es inevitable. Hay que tomar deuda. Hay que emitir bonos. Los sub-40. Esos equipos de jóvenes profesionales. Ellos sí se estaban anticipando para continuar un modelo. Una parte de mi generación se atrincheró en la acidez. Pero con lo ácido, con lo irónico solamente, no vas muy lejos. Nos iban corriendo el paradigma. Se cayó el Muro, apareció Fukuyama, no hubo más discusión, no hubo más ideología. En todos los lugares nos decían “muchachos, llegaron tarde”. Antes eran los medios, ahora son las redes. Y de pronto volvió la política, que tampoco hay que santificar. No hay que santificar nada, pero hoy la política es un instrumento para sostener por lo menos la forma de gobierno que uno elige, que es la democracia. Se gobierna bien, se gobierna mal, pero es la democracia la que habilita la discusión y la expresión de ideas, y también la que marca la diferencia entre el que gana y el que pierde. Hay sectores que se mueven con marcos teóricos previos, pero cuando se quiere bajar ese marco a la realidad, a veces no encaja. Y otras veces, es la realidad la que empieza a crecer tanto que configura un nuevo marco teórico, y eso sucede cuando alguien logra decodificar, interpretar eso que pasa. No vas a ir a una básica con un libro a decir “hagamos esto”. Si Néstor se hubiera aferrado a un marco teórico en 2003, si hubiese aplicado todas las políticas juntas, no llegábamos a 2004. Lo primero que hizo fue intentar dar su pelea contra el escepticismo. Ésa fue la primera pelea que ganó.

Máximo describe aquel país del que él se acuerda, ése en el que pisó por primera vez la Casa Rosada el día de la asunción de su padre. Era un país en el que las organizaciones sociales plantaban cuarenta, cincuenta mil personas en la calle a cada rato. Castells salía en la televisión y Nina Peloso tenía

llegada al programa de Tinelli. Al poco tiempo de recuperar la ESMA, fue la marcha de Blumberg. Siempre hubo gente en la calle. A favor y en contra. Y fue en 2004, precisamente, cuando empezó a asomar la idea de La Cámpora.

UN MOVIMIENTO TENUE

El primer esbozo surgió en Santa Cruz, con un grupo muy reducido de militantes que empezó a establecer contactos con algunos referentes juveniles en Buenos Aires. “Te cuento lo que yo conozco, pero hubo lateralidades”, aclara Máximo. Virginia García, Matías Bezi y Diego Felgueroso fueron los principales articuladores de ese primer avance. Los contactos se hacían en la Casa de Santa Cruz en la Capital, pero también hubo viajes a otras provincias. Aquello era muy “tenue”, dice Máximo. No llegaba a ser ni siquiera el esqueleto de una organización, sino más bien un espacio de construcción en cámara lenta. Un tanteo. Un semblantazo. Lo que se semblanteaba era que las políticas de gobierno ya empezaban a mover el avispero juvenil, por aquel entonces totalmente atomizado en mil fragmentos.

Un hito, ese año, fue el discurso de Juan Cabandié —del que se habla en el capítulo 7— en el acto de recuperación de la ESMA. Hacía apenas dos meses que Juan sabía quién era, y que había nacido allí.

—Fue impresionante ese discurso. Yo estaba abajo, entre la gente. Los miraba a Néstor y a Cristina. Hacía mucho calor. Fue muy fuerte todo, estar en un acto en el que había puños cerrados y dedos en V. Hubo discursos más ideológicos, pero cuando habló Juan, cuando dijo “Yo soy Juan”... fue estremecedor. Porque no había manera de no entender lo que él decía.

A través de Wado de Pedro, que militaba en H.I.J.O.S., se produjo el acercamiento a Juan Cabandié. Por ahí ya estaba dando vueltas también José Ottavis, que venía de otro lado, del PJ, aunque hacía mucho que estaba cerca

de Dante “Canca” Gullo. La resistencia mutua entre Cabandié y Ottavis, por los lugares que ellos mismos expresaban, fue una de las primeras piedras que hubo que limar.

—¿Sabés lo que eran esas peleas? Al principio lo que hubo que allanar fueron prejuicios y preconceptos. Yo no sé si eran justos o no, si tenían o no fundamentos, pero en ese momento sí eran prejuicios, porque se podía construir y se construyó. No se conocían y no se querían conocer. Empezaron a tener charlas de las que participaba también Diego (Felgueroso). Por momentos era remar en dulce de leche. Pero también era una insistencia. Por qué no se puede. Mil veces me pregunté por qué no se podía. Uno lo palpaba en la calle. Había con qué.

Al mismo tiempo que los jóvenes militantes santacruceños buscaban puentes entre algunos referentes veinteañeros allá por 2004, Máximo presenciaba algunos reencuentros generacionales de sus padres. Muy pocos en 2003, algunos más en 2004. Al principio era todo desconfianza, pero tal como lo describe, eran las políticas de gobierno las que empezaron a acercar a muchos. Después del acto de la ESMA se acercó a Néstor el senador entrerriano Pemo Guastavino, que había militado en la FURN (Federación Universitaria por la Liberación Nacional), igual que el entonces Presidente y otros como Carlos Kunkel o Marcelo Fuentes. A Máximo le quedó grabado ese reencuentro porque los escuchó recordar el viaje en tren de vuelta a La Plata después de haber ido a la plaza a escuchar a Perón.

—Se acordaban de las consignas en joda. En ese tren había una: “Perón o heridas leves”. Recreaban ese clima de cuando ellos eran jóvenes, y era el tipo de clima que yo compartía con mis amigos del fútbol, era como si yo le hubiese dicho a alguno “¿Te acordás qué cantábamos cuando íbamos en el micro a Lanús a ver a Racing?”. Yo no conocía nada parecido.

Los cargos y el Estado

La primera vez que un miembro de la Mesa Nacional de La Cámpora llegó a un cargo de primera línea fue en 2009, cuando Mariano Recalde fue nombrado al frente de la recién reestatizada Aerolíneas Argentinas. Con él fueron, entre otros, Wado de Pedro y Santiago “Patucho” Álvarez.

Dos años antes, en 2007, cuando faltaba poco para la asunción de Cristina Fernández, Mariano, que trabajaba como asesor de su padre, el diputado Héctor Recalde, llevó adelante una denuncia escandalosa contra los abogados lobbistas de la Cámara de Empresas de Servicios de Vales Alimentarios (CEVAS), más conocidos como Luncheon Tickets. Esa denuncia incluyó una cámara oculta en la que a Mariano le era ofrecido un soborno millonario para frenar el proyecto oficialista —presentado por el propio Recalde— que eliminaba los tickets canasta. Salió en todos los diarios, fue uno de los escasísimos casos de cohecho que se pudieron probar y terminó con el procesamiento de dos lobbistas y del director general de una de las pocas empresas que manejaban el negocio. La causa la llevó adelante el juez Octavio Aráoz de Lamadrid. Cuando Mariano Recalde llegó a Aerolíneas, dos años después, los medios no se acordaron del caso. Y a esa denuncia es a la que de pronto refiere Máximo, cuando comienza a hablar de los militantes en los cargos públicos.

Desde 1989, por un decreto de Carlos Menem, los empleadores podían pagar parte del salario con tickets. En 2007, el Poder Ejecutivo impulsaba el proyecto de Recalde padre para eliminarlos. La cámara que los nucleaba comenzó a hacer lobby a través del abogado Santiago Lynch. Él y otro intermediario, el también abogado Miguel Gutiérrez Guido Spano —ambos venían de negocios relacionados con los juegos de azar y la hotelería—, fueron a ver a Mariano a su estudio. Le propusieron un trato claro: veinte millones de dólares si se lograba aprobar un proyecto alternativo, o el mismo

con algunos cambios. Pero eran grandes cambios: el objetivo de máxima de los lobbistas era no sólo que los tickets no se eliminaran, sino que fueran obligatorios. También ofrecían suculentos pagos de coimas para instancias intermedias. Por ejemplo, si Recalde introducía modificaciones, aunque no se aprobaran, se aseguraba dos millones de dólares. Había mucho dinero en juego: esas empresas ganaban cada una alrededor de 500 millones de pesos por año. Mariano escuchó, los despidió, y le fue a contar todo a su padre. “Los vamos a cagar”, le dijo el padre.

Consiguieron dos cámaras ocultas, una fija y una corbatera. Mariano hizo una reunión con el lobbista, Guido Spano, y la grabó. Pero querían otra reunión a la que concurrieran los miembros de la cámara, para evitar que después dijeran que el intermediario había actuado por su cuenta. De hecho, en esa oportunidad le sirvió la cámara corbatera, porque apenas llegaron a su estudio, los lobbistas y empresarios olieron algo y le insistieron para salir a un bar de Tucumán y Paraná. Todo se hizo con el seguimiento de un escribano, y con la denuncia ya hecha. Ese proyecto fue uno de los que impulsó personalmente, apenas asumió, Cristina Fernández, y con esa ley se terminaron los recortes salariales a través de los tickets.

—De todos los que le vienen pegando a Mariano desde que está al frente de Aerolíneas, yo quisiera saber cuántos hubieran rechazado lo que rechazó él cuando no era funcionario —dice Máximo—, cuando trabajaba con su padre. Quisiera saber cuántos de los que dejan comentarios en las redes rechazarían algo así, puntual, concreto. Porque la tentación hace a la virtud, se dice. ¿Se comentó mucho este episodio cuando asumió Mariano? No, nadie fue al archivo. No he visto muchos diputados no sólo rechazando una oferta de veinte palos verdes, sino filmándolo y denunciándolo. Parece un dato menor, pero es un tipo que dijo que no. Entonces, si de verdad están contra la corrupción, es raro que no lo recuerden.

Sobre Aerolíneas tiene la mirada atenta, porque, dice, “nosotros, como

santacruceños, conocimos lo que era la privatización. Nos mandaban los peores aviones. No había vuelos diarios. Y te estoy hablando de un lugar del país que queda a 36 horas de auto. ¿Que en Aerolíneas falta? Falta de todo. Soy usuario de Aerolíneas y esta empresa que tenemos ahora es infinitamente mejor que aquella que conducían empresarios españoles. Pero bueno, simplemente te subís hoy a un avión de Aerolíneas y son aviones más lindos y van diariamente a todo el país. Se recuperó la empresa, se recuperó el orgullo, y sin embargo... tuvo que ir Cristina a hablarles a los hangares y a decirles 'Muchachos, el día que esto se termine se los llevan puestos'".

Si se lo piensa un poco, no es el mismo Estado el que privatizó una aerolínea de bandera que el que la reestatizó. Son dos tipos de Estado diferentes, como las concepciones políticas e ideológicas que sustentan una y otra posición, la de entregar y la de recuperar. Pero el Estado, dice Máximo, "está integrado por capas geológicas de diferentes gobiernos, desde la dictadura, pasando por Alfonsín, los 90, y hoy nosotros".

—El Estado es mejorable por donde se lo mire. Nosotros tenemos que ser mejores, porque si no, no hay manera de entrarles a muchas cuestiones. Los funcionarios estatales con conciencia política, trabajando en conjunto con los militantes, pueden llevar adelante políticas que de otra manera sería imposible. Cuando nosotros vamos a los barrios con los camiones de los DNI, por ejemplo. ¿Te acordás lo que era antes sacar el DNI? Nosotros hacemos charlas para marcar que eso hay que defenderlo con participación, pero el DNI se lo hacen todos, estén en contra o a favor. Si vos ves nuestras movilizaciones y usáramos al Estado como ellos dicen que lo usamos, habría quinientas mil personas. Pero por qué era importante documentar tan rápidamente: para implementar la asignación universal. Hay decisiones que se toman desde ámbitos diferentes pero que confluyen en la realidad, y el Estado tiene que tener la eficacia necesaria para que esas políticas salgan bien y no frustren a la gente. Nosotros tenemos un cuidado especial en que se

frustre la menor cantidad de gente posible. Hay una frase del Indio Solari, una de “Juguetes perdidos”, que usamos en nuestra primera revista, que dice: “Este problema está ahora y para siempre en tus manos”. Eso lo explica muy bien. Este problema es nuestro, y nadie nos va a convencer de lo contrario. Será como será, lleno de buena gente y por ahí también de hijos de puta, pero el problema es tuyo. Porque la realidad no es bonita, la realidad no es la que yo quiero ni la gente que hay es toda la que yo elijo. ¿Pero qué vas a hacer? ¿Te vas a tapar los ojos? ¿Vas a dejar que otros decidan lo que decidieron siempre? Que nadie piense que los lugares no se ocupan. Siempre se ocupan. Y así terminamos. Entonces la idea de La Cámpora, y la de las otras organizaciones, es hacernos cargo del problema.

3
Los 90. La prehistoria

Mirando hacia atrás, muy hacia atrás en el caso de una agrupación juvenil, La Cámpora tuvo un primer envión hacia la superficie en 2001. Fue un envión inconsciente, un tirón generacional. Todavía faltaban dos años para que Néstor Kirchner fuera candidato a presidente, pero algunos de esos miles de militantes que llegaron solos o con sus agrupaciones el 19 y el 20 de diciembre a las calles en llamas, y que se mezclaron con la gente que fue suelta, irían confluyendo con el paso de los años y en diferentes etapas en los primeros esbozos de La Cámpora, de 2005 en adelante.

Son los que hoy integran la camada generacional más antigua —los de treinta y pico—, los de la Mesa Nacional. Algunos militaban en el secundario, otros en la universidad, otros en los territorios. Hubo también quienes aquellos días se sorprendieron a sí mismos tirándoles piedras a los caballos de la montada, cuando habían sido criados en hogares policiales o militares. En 2001 muchos de esos chicos de veinte no sabían quiénes eran, pero una lógica todavía indescifrable los había empujado a la calle. “Algo no termina de morir, y algo no termina de nacer”, se decía en esos años.Este libro tratará de lo que entonces no terminaba de nacer, y finalmente brotó de una manera inesperada. Pero para comprenderlo mejor, para contextualizarlo históricamente, conviene describir sucintamente lo que empezó a morir.

La historia que aquí se cuenta testimonia, sin embargo, que nunca dejó de haber resistencia, y que en esos años persistieron y germinaron ininterrumpidamente organizaciones populares que incluyeron militancia

juvenil.

Esta historia es colectiva, nacida bajo el pulso de acontecimientos ante los que hubo que tomar partido. La primera decisión de esa parte anómala de una generación esculpida para la indiferencia fue militar. Pese al reinado del neoliberalismo como marca política global, y pese a la voracidad arrasadora con la que la economía de mercado deglutió a la política, gracias a una generación de dirigentes partidarios rendidos ante la videopolítica, fueron esos años los que vieron nacer a las organizaciones sociales, cuyos protagonistas eran los trabajadores desocupados y los excluidos. Las universidades fueron otro terreno fértil. Los derechos humanos fueron el tercer ámbito en el que se cocinaron militantes.

En 2001 salieron a la calle miles y miles que antes se habían quedado en sus casas. Pero hubo muchos otros miles que eran los que salían desde hacía años a pelear contra ese sistema que, en la Argentina, comenzó a ser implantado en 1976 y en los 90 lideró Carlos Menem. Y Menem, para un sector del peronismo, había significado algo más grave todavía que para los demás. Como alguno de los protagonistas de las luchas populares de esa década describirá, para los militantes del peronismo revolucionario, Menem significó quedarse sin peronismo, cantar la marcha en secreto, disimular la propia identidad porque durante muchos años no había forma de explicar, y a veces de explicarse, que el peronismo no era aquello para lo que muchos de ellos, incluso, habían trabajado en la campaña.

La interna Menem-cafiero

En 1988 tuvo lugar la interna entre Cafiero-De la Sota y Menem-Duhalde, que ganaron estos últimos. Antonio Cafiero, gobernador de Buenos Aires, fue leído como la continuidad del aparato partidario, envuelto en una larga crisis

después de la derrota de 1983. La irrupción de Menem se interpretó como la llegada del caudillo de provincia que traía consigo lo profano del peronismo. Muchos de esos grupos de militantes de diversas JP que se habían ilusionado con la Revolución Productiva se alejaron la misma noche de la asunción de Menem, en 1989, cuando en el palco apareció Álvaro Alsogaray y se anunció el pacto con la multinacional Bunge y Born.

Ese pacto del peronismo con los sectores políticos que siempre habían representado los intereses privados fue inaugurado con dos leyes que fueron las primeras en el rediseño neoliberal del país. La Ley de Emergencia Administrativa y la Ley de Emergencia Económica. Ambas tuvieron el apoyo de la UCR, que había tenido que adelantar su salida del poder corrida por la hiperinflación. A la distancia se ve el truco. La hiperinflación fue generada por los mercados para llegar a ese pacto. Éramos todos bastante más inocentes que ahora. Tanto el desgaste de Raúl Alfonsín como la celebración de Carlos Menem estuvieron planteados “naturalmente” desde los grandes medios de comunicación.

La Ley de Reforma del Estado, en agosto de 1989, abrió la compuerta para el desguace. Las privatizaciones fueron el eje central del menemismo en ese primer período. El Congreso delegó su tarea en el Poder Ejecutivo, que llevó esas privatizaciones adelante mediante decretos de necesidad y urgencia. Por ahí pasaron YPF, los ferrocarriles, Aerolíneas Argentinas, el transporte público, las empresas de generación y distribución de energía, los fondos previsionales, las empresas de comunicaciones, las siderúrgicas, las petroquímicas, la administración de los sistemas portuarios. Durante su mandato, Carlos Menem dictó 545 decretos de necesidad y urgencia. Ninguno de ellos pasó por la Comisión Bicameral de Seguimiento, que ni siquiera se constituyó: el Poder Legislativo no lo consideró necesario. La Corte Suprema también los legitimó. Nada era escandaloso. A los grandes medios Menem les parecía “audaz” y “carismático”. De lo que hablaban era

de su seducción con las mujeres.

La libertad de mercado era la única bandera en alto. Se liberalizaron los mercados cambiario, laboral y de capitales: todo junto desreguló el comercio exterior y el sistema financiero. Erman González —que sería el único peronista en ganar en la Capital Federal— era ministro de Economía desde fines de 1989. Para reanudar el pago de la deuda externa, se implantó el Plan Bonex, que resultó una confiscación de depósitos bancarios. Eran ideas arrimadas desde el sector de la UCeDé (Unión de Centro Democrático), cuyo líder era el padre de una de las mujeres emblema del menemismo, María Julia.

Los derechos laborales y sindicales fueron arrasados. La Ley de Empleo transformó las relaciones contractuales y comenzó a extinguir las relaciones de dependencia, y la Ley de Accidentes de Trabajo redujo drásticamente las indemnizaciones para cubrir los seguros. Aunque el golpe de gracia fue en 1996, con la Ley de Flexibilidad Laboral, el ejército de desocupados permitió desde los primeros años del menemismo crear las condiciones para la miseria extrema y la máxima rentabilidad empresarial.

El 1990, Carlos Menem dijo: “No sé si voy a sacar al país del problema económico. Pero seguro que voy a hacer un país más divertido”. La frase resume el clima de época: mientras podría seguir describiéndose el curso decadente de esa década, mientras resultaría moroso pero clarificador el seguimiento de medida tras medida de las que fueron tallándole al país el estallido de 2001, no puede obviarse el elemento sin el cual semejante operación política hubiese sido imposible. Menem fue el inventor del menemismo, que hoy evoca tanto la entrega y el doble discurso como la banalidad que los envolvió.

Los parlantes

Marcelo Koenig, dirigente de la Corriente Peronista Nacional, JP Descamisados, recuerda claramente el año 1989. Tenía veinticuatro años. Militaba en la JP de Drago, cuyos miembros, después de muchas discusiones, finalmente resolvieron apoyar y trabajar para la candidatura de Menem.

—No hicimos esa campaña a regañadientes, no, todo lo contrario, la hicimos con mucho entusiasmo —dice Marcelo—. Lo que se había evaluado era que Cafiero, después de todo, era un socialdemócrata, y teníamos la esperanza de que Menem hiciera aflorar lo bárbaro, lo profundo del peronismo. Apoyamos la campaña del salariazo, de la revolución productiva, de la recuperación de Malvinas, la campaña del poncho, el caballo y la mar en coche. Creíamos en todo eso. Cantábamos "El Hospital de Niños al Sheraton Hotel". Pero el mismo día del triunfo, ese mismo 14 de mayo del 89, hubo algo que a mí me hizo mucho ruido, literalmente. Los festejos se organizaron frente a la Casa de La Rioja, y a pesar de que había muchos militantes, alguien dio la orden de poner la música de los parlantes a todo lo que da, para tapar las voces de la gente. ¿Qué clase de peronismo es éste?, me pregunté. Cuando el día de la asunción apareció Alsogaray al lado, ahí nomás, esa noche, nosotros rompimos y fuimos a parar a una resistencia que creció después con el indulto. Pero eso no se pudo sostener. Esa resistencia se desinfló. A la izquierda se le cayó encima el Muro de Berlín, y a nosotros nos cayó encima el menemismo. Cada uno se fue refugiando donde pudo, sin brújula. ¿Viste cuando un ejército es derrotado, que salen todos rajando para buscar una trinchera, un escondite, algún lugar donde quedarse junto a dos o tres compañeros? Eso nos pasó a nosotros, a los militantes peronistas. Seguimos militando, pero con una actitud de supervivencia y en grupos muy pequeños, donde encontrábamos a otros que se sentían traicionados. Y hubo que comerse el dolor de ver cómo transaban otros compañeros con los que habías compartido una pintada o una feta de mortadela cuando no había para dos.

Koenig, abogado y autor del libro *Combatiendo al capital*, caracteriza la irrupción del neoliberalismo menemista como parte de un proceso que comenzó en 1976, cuando el golpe de Estado "religó a la Argentina, de lleno, con las condiciones de dominación mundial que llamamos globalización". Hasta entonces, el sistema capitalista incluía para explotar. Necesitaba grandes masas de trabajadores, una división internacional del trabajo, y un contexto de naciones fuertes y naciones débiles. A partir del golpe, el país deja entrar una nueva corriente mundial hegemónica, que incluía un viraje del capitalismo que lo lleva a excluir para acumular. Las finanzas comienzan a reemplazar a la economía real. Marcelo dice que exclusión siempre hubo, pero en los 90 se convirtió en la forma de explotación sistemática de las grandes mayorías. Surge un sujeto muy distinto al lumpen proletario, porque éste nunca dejó de ser una minoría que permitía regular el mercado de trabajo. En los 90, los excluidos eran muchos más que los que trabajaban. Estaba pasando algo todavía no pensado, algo nuevo, algo que derivaba de una aceleración del capitalismo y del poder creciente de las corporaciones y las finanzas.

A CABALLITO DE PAPÁ

Sobre aquel Menem patilludo de 1989 que esperanzó a millones y después no los dejó entrar a su fiesta exclusiva, también tiene recuerdos el joven diputado Leonardo Grosso, del Movimiento Evita. En 1990 tenía nada más que cinco años, y era hijo de un militante de la JP. Desde ese lugar —los hombros de su padre, que lo llevaba a todas partes a caballito—, Leonardo sacó la foto mental que con el tiempo se le fue revelando. Vivía en Sáenz Peña, y fue a un acto de Menem en Caseros. Y al toque recuerda una reunión de militantes en su casa: ese grupo también decidió retirarse el mismo día en

que Menem asumió, porque la presencia de Alsogaray fue la primera patada en el hígado, pero inmediatamente llegarían muchas más. Sus primeros recuerdos políticos, dice, son los de esa tristeza, los de esa decepción que iba a estirarse, mezclada con la rabia, hasta su adolescencia.

—En quinto grado tuve una maestra que era una compañera, y que nos explicaba los paros docentes. Y para mí, que me había criado en las reuniones de militantes que se hacían en mi casa, fue la primera vez que escuchaba afuera algo que me sonaba conocido. Ahí me di cuenta de que eso que escuchaba era política. El secundario lo hice en una escuela que quedaba muy cerca del Barrio Ejército de los Andes, mal llamado Fuerte Apache. Había mucha violencia que uno vivía como parte normal de las cosas. Ya en primer año. Pibes que se suicidaban, o muertos por falopa o por la policía. En la puerta de la escuela se agarraban a cuchilladas. Teníamos catorce años, y esos pibes en segundo año ya no estaban. La vida era más corta en los 90.

En cuarto año, 1999, diez años después de que el caudillo patilludo hubiese seducido y traicionado a miles de militantes como su padre, Leonardo organizó el centro de estudiantes de su escuela, al que llamaron Claudia Falcone, por una de las estudiantes desaparecidas en la Noche de los Lápices. Eran algunos de los que marchaban por las calles en contra de la Ley Federal de Educación, cantando “Traigan al gorila musulmán, para que vea que este pueblo no cambia de ideas, que son las banderas de Evita y Perón”.

En aquel primer despertar a la política en tiempos tan adversos para eso, los primeros que estimularon a ese grupo de chicos de Fuerte Apache fueron los maestros y profesores sindicalizados de su escuela. Un ejemplo más de cómo durante esos años se tejió una red de resistencia invisible a la opinión pública, en ámbitos que favorecieron el intercambio entre generaciones. Leonardo recuerda sus primeras reivindicaciones, las de 2000: la lucha por el refuerzo alimentario consistía en reclamar un sándwich de jamón y queso y un alfajor. Les daban solamente mate cocido y pan. “Nosotros planteábamos

que le pongan jamón y queso al pan, porque los pibes se desmayaban de hambre. Conseguimos una parte ese año, el alfajor tardó más.”

Así y todo, fueron a Bariloche. Juntaron plata y la repartieron para que ninguno se quedara afuera. También lograron tener el buzo de egresados, ese que los mantenía atados con un alambre al sistema que sin embargo los empujaba a patadas. La consigna del buzo, votada en asamblea, fue “Egresados 2000-Desocupados 2001”.

Cristina Capitana

El mismo año en el que Leonardo Grosso presidía el Centro de Estudiantes Claudia Falcone en su colegio de Sáenz Peña, y que la Alianza entre la UCR y el Frepaso llegaba al poder, 1999, Homero Koncurat, actual dirigente de la JP Peronismo Militante, ingresaba al Colegio Nacional de Buenos Aires. Estaba recién mudado a la Capital, después de crecer en Morón. Homero, que hoy tiene veintiséis años, viene de una familia inequívocamente peronista. Dice que su padre, Ivo Koncurat, “tiene el complejo orgullo de ser el preso peronista que más tiempo estuvo adentro”. Perteneciente a la Tendencia Santiago Pampillón, de Córdoba —un grupo de resistencia al Onganiato—, luego integrante de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), Ivo Koncurat estuvo preso entre 1971 y 1973, fue liberado el 25 de mayo de 1973, el día que asumió Hector J. Cámpora; luego fue nuevamente detenido en 1974. Salió en libertad recién diez años más tarde, nueve meses después de la asunción de Raúl Alfonsín.

Cuando Homero ingresó al Nacional Buenos Aires no había agrupaciones estudiantiles peronistas. En segundo año, en 2000, colaboró con dos chicos de sexto, Werner Pertot y Santiago Garaño, en la producción de un libro que se llamó *La otra Juvenilia* (Biblos), acerca de los ciento tres estudiantes de

ese colegio desaparecidos. Homero fue uno de los que hizo entrevistas a amigos o familiares de esa extensa lista de adolescentes asesinados durante la dictadura militar.

Homero integra la JP Peronismo Militante desde 2008. Fue el conflicto con las patronales rurales y el enfrentamiento con las corporaciones de medios lo que lo empujó, como a tantos otros, a esa militancia orgánica. Y él, que es todavía tan joven, se sorprende hoy con el arribo de chicos de trece o catorce años a las organizaciones kirchneristas. Se sorprende porque en poco tiempo los cursos de formación de cuadros pasaron de tener quince pibes a tener más de cuarenta. Se sorprende también porque evalúa que más allá de la coyuntura, esas generaciones reaseguran "cien años más de movimiento nacional", y eso es algo que no estaba en el horizonte en su adolescencia.

De alguna manera, ubicado generacionalmente entre los militantes de los 70, como su padre, y los dirigentes de la Mesa Nacional de La Cámpora, Homero representa a la primera camada que se incorporó a la política ya en tiempos kirchneristas. Ligero del equipaje de los de treinta y pico, que vivieron los saltos internos entre lo social y lo político y entre la oposición y el oficialismo, Homero habla de un debate necesario y vivo sobre la militancia que se da puertas adentro de las organizaciones.

Muy lejos de aquellos tiempos en los que era difícil discutir política porque había un rechazo generalizado, incluso dentro de las organizaciones sociales, hoy hay una avidez de época. Los muy jóvenes se acercan para integrarse y ponerse a disposición, pero sobre todo para formarse. Eso sucede en muchas agrupaciones, no sólo en La Cámpora. La lectura histórica del presente requiere herramientas intelectuales para sostenerse. Los pibes llegan queriendo entender más. La JP Peronismo Militante suele hablar del "legado histórico de la juventud". Homero explica que hasta ahora los militantes son fuerza política, son transmisores, son organizadores. "Somos las poleas de trasmisión del proyecto, y ésa es una de las fortalezas del kirchnerismo, es

indudable. Pero para mí tiene que haber un llamado de atención, una discusión sobre el rol social del militante. No podemos ser solamente los que llenan las plazas de banderas. Yo creo que tiene que haber un resurgimiento moral, que los valores de los que habla Cristina tenemos que encarnarlos nosotros.”

Su organización es la que lanzó la consigna “Cristina Capitana”. Homero hace un breve análisis histórico para explicarla:

—Nosotros ahora tenemos la responsabilidad de formarnos para que el día de mañana, si decidimos ser hombres de Estado, como generación podamos decir que dimos todo. Porque hoy está pasando algo increíble. La vanguardia de este proyecto la lleva la Presidenta de la Nación. Antes la llevaban Néstor y Cristina, y hoy Cristina. Si uno analiza el pasado del peronismo, en los 70, era la juventud la que pretendía ir adelante. Ahora es nuestra conducción, es Cristina la que avanza, nosotros estamos atrás. Pero eso es otro desafío, porque tenemos que ser honestos políticamente y dar todos los debates. Ése es el mandato histórico de la juventud. Llenar los actos, claro, pero dar todas las discusiones. En junio de 2011 hicimos un gran acto en Racing y ahí mandamos la consigna. Es una metáfora náutica, pero tiene que ver con el barco de la Patria. “Nosotros viento, la Patria barco, Cristina Capitana.” Creo que deja ver muy bien los roles.

EL MUNDO BIPOLAR

Quito Aragón, que conduce la Corriente Martín Fierro, milita desde los dieciséis años. Su padre era el secretario general de la unidad básica del barrio Rivadavia, en el Bajo Flores. Ahí anduvo él desde chico. Cuando piensa en 1989, a Quito le viene a la mente la interna Menem-Cafiero, pero primero recuerda, como Marcelo Koenig, la caída del Muro de Berlín. Quito

y Marcelo, que andan por los cuarenta y tantos, ayudan a enmarcar, así, los tiempos que precedieron a 2001, el tiempo en el que ninguna correlación de fuerzas favorable a los sectores populares pudo torcer el pulso aplastante del neoliberalismo, porque el mundo ya no tuvo péndulo y la aguja quedó clavada en la derecha.

—Nosotros no habíamos entrado en ese mundo bipolar que estallaba. Lo nuestro, el peronismo, era algo distinto. Y sin embargo, de un día para otro, se nos terminó todo. No fue de un día para otro, pero la sensación es ésa mirando para atrás. En un lapso de diez, quince años, nos hicieron dejar de hablar de socialismo para hablar de bolsones de comida. Quince años es una enormidad. Es una vida. Ninguna derrota es sencilla, pero ésa fue terrible. Perdimos el peronismo. Fuimos buscando el lugar de un peronismo revolucionario y no estaba, no había ningún espacio para eso. Y fuimos obligados por esas circunstancias a hacer otras lecturas. Ya no perdíamos porque nos proscribían. El peronismo perdía incluso cuando ganábamos.

Hacia el principio de la primera presidencia de Menem se constituyó el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD), que se replicó rápidamente, como un reguero, en todo el país. Para los militantes históricos, ése fue un choque cultural. Quito, por ejemplo, “con lógica peruca”, proponía en aquellas primeras reuniones hacer un sindicato de desocupados. Pero la desocupación traía con ella la lógica de las organizaciones sociales, que estaban emergiendo. Las organizaciones políticas preexistentes empezaban a estallar, la gente sin trabajo se desbandaba, y a nadie le importaba nada más que sobrevivir. Ése fue el fruto invisible del neoliberalismo en las zonas oscuras del sistema, en los territorios, que eran los barrios y los asentamientos, los lugares más castigados. De allí, poco después, y cada vez más, año a año, comenzarían a salir los piqueteros.

Habría que haber estado en esas reuniones de mediados de los 90, en las que se discutían cuestiones fuertemente políticas pero bajo el apremio del

hambre. Uno de los primeros grandes temas fue discutir cómo entender, precisamente, los planes. ¿Qué eran?, se preguntaban. ¿Una migaja que no servía para nada? ¿Una manera de hacerlos callar? ¿Una necesidad que había que reivindicar? Esos MTD decidieron que eran una necesidad real, que la necesidad estaba, y que había que salir organizadamente a pelear hasta por esa migaja. Y lo primero que sucedió, cuando se organizaron, es que hicieron visible eso que el sistema generaba sin parar: excluidos y desocupados.

No se trataba solamente de una pelea hacia afuera, porque en los barrios, junto con la desocupación, había entrado masivamente la droga. Primero, cocaína. Más tarde, paco. Había gatillo fácil. Los adolescentes marginales comenzaron a perderse ahí.

La reelección

—Para nosotros —dice Marcelo Koenig— el 95 fue mucho más grave, porque ahí ya no se podía hablar de traición. Ahí ya estaba claro todo. Y nos quedamos sin interlocutores, porque nosotros no compartíamos para nada la mirada del Frepaso. Hubo algún diálogo desde la JUP con Chacho Alvarez, pero no estábamos en la misma. Nosotros no creíamos en ese modo de hacer política, que ya se apoyaba más en los medios que en la militancia. Nunca creímos que había que “pulir” el modelo, sacarle la corrupción. Nosotros estábamos contra el modelo. Entonces, ya ahí, nos planteamos hacer una organización de cuadros. Estábamos desfasados generacionalmente. Pero entendimos eso. Y era casi un empecinamiento. Yo creo que las resistencias son empecinamientos. Es como en *Asterix*: los romanos tienen toda la Galia, pero mi aldea no la tienen. Nuestra primera consigna fue “Malón, combatiendo al capital”. Era muy loco que en esa época surgiera eso desde el peronismo. Porque pese al desbande de las organizaciones anteriores, en la

Argentina la resistencia casi en ningún caso surgió de lo estrictamente social, las organizaciones sociales acá tuvieron una impronta política muy fuerte. No fueron como los Sin Tierra de Brasil, un sector social que condensa sus reclamos y se dota de su propia jefatura. Acá se hizo política sin parar desde antes y durante los 90. D'Elía ya hacía política antes del MTD. Barrios de Pie en aquel momento era Patria Libre. Resistir y Vencer, que lideraba el Tibu Núñez, era una organización muy política. Pero no era que la política fue a meterse en los barrios, en ese caso de Avellaneda. Fue la gente politizada de los propios barrios la que generó eso. El Tibu Núñez era un cuadro político pero era un desocupado más que vivía en un galpón que siempre se inundaba. Éramos organizaciones que no pasábamos en muchos casos de ser apenas grupos, pero había muchos y por todas partes, que decían aquello de Cacho El Kadri, "no todo se vende ni todo se compra". Aquélla fue la política que se pudo hacer en ese tiempo, cuando los militantes empezamos a concentrarnos en nuestros propios barrios, porque además, como no había trabajo, la gente no salía de ahí. La gente estaba fija.

Del centro cultural al piquete

Muy lejos del Nacional Buenos Aires, el colegio que tradicionalmente ha dado cuadros de distinto signo político a las dirigencias argentinas —y que vuelve a cumplir el rol, aunque matizado con pingüinos, en el caso de La Cámpora—, muy lejos de todo contexto favorecedor, en Fuerte Apache, Leonardo Grosso terminaba su primera experiencia política en el Centro de Estudiantes Claudia Falcone. Apenas se anotó en el CBC para estudiar Historia, Leonardo empezó a hacer militancia social en el barrio Las Tunas, en Tigre. "Apenas" significa exactamente tres días. Había ido a la facultad a buscar eso. Qué hacer con su vida tenía mucho que ver con dónde y cómo

militar.

En Sáenz Peña, la carpintería de su padre hacía rato que estaba parada. Desde que él se acordaba, en su casa se escuchaba todo el día el ruido de la carpintería, el chirrido agudo de las sierras. Tenía incorporado ese sonido, se dormía escuchándolo. Pero hacia el 2000 todo era silencio. Eso es lo más fuerte de esa época que recuerda: el silencio de la carpintería.

Leonardo era hacia 2001 maestro de jardín de infantes recién recibido, y se incorporó al centro educativo del barrio Las Tunas, en una experiencia en la que confluyó un grupo de jóvenes de Capital y el conurbano, que iban a Tigre todos los días, también los sábados y domingos, a dar apoyo escolar, al que agregaban prácticas de educación popular. Había huertas comunitarias para combatir el hambre, y empezaron a aparecer los clubes de trueque. Se estaba armando ahí al lado Nordelta, que era algo raro y anticipatorio: la primera ciudad privada de la región. El dueño, Eduardo Costantini, se mostró solidario con los reclamos de los vecinos pobres y ofreció cursos para cocinar recetas con soja.

Llegó urgente la necesidad de organización. Hubo una reunión de todos los centros culturales de la zona, entre ellos el de la Corriente Nacional Peronista 25 de Mayo, que dirigía el Pacha Velasco. Armaron una coordinadora con distintos ejes, pero la primera acción importante que recuerda Leonardo fue el corte de la ruta 9. Los militantes de los centros culturales de la zona también daban, así, su primer paso hacia la nueva modalidad de lucha, el piquete.

Lo primero que consiguieron, cortando entre treinta y cinco pibes la avenida Cazón, fue un camión municipal lleno de tierra para levantar los terrenos del comedor donde trabajaban. Fueron doce horas de corte, pero la llegada del camión de tierra los posicionó de otra manera entre los vecinos. Era un resultado después de años de pérdidas. Ya no eran "los pibitos buenos que venían a ayudar a los pibitos más pobres. Era distinto. Hacíamos política. Con muchas contradicciones todavía, pero había voluntad. Ahí se suman

muchos, y empezamos a armar las asambleas en el barrio. Todo era urgente, porque había hambre, había enfermedad”. Todo eso cruza el año 2001.

EL FRENAPO, LA CONSULTA, EL ESTALLIDO

Aquella enorme red de resistencia de agrupaciones pequeñas, hacia 2001, se había tejido alrededor de algunos liderazgos gremiales y sociales, como el de Hugo Moyano y Víctor De Gennaro, con el MTA y la CTA como aglutinadores principales. El hito de esa década fue la multitudinaria consulta popular que llevó adelante el Frenapo (Frente Nacional contra la Pobreza) el 13, 14 y 15 de diciembre de 2001. El Frenapo tuvo como antecedente inmediato el Movimiento a la Consulta Popular, que se lanzó en diciembre de 2000. Se ponía en marcha la mayor articulación popular que hubo en muchos años. La CTA estuvo a la cabeza; además de De Gennaro, trabajaron en la consulta, entre otros, Hugo Yasky, Edgardo Depetri, Claudio Lozano, Marta Maff ei, Víctor Mendibil, Juan Carlos Camaño, Alberto Morlachetti, Luis D’Elía, Alberto Pichinini, Victorio Paulón, Juan González y Pedro Wasiejko. Participaban los diputados nacionales Héctor Polino, Alfredo Bravo, Oscar González, Jorge Rivas, Elisa Carrió, Marcela Bordenave, María América González, Jorge Giles, Eduardo Macaluse, Elsa Quirós y Gustavo Cardesa, como también dirigentes de pequeños y medianos empresarios, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, la Federación Agraria Argentina; Estela Carlotto y Rosa Roisinblit, por Abuelas de Plaza de Mayo; Laura Conte y Nora Cortiñas, de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora; Horacio Verbitsky, del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), el SERPAJ (Servicio de Paz y Justicia), más un arco ecuménico de representantes de diferentes credos. El único gobernador del país que firmó el Acta Constitutiva del Frenapo fue Néstor Kirchner.

El planteo central que se hacía desde el Frenapo sostenía que el principal problema del país era la desigual distribución de la riqueza, ubicaba a la pobreza como consecuencia de la desocupación, y aseguraba que la desocupación se había convertido en el instrumento de disciplinamiento social más fuerte, tanto en lo político como en lo cultural y económico. La consulta popular plebiscitaba en todo el país una asignación universal de 380 pesos a cada jefe de hogar desocupado, un plus de 60 pesos por hijo menor de 18 años, y una asignación de 150 pesos a los mayores de 65 años. Los resultados fueron aplastantes: se lograron más de tres millones de votos.

En aquella consulta del Frenapo se usó por primera vez un mecanismo de democracia directa, sin apoyo del gobierno ni del Poder Legislativo ni de los partidos políticos, sostenido por el trabajo de unos sesenta mil militantes. Así y todo, el clima de desconfianza hacia la política era tan grande que en el centro de votación de la Costanera Sur, Julio Gambina, el representante de Attac Argentina, decía que muchos de los que se acercaban primero querían saber bien qué era el Frenapo, porque habían escuchado que algunos políticos los apoyaban y eso los hacía dudar.

Para esa consulta, Quito Aragón trabajó, entre otros, con Andrés Larroque, que entonces tenía veintitrés años y dirigía La Escuelita, una experiencia atípica para la época: eran egresados del Nacional Buenos Aires —al frente de cuyo centro de estudiantes había estado el Cuervo en 1996—, y pibes de Avellaneda, que desde hacía ya cinco años trabajaban en la villa 20 dando apoyo escolar. Más adelante el foco se acercará a todos ellos.

Marcelo, Leonardo, Quito, el Cuervo y decenas de militantes y dirigentes que se conocían entre todos porque circulaban por los mismos actos, los mismos piquetes, las mismas reuniones, vivieron aquella extraordinaria experiencia de esa consulta popular como el punto más alto del trabajo de resistencia que se venía dando desde hacía una década. La organización de la consulta los mantuvo en estrecho contacto todo ese año, recorriendo barrios y

explicando la idea, que llevó tiempo sembrar en territorios ya acostumbrados al acto reflejo del clientelismo.

Quito vuelve a esos días de diciembre de 2001 y, como lo hará también Andrés Larroque, los interpreta como un punto de llegada después de diez años de golpear la puerta del sistema sin que les abrieran. Después de esa consulta, el sector que integraban ellos dos propuso y esperó que Víctor De Gennaro se pusiera en frente de una representación política que no tenía nadie.

—No quiso o no pudo, no sé, pero no contestó. Nosotros habíamos hecho mucha fuerza para generar esa crisis, y veíamos que había que llenar el vacío que había quedado después del estallido, porque si no lo iba a llenar Duhalde. Pero no hubo conducción, y De Gennaro no lo llenó. Lo vivimos mal, como una oportunidad perdida. Y creíamos que se había perdido incluso cuando ganó Néstor. No esperábamos lo que pasó. Porque no fue cuando ganó, fue cuando empezó a actuar que dijimos "epa, qué es esto". Nosotros estábamos muy quemados, éramos construcciones políticas golpeadas, desarticuladas, sin nadie que nos sintetizara. Y éste venía de ser gobernador... Tengo mil críticas para hacerle a su gestión de gobierno, no es que Néstor estuvo hecho a nuestra medida. Pero así y todo, sin él no se hubiese podido volver a creer en la política. Sin él no hubiésemos cambiado nuestras subjetividades y no hubiésemos podido concebir esto que es colectivo. Vos creés que podés, es eso, pero ese poder se vuelve real y eso ya cambia todo lo que conocimos desde el regreso de la democracia para acá.

Marcelo Koenig también da cuenta de lo difícil que fue aquella transición entre la oposición y el giro hacia el kirchnerismo, porque no fue ni instantáneo ni rápido ni sin cautela. Ya corría 2004, muchos de esos "gestos fuertes" de los que hablaba Quito habían tenido lugar —como el descabezamiento de las cúpulas militares y el cambio de la Corte Suprema—, y sin embargo en la JP Descamisados seguían las discusiones.

—Nosotros estábamos convencidos, al principio, de que Kirchner era un chirolita de Duhalde —dice Marcelo—. Decíamos “esto es más de lo mismo y se va todo a la puta madre que lo parió”. Cuando el tipo empezó a hacer cosas, dijimos “uy, mirá”. Pero de oficialistas, nada. El día de la recuperación de la ESMA teníamos compañeros en la Comisión Nacional de Energía Atómica, que quedaba enfrente, y nos fuimos ahí y desplegamos una bandera enorme, como de cuarenta metros, que decía “30.000 razones para no pagar la deuda externa”. Era 2004 y estábamos colocados ahí. En la reticencia, corriéndolo por izquierda. Estábamos ante un hecho histórico, se estaba recuperando ese lugar de un peso simbólico increíble; desde donde estábamos veíamos a muchos compañeros llenos de emoción, porque además para los peronistas la ESMA tenía un significado muy cargado. Ahí habían estado secuestrados muchos peronistas. Y no lo podíamos digerir. “Queremos más y si no hacés más sos un hijo de puta”, parecía que le decíamos. Otros la vieron antes, otros después y otros nunca. En esa reticencia creo que tuvieron que ver mucho los 90, nuestra gimnasia de pegar y pegar y reconocer en el Estado solamente aquello a lo que hay que pegarle. Es eso de Discépolo, esa frase de “Uno”: “Si uno pudiera querer sin presentir”. Eso era lo que nos marcaba. Presentir siempre la decepción. Si tengo que buscar un punto de inflexión en esto de hacerse cargo de una identidad política, fue 2008, el conflicto con las patronales del campo.

EL SALTO DE LOS PIBES

Después del estallido de 2001, en Las Tunas, en Tigre, se activó con mucha fuerza la asamblea del barrio. De esas discusiones surgió MP20 (Movimiento Popular 20 de diciembre), que integró Leonardo Grosso. En 2002 todo el mundo quería organizar algo. En el asentamiento, en el barrio, en la facultad,

la necesidad roía. El MP20, recuerda Leonardo, organizó un plenario el 25 de mayo de 2003, el día de la asunción de Néstor Kirchner.

—Mirá qué troscos —se ríe—, los pibes hacíamos un plenario y queríamos arrancar antes de que hablara Néstor. De cara a esas elecciones, ya se había dado una discusión fuerte. En la organización muchos decían “gane quien gane, pierde el pueblo”. En mi familia también se discutía eso. Mi viejo, me acuerdo, planteaba las mismas diferencias que yo con sus compañeros. Decía que si ganaba Menem era una doble derrota, porque era política y cultural. Decía que, en cambio, ese otro tipo, Kirchner, por lo menos “era raro”. Lo raro en el peronismo nos parecía muy bien, así que dijimos “apoyemos a Kirchner”. Yo me fui al barrio a hacer campaña por él. Muchos compañeros lo votaron en esa zona por la influencia de la FTV, de D’Elía. Cuando ganó nos pusimos contentos, pero cuando escuché el discurso inaugural... no lo podía creer, y ahora me doy cuenta de que lo que no podía creer era que le estaba creyendo. Ese mismo día en el plenario del MP20 tuvimos una discusión intensa. Qué podía pasar y qué podíamos hacer. Pero algo había cambiado: ya estábamos en política, estábamos dando el salto. Militamos intensamente por la consulta del Frenapo, que dejó al barrio muy politizado. Armamos la Juventud Argentina y articulamos con otros grupos. Éramos militantes jóvenes, peronistas, nacionales y populares. Y así llegamos a 2005, cuando hicimos la consulta contra el ALCA. Hicimos votar a las catorce manzanas de Las Tunas. Estábamos orgullosos. Hicimos talleres con la juventud del barrio, lo recorrimos casa por casa, y estaba muy bueno porque en ese momento podías discutir sobre el ALCA con cualquiera en el asentamiento. El tema estaba instalado, y lo habíamos hecho los pibes.

Ese mismo año, 2005, la necesidad de organización generó el nacimiento del Movimiento Evita. Para Leonardo, que estaba en contacto desde hacía tiempo con los MTD de diferentes lugares, ésa fue la oportunidad de integrar uno que fuera peronista. Y el Evita, que dirigía Emilio Pérsico, surgía ya con

Kirchner en el gobierno y con su impronta. Pérsico lo habló con Néstor. Estaba planteado el salto de lo social a lo político. Se sondeó y se convocó a muchas organizaciones. El MP20 fue una de ellas. En todas, hacia adentro, se daba la misma discusión. Algunos querían incorporarse y otros no. Eran redes, tejidas con lo que iba surgiendo solo y sin respaldo de ningún aparato. Pero el contexto era completamente diferente, ya, al anterior al estallido. El que los convocaba era el Presidente y se trataba de un salto que incluía un posicionamiento tanto o más difícil: pasar de la oposición al oficialismo.

En el mandato de Kirchner, el reclamo que se le hacía era, precisamente, que no tenía fuerza propia y que iba construyendo su base política arrastrando con él a sectores que a su vez se fragmentaban y quedaban partidos entre los que elegían ese nuevo modo de construcción y los que decidieron ignorarlo. En 2005, en el marco de esa gran convocatoria, Leonardo eligió quedarse. Abandonó el MP20 y empezó a trabajar con Gildo Onorato, organizando la JP Evita en todo el país.

—Cuando empezamos, nos integramos al Frente de Juventudes por la Patria. Ahí estaban también Juventud Presente, con el Cuervo, el Partido Comunista Congreso Extraordinario, los pibes de la Casa de Santa Cruz, la Martín Fierro, Jóvenes de Pie, la Venceremos. Era 2005, 2006. Casi en paralelo se fue armando La Cámpora, pero en silencio, hasta que los compañeros pudieron ordenar finalmente esa fuerza y el Cuervo se integra ahí. Y desde entonces tanto La Cámpora como todas nuestras organizaciones no han parado de crecer. Los jóvenes se incorporan porque el kirchnerismo transforma. Hoy los pibes no se suman por la reivindicación. Antes, durante años, ya en el kirchnerismo, era reunirse para hablar de la policía, de la murga, de la plaza, de la jornada solidaria. Ahora se habla de política. Antes salíamos nosotros a buscar militantes. Ahora vienen y te preguntan primero:

“¿Vos estás con Cristina?”. Y después te preguntan: “¿Qué hay que hacer?”.

4
19 y 20 de diciembre de 2001. Los hilos invisibles

Algunos ya se conocían de vista, de actos, de peñas, de congresos, de verse en las marchas. Otros, aunque tenían veintipico, ya hacía años que militaban juntos en la universidad o en los barrios del sur. También hubo quienes esos días de 2001 se llamaban de otra manera, porque habían sido apropiados y vivieron ese avispero desde la identidad con la que habían crecido. Muchos de ellos se cruzaron corriendo ese día o el siguiente, escapando de los gases y las balas, se pasaron datos de personas perdidas o no, ni se vieron en la confusión del estallido, pero estuvieron en distintos puntos de esa ciudad en llamas que en el atardecer del 20 de diciembre vio cómo despegaba el helicóptero llevándose al presidente Fernando de la Rúa.

Todavía Néstor Kirchner no asomaba ni remotamente como referente de ninguno de los que corrieron esos días en la Capital. Incluso, dos años más tarde, varios de los que integran hoy la Mesa Nacional de La Cámpora votaron en blanco. Algunos de aquellos veinteañeros que fueron a la plaza el 19 y el 20 hoy promedian la treintena y son los que integran, entre otros, el núcleo duro de la agrupación. La mayoría, ese día de hace más de una década, ya tenía una historia personal de militancia, agitada en el seno de familias politizadas, en un país en el que hacía mucho tiempo la política era mala palabra. O tenían una duda terrible que las políticas de derechos humanos de Kirchner ayudaron a disipar. El reencuentro con sus verdaderas historias les devolvió también una noción de la política: junto con sus identidades, eso es lo primero que aprendieron a reconocer en la militancia de

sus padres y en sus asesinatos.

Ni siquiera todos ellos, entonces, se consideraban a sí mismos peronistas. Algunos sí, pero entre pequeños círculos de compañeros. Esos, la marcha la cantaban en secreto, como en las épocas de la proscripción. "Los 90 fueron para nosotros una proscripción cultural", dice Andrés Larroque. Ser militante peronista durante esos largos años en los que transcurrieron sus adolescencias fue cargar con la cruz del menemismo; en los barrios y en las universidades ser peronista teñía de suspicacia y sospecha razonable cualquier buena intención. Los jóvenes peronistas de los 90 se preguntaban muchas veces a qué apuntaba esa militancia, que se hacía casi sin política, porque durante diez años se dedicaron, en la universidad, a las reivindicaciones específicas o muy generales, y en los barrios, a apuntalar las organizaciones de desocupados y los comedores barriales. El camino a la construcción política estaba cerrado. Había hambre, y nadie quería escuchar hablar de política. Y mucho menos de peronismo.

Ese año, 2001, Andrés Larroque militaba con Quito Aragón, dirigente de la actual Corriente Martín Fierro, en Lugano. Allí Larroque dirigía La Escuelita, un centro de apoyo escolar y comedor en el que trabajaban estudiantes y egresados del Nacional Buenos Aires. Larroque había sido presidente de ese centro en 1996. Aquélla fue una experiencia insólita para la época: pasar del colegio al barrio. Una experiencia, podría decirse, que en los 90 parecía extremadamente setentista. Quito militaba en el Bajo Flores, donde vivía. Allí se conocieron y ese día, el 19 de diciembre de 2001, estaban juntos, al mediodía, con mil desocupados y vecinos de los barrios del sur, cortando el Puente Alsina.

Un día antes, el 18, ellos y muchos más habían celebrado los tres millones de votos de la consulta popular a la que había llamado el Frenapo. Y celebrando en La Escuelita eso que parecía un despertar habían decidido cortar al día siguiente los puentes de acceso a la Capital. Larroque y Quito

Aragón estaban en el Puente Alsina cuando llegó la noticia del estado de sitio. Todo ese año lo habían pasado cortando puentes y avenidas.

—Serían las seis cuando nos avisan del estado de sitio. La información llegaba mal. Éramos mil y teníamos un par de celulares solamente. Primero no le dimos bola —dice Andrés—, pero enseguida cae la yuta, y cae mal. Llegaron algunos vestidos de civil. Mandamos a uno de nuestros compañeros, un pibe rubiecito, a ver qué onda, a negociar.

—Andá vos, que sos rubiecito —le dijo el Cuervo en el puente, esa tarde, a un pibe que salió corriendo hasta donde estaba la Federal. El pibe habló un segundo y volvió a correr hacia donde estaban ellos, pero más rápido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué corrés así, boludo? —le preguntó el Cuervo cuando llegó.

—Porque el chabón me apuntó y me dijo que corra. Me dijo que si no nos vamos nos cagan a tiros —le soltó el pibe.

—Empezamos a desconcentrar lo más rápido que podíamos, pero era un quilombo —sigue recordando Andrés—. Había muchas mujeres con cochecitos, con nenes, gente de varias villas. Cuando estábamos en eso vimos el sur de la ciudad: carros de asalto, gases, balas de goma. Serían las ocho de la noche. Estaba oscureciendo. Mirá vos, yo tenía en el bolsillo las entradas para ir a ver a San Lorenzo, que jugaba la final de la Copa Mercosur. Alguien me avisa que el partido se suspende. Quedamos pocos, seríamos ocho, diez, y estábamos pasando por la villa 1-11-14, la del Bajo Flores, cuando nos vuelve a parar la policía. Ya era "alto o disparo". Todo mal. Los tipos nos ponen contra la pared, había varias pibas con nosotros, las molestan, los tipos empiezan a decirnos que "volvían". Había un aire de revancha. Bajaban una doctrina, no decían cualquier cosa. Decían que se había terminado la democracia. Nos basurearon de lo lindo, pero no pasó a mayores. Se dieron cuenta de que éramos pibes de sectores medios, las pibas usaban morral, eran medio hipponas, estaba el rubiecito. Nos pidieron guita, como siempre, y nos

dejaron ir. Las pibas se quebraron, se pusieron a llorar. Para nosotros esa escena había sido muy fuerte. Los pibes de mi generación no habíamos tenido nunca hasta entonces un choque así, con ese discurso. El cana nos había dicho, clarito: “Si yo quiero te mato porque hay estado de sitio y no tengo que dar explicaciones”. Caminamos unas cuadras en silencio y nos paramos en una esquina a evaluar la situación. “Esto es un autogolpe”, dijimos. A esa hora, ésa era la lectura. “Habrá que replegarse. Cambió la época. Viene el ajuste con represión”, dijimos. Estábamos desconcertados. Y nos fuimos, cada uno por su lado.

Parecía, el 19 a las nueve de la noche, que terminaba un día muy largo y extraño. Larroque se fue a su casa y ahí lo atajó su madre, que sabía que él había estado en el Puente Alsina, y tenía miedo.

—Estaba como loca —dice él—. Me seguía por toda la casa diciéndome “esto ya lo pasamos, no podemos volver a esto”. La percepción del autogolpe no era solamente nuestra. Prendo el televisor mientras me habla mi vieja y veo las cacerolas. Listo. Me subo al auto y me voy a buscar a uno, al otro, y nos fuimos a la Plaza. Dejamos el auto atrás del Congreso. Había una banda de gente, gente por todos lados. Nos quedamos mucho tiempo ahí, hinchando las pelotas, gritando, hasta que escuchamos un disparo. Claro, nítido. Habían matado a Jorge Cárdenas en las escalinatas del Congreso. Eso fue muy fuerte. Yo había visto golpes, corridas, palizas, balas de goma, pero que mataran a sangre fría a alguien así, no. Ya era la madrugada. Y era todo bizarro. El “que se vayan todos” era muy raro, porque ya ahí, esa noche, te dabas cuenta de que había de todo, que eso iba a ser muy complicado de unir. Quiero decir: estaba claro que eso no era una revolución. Qué era, no se sabía. Por suerte la gente había salido, porque si no salía hubiese sido terrible. Pero era de madrugada y seguía saliendo gente. De pronto, vuelve la yuta. Gases. Palazos. Corrimos hasta Callao y Santa Fe. Ahí éramos cuatro. Antonio Marioni, Luciano “el Chulo” Girardone y su mujer de entonces. Nos

conocíamos del secundario y del barrio. Cuando llegamos a esa esquina yo pensaba ya está, estamos en Callao y Santa Fe, zafamos, acá qué va a pasar. Y de pronto veo que a media cuadra viene un pibe de chomba Lacoste rosa, suéter blanco atado al cuello, pantalón de gabardina, qué más te puedo decir, bien de ese barrio, con la novia, una rubiecita. Y pasa una moto de la policía y le empiezan a dar. Lo cagaron a palos. Estaban sacados. Después vienen para donde estábamos nosotros y otra vez a correr para el Congreso. Y cuando vamos por Sarmiento, casi Riobamba, nos cae un carro de asalto. Al Chulo lo dejaron sangrando. Nos hacen correr a uno para un lado y al otro para el contrario. Escapamos sin saber si iban a disparar, y en la corrida nos desencontramos, nos perdimos. Pasamos el resto de la noche corriendo de un lado para el otro, hasta que nos volvimos a ver a las seis de la mañana, cuando ya había amanecido. Nos fuimos a La Boca, a la casa del Chulo, y ahí nos juntamos. No entendíamos. A las siete y pico me fui para el trabajo. Era en un estudio jurídico, era cadete. Me mandan a la calle, pongo la radio y escucho que en la Plaza les están pegando a las Madres. Vuelvo a la Plaza.

El 19 de diciembre de 2001, más o menos a la hora en que Larroque corría de Congreso a Barrio Norte, Mariano Recalde, Iván Heyn, Wado de Pedro, Franco Vitali y Santiago "Patucho" Álvarez, entre otros, cenaban en el restaurante Cervantes, en Perón y Riobamba. Militaban en NBI (Necesidades Básicas Insatisfechas), una agrupación independiente de Derecho que le había ganado a Franja Morada el año anterior. Heyn era de TNT (Tontos pero no Tanto), la agrupación de Ciencias Económicas que dirigía Axel Kicillof.

Wado de Pedro integraba la mesa del Cervantes porque militaba hacía ya algunos años en NBI, y trabajaba con Recalde en el sindicato de Judiciales. Venía de Mercedes, adonde se había criado con su familia, que logró restituirlo pocos meses después del asesinato de sus padres y de su

apropiación. Desde 1997, Wado militaba paralelamente en H.I.J.O.S., donde era el responsable de los escraches.

Todos habían pasado la tarde en el estudio de Héctor Recalde, el padre de Mariano. Lo usaban de sala de reuniones, y ese 19 se habían juntado desde las cuatro de la tarde porque había mucho “run run”. Se turnaban para ir a la Plaza de Mayo a ver si ocurría algo, pero hasta que se hizo de noche no pasaba nada, así que se fueron a cenar. Eran más de veinte, entre los de NBI y los de TNT. Cuando estaban llegando las supremas a la Maryland, a Mariano lo llamó su padre y le dijo que había cacerolazos.

—¿Cómo cacerolazos? —le preguntó Mariano.

—Cacerolazos. Gente golpeando cacerolas —le contestó Recalde.

Mariano transmitió la noticia. Más de uno repitió la pregunta que él había hecho: “¿Cómo cacerolazos?”. Laura González recibió en seguida un llamado idéntico. Ella salió a la calle, y a los dos minutos volvió a entrar:

—¡Hay una marcha tremenda! —les gritó desde la puerta.

—¿Dónde? —le preguntaron.

—¡Acá en la esquina!

Todos se levantaron de las sillas y salieron corriendo. Cuando llegaron a Callao, vieron. “Era como esas mareas humanas que uno ve en las películas, era un río de gente y no lo podíamos creer”, dice Mariano Recalde. “Era un momento tremendo. Un país de mierda. Había hambre, había corrupción, nunca pasaba nada, y de pronto, estaba despertándose algo.”

Fueron caminando hacia el Congreso, y cada vez era más densa la marcha y más fuertes los gritos. Wado le dijo a Mariano:

—Llamémoslo a Piumato, llamémoslo a Piumato.

Julio Piumato estaba en Caballito. Los dos trabajaban con él en el sindicato. Les amplió la información:

—Acá también está lleno de gente. Esto es un terrible quilombo.

Les pidió que lo fueran a buscar. Mariano y Wado se fueron en el auto, y

en el camino no dejaban se asombrarse de todo lo que veían en cada esquina. “Parecía *Mad Max*”, dice Mariano. “Todo piquete, humo, cacerolas, fuego, luz cortada.” Levantaron a Piumato en Caballito y volvieron para el Congreso. Fueron caminando por Rivadavia hasta Plaza de Mayo, que era el epicentro del huracán desatado en la ciudad. Vieron cómo se incendiaba la palmera de la Plaza, y cómo eso generaba una feroz ola de represión. Corrieron de nuevo para el Congreso, y fueron y vinieron otras dos veces más.

A la madrugada, decidieron que al día siguiente los de NBI y TNT se concentrarían con los Judiciales a las doce, en Corrientes y Uruguay. “Pero cuando yo llego a las once y media para coordinar todo —cuenta Mariano—, una piba de Judiciales me dice que le acababan de avisar que Wado había sido secuestrado.”

El capítulo de Wado del 20 de diciembre fue escalofriante. Esa mañana muy temprano se había ido de la Plaza al trabajo, y estaba en el sindicato cuando un compañero de NBI lo llamó para decirle que en la Plaza estaban reprimiendo a las Madres. Igual y a la misma hora en que lo había hecho Larroque, y como lo hicieron tantos otros, escuchó eso, cortó y salió directamente para allá.

Se tomó un taxi, se bajó lejos. No se podía ingresar por la cantidad de gente que corría hacia el Congreso, escapando de la montada, las motos y los gases. Wado estaba con diez pibes, iban tirando piedras a medida que intentaban avanzar hacia la Plaza, a contramano del desbande. De pronto, chocaron en una esquina con los caballos y las motos policiales, que se fueron contra ellos. Uno de los policías alcanzó a sacarle a Wado su mochila en la refriega. Él tenía allí las listas se seguridad de H.I.J.O.S., con los nombres y los teléfonos de sus compañeros.

Los pibes que iban con él querían irse, pero Wado intentó recuperar la mochila. Ahí lo agarraron. Lo cercaron policías uniformados, de civil y de la montada, lo golpearon y lo subieron a un patrullero. Antes de que lo metieran ahí, Wado llegó a ver al fotógrafo Damián Neustadt, al que conocía, y le gritó "Soy Wado, de H.I.J.O.S.", para que avisara a alguien que se lo estaban llevando. Uno de los policías que subieron con él lo escuchó.

Cuando arrancó el patrullero, comenzaron a darle una paliza feroz, a golpes y patadas. Estaban sacados. En un pico cúlmine de violencia, uno de los que le pegaban lo agarró del pelo para darle vuelta la cabeza y ofrecerle su cara al policía que manejaba, que de tanto pegarle chocó contra un taxi. Wado se había desmayado. Recuperó la conciencia con el choque. El que manejaba se había roto la mano, ya había llegado la ambulancia, a Wado se le había salido el hombro. La ambulancia se llevó primero al taxista, que estaba herido. Después a uno de los policías. Wado pedía un médico a los gritos, no tanto por el dolor del hombro sino porque quería salvarse de la policía. Uno de los que le habían estado pegando le torcía el brazo y le decía: "Callate la boca, que te vamos a matar".

La gente que miraba empezó a pedir que lo llevara una ambulancia. Y era mucha la gente alrededor. Lo subieron esposado y lo llevaron al Hospital Argerich. Con él subió uno de los que le habían estado pegando en el patrullero chocado. Ése le descubrió el celular que Wado llevaba escondido en un bolsillo del pantalón. Le sacó los documentos que tenía en el otro bolsillo. Le decía al oído, para que otro policía que los acompañaba en la ambulancia no escuchara: "Hablás y te matamos". Llegaron al Argerich y al rato, finalmente, Wado, todavía custodiado, consiguió que los médicos llamaran a un neurólogo para que le revisara los golpes en la cabeza. El médico que llegó, Pablo Barbeito, cuando lo revisó le pidió a la policía que se retirara del lugar. Se dio cuenta de que las heridas no eran del choque. Apenas se quedaron a solas, Wado le dio el teléfono de Julio Piumato y le

pidió que le avisara que estaba detenido y herido en ese hospital.

Eso fue unos minutos antes, apenas, de que Mariano Recalde llegara al sindicato de Judiciales para preparar la concentración hacia la Plaza. Silvina Guerri fue la chica que recibió el llamado de alerta. Los dos salieron inmediatamente hacia Barracas, acompañados por un abogado del sindicato. Cuando Mariano y Silvina llegaron al Argerich, encontraron a Wado en una camilla, esposado todavía, con una sola zapatilla puesta, en shock. Al verlos, se puso a llorar. Un rato antes había visto cómo llegaba a ese hospital otro chico de H.I.J.O.S. con una bala .38 en la columna, y al rato, a otro militante, muy golpeado, que tenía VIH y al que se negaban a atender porque sangraba.

Abajo, a la puerta del hospital, ya habían llegado muchos más: además de militantes de H.I.J.O.S., que primero habían reclamado por él en una comisaría, estaban algunos judiciales que acompañaron a Piumato, y las Abuelas, advertidas por el fotógrafo Neustadt, habían llamado a la Defensoría del Pueblo, que a su vez mandó a un fiscal. Había también miembros del CELS. Los de NBI, por su parte, ya habían presentado un recurso de amparo. Aquel abanico de organizaciones estudiantiles y de derechos humanos en el que estaba repartida la vida de Wado en esos años funcionó aceitadamente en aquel día terrible, y fue lo que lo salvó. A las siete de la tarde llegó una orden judicial para liberarlo.

Cuando por fin la policía lo dejó ir, Wado se fue con su tío Cucho y su hermano Gerónimo a una pizzería de Charcas y Malabia, cerca de su departamento. Comenzó a contarles lo que había vivido, pero en el medio del relato se desmayó.

Algunos de los compañeros que habían hecho presión por él en el Argerich habían vuelto a la Plaza. Se habían pasado la tarde avanzando y retrocediendo junto a otros miles de personas. En uno de esos movimientos de repliegue, Mariano Recalde vio cómo a uno de sus compañeros de NBI, Matías Padín, le pegaban un balazo en una pierna. Matías cayó, pero pudo volver a pararse

a pesar del dolor de lo que creía que era una bala de goma. Mariano recuerda haberlo escuchado gritar, en uno de esos avances: “¡Vamos, vamos, que no duelen las balas!”. Se quedó toda la tarde. Le ponían agua en la herida porque no paraba de perder hilos de sangre. Después se iba a enterar de que la bala, que era de plomo, había entrado y salido de su pierna.

En lo más denso de las refriegas avanzaban por Avenida de Mayo, a la altura de Chacabuco. Mariano todavía estaba a media cuadra de esa esquina cuando escuchó una ráfaga de disparos. Y ahí vio cómo caía Gastón Rivas, baleado en la cabeza. Mariano se detuvo un momento y le apretó muy fuerte el brazo al compañero que tenía al lado. “Nico, lo mataron”, le dijo, saliéndose un instante del fragor de la pelea y tomando brusca conciencia de la situación. En seguida la realidad los volvió a capturar, y siguieron tratando de avanzar. Tenían la idea fija de la Plaza de Mayo. De aquella tarde, Mariano conserva todavía hoy, en su oficina, un frasco que contiene diez perdigones y cartuchos de gas.

El 19 de diciembre de 2001, Juan Cabandié era todavía Mariano Falco. Tenía veintitrés años, lo habían echado de Telefónica y hacía poquito había decidido salir a recorrer por su cuenta algunas empresas de Internet —se había hecho una lista— para dejar su currículum. En una de ellas, ubicada en Belgrano y Defensa, lo había atendido el dueño y lo había tomado hacía muy poco. Juan, siendo todavía Mariano, estaba allí la tarde del 19, cuando empezaron las corridas.

Algo lo tiraba hacia la calle, pero no sabía muy bien qué. Ese joven de veintitrés años se llevaba muy mal con el que creía que era su padre, se había criado en una familia de policías, tenía amigos en el equipo de hockey sobre patines del Círculo Policial, donde había jugado. Ya entonces estaba atravesado, ese Juan que se creía Mariano, por tironeos muy raros. Desde la

adolescencia hacía tareas sociales a través de la escuela evangelista a la que lo mandaban. A los catorce años se había sumado a La Transparente, un grupo que trabajaba en la villa 1-11-14.

El 19 Juan se volvió a su casa, dudando. Algo lo atraía de un modo irresistible hacia la calle, quería ir a ver qué pasaba, quería salir, pero no se decidió. Prendió el televisor para seguir al tanto. Cuando llegó la noche, el ruido de las cacerolas sacudía también su cuadra, y su primera reacción fue golpear cacerolas en su balcón. Pero la calle estaba tan encendida que al rato se subió a su viejo Ford Sierra y se fue al Cid Campeador. Estaba lleno de gente. Ahí ya se entregó a ese devenir. Poco después estaba en la Plaza de Mayo. Cuando llegó, vio el fuego en las palmeras, el mismo fuego que veían, en otro sector de la Plaza, los que poco después iban a ser sus compañeros. Desde un lugar muy diferente al de los pibes que habían cenado en el Cervantes y que tenían ya muchos años de militancia, desde su propia sensibilidad nublada por la estafa de la que todavía era rehén, Juan vio entrar una columna de H.I.J.O.S. y esa imagen iba a quedarle grabada en la retina. Siguiendo sus impulsos, aquel falso Mariano se sumó a los que corrían de un lado al otro, intentando avanzar contra la policía. Estuvo ahí toda esa noche.

—En esas horas rompí el cordón umbilical —dice Juan—. Qué hacía yo ahí, un hijo de policía, un nieto de policía, puteando a la policía, rompiendo vallas, gritando desaforado. Yo había sido criado con esos parámetros, pero esa noche los rompí. El 19 y el 20 de diciembre significaron eso para mí: no sabía todavía quién era, pero supe dónde estaba parado.

En aquel hervidero de dos días, Juan, el que se creía Mariano, no era, ni mucho menos, el único veinteañero al que esa fecha asaltó con dudas muy agudas, muy tajantes sobre su identidad. Horacio Pietragalla Corti se llamaba entonces César Castillo. Vivía en Lugano, muy cerca de donde hacían su

trabajo territorial Andrés Larroque y Quito Aragón. Pero César, que recién dos años más tarde sabría la verdad, vivía a su vez muy lejos de ellos, en un universo familiar árido y violento. Como Juan, sin saberlo, Horacio se acercó más a su verdadera identidad gracias al estallido, como si en esos dos días les hubiese estallado algo en su interior, una certeza.

César había sido criado como propio por la mucama de un militar represor y por su marido. Toda su vida había transcurrido en Lugano, donde muy chico, y para la sorpresa de su entorno, totalmente despolitizado, había empezado a militar. Su primera lucha adolescente fue contra un circo que maltrataba a los animales. En 2001, ya tenía en su haber una corta militancia en el Partido Humanista.

Trabajaba como repositor para cerveza Quilmes. Esa semana del 19 les habían suspendido el trabajo por los saqueos, que habían empezado aisladamente unos días antes. Lugano estaba pesado. “Muy, muy heavy”, dice él, que conocía el barrio como la palma de su mano. Desde temprano hubo cacerolazos, y a la tarde, el 19, muchos vecinos de César fueron a saquear el Coto. Él los acompañó, sin saber muy bien qué estaba haciendo. Esas primeras corridas le parecían un “basta”, y en su interior se acumulaban las ganas de decirles “basta” a muchas cosas. Cosas políticas, cosas personales: en su historia, eran dos caras de una misma moneda, pero eso lo comprendería en 2003, Horacio. César sólo se dejaba llevar.

El barrio estaba completamente enrarecido, incluso para los que como César eran parte de él. En las torres corrió todo el día el rumor de que los de la villa los iban a saquear. César conocía esos rumores recurrentes, eran una debilidad del barrio ya instalada en las conciencias: cuando la cosa se ponía difícil, los de las torres se preparaban para defenderse de los de la villa, y después no pasaba nada pero quedaban el resquemor, el recelo y el malestar entre gente que compartía comercios, paradas de colectivo, escuelas y bares.

El 19 y 20 de diciembre César Castillo los pasó corriendo, como todos los

jóvenes que aparecen en esta historia, pero sin poder salir de Lugano, y sin poder salir tampoco de la trampa en su identidad que ya olía, como se olía el gas esos días, como se olía la pólvora tan seguido. Después, cuando por fin fue Horacio, pudo leer aquel clima de beligerancia entre vecinos como una trampa parecida a la que le habían tendido a él. “El discurso racista, la sospecha sobre el de al lado, yo ahí la escuché toda mi vida. Con eso nos dividen.”

La crisis de 2001 a César lo metió en una crisis personal. Todos sus amigos se habían quedado sin trabajo, el barrio estaba triste, las dudas empezaron a roer. Estaba en pareja con Magalí, y los dos necesitaban tomar distancia, como tantos que ese año decidieron emigrar. Vinieron las dudas: a dónde. Pensaron en Florianópolis, hicieron algún trámite, empezaron a averiguar, pero el 19 y el 20 de diciembre habían abierto un tajo en el interior de César que finalmente se tradujo en que todos esos planes fueron descartados. César se decidió, entonces, a empezar la búsqueda de su identidad. Horacio estaba por aparecer.

5
Andrés “el Cuervo” Larroque. Parte y testigo

A los hinchas de San Lorenzo les dicen “cuervos” en general, pero a Andrés Larroque le dicen el Cuervo en particular. A su alrededor, nadie le dice Andrés. Incluso —y sobre todo— los que lo conocen desde los trece años le dicen Cuervo. Ahora que tiene treinta y siete, Larroque *es* el Cuervo, y cuando estoy pensando que su historia es la indicada para condensar esta historia general de la agrupación que dirige, que su vida y la manera en la que la contó es la que mejor resume y recorre la historia de La Cámpora, me viene a la cabeza esto del apodo. El Cuervo es alguien implicado en lo que vive, y lo que vive desde casi niño es la militancia política y el amor por San Lorenzo. Y asociando un poco más, y teniendo en cuenta que La Cámpora está llena de pibes mucho más jóvenes que él que se tatúan el Néstornauta, me pregunto, volviendo al fútbol, si el nombre del Cuervo Larroque no es del algún modo, también, un nombre tatuado.

Larroque es el secretario general de La Cámpora. Es diputado nacional, pero sigue, como los otros diputados de esa organización, con el trabajo territorial que, en su caso, empezó hace quince años en la Villa 20 de Lugano. Larroque venía en ese momento de la militancia estudiantil. Fue presidente del centro de estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires en 1996. Cuando egresó, a los pocos meses, pasó a coordinar el trabajo de La Escuelita, el centro educativo y comedor en el que aquel grupo de militantes secundarios dieron el salto al trabajo social en una época en la que eso no se usaba. Mitad de los 90. Todavía hoy ése sigue siendo su ámbito, aunque tiene

otros más.

Allí y entonces el Cuervo hizo su posta generacional con los dirigentes del peronismo combativo de los 80. Eran épocas de grupos territoriales muy pequeños que comenzaron a aglutinarse alrededor de los MTD (Movimientos de Trabajadores Desocupados).

“Yo era kirchnerista pero no lo sabía”, dice para sintetizar aquella búsqueda de conducción que había sentido su generación, los que entonces recién pasaban los veinte. En la extendida gama de las agrupaciones “independientes” que florecieron en esa década, marcadas por la antipolítica neoliberal, aquí aparece una primera diferenciación de trazo grueso: todas ellas estaban afectadas por la degradación de la política y por la falta general de referentes, pero para algunas la autonomía y la horizontalidad eran una virtud en sí mismas. Para otras, eran un efecto colateral de una falta, la conducción, necesaria para integrarse en un colectivo más grande y más potente a la hora de medir alguna vez la correlación de fuerzas.

El Cuervo contará la etapa en la que ellos, que todavía eran muy pocos y se llamaban Juventud Presente, querían hacerse conocer por Kirchner para ponerse a disposición de su proyecto político, pero era tan de las márgenes del sistema político que venían, que no había nexos ni contactos. Debieron esperar, aunque tomaron la decisión de acompañar al Presidente en cada acto. Kirchner no era entonces un Presidente que convocara multitudes. Había asumido con el 22 por ciento de los votos y se le reclamaba, y él buscaba fuerza propia, pero hasta que la encontrara y le diera forma tendrían que pasar varios años.

¿Cómo generar una agrupación juvenil nacional que acompañara a un gobierno en el poder, sin llenarla de ambiciosos, viciados y especuladores? La primera respuesta que le dieron a esa pregunta Néstor Kirchner y su hijo, Máximo, que desde 2004 se involucró de lleno en el armado de La Cámpora, fue salir al encuentro. Hasta ese año, por su parte, el Cuervo había querido

insertar a Juventud Presente en la JP. El 18 de noviembre de 2006, incluso, se hizo un acto en la sede del PJ en la calle Matheu. El partido estaba todavía intervenido. Fueron allí militantes de varias organizaciones que ya habían tejido un armado, pero que no consensuaban todavía la manera de seguir creciendo y dónde insertarse. “Ese día entramos casi como infiltrados unos trescientos compañeros. Les armamos un acto kirchnerista ahí adentro. Fue la primera vez. Hubo muchas caras que palidecieron”, cuenta.

En esta historia, la de La Cámpora, las cosas pasan muy rápido. Ese acto en el PJ de la calle Matheu fue el 18, y el 28 del mes siguiente Néstor Kirchner recibió de la familia Cámpora los atributos presidenciales del delegado personal de Perón.

EL NOMBRE DE LA COSA

El 28 de diciembre de 2006, apretados en el patio de la Casa Rosada, doscientos militantes kirchneristas vieron en una pantalla gigante cómo la familia del ex presidente Héctor J. Cámpora le entregaba al presidente Néstor Kirchner los atributos presidenciales —la banda y el bastón de mando— de aquel gobierno que duró apenas cuarenta y nueve días en 1973. El relampagueo histórico que fue el gobierno de Cámpora es leído —porque así fue vivido por quienes lo reivindican— no sólo como el fruto de una resistencia que había empezado el mismo día del golpe de 1955, sino además como el punto culminante de la apropiación del peronismo que hizo una nueva generación. La de Néstor y Cristina Kirchner, la de muchos funcionarios, gobernadores y legisladores, la de los desaparecidos. El gobierno de Cámpora, por otra parte, es usualmente recordado por la derecha como el detonante de las fricciones internas que desencadenaron la violencia posterior, pero su verdadera puesta en valor reside en que fue ese gobierno el

que le puso fin, con la participación activa de la juventud, a los dieciocho años de proscripción del peronismo. Recordar los 70 sólo a partir de la violencia política que se desató en esos años impide asociar esa violencia con la inmediatamente anterior: desde el 55 hasta el 73, ésta fue una sociedad que se llamó democrática pese a que estaba prohibido el peronismo.

Ese día de diciembre de 2006 se apiñaban en el patio de la Casa Rosada, entre otros, Andrés “el Cuervo” Larroque, Juan Cabandié, Mariana Gras, Rodrigo Rodríguez, Wado de Pedro, Virginia García, José Ottavis y Mayra Mendoza. Provenían, como los dos centenares de militantes que estaban allí, de distintos espacios que desde el principio del gobierno de Kirchner se habían empezado a articular. En el primer tramo de ese camino hacia “la orgánica de la juventud” que formulaba el Presidente, iban a ser muchos los obstáculos: Kirchner había llegado tres años antes al poder sin fuerza propia, y había tomado, ya, muchas decisiones políticas que implicaron los primeros acercamientos juveniles a lo que se iba perfilando como un “proyecto nacional y popular”. El descabezamiento de las cúpulas militares, la reestructuración de la deuda externa, el fin de las leyes de impunidad y el impulso a los juicios, el rechazo al ALCA, eran algunas de ellas. Sin embargo, el proceso de apropiación de ese gobierno por parte de los sectores juveniles tuvo que sobreponerse trabajosamente a la tierra arrasada que era este país en materia de representación política. De los que pertenecen a esa generación, ninguno llegó a La Cámpora sin infinidad de planteos, ni sin resolver más de una contradicción.

En 2003 había muchas organizaciones peronistas que, aunque diezmadas, habían resistido rabiosamente al neoliberalismo menemista y aliancista, y había muchas otras, territoriales, universitarias, de derechos humanos, que habían surgido después del estallido de 2001. Había ya cruces y postas generacionales, intensas discusiones internas, escisiones, reagrupamientos, asambleísmo y nuevos espacios generados desde el oficialismo. Era un

hervor que quedaba muy lejos de la visibilidad pública, porque esas organizaciones no tenían relación con los medios de comunicación.

El primer gran paso que tenían que dar las agrupaciones preexistentes a La Cámpora era sentirse representadas por Néstor Kirchner. Kirchner, por su parte, era un Presidente que en ese entonces ya lograba grandes consensos, pero no obstante tenía cerca pocos cuadros identificados vertebralmente con su proyecto político; tenía muchos más acompañantes por las lógicas de conveniencia internas del peronismo. Era vital que intentara aquel armado propio.

Lo particular, lo que al mismo tiempo definió el modo de construcción política kirchnerista, es que eligió hacerlo no con un funcionariado dependiente del Estado ni con los poderes ya calcificados en el PJ ni con el sindicalismo cegetista, sino con la juventud que él mismo salió a buscar en 2007, a través del núcleo duro de La Cámpora, por todo el país.

En 2006, a través de costuras diversas que había hecho cada uno en sus respectivos ámbitos, tanto Larroque como los otros miembros de la Mesa Nacional de La Cámpora ya llevaban dos años intentando el armado de jóvenes del kirchnerismo. Siempre hubo aliados, agrupaciones hermanas y amigas, pero lo que ellos buscaban era la mística perdida en los 90, y responder directamente al presidente Kirchner. Habían sumado a varias JP —Peronismo Militante, JP Identidad, JP 26 de Julio, JP de Avellaneda, la agrupación Rodolfo Walsh de Ituzaingó, la agrupación El León Santillán de La Matanza— a algunas agrupaciones universitarias. Parte de ese armado luego se acopló a la Juventud de Compromiso K, emergente duradero de lo que fue la transversalidad a la que apeló Kirchner en 2003, y espacio de procedencia de José Ottavis y Mayra Mendoza. Ya existían las reuniones en la Casa de Santa Cruz, donde algunos militantes de esa provincia habían convocado a jóvenes de distintas agrupaciones para que se conocieran entre sí y discutieran sobre política. Para la superestructura política, en 2006, esos

doscientos pibes que llenaban el patio y miraban la pantalla gigante eran outsiders. En la Casa Rosada nadie los conocía.

El día anterior, el 27, el secretario general de la Presidencia, Oscar Parrilli —que había militado, como todos los pingüinos, en el Ateneo Juan Domingo Perón, que Néstor y Cristina Kirchner habían creado en 1980 en Río Gallegos —, había llamado a Larroque para convocarlos a ese acto. Oscar Parrilli y Carlos Zannini estaban abocados a esa articulación de sectores juveniles desde hacía dos años. En esos ensayos y errores del principio intervinieron también, alguna vez, viejos compañeros de Néstor Kirchner, militantes de la FURN (Federación Universitaria por la Revolución Nacional), su agrupación de base en La Plata. El "puente entre generaciones" que se ofreció a ser Cristina Fernández de Kirchner en el lanzamiento de su segunda campaña electoral, en 2011, no era una propuesta a futuro, como todo lo que alguna vez desde la política convocaba a la juventud. Era un rumbo marcado desde el principio, y un rasgo constitutivo del kirchnerismo.

Por eso, que los principales destinatarios de lo que iba a decir Néstor Kirchner esa tarde del 28 de diciembre de 2006 fueran esos jóvenes convocados por primera vez a un acto en la Casa Rosada marcó, como dirá a cada tramo de su relato el Cuervo Larroque, "un salto cualitativo". Recorte del espacio: la Casa de Gobierno. A tres años de asumir el poder, el Presidente generaba por fin y en público, aunque esto recién puede ser observado seis años después, una escena inaugural del kirchnerismo, como fue el bautismo de La Cámpora. Ese entramado de JP, agrupaciones universitarias, H.I.J.O.S. y militantes territoriales que el Presidente ya conducía tuvo por fin un nombre, que implicó varias definiciones fuertes e implícitas hacia adentro y hacia afuera de la organización. Hacia adentro, fijó una lectura histórica que reforzaba su identidad peronista y revolucionaria. Hacia afuera, nació la expresión más acabada en muchas décadas de un nuevo sujeto histórico de este proceso, la juventud organizada políticamente.

Como ya se ha dicho, ese proceso es amplio y de época, abarca a muchas otras agrupaciones y desborda el kirchnerismo.

Néstor Kirchner había estado en la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 1973, cuando asumió Héctor J. Cámpora. Había militado desde la JP para esa campaña, y como representante de la juventud había acompañado a Cámpora a Neuquén. También había ido a Ezeiza, con sus compañeros de la FURN, el 17 de noviembre de ese año, a recibir a Perón. Y allí estaba, treinta y tres años más tarde, recibiendo la banda y el bastón de mando de Héctor J. Cámpora, de quien esa tarde de 2006 dijo y les dijo a los jóvenes, muy emocionado, hilando una por una las oraciones improvisadas: “Tuvo honestidad política y lealtad, dos cualidades que hoy son muy difíciles de encontrar. Creo que son valores que las nuevas generaciones deben tener muy en claro (...). Me cuesta encontrar las palabras, yo nunca soñé... Nunca en mi vida soñé tener en mis manos el bastón y la banda de aquel digno hombre. Estas manos —dijo, sosteniendo el bastón— son las manos de miles que no están, y que soñaron como yo”.

“Ese día para mis adentros nació La Cámpora”, dice el Cuervo Larroque. Y así ha quedado, como un hito interno, aquella ceremonia que pasó casi inadvertida en los medios. Lo del nombre era uno de los temas de discusión de esa época, ya se leerán otros contextos en otras historias que reflejan esa etapa en la que se producía la primera horneada generacional con los que hoy tienen treinta y pico. No fue tan sencillo como para contar que ese día, en la Casa Rosada, nació La Cámpora, no fue en absoluto un lanzamiento institucional, y por eso el Cuervo dice “para mis adentros”, reconstruyendo un proceso complejo y con varios escenarios de trabajo simultáneos.

Sí le dieron ellos a ese nombre, ese día, la dimensión que quería Néstor Kirchner. Esa tarde, en el primer acto presidencial en el que hubo cantos de

pibes en la Rosada, el nombre de Cámpora fue resignificado por esos militantes. Pocos días después, en enero de 2007, en Río Gallegos, nació una nueva unidad básica que se llamó Agrupación Héctor J. Cámpora, y ahí nomás en la Casa de Santa Cruz les bajaron ese nombre completo. Así se llama La Cámpora: Agrupación Héctor J. Cámpora. Qué implicó ese nombre y apellido como bandera, y cómo se tramitó internamente esa elección, lo explica el Cuervo:

—Me emocionaron mucho las palabras de Néstor ese día. Dijo “Es la historia...”, y lo dejó picando, así, unos segundos. La palabra lealtad empezó a tener un significado contundente. Era un momento en el que el kirchnerismo estaba muy mezclado todavía con mucho pejotismo, por todos lados aparecían los que no tenían épica ni sentimientos, y que jamás hubiesen reivindicado a Cámpora. Y había mucho boludo todavía, que decía que el cambio y la izquierda de Néstor eran fulbito para la tribuna. Muchos dirigentes intermedios estaban con ese discurso, que a nosotros nos daba mucha bronca. Todo había empezado a tomar otro color el año anterior, en 2005, con el no al ALCA, pero sobre todo cuando Néstor armó solo las listas de las elecciones de ese año, y rompió formalmente con Duhalde. Me acuerdo muy bien de ese día. Nosotros fuimos a una reunión en el SUTHERN, en el local de la calle Paraná. Teníamos ya relación con Mariano Salvini y Juan Manuel Pignocco, de la Corriente Peronista Federal. Nos convocaron. Ahí estaban Marcelo Fuentes, Pepe Salvini y el Kuto Moreno, tres compañeros de militancia de Néstor, y el planteo fue que íbamos contra el duhaldismo y querían saber quiénes estaban dispuestos a bancar. Nos dijeron: “Muchachos, acá no vengan ni a pedir recursos ni a llorar, acá ahora hay que poner el pecho y dar la pelea”. Nosotros, chochos. Era lo que habíamos estado esperando escuchar. Veníamos de las JP silvestres, las que no tenían contacto con los funcionarios. Y caíamos en lugares en los que escuchábamos incluso un léxico que nos repugnaba. La única forma de

construcción que se les ocurría era juntando gente con contratos, la de siempre. La lógica de los 90. La caja, el derpo. Nosotros teníamos otro vocabulario, nos entendíamos con otras palabras y queríamos hablar de otras cosas. Por eso escuchar a esos tres compañeros nos ratificó que estábamos en el camino correcto. En 2006 no se hablaba en esos ámbitos más institucionales ni de compromiso ni de militancia. Eran Néstor y algunos más y se terminaba ahí. Ya en 2004, el 11 de marzo, en un discurso en Parque Norte, Néstor nos había roto la cabeza. Les habló a los militantes y dijo cosas que eran inentendibles para los que no lo escucharan con esa lógica. Yo sentía que nos hablaba a nosotros, pero nosotros todavía no lo conocíamos personalmente. Aquel 28 de diciembre de 2006, cuando Néstor habló de la importancia de la lealtad en las nuevas generaciones, nos emocionamos mucho, nos abrazamos, entendimos perfectamente cuál tenía que ser nuestro papel. Después llegó la bajada del nombre, y era clarísimo que ése era el nombre y por qué. En ese momento hubo compañeros que plantearon la discusión, porque todavía algunos tenían la lógica del asambleísmo, y había que posicionarse frente a eso que habían alimentado algunos teóricos muy leídos en los 90, como Toni Negri. Había rechazo por la idea de conducción. Todo tenía que ser horizontal. Fue un proceso de evolución, porque era indispensable revisar esos conceptos y entender qué significa en política la conducción. En esa época era tanta la susceptibilidad que el que quedaba a cargo de una fiesta de cumpleaños ya era sospechoso. La idea de un proyecto político que perdure en el tiempo es imposible de sostener sin conducción, y Néstor y Cristina básicamente significaban eso después de tantos años. Funcionar orgánicamente implicaba también, por primera vez, distinguir ámbitos para plantear algunos temas, aceptar diferentes niveles de responsabilidad, resignar cuestiones personales. No fue fácil porque desde un principio hubo intentos por desarticularnos, pero si pudimos llegar hasta acá fue porque dimos ese debate interno, nos organizamos de un modo compacto

y nos llamamos La Cámpora.

El Colegio

Andrés “el Cuervo” Larroque viene de una familia de padres y abuelos militantes. El padre era del Partido Comunista; el abuelo paterno, peronista. Ahí ya se detectaba una fricción. El abuelo materno era un radical de concepción nacional y popular. “Pero obrero”, aclara el Cuervo. “Vivió en Pompeya, en Lugano, siempre en una condición económica precaria, y era radical. Mi otro abuelo, médico, era el peronista. Ese abuelo, que era oriundo de Mercedes pero vivió en la Matanza, recibió en 1946 la Medalla de la Lealtad, porque no se había plegado al paro de los profesionales contra Perón.” Su padre y su madre se habían conocido en la Fede (Federación Juvenil Comunista). Las sobremesas familiares desde que tiene memoria estuvieron regadas de discusiones sobre fútbol y política.

En 1989, el año en el que llegó Carlos Menem al poder, el Cuervo hizo el ingreso al Nacional Buenos Aires. Recuerda haber visto los afiches de “Síganme” pegados en las paredes del colegio. Un año antes había tenido lugar la interna de Menem contra Cafiero, y su familia estaba con Cafiero, pero con poca convicción. Las ñoqueadas y el menemóvil parecían innovadores, y al principio generaron la ilusión de que volvía lo profano del peronismo, pero lo que volvió fue el aparato, casado con el ala más liberal de la política argentina. Ya ese año, 1989, el indulto sirvió para despejar todo tipo de dudas acerca de las intenciones presidenciales. En 1990 ya se estaba contra Menem. Ese año, mientras el Cuervo entraba a primer año, Mariano Recalde, de sexto, era elegido presidente del Centro de Estudiantes.

Cuenta el Cuervo que él habla de política desde que tiene memoria, y que a los trece se moría de ganas de militar. El centro de estudiantes fue el ámbito

donde canalizó ese interés. Desde el colegio, el primer impulso fuerte para movilizarse junto a sus compañeros fue en 1991, cuando un chico de Aldo Bonzi, Walter Bulacio, de diecisiete años, fue detenido el 26 de abril con su grupo de amigos y otras setenta personas en la puerta del Estadio Obras, en una feroz razzia policial, antes de un recital de los Redondos. No estaban haciendo nada. Estaban parados, esperando para entrar. Ese grupo fue trasladado a la comisaría 35, de Núñez, a cuyo cargo estaba el comisario Miguel Ángel Espósito. Según testigos, fue él mismo el que pateó y golpeó a Walter en la cabeza. Su muerte se produjo una semana más tarde en el Sanatorio Mitre. La policía intentó borrar las huellas de la golpiza. La causa adquirió en poco tiempo ribetes indignantes, por la connivencia policial, judicial y política. Durante esos años, se realizaron muchas marchas por el Caso Bulacio, emblema de una generación indefensa frente a los abusos policiales. El Caso Bulacio tiene todavía hoy una lamentable vigencia. Evoca, casi acusa: surgen los nombres de Miguel Bru y Luciano Arruga, pero hay muchos otros nombres de los que ni siquiera llegamos a saber. Sigue habiendo víctimas jóvenes y pobres de abusos policiales en varias provincias. En 1991, con el menemismo autoafirmado en los postulados liberales más tajantes, la Argentina entraba en el largo ciclo que estallaría una década más tarde, y que incluía a los jóvenes como excluidos preferenciales.

—Ya ibas entendiendo cómo venía la mano —dice el Cuervo en su despacho del tercer piso del Congreso, a unos metros de las que fueron las oficinas de Néstor Kirchner y hoy son la Sala de Juventud. A su alrededor se mueve media docena de jóvenes que volveré a ver en otras entrevistas, en otros ámbitos, como la Villa 20, donde hacen trabajo territorial varios de ellos. El Cuervo habla mirando un poco al vacío y un poco a su celular, que dejó en vibrador. En el curso de esta primera charla, atiende una sola llamada y deriva las demás, pasándole el teléfono al asesor que corresponda.

—Cuando entré al secundario —sigue—, te hablaban de “descentralizar” o

de “desregular” y vos ya sabías que querían decir “privatizar”. Que el Estado se corriera. En el 92 había dos ejes. Bulacio, que significaba la violencia policial, impunidad, estigmatización de los jóvenes, y la Ley de Convertibilidad. Había nexos entre las dos cosas, evidentemente. Desde el 92 se instala el discurso tecnocrático, cavallista, eficientista, del mercado como panacea universal. Y vienen muchas escenas bizarras, porque hemos visto a antiguos referentes del peronismo histórico, combativo, defender lo indefendible, y ahí para nosotros se terminó la mística. En el 92, 93, el Turco ya era un fenómeno para casi todos. Yo tenía quince, dieciséis años. Pero me acuerdo de todo. Vos tenías compañeros más grandes, a los que quizás tenías como referencia, y de pronto los veías caer. Empezó a correr la merca, la guita. Vimos descomponerse moralmente a mucha gente. Si los pendejos planteábamos algo, una disidencia, la respuesta era: “Loco, ya fue”. Los vimos quebrarse cuando todavía nosotros éramos muy chicos.

En el secundario, al principio y como siempre, en un verbo que estructura su vida, el Cuervo se propuso “reagrupar”. Como el peronismo estaba en “estado de hibernación” para ellos, “reagruparon” como pudieron. El grupo en el que estaba el Cuervo tenía corazón nacional y popular, pero la época no. Gran parte de las agrupaciones “independientes” que surgieron en esos años estaban integradas por jóvenes que sostenían las líneas del peronismo combativo, pero por la falta de referentes a nivel nacional o provincial, y por sus propias contradicciones con el menemato, se camuflaron en esa “independencia” en la que confluyeron con otros grupos de orientaciones políticas muy distintas, e incluso con portavoces de la antipolítica. Terminaron formando el Frente de Lucha Estudiantil, y ganaron las elecciones en 1994. En 1996, el Cuervo fue elegido presidente del Centro.

Allí se conformó una Comisión de Acción Social, que hacía lo que varios años más tarde —sobre todo después de 2001— empezaron a hacer los alumnos de muchas escuelas de “incluidos”: juntar ropa y alimentos no

perecederos para las escuelas de los “excluidos”. Lo raro de aquella camada del Buenos Aires fue que, extemporáneamente —ya lejos de las experiencias de los 70 y todavía lejos también de las experiencias post estallido—, cuando egresó, radicalizó esa ayuda y decidió no sólo juntar mercadería sino hacer trabajo territorial en la Villa 20 de Lugano, dando apoyo escolar en el centro La Escuelita, Grupo por la Educación Popular, una experiencia que integraron también militantes de Franja Morada y otras corrientes. Fue un año después de que el Cuervo egresó, en 1998, cuando la gente del barrio les planteó a los estudiantes que en lugar de ir cada dos meses a llevar mercadería se quedaran dando ayuda escolar, porque eran muy pocos los que iban a la escuela, y los que iban no entendían nada porque tenían hambre. A él lo convocaron, él llamó a sus ex compañeros recién egresados, y volvieron.

“Y cambió todo”, dice. Porque lo primero que hicieron fue abandonar un local que les prestaba un puntero y juntar plata para comprar un terreno y construir algo propio. La plata provenía de las fiestas que los alumnos del Buenos Aires organizaban en distintos lugares, como en Cemento. El Cuervo llegó cuando estaba en construcción ese lugar, que sigue funcionando hasta hoy, que ha ganado un primer piso, una sala de reuniones, un comedor y una cocina. “Tenés que venir al barrio”, me dice el Cuervo.

La Escuelita

Una semana después, el 11 de mayo, estamos allí, un día de frío en el que el crujir del aceite en las enormes sartenes del comedor hace agua la boca de los niños que esperan sus milanesas con guarnición de revuelto de zapallitos. La villa 20 no tiene ni una pizca del folklore urbanístico de la 31. Ha sido olvidada, se encima sobre sí misma y se recuesta, incómoda, junto a las torres de Lugano. Cocineras, militantes y madres que vienen a dejar o a buscar a sus

hijos se chocan en el pasillo estrecho de La Escuelita. Hay mucha gente circulando porque es pleno mediodía. El comedor primero funcionaba dos veces por semana, alternándose con las clases de apoyo, pero después se armó todos los días hábiles. Desde 1998 hasta hoy, ése es el lugar de arraigo del Cuervo, aunque pasaron años dedicándose sólo a lo específico, dar clases y dar de comer. Limitarse a eso evitaba tanto choques internos como choques con los vecinos. La comida era rejunte: no había ninguna ayuda social, y cada uno llevaba lo que podía.

—Al principio seríamos unos noventa pibes. Era raro para los años 90. Éramos muchos, pero políticamente no teníamos un objetivo en común. Había treinta que venían porque querían hacer la revolución, otros treinta por culpa y otros treinta por las dudas. Llevábamos adelante el comedor, pero para ponernos de acuerdo entre nosotros y con los vecinos la única referencia era la figura del padre Mugica —dice el Cuervo justo hoy, cuando se cumplen treinta y ocho años del asesinato del cura villero y en unas horas se le hará un homenaje en la Villa 31. El Cuervo será uno de los oradores. Otro será Gabriel Mariotto—. Fue justo cuando Mariotto ganó el Cóndor de Plata por su documental sobre Mugica. Yo lo conocí mientras hacía esa película. A nosotros en los barrios nos sirvió mucho como material, porque Mugica era el Perón de las villas. Era muy difícil trabajar con la gente en los barrios. No había articulación, no había solidaridad, el individualismo había calado hasta ahí. La idea general era que la política era una mierda, y que cualquier cosa colectiva era política. Si alguna vez intentábamos salir del trabajo del comedor para hilar un poco más fino, nos corrían. “No nos vengan con política acá, ¿eh?” Qué difícil que era...

En la sala de reuniones de La Escuelita, donde en principio nos habíamos sentado el Cuervo y yo para grabar la entrevista, la puerta había quedado

abierta. De a uno o de a dos, fueron entrando los pibes. Los vi llegar por el rabillo del ojo, mientras me daba cuenta de que el Cuervo, sentado frente a la puerta, también los veía y debe haber habido entre él y ellos algún gesto que yo no pesqué, porque nos rodearon y se quedaron escuchando el extenso relato de esa tarde, pasándose el mate, superponiéndose a veces en los datos que faltaban y hasta cantando en algunos momentos. Todos conocían la historia, porque la habían vivido juntos. Algunos de los que estaban ahí fueron los que a lo largo de toda una noche de 1998 cavaron la zanja de cuatrocientos metros que era necesaria para llevar las cloacas y el agua hasta el comedor popular. Otros cortaron los mismos puentes y tiraron piedras desde la misma esquina en 2001. Y seguían trabajando en La Escuelita cuando siete años después, en 2008, durmieron dos meses en las carpas de la Plaza del Congreso. No era la historia del Cuervo propiamente dicha la que estaba por escuchar, sino la de ese grupo que se fue uniendo con otros que después se articularon con otros que hoy integran La Cámpora. Así han sido más o menos todos los relatos que incluye este libro. Ninguna historia es estrictamente personal.

En 1998, cuando comenzó el trabajo en la Villa 20, el Cuervo se conectó muy pronto con dirigentes como Marcelo Koenig y Quito Aragón, que hacían militancia territorial desde la década anterior. Ya entonces comenzaron con Quito a trabajar en conjunto. El universo de las agrupaciones peronistas y de izquierda, en los 90, las que fueron fundiéndose después en los MTD (Movimientos de Trabajadores Desocupados), era pequeño y todos se conocían. Los había en todo el país, y no se agrupaban porque no había estrategia ni referentes. Eso continuaría así hasta que en 2000 apareció el Frenapo (Frente Nacional contra la Pobreza) como gran esperanza auspiciadora de una articulación más grande, y cuyos ejes han sido ampliados en un capítulo anterior. La lógica del Frenapo replica a medida nacional la de muchas agrupaciones que lo integraron: también hubo referentes nacionales

de la política, las organizaciones sociales, los sindicatos, las iglesias que se pusieron de acuerdo en la urgencia del hambre y la pobreza, pero que no pudieron traspasar ese gran consenso y jugar políticamente unidos para dar la pelea.

Todo ese año miles de militantes de todo el país trabajaron para organizar la consulta popular por un seguro de desempleo que se realizó tres días antes del estallido de 2001 y que obtuvo casi tres millones de votos. Mientras tanto, la institucionalidad del país se resquebrajaba, las medidas económicas estaban fuera del control del gobierno de la Alianza porque las órdenes llegaban de afuera, como hoy sucede en los países europeos más débiles. Lo que hoy se ve con claridad en Europa no se veía tan claramente aquí en 2001.

El 18 de diciembre estuvieron los resultados de la consulta y el Cuervo y Quito Aragón se reunieron en el Bajo Flores para analizarlos. Eran varios los grupos que decían que no podían quedarse en esos tres millones de votos y seguir esperando. Decidieron que el 19, el día en que todo estallaría, iban a cortar todos los accesos a la Capital. A Quito y al Cuervo les tocó el Puente Alsina. Todo el año lo habían pasado cortando puentes. Ya no circulaba el dinero. Se vivía del trueque y día a día el sistema chorreaba hacia su lado de afuera a más y más desocupados. Allí los encontró el estado de sitio, entre el humo de los neumáticos. Y del corte pasaron a la refriega.

El 21

—El 21 ya estábamos en Lugano, con el barrio prendido fuego —dice el Cuervo—. Porque siempre cuando te cuentan lo que pasó el 19 y el 20 de diciembre, te cuentan lo que pasó en el centro. Pero los barrios eran un quilombo. Todos creían que el de al lado lo iba a venir a saquear. Había una hostilidad increíble. Esos dos días hubo enfrentamientos entre la gente. Pero

el 21 ya era otra cosa. Había un aire más puro. Distinto. No era el paraíso, pero era otro aire. El mismo 21, ¿eh? Primero, porque cuando cae De la Rúa se demostró que no estaba tan lejos la superestructura, que no era intocable. Y para nosotros era el regreso del pueblo. Como actor anárquico, desarticulado, empujado por mil contradicciones, pero estaba el pueblo. Y se abría un escenario nuevo. Y hay que ver de qué manera asomó ese nuevo escenario ante nosotros, los que habíamos estado discutiendo todos los 90. Hasta ahí tenías compañeros que te planteaban que había que hacer Chiapas, y otros que se iban al Frepaso —se ríe, se agarra la cabeza—. No eran fáciles esas discusiones. Pero a partir del 21 de diciembre de 2001 nosotros advertimos que había espacio para la política. Y pensábamos con Quito que si alguien sabía captar ese momento se podía reconstruir un movimiento tomando las reivindicaciones de los sectores populares, porque además ese piso era muy bajo. Nosotros sostuvimos que la CTA y De Gennaro, después de haber juntado tres millones de votos dos días antes, tenían que ponerse a la cabeza. De Gennaro era el único tipo que podía caminar por la calle. La semana del "que se vayan todos" no se salvó nadie, pero él estaba intacto. Dijimos: acá tiene que jugar él. Y qué pasó. Pasaron los días. No hubo respuesta política. Hubo cri cri. De Gennaro o Chacho Alvarez hubiesen podido ocupar el lugar que ocupó Néstor si se hubieran puesto con los tapones de punta contra el modelo. Ésas fueron dos figuras, en dos momentos distintos, que hubiesen podido llenar el vacío de conducción. Pero fue Néstor el que tuvo la capacidad y los huevos. Cómo fue que pasó todo, todavía me sorprende. Tenía que llegar el dirigente que se hiciera cargo de la historia, y fue él.

El Cuervo toma carrera y habla rápido, por momentos atropellándose con las palabras. Le pregunto cuánto tuvo que ver, en ese proceso de buscar y encontrar una conducción, que fue en definitiva el hecho que fundó la nueva etapa en la que muy lentamente fue naciendo La Cámpora, la "comprensión

histórica”. Esa expresión la incluyó Cristina Fernández en el discurso inaugural de Néstor Kirchner —que escribió junto a Carlos Zannini, según ha contado ella, “de un tirón”, un día antes de la asunción del 25 de mayo de 2003, en el departamento de Juncal y Uruguay, después de que su marido les rechazara una versión anterior tirando las hojas al piso y diciendo: “Yo esto no lo leo”—. Tal como he relatado en el prólogo, acercándome a los miembros de la organización y escuchándolos, la “comprensión histórica”, que cada uno define con sus palabras y a su manera, aparece como una especie de abrelatas que en un determinado momento le permite a cada uno ver un contenido, ver una película entera, ver los correlatos, atar los cabos, sacar las conclusiones, hacer las lecturas políticas individuales que confluyen en una lectura política colectiva del pasado y el presente. El Cuervo piensa la respuesta: la “comprensión histórica” es más algo que se experimenta que algo que se define. Pero, efectivamente, en esa expresión residen los hilos invisibles que ya en 2003 comenzaron a tejerse entre Néstor Kirchner, un militante político que había llegado a la Presidencia, y un sector de militantes jóvenes, desorganizados, muy activos y sin referentes, que después de años de cortar calles y puentes creían que se abría la etapa de la construcción.

—Nosotros éramos unos pibes de veintipico, con una experiencia interesante de militancia estudiantil y social. Siempre habíamos tenido una fuerte decisión, y en ese momento habíamos visto que era ahí, que era ahora, que teníamos que dar ese paso. Y creo que nosotros lo vimos, y otros dirigentes intermedios no, porque éramos marginales. Nosotros militamos toda la década anterior pero sin ningún nexo con nadie, sin responder a nadie. No nos cooptó la política de los 90, ni la liberal ni la progresista. Néstor, aunque había sido gobernador, no se cerró en la gestión. Siempre se apoyó en la militancia. Siguió haciendo trabajo político todo el tiempo y desde afuera del aparato. Nosotros no lo conocíamos, pero después entendimos su rupturismo, su estilo contracultural, esas cosas que te sorprendían porque ya

no esperabas que las dijera ni que las hiciera nadie. Parecía que el poder emparejaba a todos, y a Néstor no.

Piedras y política

En 2002, con Quito Aragón, primero armaron el Movimiento Barrial 19 de Diciembre, que después derivó en la Corriente Nacional Martín Fierro.

—Preguntale a Quito quién le puso el nombre —me dice, se ríe—. Lo cagué. Él traía otro nombre. Lo que teníamos en ese momento era un movimiento de desocupados. Éramos piqueteros. Y le dije: "El piquetero es el gaucho de ahora". Me basé en *Los hijos de Fierro*, y Martín Fierro era Perón. ¿Sabés cómo armamos eso? A los dos o tres días del 20 de diciembre, la gente te empujaba. Cuando volvimos al barrio lo vimos. La gente decía "vamos, vamos, vamos". Y ahí pasamos de hacer un trabajo concentrado en la zona sur de la ciudad, a empezar a laburar en el conurbano, en el interior, con los otros MTD. Nuestra construcción era de pibes de clase media, los que seguíamos desde el secundario y los que venían de la universidad, sumados al grupo de Quito, que provenía más directamente del peronismo combativo de los 80. Y los desocupados. De 2001 a 2003 crecimos porque conseguíamos el morfi y los planes. La nuestra nunca fue una lógica clientelista: no éramos punteros de nadie, estábamos ahí para dar una mano y ayudar a la organización popular. Había hambre. Teníamos nuestro espacio de desocupados organizado en grupos de trabajo. Uno en construcción, otro textil, otro en educación. Después de haberla remado durante años sin poder hablar de política, pasaba algo milagroso, que era la organización.

Ese crecimiento fue sacudido el 26 de junio de 2002, con los asesinatos de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki en el Puente Pueyrredón. Era contra ellos, contra los grupos como el del Cuervo y Quito y tantos otros, era contra

los piqueteros que embestía y ponía un límite el Estado conducido por Eduardo Duhalde. La emboscada, la represión, la mentira de la versión oficial —que los piqueteros se "habían matado entre ellos"—, el consentimiento de los grandes medios —"La crisis se cobró dos vidas", la tapa de *Clarín*—, y la reconstrucción fotográfica de esos dos crímenes desataron hacia adentro de las organizaciones nuevos debates.

Dice el Cuervo que el movimiento piquetero estaba unido por la práctica del corte, pero que ya entonces se hacía evidente que, "fuera de la lógica de pudrirla, no había una unidad de concepción política". Los grupos que provenían del nacionalismo popular y los del peronismo revolucionario empezaron a disentir con los más cercanos al Polo Obrero o a los de la CCC (Corriente Clasista y Combativa). Los primeros decidieron plantearse la organización política porque entendían que, después del estallido, ésa era la herramienta necesaria para profundizar un camino que habían empezado en los 90 tirando piedras.

El presidente seguía siendo Duhalde, puesto por el Senado, cuando el 21 de abril de 2003, días antes de las elecciones presidenciales, se produjo la feroz represión contra las obreras que mantenían la toma de la empresa textil Brukman. Las cincuenta y ocho trabajadoras estaban rodeadas y apoyadas por organizaciones piqueteras y estudiantiles cuando se desató el operativo que militarizó durante horas al barrio de Balvanera. Ese desalojo provocó decenas de heridos y más de un centenar de detenidos. El grupo del Cuervo, que estuvo ahí, mantuvo el trabajo de base, pero salió a tantear un posicionamiento frente a la inminente salida política de la crisis.

—Se empezaron a discutir las candidaturas, cuando nosotros estábamos todavía en una posición muy marginal, y en tu propio espacio siempre había un ala izquierda que te corría, que te decía que la democracia era burguesa y que todos eran lo mismo. Entonces, cuando llegamos a las elecciones de 2003, ese espacio, el nuestro, decidió boicotear las elecciones. Lo de

Brukman había dado mucha bronca. Varias organizaciones llamaron a votar en blanco o no votar. Habían hecho lo mismo en 1999, pero el contexto era distinto. En el 99 yo me prendí y fui solo al Kilómetro 501 que organizó NBI, la agrupación de Mariano Recalde, para estar a más de 500 kilómetros el día de las elecciones. Fuimos a Sierra de la Ventana. Yo fui para conocer pibes y acercarlos a nuestro grupo, y terminé llevándome la mercadería que les sobró para el comedor de la Villa 20. Pero bueno, en 2003 no votar me generó muchas contradicciones. Mi viejo votó a Kirchner y yo no, por ser orgánico. Y no me pasó eso a mí solo. Ese espacio se partió. Quito y el Negro Suárez siguieron con la Martín Fierro. El Negro Suárez venía de Quebracho. Nosotros queríamos bajar un cambio, pensar la escena, parar de pudrirla para ver mejor. Ellos no. Íbamos a una marcha en la embajada de Estados Unidos y se pudría todo. Y yo volvía y decía: “Che, esto no sirve para un carajo”. Y venían las discusiones. No se podía salir de esa lógica, y los que queríamos hacer política terminábamos yéndonos. La última discusión fue después de una marcha contra Edesur. Terminamos a los gritos entre los que querían seguir agudizando y los que queríamos empezar otra etapa. A uno de ellos esa vez le dije, clarito, que si generar violencia hubiese sido la cuestión, el proceso político lo habrían liderado los barrabravas de Boca o de Chacarita. Quito quiso interceder desde una posición intermedia pero no hubo caso, y quedó del lado de ellos. Fue entonces cuando los más pendejos nos fuimos, y armamos Juventud Presente.

Desde Juventud Presente, el Cuervo afianzó los lazos que ya existían con Wado de Pedro y Carlos Pisoni, de H.I.J.O.S., con Mariano Recalde, de NBI, en Derecho, y con TNT (Tontos pero no Tanto), de Ciencias Económicas, donde estaban Iván Heyn, Axel Kicillof y el Grupo Garra de Javier Andrade. Ése fue uno de los reagrupamientos fundacionales de La Cámpora, aunque faltaba mucho.

—En la FUBA ellos ya habían ganado, venían trabajando juntos desde

hacía mucho tiempo, casi todo el que yo llevaba en el territorio. ¿Y qué hacemos? Nos hacemos kirchneristas pero sin hablar con nadie del kirchnerismo. Nos mandamos solos. Fue raro. A veces nos venían a buscar, se suponía que era alguien del gobierno, y no queríamos acercarnos. Porque veíamos la escena completa... Nosotros nos planteamos: creemos en este tipo, entendemos que tiene que acumular poder, pero mientras tanto nos quedamos por acá, cerca, sin formar parte. Y qué hacíamos: íbamos a todos los actos de Néstor. Nos juntábamos una bandita y ahí íbamos, donde fuese, a bancarlo, a que el tipo tuviera quien lo respaldara a él. Sin ninguna relación con el gobierno. Bancábamos nosotros ese seguirlo a él por todas partes. Nos íbamos en tren, en bondi, en lo que sea. Un compañero, el Gato Ramos, que era de San Vicente, se movía por todo el conurbano. Era el que nos garantizaba llegar temprano y poner la bandera. Nosotros llegábamos cuando podíamos, cuando salíamos del laburo, pero la bandera estaba siempre y Néstor la empezó a reconocer.

Cuando el Cuervo llega a esta parte, los pibes que nos rodean en La Escuelita y que compartieron con él aquella época de acompañar a Kirchner en los actos se vuelven de pronto y espontáneamente una banda de sonido: empiezan a cantar las primeras canciones con las que lo alentaban desde atrás y al fondo. “El día que me muera, yo quiero mi cajón, que diga Néstor Kirchner, Evita y Juan Perón”, o “Qué alegría qué alegría, olé olé olá, vamos Néstor todavía, estás para ganar. Todos de la cabeza, haciendo descontrol, sólo te pido Néstor, que sigas a Perón”.

Juventud Presente

De 2003 a 2005, la unidad básica de Juventud Presente era el departamento del Cuervo, en Constitución, donde sigue viviendo. La llave la tenían varios y

había reuniones de las que él participaba y otras de las que pasaba y se iba a dormir. En 2005 hicieron una colecta y alquilaron un local en Parque Patricios, en la calle Almafuerte número 89. En esa unidad básica el Cuervo conoció a Máximo Kirchner el 26 de enero de 2007, en su cumpleaños.

En ese lapso, el Movimiento Evita ya se había creado y había algunos en Juventud Presente que planteaban unirse, hacerlo todo más rápido; otros querían seguir esperando. El local de Almafuerte empezó a tener aura. Juventud Presente también. Se hacían fiestas los fines de semana, que desbordaban la sala y terminaban en la vereda, frente al parque. El PJ estaba intervenido, el peronismo seguía enrarecido, y en esa yunta que se armaba en Parque Patricios confluían jóvenes que habían pasado por alguna JP silvestre, o con identidad peronista pero sin militancia. Pibes que leían a Cooke y a Jauretche.

La convocatoria a la juventud estuvo desde 2003. Habían existido algunos intentos previos desde el kirchnerismo para convocar a los jóvenes, pero en esos años el kirchnerismo era otra cosa: eran Néstor y Cristina Kirchner, los pingüinos, maduros y jóvenes, algunos ex militantes de 70.

Lo primero que hubo, en 2005, fue el Grupo de los Secretarios, un intento efímero porque fue encomendado a los secretarios de los funcionarios, todos ellos jóvenes pero no necesariamente interesados en la militancia. Se hicieron algunas reuniones, pero fue decayendo rápidamente porque no había trabajo político previo ni la forma de acercamiento tenía que ver con el tipo de construcción política a la que aspiraba Néstor Kirchner, que era el mismo que traía de su militancia platense, en los 70, y que había replicado desde la década del 80 en Santa Cruz. Era una construcción desde la base, no desde los despachos.

Otro entrecruzamiento tuvo lugar en la Dirección de Juventud porteña en 2006. Por un fugaz acuerdo entre Compromiso K y el entonces jefe de Gobierno Jorge Telerman, José Ottavis quedó al frente de esa Dirección. Allí

coincidieron distintos grupos, entre ellos Juventud Presente, con el Cuervo.

En septiembre, el Presidente convocó a algunos miembros de ese grupo de jóvenes por primera vez a una reunión. Fueron Juan Cabandié, José Ottavis, Mariana Gras, Andrés La Blunda, entre otros. Esa vez no fueron invitados ni el Cuervo ni Wado de Pedro, que eran segunda línea. A los que fueron, Kirchner les planteó el armado nacional de la juventud. Mientras tanto, desde el año anterior habían comenzado los entrecruzamientos que faltaban, en un escenario clave. Ese tejido de grupos se buscaba desde la Casa de Santa Cruz, donde empezaron a hacerse reuniones, se fue probando, anudando, destejiendo y volviendo a empezar. Algunos militantes santacruceños, entre ellos Diego Felgueroso, Martín Hernández, Matías Bezi y Virginia García, coordinaban los contactos y tenían diálogo, a su vez, con Néstor y Máximo Kirchner. Ese grupo fue la piedra fundamental en el armado de La Cámpora.

Allí confluyeron tanto los jóvenes de Compromiso K, el espacio en el que trabajaban José Ottavis y Mayra Mendoza, como el Cuervo, que llegaba con el trabajo territorial de Juventud Presente, Wado de Pedro, que enlazaba a H.I.J.O.S., a NBI, que había fundado Mariano Recalde, y a Juan Cabandié. El 16 de diciembre hubo otro acto con la Juventud de Compromiso K en el ND Ateneo. Lo llenaron. Hablaron el Cuervo, Virginia García, Juan Cabandié, José Ottavis y Carlos Zannini.

—Zannini habló una hora —dice el Cuervo—. Para nosotros fue una clase magistral. Yo le había visto un papelito con el que subió a hablar, tenía como catorce puntos. Los fue desarrollando uno por uno, y yo pensaba “qué cuadro, ¿cuántos más habrá como este tipo?”. En 2006, al principio, nosotros teníamos el criterio, teníamos el trabajo político hecho, pero no nos daban bola. Era todo caótico, mucha mezcla. Pero se ordenó pronto. Se aclaró todo en una segunda etapa, ese mismo año, cuando apareció Máximo con los compañeros de Santa Cruz, para articular a todos los grupos que estábamos ya reunidos, y surgió enseguida la idea de La Cámpora. Primero nos fue

llegando el mensaje. Quedó un núcleo duro, y a ese grupo Néstor, en las oficinas de Puerto Madero, le bajó una línea muy clara y muy concreta. Había que recuperar la esencia de las JP Regionales, no la de los Montoneros. La de la JP de masas. Había que trabajar para rescatar lo mejor de los 70, la gloriosa JP. Se nos planteó concretamente trabajar un año, 2007, en un proceso de armado nacional sin ninguna visualización mediática. Yo nunca en mi vida había salido en un medio, así que no me parecía nada raro. En ese momento, Máximo plantea que había que hacerlo de ese modo porque cada vez que se abría un espacio que parecía homologado por el Presidente, y eso pasaba cada seis meses, se llenaba de runfla y se volvía inmanejable. Si lo hacíamos públicamente, iban a venir los que no queríamos que vinieran. Si nosotros hubiéramos salido a decir "vengan, estamos armando la agrupación juvenil del kirchnerismo, se va a llamar La Cámpora, participen", hubiese sido un desastre. Lo que pensábamos era que así como ya existía Juventud Presente, NBI, o TNT, tenían que existir en todo el país otras agrupaciones afines con búsquedas parecidas a las nuestras. Pero queríamos conocerlas en su esencia, viéndolas trabajar, acercándonos sin chapa. Buscábamos lo que fuese genuino y estuviese sano. No importaba si era de veinte o de treinta personas. Militantes que no estuvieran contaminados. Todo el 2007 recorrimos el país. Íbamos dos o tres a cada provincia. Yo viajé todo el año sin parar. Hacía la avanzada. Iba, me reunía con varios grupos de cada lugar, semblanteaba, dejábamos acordado un plenario cerrado, conseguía el lugar, dejaba todo listo. Lo hacíamos sin hablar ni con el gobernador ni con los intendentes. Incluso que llegara en micro y que fuera todo tan artesanal servía, porque si por eso no me daban bola ya sabíamos que era gente que no nos interesaba. Imaginate: era muy raro para un pendejo de Santiago del Estero, por ejemplo, que le cayera de pronto un tipo joven, un porteño desconocido, que llegaba en bondi, sin chapa, a hablarle de un armado político por afuera de donde se suponía que estaba la política. Trabajamos muy tranquilos en todo el país,

encontramos muchos grupos dispuestos a sumarse, y eso nos permitió llegar a 2008 con La Cámpora ya en marcha, con nombre y conducción.

2008: EL PRIMER SALTO HACIA AFUERA

En La Escuelita, donde seguimos hablando rodeados por los ex compañeros del secundario del Cuervo, dos mates recorren la ronda y a cada rato se llenan los termos. Del otro lado de la pared finita se escuchan cada tanto las risas de los chicos que almuerzan en el último turno del comedor. Todos los que están aquí, escuchando, han vivido la historia que cuenta el Cuervo, pero en algunos tramos a más distancia, periféricamente, lejos de las escenas fundantes que él relata. La atención no es variable, es sostenida, como una cuerda tensa que los toca a todos. Veo, cuando el Cuervo habla de Néstor, varios pares de ojos muy brillantes. La historia se aproxima a uno de sus puntos fuertes, el reflujo militante que produjo aquella embestida corporativa que unos meses después de que Cristina Fernández de Kirchner asumiera el gobierno forzó hasta donde pudo la ingobernabilidad.

En mi libro *La Presidenta*, en el penúltimo capítulo, Cristina Fernández realizó una síntesis de ese año, 2008, y comenzó con una frase que coincidía con la lectura que había hecho un sector de la ciudadanía de ese período que culminó en el voto no positivo del vicepresidente Julio Cobos. Ella nunca había dado, hasta entonces, su punto de vista de ese modo concreto: “Ese año me quisieron destituir, no tengo dudas”, dijo.

Fue el año en el que se formó Carta Abierta y en su primer mensaje habló del “clima destituyente”. Era necesaria la incorporación al lenguaje político no sólo argentino, sino regional, de una palabra que implicara un significado literal (querer destituir, poner las cosas de tal modo que se produzca la destitución), pero que se adecuara a un nuevo contexto, en el que las

respectivas fuerzas armadas de la región se subordinan a la Constitución. En ese sentido, el contexto de aquel 2008 se extiende hasta el presente: la escena general deja ver gobiernos surgidos de elecciones democráticas transparentes, que vuelven a ganar y ante los que la oposición política no logra ofrecerse como una alternativa atractiva. Permite ver también los movimientos de alineación y desalineación de la oposición política con esos poderes corporativos, que la promueven y la exaltan cifrando en ella sus esperanzas, pero la retan y la humillan cuando la lógica política prevalece por sobre el canibalismo que le exige —esto fue claro en 2012, en la Argentina, con los temas Malvinas, YPF, la fragata *Libertad*, los fondos buitres—. Se ve además cómo las corporaciones de medios concentrados intervienen como un actor político de primera línea, sin disimulo, y cómo el apoyo a un gobierno por el que se votó genera un nuevo tipo de ciudadanía, que ejerce de diferentes maneras y en diferentes modos de compromiso, la defensa de sus representantes. Más allá de las especificaciones, 2008 implicó entrar a una lógica nueva, que polarizó a la sociedad, que volvió incómoda la vida cotidiana, que hizo explicitar a muchos kirchneristas su identidad política, no porque antes la callaran, sino porque fue en 2008 cuando se asumieron así. En los grandes medios, sin los cuales 2008 tal como transcurrió sería impensable, el periodismo opositor comenzó a reivindicarse “independiente”.

Quizá, sin la embestida de 2008, la historia hubiese sido distinta. Lo cierto es que la emergencia desnuda de aquel primer intento destituyente, aquel invierno de rutas nacionales cortadas, camiones derramando leche, pantallas televisivas partidas entre la Presidenta y los dirigentes de las patronales rurales, escraches violentos en las casas de los legisladores del Frente para la Victoria y cacerolazos intentando replicar el fin de mandato anticipado de 2001, cambió drásticamente la escena, y el efecto colateral de aquel intento fue, en términos juveniles, el primer salto de masas de La Cámpora. Hasta entonces, hubo años de trabajo, un núcleo duro, la voluntad política

presidencial de crear una agrupación juvenil orgánica a nivel nacional, el armado artesanal que había tenido lugar un año antes y que permitió enfrentar aquel año con la organización ya repartida en todas las provincias.

Antes de que todo se desmadrara, en febrero de 2008, Néstor Kirchner mantuvo otra reunión con Juan Cabandié, Mariana Gras, Wado de Pedro, José Ottavis, Andrés La Blunda y el Cuervo Larroque en sus oficinas de Puerto Madero. Les habló más de una hora.

—Fue la primera vez que tuvimos una reunión de conducción. Nos dijo: “Este año se pudre. No sabemos por dónde va a venir, pero la derecha este año nos viene a buscar”. Al mes, el país estaba incendiado. Ese día Néstor habló mucho de los 70, de los errores de conducción, hizo hincapié en la militancia, en las discusiones internas, en no creerse la cuestión del marketing. Nos explicó cómo llevaron ellos el modelo en Santa Cruz, el modelo de la JP, en ámbitos chicos. Para lo que nosotros estábamos acostumbrados, fue el planteo de una nueva lógica política. Habló de la estructura, habló de infantilismo. Nos dijo: “Armen despacito, en los barrios y en la universidad. Hay peleas para dar ahora y otras para dar dentro de unos años. Ahora armen”.

EL 25 DE MARZO, EL 17 DE JULIO

El 11 de marzo de 2008, cuando fue conocida la resolución 125 —que establecía retenciones móviles a la soja y el girasol—, las patronales ruralistas desataron un conflicto que duró 129 días y que puso en jaque al gobierno de Cristina Kirchner. El rechazo a aquella medida puntual desató y visibilizó la puja entre dos modelos de país. El marco en el que se desarrolló el conflicto fue el de una campaña inédita de desacreditación de la figura presidencial. Desde los diarios de mayor tirada, y desde los canales de aire y

cable se bajaba una línea editorial que incluía la idea de que la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner no gobernaba porque no era apta para ello, y que lo hacía su esposo. Sólo al pasar: al principio del gobierno de él, la versión había sido la exactamente inversa.

El 24 de marzo, con el país tensado y agitado por séptimo día del nuevo lockout patronal, unos quinientos militantes de La Cámpora llegaron a la Plaza de Mayo para repudiar el golpe de Estado de 1976, y después se fueron hasta el Kavanagh, a escrachar a José Alfredo Martínez de Hoz. Era una manera de recordar que el de 1976 había sido un golpe cívico-militar cuyos responsables civiles seguían impunes, y rechazar, al mismo tiempo, el modelo agroexportador que defendían unánimemente en esos meses tanto las patronales agropecuarias como los medios dominantes. En el camino desde la Plaza a Retiro se les unieron unos quinientos jóvenes más. Algo se olía en esa adhesión. Algo subterráneo que estaba pasando mientras la escena pública que se exhibía sin interrupción desde las tapas de los diarios y las pantallas de la televisión era el "caos" que había precedido a las caídas de gobiernos anteriores.

Al día siguiente, el 25, en un escenario montado en la Plaza de Mayo, la Presidenta habló en su discurso sobre "los piquetes de la abundancia" y la caricatura "cuasi mafiosa" de Menchi Sábat que había publicado ese día *Clarín*. En ella se la veía con la boca tachada, y en su cabeza desbordada estaba alojado Néstor Kirchner. Era un recurso, estéticamente inobjetable, para decir que la Presidenta era una incapaz. Fue después de ese acto que Néstor y Cristina se acercaron uno al otro cruzando el escenario, y ése es el abrazo fotografiado de ellos que luego se convirtió en emblema de esa pareja. En el video, también es en el curso de ese abrazo cuando se pueden leer los labios de él diciéndole a ella "te amo mucho".

Ése fue el día más álgido de ese conflicto, aunque la máxima tensión se extendería más de dos meses. El 26, el diario *La Nación* publicó una crónica

titulada "Los cacerolazos de repudio a Cristina terminaron con incidentes". En su primer párrafo se leía: "Las palabras de la mandataria cayeron como un bidón de combustible que avivó el fuego entre los productores agropecuarios y buena parte de los pueblos del interior".

Sobre los cacerolazos en la Capital, la nota indica épicamente: "Primero, fue tímidamente en algunas esquinas, pero lentamente un sonido que se creía olvidado volvió a ganar la calle; el cacerolazo. Miles de personas de todas las edades avanzaron con las cacerolas en la mano sobre la avenida Diagonal Norte en dirección a Plaza de Mayo para manifestarse. 'Éste es el pueblo que viene a protestar', dijo a *La Nacion.com* uno de los 10.000 manifestantes que se acercaron a la histórica plaza (...). Hasta las 23.30, todo se desarrolló en paz, pero esto finalmente cambió: antes de ingresar en la plaza, a la altura de la sede del Gobierno porteño, los movimientos sociales Libres del Sur, Evita, FTV, Frente Transversal y Popular se enfrentaron con los manifestantes congregados en apoyo del campo (...) Cuando la formación liderada por Luis D'Elía se encontraba en el Obelisco, el líder piquetero golpeó a una persona que increpó la presencia del movimiento piquetero en la plaza". La toma explícita de partido por parte del diario, que era la que se multiplicaba por los centenares de medios de la posición dominante en todo el país, incluía en el subtítulo "La Plaza del pueblo" algunos dichos sueltos del "coro multitudinario, envuelto en banderas argentinas (...). Familias enteras, matrimonios, jóvenes y niños se congregaron en forma espontánea. 'Cristina se tiene que arrodillar y pedirle perdón al pueblo argentino', sostuvo otro manifestante".

—Termina el discurso y empiezan a aparecer los caceroleros —dice el Cuervo—. Nosotros nos quedamos con Wado, Recalde, Ottavis, Juan Cabandié. Nos quedamos de incógnito entre ellos. Fue ahí que Wado le empezó a discutir a un productor, y le decía "yo te hablo como productor, porque yo también tengo campo", y se armó una escena bizarra. Había

trescientas personas y todos los medios. En un momento de esa discusión, nos sacan la ficha de que éramos kirchneristas y nos corren. Ahí seríamos unos quince. Nos encontramos con Gildo Onorato, del Evita, y decimos “che, convoquemos, convoquemos”. Empezamos a mandar mensajes de texto a lo loco. Pudimos reagrupar en un rato a unos doscientos compañeros, por ahí un poco más. Estaban Depetri y Pérsico. Los de siempre. Seguimos caminando, pero ya los caceroleros eran miles y miles. En un momento Pérsico me dice “aguantemos, que viene D’Elía”. Como el Gordo ya le había pegado a uno en el Obelisco, parecía que venía el aluvión. Pero cuando llegó D’Elía, venía con cuatro tipos. Igual, él les daba tanto miedo que los del campo empezaron a retroceder, pero antes hubo trompadas, muchas manos. Ellos se replegaron, y ganamos la Plaza.

Pero el conflicto siguió, y se iba extendiendo en el tiempo. El 14 de mayo se celebró un gran acto en Rosario por el cumpleaños del Che, y en la Plaza de Mayo hubo otro, porque Néstor Kirchner asumía la presidencia del PJ. La línea editorial corporativa que instalaba un clima de fin de mandato se multiplicaba por cientos de medios concentrados en todo el país, y aparece sintetizada en este breve párrafo de la columna que Bernardo Neustadt publicó ese día en *Ámbito Financiero*: “No nació sin pecado concebida. Néstor Kirchner, un gran pecador, la concibió Presidenta. La trata como a Chirolita. La mujer, moralmente, más golpeada por el marido. Así agravió a militares, a opositores, a la Iglesia Católica, a los medios de comunicación”.

El 15 de mayo de 2008, *La Nación* tituló “Néstor Kirchner asumió en silencio la presidencia del PJ”, porque en el acto él le había cedido la palabra a la Presidenta. En su discurso de la Plaza de Mayo, sin mencionar el conflicto con los ruralistas, Cristina Fernández de Kirchner se limitó a referirse elípticamente a esa operación de los medios que la difundían como Chirolita. Dijo: “Tengan ustedes la certeza de que quien preside los destinos de la República va a ejercer con responsabilidad, sin rencores, sin

antagonismos y sin falsas o artificiales divisiones en el pueblo".

A los pocos días, ante el anuncio de los ruralistas de que llenarían la Plaza del Congreso con carpas "de difusión", a la espera de la votación de la 125, Néstor Kirchner decidió que La Cámpora, junto a las otras agrupaciones kirchneristas, instalara las propias. Comenzaban los dos meses un poco surrealistas en los que esa plaza quedó dividida por esas instalaciones de gazebos blancos. En una misma media hora alguien podía entrar a una carpa kirchnerista y escuchar una exposición sobre Jauretche, o meterse en otra "del campo" a escuchar a un payador de estancia.

Los militantes de La Cámpora todavía eran pocos, y en esos meses muchos se repartieron entre la presencia día y noche en las carpas y el acompañamiento a la Presidenta en los viajes que hacía al interior. El clima en esos viajes era tenso, hubo escraches, amagues de piñas y patoteadas. El 25 de mayo, veinte mil militantes se movilizaron hasta Salta, al tedéum al que asistió Cristina Fernández. Los ruralistas convocaban en Rosario, en el Monumento a la Bandera.

—Ahí en Salta le pregunto a Parrilli cómo iba lo de Rosario. Nosotros estábamos ya un poco destruidos por el ritmo de quedarnos a la noche en las carpas, de día ir a laburar, volver a las carpas, viajar y dormir en los micros. Parrilli me dice "No, lo de Rosario es un fracaso, como mucho serán diez mil". Bueno, joya. Terminamos el acto, volvimos a subirnos al micro cuatro horas después de haber llegado para volver a Buenos Aires, y en el viaje, en una parada, vimos la televisión y nos queríamos morir. La gente que había, boludo... Eran bastantes más que los diez mil que decía Parrilli. Sentimos una impotencia... Seguimos viaje y antes de llegar a Buenos Aires me llama Parrilli y me dice que Néstor nos esperaba en Olivos.

El Cuervo fue con Wado de Pedro, Mariana Gras, Juan Cabandié, los que ya habían vuelto de Salta. Los hicieron pasar a la antesala en la que estaba ya sentado, solo, Dante Gullo. Hubo saludos y silencio. Había preocupación.

Después de un rato, vieron salir a Néstor Kirchner y al gobernador del Chaco, Jorge Capitanich. Se acercaban a ellos caminando despacio, conversando, con los ceños fruncidos. El Cuervo se puso tenso, hasta que alcanzó a escuchar que Capitanich le decía enfáticamente a Kirchner:

—No, Néstor. No son los árbitros. Son los líneas.

Estaban hablando de Racing. Kirchner puteaba. Capitanich tenía un block en la mano, y el Cuervo también escuchó que Kirchner le decía:

—Bueno, escribí el documento y mañana vamos al PJ.

Capitanich se fue y ellos entraron a la oficina de Néstor, donde él miraba una foto del acto de Rosario:

—No, acá no hay cien mil personas. Treinta mil, como mucho... —y el Cuervo se acordó de Parrilli. Nadie le contestaba, porque a todos les parecía que había mucho más. Dante Gullo finalmente se animó y le dijo:

—Mirá Néstor, hay más de las que yo quisiera...

—No, no. Tranquilosh —dice el Cuervo que dijo Néstor, y como todos los que lo evocan en este libro imita la mala dicción del jefe—. Nos calmó. Se sentó y nos empezó a leer una nota de Alfredo y Eric Calcagno que explicaba el problema de los pools de soja. Nosotros en ese momento estábamos bastante en bolas. Ahora somos todos especialistas, pero en 2008, con todo lo que habíamos estado haciendo en esos días, no habíamos podido empaparnos técnicamente del tema. Néstor nos leyó el artículo entero, haciendo comentarios. Fue inolvidable. Analizó renglón por renglón ese texto, y después empezó a diagramar la estrategia. Nos dijo: vamos a salir así, y así y así —y aunque yo me quede esperando especificaciones, no las habrá. Hay una parte del contacto con Néstor, Cristina y Máximo Kirchner que permanece velada, protegida, en la media sombra que tienden para preservarse.

—Nos dijo que no nos tenían que ganar la calle. Que instaláramos las carpas. En la tele apareció el Gordo D’Elía, y Néstor dijo: “Shi no fuera por

éste, hoy no estábamos acá". Estaba convencido de que el 25 de marzo, de no habernos convocado rápidamente, de no haber frenado a los caceroleros, hubiese tambaleado la gobernabilidad. En ese momento, nosotros nos habíamos mandado, pero notábamos que había internas, tensión en el gobierno. Era evidente que Néstor planteaba líneas que Alberto Fernández no seguía. Néstor nos dijo: "Tendríamos que haber ido primero con la Ley de Medios, y después con esto, pero bueno, resolvamos esto y después vamos con lo otro". Cristina había puesto a Mariotto en el Comfer con instrucciones de avanzar con la Ley de Medios, pero cuando Mariotto quería mover la cosa, Alberto Fernández lo paraba. "Esto no es una estudiantina", le decía. Y la relación del gobierno con nosotros, hasta ahí, era poca. Teníamos un solo local en toda la ciudad, el nuestro de siempre, el de la calle Almafuerte. Elvio Vitali tenía un centro cultural a tres cuadras que también usábamos a veces para reuniones. Eso era todo. Pero arremetimos con las carpas. El macrismo nos quiso sacar porque no teníamos permiso. Nos mandó inspectores. Les dijimos: "No las sacamos ni en pedo". Hacíamos guardias, turnos, en las carpas siempre había gente. Nos divertimos, también. Un día llevamos a uno disfrazado de torero, porque en las carpas del campo habían llevado al toro Cleto. Cada día, leíamos los diarios muy temprano y decidíamos la acción. Yo en ese momento trabajaba con José Ottavis en el Centro de Estudios Políticos y Monitoreo, en Casa de Gobierno. Trabajábamos unas horas a la mañana y después, a la carpa. No sé cuántas horas habremos dormido esos dos meses. Pocas. Bancamos ahí hasta que ganamos la votación en Diputados. Nos dieron la orden de levantar y volvimos a nuestras casas, hechos bolsa. Y ese domingo, el primero después de mucho tiempo, me acuerdo que a las once de la noche hacía frío, yo estaba mirando Fútbol de Primera, y me llama Parrilli. "Dice Néstor que hay que poner las carpas de nuevo." Le dije: "Perfecto, mañana". Me contesta: "No, no, andate ahora, Néstor las quiere hoy mismo". Me fui. Encontré a Gabriel Grossman, hacía

dos grados bajo cero, estuvimos los dos solos un buen rato. “Boludo”, le decía yo. “¿Otra vez?”, y nos reíamos. Después llegaron Juan, José, todos los demás. Al amanecer las carpas ya estaban armadas de nuevo.

Aguantaron ahí hasta el 17 de julio, el día que el Senado trató la 125. Ese día, que incluiría más de dieciocho horas de debate y un pico de altísima tensión cuando la votación empató en 36 y 36, hubo incluso fricción entre los militantes. La plaza era una olla a presión. Algunos “querían pudrirla” de la rabia que tenían. El secretario general de la Presidencia, Oscar Parrilli, se había ubicado con todos los funcionarios en una de las carpas. Desde ahí seguían el debate. En un momento mandó a llamar al Cuervo. Le dijo que “contuvieran”, porque se venía la derrota. Un grupo de La Cámpora empezó a armar un cordón alrededor del Congreso. Cuando votó Cobos, la plaza estalló en gritos de furia. Los que estaban en el cordón ligaron todo lo que tiraban los de atrás. Botellas, kerosene y hasta piñas. La calle fue una convulsión de náusea por la traición.

—Y nosotros aguantamos, aguantamos con todo el dolor… —dice el Cuervo, con la voz siempre un poco disfónica, y esta vez entrecortada—. Nos fuimos del Congreso recién a las seis de la mañana. Amanecía. Llegué a casa destruido, física y anímicamente. Y a las siete y cuarto, me llama Parrilli. “Dice Néstor que vamos por todo. Que te vengas a la oficina temprano.” Yo me quedé con el teléfono en la mano, pensando ¿cómo puede ser? ¿Cómo pueden ser así estos tipos? Parrilli, Zannini, los compañeros de la Casa de Santa Cruz siempre nos tranquilizaban porque tenían encima los doce años de gestión con crisis permanente, muchas veces habían frenado la toma de la Casa de Gobierno. Esa misma mañana, a esa hora, Parrilli me dijo: “Ya está todo pensado, quedate tranquilo, venite con fulano y con fulano”. Así que no dormí. Me bañé, me cambié y me fui con los chicos a ver a Néstor. Era el día que dijeron que Cristina quería renunciar. Llegamos a Olivos y la línea de Néstor fue clarísima: acá recomponemos y los pasamos por arriba, porque la

discusión política la ganamos nosotros. Y no paramos ni un día.

2009. La hora de bancar

La tercera entrevista con Andrés Larroque es en la Sala de la Juventud del Congreso. Será una entrevista muy breve, porque un llamado de Carlos Zannini la interrumpirá, y el Cuervo se irá a la Casa Rosada. Una hora antes, cuando llego, apenas nos sentamos en los sillones y él empieza a cebar mate, le digo que traje conmigo las desgrabaciones de las entrevistas anteriores, y que tendríamos que retomar desde la última frase. Le leo textualmente: "Después nos fuimos a la campaña de 2009, que fue toda una epopeya". Se ríe.

Aquellas elecciones en las que el kirchnerismo resultó malherido fueron las primeras a las que La Cámpora llegó organizada, y de las que participó. Iban en puestos muy menores, pero iban. El Cuervo iba octavo en la lista de Capital, y terminó entrando uno solo, Carlos Heller. Mariano Recalde iba décimo como legislador. José Ottavis iba como concejal suplente. Era casi nada de nada, pero llegaron a ese año con la gimnasia del conflicto de 2008, y con el caudal de los nuevos militantes que se habían acercado en esos meses.

Aquél fue el año en el que la economía global acusó el ruido de la caída de Wall Street. El año en el que el sistema económico mundial que giraba alrededor de las recetas ortodoxas que habían estallado ocho años antes en la Argentina dio muestras evidentes de un deterioro que desde entonces fue creciendo. Sin embargo, en 2009, pese a que las políticas anticíclicas aplicadas —la más emblemática fue la ayuda estatal de 70 millones de dólares a la General Motors— evitaron la pérdida de puestos de trabajo, el malestar generado en torno al kirchnerismo produjo dos figuras esperanzadoras para la derecha, Mauricio Macri y Francisco de Narváez, que

realizó su campaña del “alica alicate” y el “quereme querete”.

Macri, jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, definió para junio las elecciones locales. El gobierno nacional decidió entonces adelantar las elecciones de medio término, que iban a tener lugar en octubre. Era un año económicamente complicado y la intención fue doble: que Macri no tomara carrera marcando el ritmo nacional, y despejar el año de campañas electorales que hubieran obstaculizado la gestión. De modo que los miembros de La Cámpora se pusieron esas elecciones al hombro.

—La sensación que me quedó fue como subir el Himalaya en puntas de pie —dice el Cuervo—. Cada día todo se hacía más cuesta arriba. Hubo que capear hasta la gripe A. Néstor salió a recorrer el conurbano y lo acompañamos. Planteaba en el territorio la importancia de esa elección para consolidar un modelo de cambio. No sé cuántos de los que lo escuchaban, y no me refiero solamente a la gente, sino a los dirigentes, a los intendentes, lo bancaban. Ahí fue quedando claro a quiénes les importaba un modelo de cambio y quiénes seguían pensando en términos de derpo a cualquier costo y con quien fuere. Nosotros estábamos viviendo algo crucial. Y ahí terminamos de entender lo que significaban Néstor y Cristina en relación al cambio político y cultural que queríamos. Y no fue casual que Néstor, en esa campaña, empezara a profundizar su relación con los sectores juveniles. Para nosotros, que lo veíamos moverse, era un titán. Estaba solo frente a la corporación política. Era clásico de esa corporación no mandarse a la batalla sin medir antes la correlación de fuerzas. Parecía hasta lógico. Y Néstor planteaba otra cosa: que la batalla había que darla, y que era la batalla la que cambiaba la correlación de fuerzas. En otras palabras: que había que animarse a perder. Eso lo vio la juventud. Néstor recorrió mucho, trabajó mucho, caminó cientos y cientos de cuadras. He visto a muchísimos dirigentes de mucho menor rango hacer caminatas de dos cuadras para la foto. Él era incansable, y hasta cambiaba los recorridos sobre la marcha, porque quería

ver la realidad, no algo armado. Estar tan cerca nos permitió también ver que el tipo se metía en las casas, hablaba con la gente, pero que eso no quedaba ahí. Lo que hablaba con la gente lo llevaba después a su mesa de elaboración de la política. Fue la campaña en la que lanzó el “Qué te pasa, Clarín”. Iba para adelante, para adelante, y uno se acuerda y siempre se pregunta si esa pasión no le habrá acortado la vida, pero conociéndolo, eso era la vida para él.

Aunque La Cámpora ya existía, “estábamos saliendo del tribalismo para pasar a ser una orgánica”, dice el Cuervo. La campaña ayudó a amalgamar, a encuadrar. Y nuevamente, con la derrota, lo que ya había se consolidó y volvió a crecer, bajo la imagen cristalizada de lo que pasó el 29 de junio en el Hotel Intercontinental, cuando se conocieron los resultados.

Esa noche llovía. Desde las seis de la tarde cientos de militantes rodeaban el hotel. La Cámpora había aportado cuatrocientos fiscales, y eran muchos de ellos los que se mojaban en la puerta, porque el búnker del piso 18 quedaba muy lejos todavía de la militancia. A La Cámpora le habían dado diez entradas para ingresar al hotel, de las más de mil que se habían distribuido. Los pibes hacían postas con esas diez entradas. Entraban unos, se quedaban un rato, salían y dejaban entrar a otros. Y allí hubo fricciones y bronca. Veían pasar delante de ellos a un funcionariado nacional, provincial, distrital, en buena parte integrado por gente que ellos sabían que no le había puesto el cuerpo a la campaña.

—Pero lo que pasa es que era temprano. Todavía estábamos en la dulce, todavía circulaba el rumor de que habíamos ganado por cinco puntos, y todos querían entrar. Cuando empezó la pálida, cuando los resultados eran evidentes, se empezaron a ir en banda. Ya cerca de las tres de la mañana, nosotros seguíamos ahí, ya estábamos adentro, y éramos nosotros cien y alguno que otro más. Y los pibes no paraban de cantar. En esas horas amargas se generó esa mística. Si habíamos perdido, había que acompañar

más que nunca. Pero no fue algo que bajamos nosotros. Se dio espontáneamente, y eso también demostró que la construcción política estaba bien planteada. Queríamos ese tipo de militantes. Muy entrada la madrugada, bajó Néstor a hablar. Se lo veía enojado, vos te dabas cuenta de que se salía de la vaina por ponerse a ver cómo seguíamos. Muchos intendentes habían tenido más votos que él, porque habían jugado a dos puntas con Unión-Pro. Eso lo indignó sobre todo con los que había creído que estaban cerca. Néstor no soportaba que alguien dijera que estaba en la pelea y que estuviera mitad y mitad. Era otra lógica, era la vieja lógica. Él ponía el pecho, Cristina trabajaba sin parar en un clima insoportable, y éstos habían tenido miedo de jugarse. Y en nombre de una gobernabilidad municipal rifaban un proyecto de país. Esa madrugada nos hizo gestos para que parásemos de cantar. Yo me di cuenta de que quería decir algo importante, algo de su evaluación, y de hecho hizo un discurso memorable, que nosotros volvemos a escuchar cada tanto. Dijo, entre otras cosas, que el error había sido no haber profundizado más.

Esa misma semana los dirigentes de La Cámpora tuvieron una reunión con Néstor Kirchner, que al día siguiente de la derrota renunció a la presidencia del PJ. El sábado siguiente se presentó por sorpresa en la asamblea de Carta Abierta, en el Parque Lezama. Justo cuando llegó estaba en uso de la palabra Miguel Larroque, el padre del Cuervo, que guarda una foto en la que se lo ve a Néstor, al Topo Devoto y a su padre atrás. Ese mismo sábado, el 5 de julio, La Cámpora realizó un plenario en el local de la calle Almafuerte, pero terminaron haciendo la evaluación de las elecciones en el Parque Patricios, porque por la gripe A no se podía estar en lugares cerrados. Todo se hacía en los parques ese invierno. Eran unos trescientos. Eran muchos pese al baqueteo de la derrota, el tronar de los medios y la euforia del que sería el triste Grupo A en el Congreso. Hacía mucho frío y había una energía que había quedado desacomodada. El Cuervo recuerda que después se fueron

yendo todos, y quedaron los treinta de siempre, y terminaron el día dándose ánimo, inventando canciones.

En la reunión con Néstor Kirchner que tuvieron unos días después la línea que les bajó era la acostumbrada: había que recomponerse, y se podía. Pero lo que sí hubo, por primera vez, en esa charla, y promovida por Kirchner, fue una larga y agitada discusión sobre la gestión. En las reuniones con sucesivos interlocutores, Néstor ponía sobre la mesa el tema, y pedía opiniones, puntos de vista, hacía preguntas. Formaba parte del estilo de conducción que Néstor y Cristina Kirchner traían del sur. Esa semana, los temas fueron la gestión y el rol del Estado. También a los miembros de La Cámpora Néstor Kirchner los interpeló. Y fue después de esos días, el 6 de julio, apenas una semana después de las elecciones, que llegaron los cambios.

Se fue el jefe de Gabinete, Sergio Massa, y llegó Aníbal Fernández. Se fue Julio Alak de la recientemente reestatizada Aerolíneas Argentinas, y en su lugar fue designado Mariano Recalde, el primer nombre de La Cámpora en ocupar un cargo alto. Alak pasó al Ministerio de Justicia. En la Secretaría de Cultura, se fue José Nun y llegó Jorge Coscia. Renunció el ministro de Economía, Carlos Fernández, y fue designado Amado Boudou. El lugar que Boudou dejó vacante en la ANSES lo ocupó Diego Bossio. Era otro equipo, con miras a otro ritmo de gestión.

—Bossio no provenía de La Cámpora, pero en ese momento tenía veintiocho años. Hubo un acercamiento que se dio naturalmente de entrada. Que Amado fuera al Ministerio de Economía era importante para nosotros, porque ya teníamos un vínculo con él. Compartía nuestra lógica política. ¿Y en qué consistía esa lógica? Básicamente, en entender que tan importante como estar en un escenario con Cristina era estar en una unidad básica con veinte compañeros. Fueron un montón de cambios juntos. Yo me enteré en una reunión de evaluación y autocrítica del comando de campaña de Capital. Estaban Filmus y Tomada. Todos eran críticos con Néstor y Cristina,

evaluaban que el gobierno comunicaba mal y que tenía que haber una renovación. Y estábamos en eso cuando llegó alguien y contó los cambios. Muchos se quedaron en off side.

Efectivamente, a esa renovación del gabinete le siguió una profundización del modelo, la emergencia de un perfil que no era discursivo, sino de gestión. Aerolíneas Argentinas había sido reestatizada en septiembre de 2008, y a fines de ese año, en octubre, se habían recuperado los fondos previsionales, después de los catorce años del desastroso régimen de capitalización. Le había seguido la Ley de Movilidad Jubilatoria. Aquél había sido el contragolpe del conflicto destituyente de 2008. Después algo de esa iniciativa se detuvo, con las complicaciones de la crisis económica global y el clima electoral interno, que terminó en derrota. El agosto de ese año, sin embargo, se había lanzado el Plan Argentina Trabaja, destinado a crear cien mil puestos de trabajo en los pliegues más abandonados de los sectores populares. Después de las elecciones, después de los replanteos, después de los cambios de gabinete, reacomodado, el gobierno de Cristina Fernández presentó, en septiembre, el proyecto de Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, la Ley de Medios. Los Kirchner siempre habían pensado que ése era el hueso que daba de roer a los otros. Pero era una pelea enorme, casi impensable hasta para los que desde hacía diez años venían bregando por esos veintiún puntos originales. El 10 de marzo de 2010 llegó el Fútbol para Todos.

—El Fútbol para Todos fue un acto de justicia. Y la sociedad lo percibió así. Cambió un poco el humor. Se abrieron algunos canales de comunicación, como *6, 7, 8*. La transformación en la gestión, esas medidas fuertes, generaron de nuevo un clima propicio para la militancia. El Argentina Trabaja se llevó muy a la base social. Y bueno, si vos tenías compañeros que eran peces, había un poco de agua en la pileta. A fines de 2009 a mí me nombraron director de Fortalecimiento de la Democracia, y pasé a formar parte de la gestión. Antes que yo estaba Marta Oyanarte. Era un cambio —se

ríe—. Nuestro rol era consolidar la participación, promover foros, contener. Todo debate, mucho debate, porque en estos años no pararon de abrirse temas de discusión. Sobre meternos en la gestión, no vemos ninguna contradicción, no, para nada, todo lo contrario. La idea sobre la que trabajaron Néstor y Cristina siempre, y nosotros desde que nacimos como organización, es que es la política la que debe orientar la gestión. Pensamos en un modelo de Estado que tenga funcionarios lo más políticos posible. La política conduce y la gestión ejecuta. Llegamos con esa lógica, el cargo como responsabilidad militante. Para nosotros, la justicia social la realiza el Estado. Y si participamos en la gestión es para contribuir a la justicia social, porque no la va a llevar adelante ni el mercado ni una mano invisible.

El 21 de diciembre de 2009, el Cuervo armó un encuentro de tres días en el Bauen, para inaugurar su gestión. Hasta entonces, La Cámpora había participado de un par de actos grandes de la JP, pero no había organizado ninguno propio. El del Bauen, en realidad, terminó siendo un plenario de La Cámpora. Fueron quinientos militantes, que representaban a las conducciones del interior, los que él mismo había ido a buscar provincia por provincia dos años antes. Y ahí se potenció todo una vez más: ahí se conocieron, fue la primera vez que se cruzaban entre sí los de todo el país. Antes no había habido recursos ni tiempo para generar un encuentro nacional. Ya La Cámpora tenía su pertenencia ganada. A la jornada institucional fueron ministros y funcionarios de primera línea. A último momento, Néstor Kirchner les confirmó que él cerraría las jornadas. Ahí hubo dudas: algunos planteaban hacer el cierre en un microestadio, convocar y mostrar fuerza. Otros, entre ellos el Cuervo, opinaron que era una inmejorable oportunidad para que los responsables de todo el país recibieran línea política directa del ex presidente. Fue el 23 de diciembre en la Biblioteca Nacional.

—Esos compañeros representaban una línea de pensamiento. No queríamos el acto de las banderas y las canciones, no porque no nos gustara

sino porque necesitábamos un punto de inflexión por una sola vez, un acto, un hecho distinto, en el que no se perdiera un concepto. Era un momento un poco introspectivo para nosotros, para todo el kirchnerismo, y queríamos un ámbito en el que nada lo interrumpiera a él. Que hubiera quinientos pibes consustanciados y que escucharan atentamente. En la Biblioteca Nacional antes que Néstor llegara habló Héctor Recalde, habló Juan Manuel Abal Medina, luego a mí me tocó presentarlo… la verdad, estaba conmocionado porque sentí pasar por dentro cada minuto de militancia y se me vino un cita del *Martín Fierro*: “Y dejo rodar la bola/ que algún día ha de parar/ tiene el gaucho que aguantar/ hasta que lo trague el hoyo/ o hasta que venga un criollo/ en esta tierra a mandar”. Era una estrofa que había descubierto leyendo el poema en el colegio, a los diecisiete años, me había impactado. En otro tiempo se consideró profética de Juan Perón y para mí lo fue de Néstor Kirchner… desde que la leí en el año 1994 esperé a ese “criollo que viniera a mandar” y llegó. La militancia me honró con la posibilidad de poder decírselo quince años más tarde. Y después Néstor dio un discurso magistral, a lo Néstor, más de una hora. Nos habló de la Jefa, bajó línea, aclaró conceptos, emocionó, despejó fantasías sobre la política de corto plazo, fue un discurso muy profundo. Los discursos de Néstor y Cristina los podés ir leyendo a través de los años. Son obras doctrinarias. Hay significados que los vas aprendiendo a través de tu propia transformación. Primero entendés lo que podés y después entendés más. Hay más para entender. Ese día estábamos muy emocionados. Néstor era muy grande. Los compañeros lloraban. Al final fue una fiesta, los compañeros cantaban, Néstor también, no se quería ir, dirigía las canciones con las manos como un maestro de orquesta y los pibes se enfervorizaban más, fue apoteótico. Ese núcleo de gente se consolidó. Ese núcleo es el que hoy sostiene a La Cámpora en todos lados. Hoy fui a La Matanza y me presentaron a ocho o nueve responsables de organización a los que yo no conocía. La organización ya es muy grande.

Pero todo partió de aquel núcleo que escuchó a Néstor en la Biblioteca.

Habían pasado tres años de trabajo muy fuerte, desde que eran los treinta que se bancaban los viajes en tren para seguir a Kirchner a los actos. Había pasado de todo. Pero el kirchnerismo ya tenía esos quinientos cuadros que había propuesto su jefe cuando planteó, en un país todavía receloso de la política, una orgánica de la juventud.

6
Mariano Recalde. Necesidades Básicas Insatisfechas

"A ese señor no lo puso el Espíritu Santo en ese puesto, lo nombró esta Presidenta", dijo Cristina Fernández de Kirchner el 24 de noviembre de 2011, en el Aeroparque Jorge Newbery, en un discurso encendido y con destellos de enojo, después de una sucesión de paros gremiales por motivos difusos a cargo de algunos gremios aeronáuticos, entre ellos el de pilotos. El aeroparque, en esos últimos meses, se había convertido en el escenario de arranque de los noticieros para la dosis diaria de "caos". Ya circulaban, en esa breve crisis de Aerolíneas Argentinas, algunos de los ejes argumentativos que luego serían recurrentes para la crítica a La Cámpora. Arribistas, inexpertos, improvisados, nenes de mamá, nacidos en el poder... Fue durante aquel discurso cuando la Presidenta pronunció la frase que después, ante otras posiciones sindicales en contra de su gobierno, se convirtió en silencio, y luego volvió a ser pronunciada: "El día que esto se acabe, a los primeros que se llevan puestos es a los trabajadores".

CFK designó a Mariano Recalde como presidente de Aerolíneas Argentinas después de la derrota en las elecciones de 2009, cuando hizo un cambio de gabinete. Con Recalde entraron también Wado de Pedro, Axel Kicillof y Santiago "Patucho" Álvarez. Aquélla fue, también, la primera incursión de miembros de La Cámpora en primeros niveles de gestión. La historia iba calzando: después del tembladeral de 2008 y el traspié de 2009, el gobierno recuperaba la iniciativa política con una sucesión de leyes que revertían en las calles lo que chillaban los medios hegemónicos y la

oposición. Y lo hacía con la decisión, ya tomada y enunciada por la Presidenta y el ex presidente, de “profundizar el modelo”.

No puede decirse que eso no haya sido comunicado. Lo dijeron los dos, decenas de veces, en muchos discursos. No era retórico. “Profundizar el modelo” era la estrategia enunciada explícitamente primero como resultado de la lectura autocrítica que hacía el kirchnerismo pasada la derrota, y más tarde como la dinámica política kirchnerista. El “ir por todo” equivale a “profundizar el modelo” aprovechando cada resquicio y posibilidad de transformación posible. El recambio generacional, como se verá, como se comprenderá quizá mejor al cabo de todas las historias que integran este libro, es la herramienta para dotar de cuadros políticos a un Estado que cumple un rol opuesto al que le fue asignado durante tres décadas por el neoliberalismo. Mirada así, la designación de Recalde fue un síntoma de la profundización del modelo, y en el mismo sentido eso ha implicado el estrechamiento del lazo entre la Presidenta y los jóvenes. La Cámpora aparecía, en esa escena, como una de las organizaciones del sector político, más amplio, de donde se sacarían los cuadros para esa profundización.

Los mayores

Recalde es de los mayores, junto con Kicillof: cuarenta y un años. Tienen encima más de veinte años de militancia, lo que equivale a decir que los dos ya militaban cuando los miembros más jóvenes de La Cámpora recién nacían. Estas miradas furtivas sobre los cortes etarios que se van enlazando en la agrupación permiten observarla como algo más grande y complejo, en términos históricos y políticos, que una agrupación juvenil. Es más bien el espacio de fondeo de experiencias generacionales sucesivas y concatenadas y es, como dirán cada uno a su modo sus integrantes más antiguos y los más

nuevos, la fuerza política propia de Néstor y Cristina Kirchner. “La Cámpora no es ‘una agrupación kirchnerista’. Hoy es la agrupación cuyos ejes políticos son los que define la Presidenta”, dice Recalde.

Cuando se le pide a Mariano Recalde que se presente, lo primero que dice es:

—Soy militante de La Cámpora. Peronista y de Boca. Nací el 8 de abril de 1972, en la Capital. Crecí en Retiro. Fui a la escuela primaria Sarmiento, el Cinco Esquinas. Y después pasé toda mi adolescencia en San Telmo, alrededor del Colegio Nacional de Buenos Aires.

El hijo de los abogados Héctor Recalde y Susana García —que después de separarse del padre de Mariano fue durante veinte años la pareja de Esteban Righi, el ex ministro de Cámpora y ex procurador de la Nación— creció en un clima familiar peronista, así, hasta en la versión de la familia ensamblada. Pero al llegar a la adolescencia, Mariano tuvo, como otros de su generación, necesidad de “independencia” política. Su historia refleja ese elástico que se ve en otras historias que circulan por aquí: la del peronismo que se quedó sin brújula en la larga década menemista.

En el 83, cuando volvió la democracia, Mariano tenía once años, y en el final de la campaña fue a todos los actos. A los del peronismo, iba con su familia. Al del cierre del radicalismo fue solo, a ver cuánta gente juntaban. Cuando llegó al secundario, en 1985, se encontró en el Nacional Buenos Aires con un centro de estudiantes conducido por la Fede (Federación Juvenil Comunista) y sin elecciones. La presidencia la elegía un cuerpo de delegados. Ya en primer año él se candidateó, pero no lo eligieron. En otro curso, en la misma elección, Axel Kicillof sí fue elegido delegado. Ese año Mariano se lo pasó merodeando por el Claustro Central para escuchar las asambleas. Le gustaba Iron Maiden y le decían “el Heavy”. Asegura que nunca fue más allá de una muñequera.

En segundo año se fue de campamento y coincidió ahí con los miembros

de la agrupación Eva Perón, en la que estaba Pablo Marchetti, el de la revista *Barcelona*. Tenían catorce años, fumaban mucho, eran pocos. A Mariano siempre le molestó el humo, y los recuerdos de esa época están llenos de ese ligero malestar respiratorio. Se encontraban en el bar de enfrente del colegio, sobre la calle Bolívar. Una mesita de seis u ocho personas. Eso era todo. Mariano hablaba poco. Estaba fascinado pero era introvertido. Un año más tarde ya había tomado un poco más de envión y empezó a activar más fuerte y con un objetivo claro: "Peronizar a los pibes", sintetiza. Leían a Jauretche y a Cooke. Eran fanáticos de la revista *Fierro*.

"3012 D-CV., conocido como el año de la peste sutil. Tal vez un futuro incierto. Pueblos guerreros. Se luchaba desde hacía siglos, hasta que un día terminaron las guerras; comenzó el ocio y el aburrimiento, la peste. Una idea para buscar remedio: recrear el Sirko Roman-ho." Así empezaba la historieta *El Sueñero*, escrita y dibujada por Alberto Breccia. Se necesitaban guerreros y gladiadores. Eran reclutados en "el tejido que componía la urdimbre secreta del espacio y el tiempo". El protagonista, el Sueñero, en realidad se llamaba el Ñato. Era el que reclutaba gladiadores. Iba por todo el mundo y al final llegaba a Mar del Sud. Ahí aparecía la mitología popular argentina, y se desencadenaba una batalla feroz contra las fuerzas del enemigo llamado Grhin-gho. En una de sus actividades más recordadas, la agrupación Eva Perón compiló la serie de *El Sueñero*, la fotocopió y la repartió en todo el colegio.

Cierto tipo de humor

Un humor corrosivo adelantaba en el Nacional Buenos Aires, en esos años, el tono que tomarían más tarde algunas de las nuevas agrupaciones secundarias y también el de las universitarias que fundarían esos egresados, como TNT (Tontos pero no Tanto) en Ciencias Económicas y NBI (Necesidades Básicas

Insatisfechas) en Derecho. En ese secundario había tenido lugar una posta de publicaciones que además puede leerse como un encadenamiento entre las generaciones que fueron pasando por allí en esos contextos tan distintos. *ADS* (*Aristócratas del Saber*) fue el antecedente, la revista que se hizo en dictadura y clandestinamente desde 1978. Después siguió *PostCrucifixión*, que editaron pibes de la Fede y un grupo de independientes que empezaban a hacer "cosas graciosas". Ahí estaban Martín Telechanksky, Efraín Gurisati, Javier Rodríguez. A Mariano le viene una imagen muy clara de esa época y del tipo de actividades a las que se abocaban como formas de protesta: el Claustro Central del colegio inundado de pochoclo.

En 1987, Mariano integró el Cepac (Corriente Estudiantil para el Cambio), entre peronistas, intransigentes y comunistas. Perdieron ante la Franja. Al año siguiente se armó una lista llamada Movimiento 7 de Agosto. "Las autoridades se asustaron tanto por la fuerza que iba teniendo el guevarismo, que hubo fraude y escándalo. A partir del fraude, volvimos a la carga. Reflotamos el Cepac en el 89, con la Eva Perón, independientes y los ex Fede. Ganamos la elección a fines del 89 y en el 90 Javier Rodríguez fue al Consejo y yo a la presidencia del centro."

Ese "a partir del fraude, volvimos a la carga" implica lo siguiente: cuando terminó la votación del año anterior, las urnas se las llevó el vicerrector, Lucio Sánchez, que era de la Franja. Dijeron: "En un rato contamos", y todos se quedaron esperando. Y cuando llegaron los resultados estalló el escándalo: el grupo de cuarto tarde, que era el de Recalde, había hecho un boca de urna, y los resultados no daban ni la mitad de bien para la Franja. Mariano lo consultó con su padre. Recalde padre recomendó que se les propusiera hacer a todos los de cuarto tarde una declaración jurada. Era algo nuevo, no tendría valor legal pero dejaría a la vista de todos la maniobra. Elaboraron entonces una planilla que rezaba: "Declaro bajo juramento no haber votado a Franja Morada". Y firmó todo cuarto tarde. Mariano todavía guarda algunas de esas

planillas. El resultado le dio a la Franja una tercera parte de lo que había contado. Era fraude. Y ellos empezaron a crecer.

Cuando Mariano estaba en sexto año y era presidente del centro, ingresó a primer año Andrés Larroque. “La gente cree que es menor que yo, porque engaña con los ojitos celestes. Pero me lleva cinco años. En esa época yo sabía quién era él, pero él no sabía quién era yo”, dice Larroque. El vínculo no quedaría establecido todavía, y los caminos de militancia elegidos por uno y otro se bifurcarían durante toda la década del 90. Mariano iba a volcarse de lleno a su carrera, a recibirse de abogado en 1995, a ejercer la docencia en la cátedra de Derecho del Trabajo, a hacer dos posgrados en España, y a defender finalmente en 2007 su tesis doctoral sobre negociaciones colectivas. Actualmente es uno de los pocos —no llegan a diez— doctores en Derecho del Trabajo egresados de la UBA. Además de haber sido uno de los fundadores de NBI, lo fue también de AJUS (Abogados por la Justicia Social).

BUSCANDO AL PERONISMO

Mientras cursaba sexto año y presidía el centro de estudiantes del Nacional Buenos Aires, en 1990, Mariano y sus compañeros comenzaron a tender puentes afuera del colegio para reforzar la identidad peronista, que reivindicaban pero sin referentes. Empezaba el menemismo y en el PJ se agitaba la interna Menem-Duhalde. Uno de los primeros nexos interesantes que encontraron fue con la gente de una Unidad Básica de Las Cañitas, Pueblo Peronista. Ahí militaba Guillermo Moreno, aunque Mariano no llegó a conocerlo en ese momento. Los del Buenos Aires empezaron a ir regularmente a Pueblo Peronista a hacer cursos de formación política.

En sexto año se mezclaban las divisiones en función de las orientaciones

elegidas. Mariano y Axel Kicillof fueron compañeros, y entre los profesores estaba Eduardo Rinesi. Después de haber presentado trabajos finales —"que eran pésimos", según recuerda Mariano—, Rinesi les propuso ir a una clase abierta por la Defensa de la Educación Pública que se hizo en la Plaza Houssay. Era un día completo de protesta por el ajuste menemista en educación. Rinesi les dijo: "Los apruebo si aguantan las veinticuatro horas", y se quedó allí con ellos.

Cuando Mariano egresó, al año siguiente, quedaron repentinamente atrás las bombitas de agua y las máscaras de la vuelta olímpica, el pochoclo y el ping-pong. El choque con la realidad menemista fue tan grande que durante un tiempo Mariano se alejó no sólo del peronismo, sino también de la política, envuelto en una crisis personal que, leída con mayor profundidad, era una crisis de época. Hasta que aclarara, se dedicó a la carrera.

Los judiciales

Ingresó a Derecho, empezó a trabajar en Tribunales como meritorio, y hundió la cabeza en los libros durante 1991, 1992 y 1993. En el 94 hubo un conflicto grande en Tribunales por un ajuste salarial. Mariano empezó a acercarse al sindicato y a retomar sus fuentes peronistas. Su primer interlocutor fue Julio Piumato. "Lo tenía ahí arriba", dice, porque con él hizo aquel primer recorrido político de su vida adulta. La primera agrupación en la que participó fue la Juventud Judicial. Todavía como meritorio, se lanzó a organizar a sus pares y sorprendieron con grandes ñoqueadas frente a los Tribunales: decían que los meritorios eran los antiñoquis, porque trabajaban y no cobraban. Eran ollas populares en un lugar impensado. Pronto fue delegado en su juzgado, después delegado en su edificio, y más tarde delegado de todo el fuero laboral. Ya integraba la comisión directiva del

sindicato.

En esa época, el 98, Mariano conoció a Wado de Pedro. El sindicato apoyó desde su surgimiento a la agrupación H.I.J.O.S., en la que militaba Wado, que también era empleado del sindicato. Wado empezaba con los escraches a represores que estaban protegidos por las leyes de impunidad, y a esos actos que inauguraban un modo de protesta también iban los judiciales. Un grupo integrado entre otros por Mariano viajó con H.I.J.O.S. a Tucumán, en una camioneta bullanguera, para apoyar a los militantes de esa provincia en un escrache contra el ex general Antonio Domingo Bussi.

En el sindicato, Mariano se ocupaba de todo tipo de reclamos, desde los pedidos de ascensos a recategorizaciones, hasta que se hizo cargo de la asesoría legal de Judiciales. Todo eso le encantaba, dice, porque era "militancia cotidiana, micromilitancia que tenía efectos inmediatos", que solucionaba problemas concretos a personas concretas. Pero empezó a pensar en otro tipo de trabajo político, y teniendo ya tanta experiencia con los reclamos de los meritorios se le ocurrió que si trasladaba esa problemática a la Facultad de Derecho tenía chances de primerear a otras agrupaciones. Ninguna tomaba el tema, y muchos estudiantes de Derecho trabajaban en Tribunales.

Se acercaba el 99, las elecciones que iba a ganar la Alianza. El desinterés juvenil por la política alcanzaba su cenit. En la facultad, donde habían hecho un debut exitoso, los alumnos les preguntaban con quién iban a jugar en las elecciones. "No, ¿qué elecciones? Nosotros venimos acá a buscar meritorios", contestaba Mariano. La política nacional, para los peronistas, estaba todavía muy lejos de cualquier referente por lo menos motivante. Empezaron a hacerse conocer como independientes, pero esa palabra, en el caso de NBI, no significaba indiferencia política, como se pretendía, sino falta de referentes y de proyecto.

Mientras Mariano militaba todavía en el sindicato, al mismo tiempo el

ritmo universitario se intensificó. Ya habían tomado contacto con los dirigentes de TNT, de Económicas, donde estaban Kicillof y Heyn. Ésa había sido la agrupación precursora, en el ámbito universitario de los 90, del humor corrosivo que traían de la *PostCrucifixión* que habían editado en el Nacional Buenos Aires. Entre ellos hubo instantánea sintonía. En las primeras charlas, compartieron la idea de que había un lugar vacante, que muchos estudiantes no se sentían representados ni por la izquierda ni por la Franja, y que el menemismo se expresaba en la universidad en el shuberofismo. Kicillof le insistió a Mariano para que armaran algo como TNT en Derecho. Era el momento. Mariano y sus compañeros de Judiciales salieron a buscar a los pibes sueltos que conocían y les parecían interesantes, para crear una nueva agrupación.

El nombre surgió en una tormenta de ideas entre los pocos que eran. Mariano sugirió:

—Que sea una sigla. Que tenga muchos significados.

Uno tiró:

—Non Bis in Idem —es latín. Es un concepto de Derecho Penal. Significa que una persona no puede ser juzgada dos veces por el mismo hecho.

—Necesidades Básicas Insatisfechas —dijo Mariano—, ya está, somos NBI.

—No Bancamos Injusticias —dijo otro, festejando la multiplicidad de sentidos de la sigla.

—Nuestras Banderas Inclaudicables —aportó uno más.

—Nuestra Bisexualidad Inexplorada —siguieron.

—Nenes Básicamente Imponentes.

—Ningún Boludo Incorporado.

TNT primero y NBI unos años después tomaron para sí los males de la época y se propusieron revertirlos en el ámbito de la universidad. El más dañino era la profunda antipolítica, la marca de los 90, atada a la decepción

por un bipartidismo que, desde el Pacto de Olivos, no abría el horizonte. La escena nacional era protagonizada por una generación de dirigentes que, ya lejos de los intentos golpistas de los 80, en los 90 comenzaron a aceptar sin resistencias ideológicas el credo neoliberal. La antipolítica implicó en lo general el triunfo de una política concreta, la más antipopular de todas, y fue tan macerada, tan agudamente inducida por los poderes fácticos, que todavía hoy es un filón sobre el que trabaja la reacción: la suspicacia o la sospecha sobre todo lo que no sea videopolítica, todo lo que implique militancia, desarrollo territorial, construcción y búsqueda de espacios, discusiones, internas, rupturas, fusiones y reciclajes, en fin, todo lo que es la política en la práctica, es exhibido como "sucio" sin mayores precisiones. En términos de sentido, fue como si los medios se hubieran homologado a sí mismos con "la luz pública", y como si todo lo que iba quedando fuera de los sets televisivos hubiera entrado en una clandestinidad simbólica.

La antipolítica sigue partiendo hoy, como en aquella época, de una negación de la política, para abrirles paso a candidatos surgidos del sector privado. En los 90 esa línea de pensamiento era casi lo único que había. Ellos mismos, los de NBI y TNT, buscaban ese famoso "otro modo" de hacer política, porque estaban tan hartos como todos de que la política llevara incorporado el doble discurso, y de que todos los caminos del bipartidismo llevaran a Cavallo. Mariano se seguía repartiendo: aunque generacionalmente compartía el criterio de NBI, mantenía su militancia tradicional en el sindicato, que formaba parte del MTA que conducía Hugo Moyano. La CTA de Víctor De Gennaro era el otro espacio aglutinante del momento.

NBI tenía tres premisas: se autofinanciaban, eran horizontales y eran independientes. "Con eso en ese momento queríamos decir que éramos una isla, que nadie nos bajaba línea. Conceptualmente es muy nocivo, pero en los 90 había que trabajar desde ahí, porque todos estaban hartos de lo demás", dice Mariano. En las reuniones ampliadas con TNT, solamente Iván Heyn y

él se reconocían peronistas.

Algunos hitos de NBI fueron: con la consigna “subite al bondi”, recorrían la facultad con gente subida a un chango de supermercado; con la consigna “algo huele mal en la facultad”, prendieron tres mil sahumerios en la puerta, un día que lograron un olor apestoso. En los cursos de verano, instalaban pelopinchos de libre acceso; con la consigna “si querés que bajen, tocá el pito” —era contra los precios de la fotocopiadora— repartieron mil silbatos y generaron un bochinche memorable. En 2004, instalaron el bar Barato, de autogestión, un hito que relata más adelante Santiago “Patucho” Álvarez, un militante diez años menor que Mariano —hoy presidente de Télam—, un pampeano que se había sentido convocado por el efecto que provocaban estas intervenciones de NBI. “Los tipos eran como fantasmas”, dice Patucho Álvarez. “No se sabía muy bien quiénes eran ni a qué apuntaban, porque no respondían a ningún referente y al mismo tiempo eran los únicos que reivindicaban la política.”

El 501

TNT y NBI pronto se entremezclaron. Los estudiantes de Derecho y Económicas compartían fiestas, actos, un toque de humor corrosivo para comunicar lo que querían, que por otra parte era la manera en la que salía a flote, para esa generación, el rechazo a la política “tradicional”, que en el PJ seguían expresando Carlos Menem y Eduardo Duhalde. Tanto el Poder Ejecutivo como el Legislativo, los ámbitos institucionales de la política, eran circos romanos que evocaban a *El Sueñero*. Sin referentes políticos, el MTA de Hugo Moyano y la CTA de Víctor De Gennaro eran los únicos espacios respetados, pero no se daba el salto de lo sindical y lo social a lo político.

En 1999, NBI y TNT concluyeron que no había que votar en las elecciones

en las que se medían Menem y la Alianza, que integraba el Frepaso. Organizaron el Kilómetro 501, otro de los raros hitos políticos del tiempo en el que por “jóvenes” se estaba a punto de entender “sushi”. En el fin de semana de las elecciones, más de quinientos militantes, muy parejos entre hombres y mujeres, viajaron en tres vagones de tren a un campamento en Sierra de la Ventana. Eran estudiantes universitarios de diferentes agrupaciones, y activistas barriales. La idea era estar el día de las elecciones a 501 kilómetros de sus domicilios, solamente uno más de lo previsto por la ley para no votar. A último momento se sumaron algunos pibes de Malón, agrupación que luego conformaría la JP Descamisados. Ese domingo un grupo más anarquista generó una interna imprevista: se negaban a ir a la policía para que les sellaran el documento. Así que terminó habiendo dos colas: la de los que esperaban para sellar los documentos, y una contracola de esos otros, con uno de ellos disfrazado de policía, abucheándolos.

MATRIX

Sobre el clima interno de NBI y TNT, Mariano recuerda que, a pesar de que reivindicaban la lucha de la JP de los 70, el ambiente, el toque generacional ya era muy otro. Estaba mucho más mezclado, más abierto, más plural que lo que habían leído o escuchado sobre la época en la que sus propios padres militaban. El contexto entre los 70 y los 90 era totalmente distinto. La “juventud maravillosa” fue parte de un período mundial en el que, desde las revueltas del Mayo Francés, en el 68, los jóvenes de distintos lugares del mundo se acoplaron politizándose desde la adolescencia. Aquel contexto, en América Latina, incluyó en cada país una reacción represiva que, en el caso argentino, llegó al clímax con el terrorismo de Estado desatado después del golpe de 1976. En los 90, quince años después, los jóvenes habían perdido

completamente el deseo político.

—Nosotros puteábamos a la política, la gente puteaba a la política. Se sentía eso en ese momento. La corporación política en la universidad nos odiaba. Para la izquierda éramos frívolos. Nadie nos representaba afuera de la universidad. Habíamos convocado un poco de todo, y esa mezcla fue la que nos empezó a dar identidad, también. Porque los del principio veníamos casi todos de familias peronistas, pero se fueron sumando compañeros que acercaban otras miradas. Acercaban la problemática de las minorías sexuales, o la del porro, por ejemplo. La escena era muy distinta a la de los 70, también en ese sentido. Eso no quiere decir que no nos importara la disciplina interna, la tuvimos siempre. En las reuniones políticas, por ejemplo, no se tomaba alcohol. La idea de una organización en serio la tuvimos siempre, nunca jodimos, nunca hicimos nada para divertirnos solamente, desde que empezamos hicimos política, pero lo que fue cambiando fue el contexto.

De todos modos, a pesar de la mezcla, en NBI comenzó a hacerse evidente cierta confluencia generacional que arrastraba con ella los temas no resueltos del pasado. A Mariano le cayó esa ficha una tarde cuando asistió a un encuentro entre Norberto Berner, Wado de Pedro y Franco Vitali. Se habían conocido hacía poco los cuatro. Franco le había contado a su padre Elvio Vitali —dueño de la librería Ghandi, luego director de la Biblioteca Nacional— que militaba en la universidad con Wado y Norberto, y así descubrieron que, a su vez, Elvio había militado en su juventud con los padres de ellos dos, que luego desaparecieron.

Esa tarde esos tres hijos de militantes de los 70 intercambiaron toda la información familiar que tenían. Mariano los escuchaba y pensaba “Vamos bien”, porque los tres ya habían elegido militar en NBI cuando descubrieron que sus padres fueron compañeros.

—Yo los escuchaba y pensaba y me emocionaba. Ese día percibí que íbamos bien, que algo de lo que hacíamos estaba muy bien para haber

convocado a esos pibes. Me sentía parte de esa generación marcada por el terrorismo de Estado, aunque mi viejo no había militado con ellos ni estaba desaparecido. Pero eso me involucraba directamente, por mi generación. Siempre lo sentí de esa manera: un involucramiento directo. Y ahí empezamos a plantear claramente que teníamos que construir un poder político organizado, que teníamos que organizar pibes para resistir los 90, y tener algo armado para cuando apareciera un proyecto político.

¿Y qué proyecto político se imaginaban? ¿Qué estaban esperando esos pibes de NBI o los de TNT? Entre las agrupaciones de entonces, algunas esperaban que la situación se pudriera del todo, otros decían que "tenía que armarse la red de redes" —lo que fracasaría en el asambleísmo de 2002—, otros pensaban en "un nuevo Perón", como Mariano. Para ellos, el surgimiento de un proyecto político nacional en el que insertarse dependía, esencialmente, de que apareciera una conducción. Pero eso sonaba a *Matrix* hacia ese fin de siglo. "Nosotros sentíamos que los pibes estaban en una Matrix y que había que trabajar para sacarlos de ahí", dice él. Hicieron circular la leyenda final de *Matrix* y se pusieron remeras con la primera oración, a la que convirtieron en una convocatoria a la militancia: "Sé que están ahí".

La leyenda final e inspiradora era: "Sé que están ahí. Puedo sentirlos ahora. Sé a lo que le tienen miedo. Nos tienen miedo a nosotros. Le tienen miedo al cambio. No conozco el futuro. No vine a decirles cómo va a terminar esto, vine a decirles cómo va a comenzar. Ahora, voy a colgar el teléfono y voy a mostrarles a estas personas lo que ustedes no quieren que vean. Voy a mostrarles el mundo sin ustedes. Un mundo sin reglas ni controles, sin fronteras ni cadenas. Un mundo donde todo es posible. A dónde vamos desde ahí, es una elección que les dejo a ustedes".

En el 99, tampoco se presentaron en las elecciones en Derecho, pero hubo muchos sobres en los que aparecieron flores, que era lo que ellos proponían.

En 2000, quedaron terceros. En 2001, ganó otra vez la Franja, y NBI quedó segundo, pero hubo escándalo porque la Franja modificó los resultados groseramente en la elección del consejo directivo. Inmediatamente hubo otro gran escándalo con repercusión mediática: la Franja se quedaba con planes sociales. En 2001, en octubre, hubo elecciones, pero en diciembre cayó todo. En Económicas había ganado TNT, y no les entregaban el centro. Y antes de fin de ese año y en el clima enrarecido por el estallido, Iván Heyn fue elegido presidente de la FUBA. Heyn era el candidato por un frente del que participaban NBI, el MST, la CEPA, la Venceremos.

Ya entonces, en 2001, además de Mariano y de Heyn, había más peronistas confesos en ese sector aliado a los independientes y a un sector de la izquierda. Wado de Pedro, Carlitos Figueroa, Santiago “Patucho” Álvarez y Franco Vitali eran algunos de los que están hoy y ya se habían sumado hace once años.

2003 Y DE AHÍ EN MÁS

—Las primeras veces que vi a Néstor —dice Mariano— fue por Crónica TV. Lo primero que me llamó la atención fue que todos los días veía por Crónica TV un acto de Kirchner, con poquita gente. Me parecía un tipo con poco carisma. Y venía con Duhalde, así que lo observaba, nada más. Nosotros en 2003 nos abstuvimos. Fuimos espectadores. Pero 2003 ya no era el 99. En 2001 el país había hecho una curva. Era un quilombo, era tensión permanente, pero ya era distinto. En los primeros años del kirchnerismo nos empezamos a interesar. Pero nos preguntábamos: ¿Éste no avanza más porque no quiere o porque no puede? Porque veíamos que avanzaba. Estaba muy clarito. Y el tipo parecía hacer lo que nosotros queríamos que hiciera. Empezamos a tener esa discusión. En 2004 fue la recuperación de la ESMA.

A los quince días, Bonasso presentó su libro *Memorias de un clandestino*, en el Palais de Glace. En esa época nosotros admirábamos mucho a Bonasso. Habíamos leído *El presidente que no fue*. Y ahí, en la presentación del libro, viene Wado y me dice “vení que te presento al pibe que habló en la ESMA”, y me presenta a Juan Cabandié. Wado era uno de los encargados de contener a Juan, que hacía apenas unos meses había recuperado su identidad.

Las cosas se iban entrelazando. Néstor Kirchner, aquel presidente al que los militantes de NBI no habían votado, ya había dado señales que a muchos de ellos los hacían pensar que el proyecto político del que tanto habían hablado era ese que ya había empezado. Eso pensaban ya muchos, pero no todos. Y los que en NBI decían que no, se referían a que directamente no querían aceptar kirchneristas en la agrupación. Cuando se referían a “kirchneristas”, cabe aclararlo en este acelerado repaso del tiempo, se hablaba de algo que era muy incipiente y muy difuso. Entre que Kirchner hubiera ganado una elección y que existiese el kirchnerismo había un salto, y ese salto, entre otros, tenían que darlo ellos.

—Para algunos Kirchner, incluso en 2004, seguía significando pejotismo —dice Mariano—. Fue una discusión muy fuerte aquélla. Fuerte y larga. Alan Iud y Mariano Gaetán, los abogados de Abuelas, por ejemplo, eran dos de los compañeros que sostenían que había que mantener la independencia. Y a otros, Kirchner cada vez nos gustaba más, cada vez lo sentíamos más cerca. Pero mirá lo endurecidos que estábamos, que ahí decíamos “no somos kirchneristas pero toleramos al kirchnerismo”. ¡Lo tolerábamos! —se ríe—. Yo no me hice kirchnerista en un momento, no hubo un click. Fue un acercamiento lento, pero sostenido. Estaba, estaba, estaba, y de pronto en 2007 estaba en el Intercontinental festejando el triunfo de Cristina, y sentí que era obvio que era kirchnerista. Fue así: lo asumí cuando era obvio.

La Cámpora asomando

Mientras NBI ardía en esas fragorosas discusiones, hacía un tiempo que Wado, que militaba con él en Derecho pero que también seguía militando en H.I.J.O.S., había empezado a ir a reuniones que se hacían en la Casa de Santa Cruz. Wado le decía:

—Che, los pingüinos quieren armar una agrupación. Hay que pensarle un nombre.

—Nosotros —dice Mariano— empezamos a tirar algunos de los nombres típicos de NBI, ingeniosos. Y Wado decía que no, que no querían ese estilo, que estaban pensando en La Cámpora. La primera vez que lo escuché no me gustó. Yo detestaba esa onda de La Pampillón, La Cullen, la Rodolfo Walsh. Finalmente se decidió el nombre, que fue Agrupación Héctor J. Cámpora, así se llama La Cámpora. Cuando se creó, en esa época, yo todavía no conocía ni a Máximo ni al grupo que se reunía en la Casa de Santa Cruz, y con el Cuervo teníamos un vínculo, pero orgánico. Algunos activistas de la universidad, como Víctor Casanovas, militaban en el barrio con él. Pero Wado y Juan sí los conocían. Todo se empezaba a cruzar. Wado me decía: “¿Qué te parece La Cámpora?” Y a mí ahora me encanta, pero en ese momento no, yo le proponía La Jota.

Durante esos años hubo una ebullición de agrupaciones afines entre sí, pero diferenciadas por matices o procedencias. Mariano con Wado de Pedro y Juan Cabandié armaron el GEN (Generación por la Emancipación Nacional). El Cuervo Larroque estaba en Juventud Presente, pero ya se había acercado a Máximo Kirchner, que iba a algunas de las reuniones de la Casa de Santa Cruz. Más adelante se completará con otras voces ese fresco previo a la creación de La Cámpora, pero Mariano recuerda que hubo un tiempo, bastante largo, en el que “estábamos todos juntos y al mismo tiempo separados. Fue un proceso. En los actos de Kirchner se veían las banderas

blancas y celestes de La Cámpora y las rojas y negras de la JP. Yo iba con la JP. Pero no sabíamos si la JP formaba parte de La Cámpora o si la Cámpora formaba parte de la JP. Y había muchas JP. Tampoco estaba claro si La Cámpora era un espacio juvenil exclusivamente o si iba a ser un espacio dentro del peronismo. Pero éramos los mismos, defendíamos lo mismo. Llegamos a 2008 más o menos así, en la universidad con UBA Grande, que era la unión de todas las agrupaciones independientes. Y ahí sí, después de la crisis por la 125, hicimos un plenario y dijimos: “Todos entramos en La Cámpora”. Ya no había ninguna duda.

Aquel amplio sector de militantes que en 2008 decidió incorporarse al kirchnerismo lo hizo de cara a la derrota de 2009. Juan Cabandié, que desde 2004 tenía una relación cercana con los Kirchner, era desde 2007 secretario nacional de la JP. En las elecciones de junio de 2009 Cabandié, que había sido candidato por Capital en 2007, impulsó en la lista a Mariano y a Larroque, que quedaron en lugares imposibles. Sabían que no iban a entrar.

—Pero le metimos mucho huevo a la campaña, nosotros mucho más que algunos que estaban más arriba —dice Mariano—. Y perdimos, Kirchner perdió. Fuimos esa noche al Intercontinental, y vimos cómo otros se escapaban como ratas. Bancamos. La juventud bancó esa derrota. Cuando estábamos ahí, y esa noche habló Néstor... todavía me emociono cuando me acuerdo. Porque parecía que todo iba para atrás, y él lo que dijo fue “vamos a profundizar”. Esa misma noche. Fue el 28 de junio de 2009. Y el 8 de julio, ahí, ahí nomás, hicimos un plenario en la unidad básica de Caseros 3033, frente al Parque Patricios. Estábamos todos y éramos doscientos cincuenta pibes. Al final lo tuvimos que hacer en el parque porque no se podían realizar reuniones en lugares cerrados, por la gripe A. Hablamos Juan, el Cuervo y yo. Los diarios decían que se había terminado el kirchnerismo. Nosotros decíamos “vamos por Kirchner 2011”. Parecíamos locos, la escena era medio delirante. A una semana de la derrota, todos en la calle gritando por Kirchner

2011. Y a los tres días de ese plenario me llama Hugo Moyano a la mañana. “La Presidenta me pide que te pregunte si aceptás ir a Aerolíneas, pero le tenés que contestar antes de las cuatro de la tarde”, me dice. Yo entendí que me ofrecían ser un gerente de Aerolíneas, pero Moyano me había dicho “en lugar de Julio Alak”. Al toque llamé a mi viejo para contarle. “¿En lugar de Alak? Ah, no, pero eso es la presidencia”, me dice mi viejo. “Eso es un quilombo”, me dice. “Sí —le digo yo—, pero no puedo decir que no, no puedo decir que no.” “No, no podés decir que no”, dice él. O sea que nos pusimos muy rápido de acuerdo, y llamé a Moyano y le dije que sí. “Andá a la Rosada a las siete, que ella te espera”, me dice Hugo. Y fui. Yo nunca había entrado a la Rosada. Me fui caminando desde el estudio, caminé despacito. No sabía ni por dónde se entraba. Me acerqué a la garita, le dije muy bajo a un policía: “Vengo a ver a la Presidenta”. Y entré, y seguí pasando los controles, y al rato estaba frente al despacho presidencial, sin entender muy bien qué estaba haciendo ahí. Finalmente, la Presidenta me hizo pasar. Caminé por todo ese largo despacho hasta llegar a su escritorio, y ella me dijo: “Bueno, Mariano, te necesito al frente de Aerolíneas. Viste todos los cambios que va a haber”. Yo la verdad que no sabía ni la mitad de los cambios que iba a haber, porque al día siguiente iba a cambiar una parte del gabinete. “Vos estás acá porque sos un cuadro político, ¿está claro?”, me dijo. “La gente de Julio te va a dar una mano para ponerte al tanto. A vos te conozco por tu viejo, por la cámara oculta que hicieron, y porque Máximo me habló de vos.” Yo con Máximo había estado charlando hacía poco. Unos días antes del nombramiento me habían invitado a un asado que hizo él. Fui con Wado, con Juan, con el Cuervo. Hablamos, hablamos mucho. De cómo construir la organización, pero nada de la gestión o nombramientos. “Te van a volver loco. Apagá el teléfono. Te espero mañana a las nueve en Olivos”, me dijo la Presidenta antes de despedirme. Habré estado con ella menos de diez minutos. Y al día siguiente fui a Olivos. Estaban Alak, Bossio, Aníbal,

De Vido, gran parte del nuevo gabinete. Mientras esperaba escuché que hablaban de fútbol. Del picadito de los viernes. “Invítenme”, les pedí.

A partir de entonces Mariano iba los viernes a Olivos, al picado. Jugaban y después se quedaban algunos al asado. Cabandié, Bossio, Boudou y él eran de los que se quedaban. Néstor hablaba siempre de “juntar diez mil pibes”.

—Nos pinchaba, nos jodía, nos insistía siempre con eso. “Tienen que juntar diez mil pibes, porque si no me voy a la JP Descamisados”, bromeaba. “Ya vamos a armar, ya vamos a armar”, le decíamos nosotros. Eso era hacia finales de 2009. La traición de los intendentes hizo acelerar ese proceso. Néstor hizo foco en eso, juventud, juventud y organización. Territorio y universidad. La construcción era difícil, porque había crecimiento, pero había que reorganizar, mutar, readaptarse con ese crecimiento. Ya en 2009 Néstor estaba pidiendo el Luna Park, que pudimos hacer recién en septiembre de 2010, y en el que habló Cristina porque él había estado internado esa semana. Llegar a eso fue muy difícil. La organización de ese acto, que fue impresionante, estuvo llena de tensiones, de peleas por las entradas, hubo discusiones fuertes con otras agrupaciones. Pero lo hicimos. Le juntamos miles de pibes para él. Por suerte lo pudimos hacer antes de que se muriera. Le cumplimos.

7
Juan Cabandié. “Yo soy Juan”

—Soy Juan Cabandié y tengo dos hijos. Soy kirchnerista, hincha de Boca y maestro de escuela. Estudié Psicología pero no me recibí. Este año volví a estudiar, ahora Ciencias Políticas, pero... el tiempo, no llego con el tiempo.

Hay una altura de la vida de Juan —tiene treinta y seis años—, que le hace poner el acento en su condición de padre por sobre los otros aspectos dolorosos de su vida. Juan irrumpió en la vida pública casi al mismo tiempo en que recuperó su identidad. Durante varios años fue “el que nació en la ESMA”, pero no empieza a presentarse desde su nacimiento, sino desde el de su hijo. Y uno no puede menos que advertir que en el caso particular de Juan, en su propia historia personal tan ligada a Néstor Kirchner en los años más liberadores de su propia vida, a Juan lo amortiguó el amor tanto como la política, o al revés.

Juan, el nieto recuperado número 77, se hizo públicamente conocido en 2004. El 26 de enero de ese año lo llamó Claudia Carlotto desde la CONADI (Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad), y le dijo que se fuera para allá. Un rato después —él se había presentado solo y buscándose a sí mismo —, le dijo: “Encontramos tu identidad”. Él supo que no se llamaba Mariano Falco sino Juan Cabandié. Se puso a llorar. Ese mismo día conoció a sus dos abuelas, a un abuelo, a cinco tíos y tías.

El caso de Juan fue una noticia más, pero alcanzaría resonancia internacional un mes y medio después, el 24 de marzo, cuando Juan habló en el acto de la recuperación de la ESMA, en uno de los hechos de restitución

simbólica más fuertes de los que se recuerden. Por primera vez en la América Latina del Plan Cóndor, un gobierno convertía un ex centro de detención clandestina en un Museo de la Memoria. Y era el centro clandestino desde que el salieron los vuelos de la muerte. Ese día hablaron Néstor Kirchner, dos chicos de H.I.J.O.S. y Juan. Era el indicado porque había nacido allí, poco antes de que a su mamá "la trasladaran" al río o al mar.

Pese a que había habido otras 76 historias anteriores que daban cuenta de la apropiación de niños, y pese a que cada una de ellas revelaba lo que recién en 2011 comenzó a juzgarse y se condenó en 2012 —el plan sistemático de robo de bebés durante la dictadura—, el caso de Juan subió a la superficie en una época en la que el Estado, en lugar de obstruir, como hasta entonces, comenzó a impulsar los juicios por delitos de lesa humanidad.

Su discurso de la ESMA dio la vuelta al mundo. Fue simple, corto, directo. Pero el alcance de ese testimonio era su síntesis, la del horror. Después de dos décadas de letargo, la lucha por los derechos humanos encontraba un cauce institucional con el que ya muchos habían dejado de soñar. Néstor Kirchner fue el primer presidente democrático que recibió en la Casa Rosada a las Madres y a las Abuelas de Plaza de Mayo. El dato permite recordar de dónde se venía.

Aquel 24 de marzo, entre otras pocas cosas, Juan dijo: "Mi madre estuvo en este lugar detenida, seguramente fue torturada, y yo nací aquí adentro, en este mismo edificio, pero el plan siniestro de la dictadura no pudo borrar el registro de la memoria que transitaba por mis venas y me fue acercando a la verdad que hoy tengo... Mi madre aquí dentro me abrazaba y nombraba, así dicen los relatos de las compañeras que hoy pueden contarlo. Fui su primer y único hijo y tanto a ella como a mí nos hubiese gustado estar juntos, pero este maldito sistema no me permitió eso... Hoy estoy acá, veintiséis años después, para preguntarles a los responsables de esta barbarie si se animan a mirarme cara a cara y a los ojos y decirme dónde están mis padres, Alicia y Damián.

Estamos esperando la respuesta que el Punto Final quiso tapar”.

El origen

Hoy Juan es presidente del bloque del Frente para la Victoria de la Ciudad de Buenos Aires, y miembro de la Mesa Nacional de La Cámpora. Pedro, su hijo, cumplió seis años el 23 de enero. Juan, en cambio, no sabe qué día nació. Alguna vez eligió para poner una fecha, un poco “aleatoriamente”, dice él, el 16 de marzo. Llegó a saber hasta ahí: nació un día de marzo de 1978 en la ESMA. Primero, cuando supo eso, eligió el 15 para festejar su cumpleaños. Después lo corrió un día. No lo puede explicar, salvo por una cuota extra de confusión que él mismo se agregó cuando supo la verdad. Y ahora, cuando tiene que hacer un trámite o llenar un formulario, se confunde. El 15, el 16. El matrimonio Falco, sus apropiadores, lo había inscripto el 20 del mismo mes.

—Estuve un año sin documentos, porque la Justicia en primera instancia, el juez Canicoba Corral, se negaba a darme el documento hasta que terminara el juicio a mi apropiador. Me sentía un paria. Un incompleto. Un día la causa subió a la Cámara. Y en la Cámara resuelven que me dan el documento. Fue el 16 de marzo de 2005. Entonces, cambié la fecha. Elegí ese día como el de mi nacimiento.

Cuando empezó a reconstruir su historia, Juan sabía que las compañeras de detención de Alicia Alfonsín, su mamá, secuestrada a los dieciséis años, no le contaban todo. Aunque él pedía escuchar hasta lo que fuera doloroso, siempre supo que había una red de protección para lo más atroz. Su madre, con él en la panza, estaba en Capucha. La dejaban caminar por un pasillo. Quizá porque era tan chica, casi una niña. El parto lo atendió Sara Osatinsky, una ex detenida que ayudó a varias de las parturientas que luego fueron arrojadas al

río. Le contaron que cuando nació, apenas lo tuvo arriba de su pecho, Alicia dijo:

—Se llama Juan.

Cuando se lo contaron, Juan se estremeció porque siempre había querido llamarse así, porque tiempo atrás les había dicho a sus amigos que le hubiera gustado llamarse Juan.

Sabe que después del parto fue acariciado por otras detenidas, y uno no puede menos que imaginar cómo habrá sido aquella ronda de brazos y bocas femeninas celebrando a aquel bebé, recién salido del cuerpo de una de ellas en aquel infierno. Juan sabe que lo dejaron dos semanas con su madre. Que durante esos quince días ella lo mimó y lo besó todo el tiempo. Después, el represor Héctor Fevrés se presentó en Capucha, le ordenó a Alicia que le escribiera una carta a su madre, y se lo llevó.

Alicia Alfonsín y Damián Cabandié se habían conocido en el Club Social y Deportivo Colegiales, que estaba en Pedro García y Cramer. Alicia jugaba al básquetbol. Damián militaba en la JP de la Beto Simona, sobre la calle Zabala, después de haberse iniciado en la UES. Luego del golpe, ese grupo se pasó al club, para seguir haciendo trabajo social desde allí. Se conocieron. Y allí todavía hubo quien los recordó para ese hijo reaparecido veinticinco años después, un día que él fue de visita, en plena reconstrucción del pasado. Le contaron que Alicia y Damián estaban muy enamorados, que se habían casado muy pronto después de conocerse —ella con quince, él con dieciocho —, que se besaban mucho. En el casamiento, Damián usó jeans y Alicia un vestido de bambula amarilla, que Juan tiene guardado. A Alicia le gustaba Spinetta. A Damián, Pink Floyd.

La que buscó a Juan durante muchos años fue la esposa de su abuelo paterno, la abuela Muñeca, que no era la madre biológica de Damián. El abuelo materno era suboficial de la Aeronáutica. Alicia ni llegó a insertarse orgánicamente en la militancia. Acompañaba al grupo de Damián a hacer

trabajo social en Villa General Mitre, donde ahora está la plaza Mafalda. Era la villa más grande de la ciudad en los 70, y poco después fue erradicada por Cacciatore.

Se fueron a vivir a San Miguel, a la casa de la madre de Damián. Después se pierde el rastro, y Juan cree que se fueron a alguna casa clandestina. Los secuestraron por separado. Damián trabajaba en Entel, en lo que hoy es la Casa Central de Telefónica. Allí también trabajó Juan muchos años después, cuando todavía no sabía quién era. A Damián lo levantaron ahí, en su trabajo, el 23 de noviembre de 1977. El mismo día fueron a buscar a Alicia a un departamento de la calle Solís. Los había delatado una vecina, la misma que se quedó con sus pertenencias.

Mi vida como otro

Juan fue entregado al agente de inteligencia de la Policía Federal Luis Antonio Falco y a su mujer, Teresa Perrone, que lo inscribieron como propio y con el nombre de Mariano Andrés Falco.

—Me sentía un nene distinto. Me faltaba algo y no sabía qué era. Recuerdo esa infelicidad. Era sumiso, muy tranquilo. Vivíamos en Floresta. La familia Falco no promovía las amistades. Vivíamos encerrados en el edificio. Mis vínculos eran mis vecinos y mis amigos del club de la policía. Pero no tenía lazos, no tenía amigos. Fui a una escuela de ahí, en Villa Real, evangélica. Mi relación con Falco era tortuosa. Era un sistema violento el de esa casa. Agresiones verbales, agresiones físicas. Retos, gritos todo el tiempo. Miedo. Yo le tenía mucho miedo. Crecí sintiéndome acorralado. Vanina, mi hermana de crianza, era mi único sostén emocional. Ella me cubría de todas las cosas que podían irritar a Falco. Era intachable. Abanderada en la primaria, abanderada en la secundaria. Yo no. Tenía mal comportamiento y malas

notas. La mujer de Falco era contadora, tenía independencia económica, pero psicológicamente dependía de Falco. Se interponía en algunos momentos conflictivos, pero muy tibiamente. Le molestaba que me maltratara, pero no lo evitaba.

En aquel ambiente opresivo, Juan se hizo amigo de los mellizos Reggiardo Tolosa, apropiados por Samuel Miara. El vínculo entre Falco y Miara era estrecho. Las familias compartieron vacaciones, fines de semana, microclima. Vanina y Juan le decían "tío" a Miara y "tía" a su mujer. Cuando los Miara escaparon al Paraguay, poco después el matrimonio Falco decidió hacer un viaje corto, y al regresar les dijeron a sus hijos que casualmente se habían encontrado con "los tíos".

En el 89, a Juan lo echaron del colegio por mal comportamiento —había roto un baño—, y Falco lo inscribió en una escuela a la mañana para que a la tarde hiciera el ingreso al Liceo Militar. En la Academia Márquez, en el Once. Formaban, saludaban. "Sí, señor", tenían que contestar. Estudiaban mucha matemática. Juan se esforzaba para satisfacer a Falco. Cuando se acercaba el momento del examen de ingreso, la crisis terminal del gobierno de Alfonsín obligó al cierre temporario del Liceo. Volvió a la escuela de la que lo habían sacado, pero esta vez le interesó la religión. Se volcó de lleno al trabajo social de la Iglesia. El grupo se llamaba La Transparente. Iban a la villa 1-11-14.

La primera vez que fueron, se bajaron del colectivo y tuvieron un poco de miedo. Se instalaron en un comedor y empezaron a ayudar a los chicos con las tareas escolares. Pero la integración con los vecinos no prosperó. Ellos les hablaban de religión, y los vecinos les hablaban de sus necesidades. Iban también a la Villa de los Paraguayos, a la altura de Nogoyá y General Paz. Llevaban todos los años a los chicos de esa villa a un campamento de la iglesia. Fueron a Fuerte Apache. Los Falco aceptaban la actividad de Juan porque era con la Iglesia.

La vida de Juan cuando era Mariano fue accidentada en otros sentidos. A los diecisiete, en un campamento de la escuela en Miramar, fueron a alquilar caballos al vivero, como en cada campamento, pero esa vez el caballo lo tiró, y Juan entró en coma. El caballo lo pateó, lo arrastró. Todavía tiene cicatrices. Una piedra lo golpeó en el occipital izquierdo. Lo trajeron de urgencia, ya en coma, y estuvo internado dos semanas en Fleni. La rehabilitación fue mucho más larga. Tardó en volver a hablar y a moverse con naturalidad. El CBC quedó interrumpido.

Después retomó Psicología, pero decidió parar dos años para terminar el magisterio. Quería ser maestro rural. Eso le parecía trascendente. Conocía algunas escuelas rurales y le parecía que ése era un buen trabajo, donde se podían poner a prueba los valores. Pero cuando terminó el magisterio, ya escuchaba a Attaque 77 y desconfiaba del sistema.

En La Transparente, él y uno más eran peronistas. Las identidades políticas de aquel grupo de jóvenes evangelistas eran esquivas. Un día uno le propuso afiliarse "al partido de Macri, que es chico. Podemos crecer rápido". Juan le dijo: "No sé, no me parece". Juan venía de desencantarse con el menemismo. Le había gustado al principio, alentado por los Falco. Sus apropiadores se iban entusiasmando más a medida que él enfurecía, pero no tenía ni idea de dónde buscar políticamente, ni siquiera, todavía, esa búsqueda era importante. Para Juan, la búsqueda era otra.

Llegó al estallido de 2001 con esa otra falta ya muy a flor de piel. Los indicios sobre su falsa identidad no se le iban de la cabeza. Cuando él dice que "el 19 de diciembre de 2001 me cambió la vida", lo que dice es que ese día sacó de sí, en el medio de la refriega con la policía a la que no supo del todo bien cómo llegó, su grito. Era el grito que siempre había querido dejar salir. No debe haber tenido palabras ese grito, pero de tenerlas, hubiesen podido ser: quién soy.

NÉSTOR Y FIDEL

De 2001 a 2003, Juan hizo un arco. Y en 2003, soltó la flecha.

—Yo con Néstor había tenido empatía desde la primera vuelta. La ecuación que hacía era obvia: hay que ganarle a Menem. Tenía más referencias de Cristina que de Néstor. Pero me acuerdo de la entrevista que en 2002 le hizo Juan Castro a él —dice Juan—. Estaban sentados uno frente al otro, en dos sillas. Néstor hablaba de derechos humanos. Hablaba de las Madres, de las Abuelas. Y Juan Castro le pregunta en un momento por la adopción de chicos en las parejas gays. Y él contestó: "Y... si hay amor". Yo en ese momento todavía no estaba convencido de eso, imaginate, pendejo, escuela evangelista, pero sí me acuerdo que escucharle decir eso a un dirigente importante era totalmente transgresor. Me gustaba pero estaba confundido. Fui uno más de los que ese día confundieron a Ofelia, la madre de Cristina, con Estela Carlotto. La asunción la vi por televisión. Me fijé que estaban Chávez y Fidel. Me fijé bien. Tomé nota, además, de que Fidel al día siguiente hablaba en la plaza San Martín, en un homenaje a San Martín y Martí. Llegué tarde. Me fui para la Facultad de Derecho y me metí a los empujones en el Aula Magna. De pronto, el canciller cubano, Roque Pérez, se para y dice que como había quedado mucha gente afuera, Fidel iba a hablar desde las escalinatas. Salimos todos, cientos, miles, y estuve en ese discurso, que duró tres horas y media. Hacía mucho frío. Yo estaba terriblemente impactado. Y después del discurso de Fidel me bajó la ficha y necesité por primera vez contarle a alguien lo que me estaba pasando. Me junté con Walter, un pibe de H.I.J.O.S. con el que habíamos trabajado juntos como preceptores en una escuela. Fue en un bar, en la esquina de Ciencias Económicas. Pedimos el café. Yo no sabía por dónde empezar. Comencé a recordar las discusiones que habíamos tenido con ese pibe sobre izquierda y derecha. Le dije que estaba teniendo una revolución en mi cabeza, que veía

todo con más claridad, que estaba cambiando mi posicionamiento. Parecía que lo que yo quería era acercarme políticamente, y el pibe me escuchaba, nada, tranquilo, y de pronto le dije que estaba seguro de que era hijo de desaparecidos. Le cambió la cara. Le pedí consejo. Era la primera vez que le podía decir eso a alguien, casi ni me lo decía a mí mismo. Yo no tenía nada, ningún dato, salvo esa certeza. El pibe me aconsejó que hablara con la mujer que me había criado. Con la que entonces era mi madre, con la mujer de Falco. Y ahí hablé también con Vanina, mi hermana. Vanina me dijo: “Pero entonces somos los dos”. No, le dije, los dos no somos. Había fotos de la mujer de Falco embarazada de Vanina. De mí, no. Vanina me dijo que en todo lo que hiciera ella me iba a acompañar. A los pocos días fuimos a Abuelas, Walter y yo. Una chica que me atendió me dio un turno para ir al Hospital Durand. Ahí me hicieron una extracción dactilar, que no es la del Banco Genético, era una prueba anterior. Las muestras se llevaban a Estados Unidos. Antes del resultado, tuve una segunda reunión en Abuelas, a la que fui con Vanina, y ya con un planteo. Quería saber qué podía pasarle a la mujer que me había criado si el resultado era positivo. Les pedí si podíamos retrasar el análisis. Tenía miedo. Esa mujer es la madre de Vanina. Y Vanina, que estaba al lado mío, me agarra del brazo y me dice: “No, vos tenés que seguir adelante con esto. Vos no sos culpable de lo que hicieron otros”. Eso me ayudó tanto. Me hice el análisis en junio de 2003 y el resultado estuvo en enero de 2004. En esos meses, encaré a Falco. Yo quería saber y no le tenía tanto miedo como antes. Había roto una cadena. Y un día, en una discusión en la que yo trataba de sacarle de mentira verdad, le grité: “Ya lo sé todo, ya lo sé todo, yo soy hijo de desaparecidos”. Él se quedó helado. Le cambió la cara. Me preguntó quién más lo sabía. Me lo estaba confirmando. Mientras me preguntaba eso me lo estaba confirmando. Y le dije: “Lo saben Estela de Carlotto y Néstor Kirchner”. Me salió eso. Un poco para protegerme, porque yo no sabía qué podía hacer él a partir de ese momento. Yo ya sabía que

Néstor nos iba a cuidar. No sé por qué, pero lo sabía. En enero, estaba caminando por Plaza de Mayo y me llaman de la CONADI. Me dicen que vaya. Voy. Había unas chicas en la oficina, trabajando en computadoras. Me sonreían. Era raro. Me hacen pasar y viene Claudia Carlotto con una carpeta, me saluda, se sienta, me dice "Ya está todo". Abre la carpeta. Estaban los resultados de los análisis y, adjuntadas en hojas separadas, una foto 4 por 4 de un pibe, y una foto 4 por 4 de una chica. "Éstos son tus papás. Leelo", me dice Claudia. Mientras miraba la carpeta sin entender nada, seguía escuchando la voz de Claudia. "Tu nombre es Juan Cabandié. Tus padres eran Alicia Alfonsín y Damián Cabandié. Naciste en la ESMA." Uuhh, eso fue muy fuerte. Yo miraba la carpeta pero era como si mirara por la ventana. "Esto es muy loco", pensaba. "¿Me está pasando a mí? ¿Esto es verdad? ¿En la ESMA?" Fue todo muy raro, todo muy intenso. Porque al mismo tiempo que todo eso me descolocaba, que me tiraba abajo todo lo que yo creía que eran los límites, sentí la confirmación. "¿Vieron que yo no estaba loco?", ésa era la sensación de alivio. Fue muy difícil ese proceso, por lo interno pero también por las cosas concretas que me pasaban. Recibí un llamado de la mujer de Miara, por ejemplo, esa a la que yo llamaba "tía" cuando era chico, diciéndome: "Vas a mandar a tu vieja en cana". Pero yo hacía años que tenía unas ganas bárbaras de que esa mujer no fuera mi vieja y que ese tipo no fuera mi padre. Y ya sabía quiénes eran mis padres y quién era yo. A partir de entonces, lo que quise saber es por qué los mataron.

VUELTA DE PÁGINA

Juan llegó el 24 de marzo de 2004 a la ESMA muy nervioso. Había leído todo lo que había encontrado y había descubierto un dato: la ex detenida Sara Osatinsky había atendido muchos partos en ese centro clandestino. Ya

enterado del acto que se iba a hacer, llamó a la Secretaría de Derechos Humanos para ver si ella podía estar entre los invitados. Juan quería información sobre su nacimiento. En uno de esos llamados, Eduardo Luis Duhalde le preguntó si aceptaba ser uno de los oradores.

Juan estaba acostumbrado a hablar en público desde La Transparente. Pero en La Transparente era Mariano Falco, y esa vez iba a hablar como Juan Cabandié, en una primera y enorme afirmación de ese apellido, que era a su vez una reivindicación de sus padres. La noche anterior se escribió el discurso. Ese día tenía "un terrible cagazo. Me parecía que tenía que hablar, porque yo había nacido ahí. Pero en esos dos meses desde que había descubierto la verdad no había hablado todavía. Me pedían entrevistas y yo no podía darlas, no me daba la cabeza, no sabía manejarme. Todo era nuevo para mí. Me sentía torpe, no sabía qué decir cuando me presentaban a alguien. Me presentaron a Alicia Kirchner, ¿y qué le dije? "Alicia, muy bien. Siga adelante con las políticas sociales." Absurdo. Y al mes me llama Alicia. Quería charlar conmigo. Hablamos mucho, como dos horas. Fue muy cordial, muy cariñosa. Me preguntó si quería trabajar con ella. Yo quería. Renuncié a la empresa de Internet en la que trabajaba. Después estuve en la Dirección Nacional de Juventud. Aquel día, en la ESMA, también conocí a León Gieco. Con él también me senté a charlar y a contarle mi historia. Y después él compuso "Yo soy Juan".

En esa primera época en Desarrollo Social, Juan trabajaba con algunos jóvenes de distintos movimientos sociales. En la Dirección de Juventud crearon la ZAP (Zona de Atención Prioritaria), cuya sigla fue elegida a conciencia de que en aquel momento salía al aire un programa del mismo nombre, conducido por Marcelo Polino. La ZAP fue un primer intento de identificar las necesidades sociales en el área de juventud. Juan recuerda que todavía las políticas de Estado chocaban contra una estructura que estaba calcificada. Los recursos "bajaban" de la Nación a las provincias y de ellas a

los municipios. La obra pública recién se estaba poniendo en marcha. Empezaba a sobrevolar una visión diferente de encarar el desarrollo social, pero faltaban herramientas para dirigir los recursos a los lugares específicos donde más se necesitaban.

—Todas las cosas que hacía Alicia en ese momento eran transgresoras, porque la institucionalidad que existía era cuadrada, aparatosa. Había que generar nuevas relaciones entre la Nación y los territorios, y para eso era necesario cambiar las relaciones entre la Nación y las provincias. Era necesario, también, que los trabajadores sociales pusieran en cuestión su propio rol. Ahí es cuando Alicia crea algo genial, que fue el Programa de Promotores para el Cambio Social. Eso permitió tener un mapa social del país, para poder generar información y a partir de ahí generar los cambios. Se usaron todas las capacidades de todas las organizaciones de la sociedad civil. Partidos, agrupaciones, movimientos. En cada provincia, en cada municipio, en cada localidad. Era una estructura de la hostia, con mucha energía, muchas ganas. Fue participar de la creación de la política pública en el área social, de abajo para arriba. En aquel entonces estaban los planes Jefas y Jefes, que había implementado Duhalde en 2002. Era el modelo de una experiencia que se repetía en muchos lugares. El modelo clientelar. Los piqueteros seguían pidiendo planes. Parecía algo titánico cambiar eso. No estábamos para la sintonía fina. Había que calmar los ánimos día tras día. Pero el trabajo que se hizo entonces después fue la clave que permitió instrumentar políticas personalizadas, y la idea era la misma: hacer políticas sociales que surgieran de los barrios, y romper esa relación perversa de dependencia política. A mí me tocó el NOA. Viajaba todo el tiempo por Jujuy, Tucumán, Salta, Santiago del Estero, Catamarca. Teníamos encuentros en Chapadmalal, donde a veces nos hemos pasado la noche entera discutiendo con los pibes políticas y estrategias. Fue algo fascinante.

En paralelo a ese trabajo, que no dejaba de ser un trabajo, Juan empezó a

militar en el kirchnerismo. Alicia convocó a cuatro o cinco de aquel grupo y los reunió con otro, en el que estaban Mariana Gras, Patricio Griffi n, Andrés La Blunda, actual referente de Kolina. Empezaron las reuniones y surgió un nombre: MSK, Movimiento Social K. Era un grupo de debate conceptual, aunque el primer trabajo lo hicieron en la Isla Maciel. Fueron a fortalecer una experiencia social que ya existía.

Juan dice que se hizo kirchnerista "viendo trabajar a Alicia". Él ya había llegado peronista, pero peronista también era su apropiador. Cuando vio a Alicia describir la situación clientelar y empezar a actuar para liberar a los destinatarios de las políticas de la dependencia al puntero o al gobernador, cuando pudo separar en su cabeza el duhaldismo del peronismo, Juan entendió mucho mejor por qué era peronista. "La lucha nuestra era ésa, y era cotidiana. Era contra la lógica duhaldista, que es como decir la lógica del sistema político, porque existía en todo el país, también en las provincias radicales."

El entramado

Juan conoció a Wado de Pedro muy pocos días después de conocer su identidad. Los H.I.J.O.S. estaban cerca de las Abuelas cuando aparecía un nieto nuevo, y le daban contención. Durante esos primeros años, cuando aparecía uno nuevo, siempre se hacía un asado al que iban todos los otros nietos a darle la bienvenida. El asado para Juan fue en la casa de Tatiana, otra nieta. Y ahí fue Wado. Apenas se le sentó al lado empezaron a hablar de política. Wado trabajaba en la Secretaría de Turismo, y Juan pasaba por ahí a verlo. Wado militaba también en Derecho, en NBI. "Uh, éste sabe", pensaba Juan.

A través de Wado conoció a Mariano Recalde, al Cuervo Larroque, a José

Ottavis. Y cuando llega a este punto, tal como hace Ottavis, admite una primera etapa en la que los dos se mostraron los dientes.

—En 2005 el petiso era tan acelerado... Nos costó, pero después pudimos construir una relación bárbara. Empezó a pasar todo muy rápido. Llevé a trabajar conmigo a Martín Rodríguez, a Emiliano Quinteros, a algunos compañeros de identidad originaria, como el Witi. Tomamos el tema de los pueblos originarios desde el Consejo Federal de Juventud. Se creó la Juventud Originaria. Conocí a Mayra Mendoza. A Sabino Vaca Narvaja. A Javier Andrade. A tantos compañeros... Se abrió un mundo nuevo, en el que nos integramos muchos que ya estábamos juntos, como Charly Pisoni y yo. Un día estábamos en la casa de Martín y dijimos "che, cuántos somos, somos NBI, más los H.I.J.O.S., más el grupo Oriente, tenemos que construir algo más grande". Éramos todos parte de expresiones pequeñas de lo que había sido la resistencia en los 90. Habíamos visto en Néstor al aglutinador. En 2006 conocí a Máximo. Bueno, cené con él.

Lo conoció en Río Gallegos, en una noche de conversación política intensa, y recuerda a Néstor diciendo: "Yo los voy a ayudar sin condicionamientos. Quiero una juventud que vaya para adelante, quiero armar una orgánica de la juventud".

Juan ya estaba en contacto con Néstor desde el acto en la ESMA. Militaba en el GEN (Generación por la Emancipación Nacional), y desde ahí, con Wado, tiraban lazos hacia otras agrupaciones. Estaban también, además de Pisoni, Pablo Giles, Martín Rodríguez, Dante Zinoni, Javier Andrade. Después, Juan empezó a ir los viernes a Olivos a jugar al fútbol. Fue candidato a legislador en 2007. Para decirle eso, un día lo llamó Néstor.

—Mirá que vas a ir como legislador —le dijo.

—Nooo. ¿Te parece, Néstor? —le preguntó—. Esa legislatura es un nido de ratas.

—No importa, no importa. Quiero que seas legislador. Entrá ahí y empezá

una tendencia.

—Bueno. Perfecto.

—Vas a hablar con Alberto.

Alberto Fernández estaba al frente del peronismo porteño. Fernández lo llamó y él le dijo: “Mirá, nosotros a vos no te queremos”. “Hagamos un almuerzo”, le propuso Fernández. Fueron diez. Entre ellos, Wado de Pedro, Franco Vitali, Mariano Recalde, Pablo Giles. “Todos los pibes.” La relación con Fernández empezó así de tensa, y nunca abandonó la desconfianza recíproca. Ya en 2007, los jóvenes kirchneristas veían en Alberto Fernández a alguien que obstruía algunas líneas que bajaba Néstor. En la relación entre ellos y Kirchner no había intermediarios, y eso era algo que a Alberto Fernández lo irritaba.

Desde el GEN, que armaron con otros H.I.J.O.S., como Wado de Pedro y Carlos Pisoni, ya se habían conectado con Juventud Presente, que dirigía el Cuervo Larroque. El motor de aquellos movimientos de acercamiento era lo que le había dicho Néstor. Una “orgánica de la juventud”. Ya había muchos más dando vueltas. Rodrigo Rodríguez, Gianni Buonno, Tony, Laura Alonso, Débora. A esa construcción se acoplaron NBI y TNT, las agrupaciones de Derecho y Económicas en las que estaban Recalde, Kicillof, Heyn, Santiago Álvarez y muchos otros más. La efervescencia de esta etapa incluyó los viajes al interior en 2007 que se cuentan en otros capítulos, y de los que Juan participó, tanteando el armado nacional de la agrupación. Esa estructura de organización precaria pero ya dibujada chocó, poco después, con la crisis de 2008.

El Cuervo, Ottavis y él estuvieron juntos en el momento del voto no positivo de Cobos. Juan lo recuerda como si fuera el momento de recibir una puñalada. Recuerda la furia en la calle. Recuerda la rabia. Desde que había empezado el conflicto con las entidades agrarias, se había estrechado la relación de todos ellos con Néstor. Los recibía en las oficinas de Puerto

Madero o en Olivos. Juan iba allí con Mariana Gras, Ottavis, Wado, el Cuervo, La Blunda.

Ese conflicto de 2008 fue como un acto reflejo que hizo mover inesperadamente las piezas de lugar. Fue una reacción de proporciones tan intensas que los que se tenían que ir se fueron y los que se quedaron, lo hicieron para profundizar. Después se profundizó. Tras el fracaso de la 125 en 2008 y en el transcurso a la derrota de 2009, no era ni previsible ni probable, para muchos, que el gobierno de Cristina Fernández profundizara el rumbo. El clima general era de una hostilidad inusitada. Pero después de esa derrota, en efecto, salieron las leyes más atrevidas y las decisiones políticas más K —la recuperación de los fondos previsionales, la reestatización de Aerolíneas, la Ley de Medios, la movilidad jubilatoria, el matrimonio igualitario—, pero en 2008, todo ese entramado de jóvenes que desde hacía años venían buscando conducción y la habían encontrado en Néstor y en Cristina cerró filas como fuerza propia del kirchnerismo.

El amor derrota al odio

La última vez que Juan vio a Néstor fue el 8 de octubre de 2010, el mismo mes de su muerte, en un acto en Río Gallegos. Allí fueron llegando, ese día, los aviones de los gobernadores a los que Kirchner había convocado en el Club Boxing, que estaba atestado de militantes. La Corte Suprema había fallado que el gobernador Daniel Peralta tenía que restituir en su cargo al procurador Eduardo Sosa. En su discurso, Kirchner habló en contra de los pedidos de intervención a la provincia que agitaba la oposición política y mediática. Juan había viajado en un contingente de La Cámpora, que ya ocupaba buena parte de las tribunas. El clima político estaba tensado, además, por las medidas cautelares a las que había empezado a recurrir con éxito la

corporación mediática. Ya empezaba el boicot al censo que se desarrollaría el día de la muerte de Néstor. “No esperen desde abajo o desde este palco la agresión a nadie. El señor Magnetto nos puede provocar todo lo que quiera. Nosotros vamos a seguir construyendo con amor”, dijo él ese día.

Y aunque los Kirchner tenían planificada una mudanza después de que su casa de siempre sufriera escraches en 2008, aunque las palabras de Kirchner ese día fueran pronunciadas en un sentido literal, Juan, en el escenario, sintió un escalofrío cuando lo escuchó decir: “Aquí nacieron mis sueños y aquí vuelvo con todos ustedes”, y sobre todo cuando dijo: “Vengo a traer mi domicilio a Santa Cruz”. A Juan eso lo sacudió, y se acordaría de esas palabras muchas veces. A la noche, después de ese acto, los jóvenes que habían viajado desde distintos puntos del país hicieron un asado. Tarde, cayó Néstor.

—Lo vi llegar, casi al final. Con su camperita escocesa. Hacía mucho frío. Lo vi sorprenderse con la fiesta que había. Todos le cantamos a él. Me acuerdo de su cara, pálida, de sus ojos tan brillantes de alegría. De sus manos largas. Y en un momento se puso a hablar en una mesa en la que estábamos Mariano Recalde, Amado Boudou, Diego Bossio y yo. Nos tiró esa frase: “No soy el último de lo viejo, soy el primero de lo nuevo”.

Esa frase no tiene dueño. Pertenece al acervo popular. Fue la misma, como se ha consignado en el capítulo que rebobina la militancia peronista en los 90, que usaron los compañeros del Lobito Saa, un militante del peronismo revolucionario asesinado por la policía, para el homenaje del primer año del crimen. Era viejo y profundo ese anhelo de estar ubicado ahí, no en lo que termina de morir, sino en lo que empieza a nacer. Desde que recuperó su identidad, Juan mantuvo una relación cercana con Néstor Kirchner. Habló mucho con él, incluso antes de que existiera La Cámpora. Juan no cuenta esas conversaciones, pero esboza un análisis forjado a la luz de lo que aprendió de ellas.

—A diferencia de la última etapa de la definición más taxativa del campo nacional y popular, que fue la de los 70, Néstor y Cristina emergen desde un principio como defensores de las instituciones. Esa concepción teórica y filosófica, institucional, es fundante del kirchnerismo. Néstor y Cristina siempre, también en los 70, defendieron las instituciones democráticas. Y aparecen los dos en un momento en el que América Latina vive procesos institucionales populares. Ahora los jóvenes creen que las transformaciones no se chocan, al contrario, creen que vienen junto con la democracia. Ése es el cambio de época regional. El socialismo del siglo XXI en otros países se ubica de ese mismo modo. Son gobiernos de mucha ejecutividad y eficacia, por su propia dinámica: los sostienen los votos. Por eso el kirchnerismo trabaja tanto en los territorios. Porque aspira a representar a esa gente y tiene que haber ida y vuelta, vínculo directo. Nuestra fuerza política asusta a la oposición, porque más allá de lo que pueda pasar, que se pueda ganar, que se pueda perder, ellos advierten que el tejido está hecho, y que hay una nueva fuerza política en la Argentina que hace diez años no existía y hoy es el kirchnerismo.

8
Wado de Pedro. El Pichu

El 11 de octubre de 1978, pasado el mediodía, en una acción conjunta del Batallón 601 del Ejército, Gendarmería y Policía Federal, el domicilio de la calle Belén al 300, en el barrio de Floresta, fue espectacularmente rodeado y atacado. Allí vivían, entre otros, los militantes montoneros Carlos Guillermo Fassano y Lucila Révora, que estaba embarazada de ocho meses. En la casa también estaba el hijo que Lucila había tenido con Enrique de Pedro, secuestrado y asesinado el 21 de abril del año anterior. El hijo de Lucila era Eduardo de Pedro, Wado, que tenía menos de dos años ese mediodía.

Probablemente su tartamudeo, que ya va superando aunque le cuesta, volvió a Wado un hombre de pocas palabras. Estrictamente las necesarias para su modo de expresarse, escueto y consistente. Hace chistes con eso. Cuando en la última entrevista está hablando de 2009, relatando una escena que se cuenta en el capítulo sobre José Ottavis —José, que militaba para Néstor Kirchner en la provincia de Buenos Aires, llevó a cinco mil militantes de distintas JP hasta Olivos—, me dice:

—Ahí el diálogo con Néstor ya era más fluido.

Después se queda pensando un instante y agrega, riéndose:

—Bah, fluido hablaba él, yo tartamudeaba como ahora.

Una acumulación de hechos políticos hicieron atravesar a Wado, desde su nacimiento, distintos protagonismos de época. Sufrió personalmente las consecuencias de cada uno de esos hechos. En la dictadura, asesinaron a sus padres. Fue un bebé apropiado y tempranamente recuperado gracias a los

contactos de su familia con la curia de Mercedes. En los 90, el tío con el que se había criado, que administraba campos familiares, quebró, y Wado salió a trabajar desde la adolescencia. A mediados de esa década, desde H.I.J.O.S., fue el responsable de los escraches a los represores. Reconstruyó por su cuenta, tocando timbres, buscando pistas, el operativo que había acabado con la vida de su madre. En 2001, en las protestas del 19 de diciembre, lo secuestró una patota policial. En Derecho, militó en NBI, pero paralelamente, desde H.I.J.O.S., ya en 2002, planteó una organización política de corte generacional, y convocó a esas reuniones a Andrés Larroque, a Iván Heyn, a Axel Kicillof, a Mariano Recalde y a muchos otros veinteañeros que militaban en diferentes espacios universitarios o territoriales. Desde un principio, en La Cámpora, fue el nexo entre los militantes universitarios y los de derechos humanos, y uno de los que más tempranamente concibieron la idea de una organización de cuadros.

El operativo

Aquel mediodía de 1978, el gigantesco operativo contra la casa de la calle Belén duró más de una hora. Incluyó bombas, granadas y un helicóptero. Después se sabría que las distintas bandas tenían el dato de que en esa casa había 150.000 dólares, provenientes de la venta de la casa de una mujer que vivía allí. Durante el operativo hubo disparos entre las diferentes fuerzas, que se peleaban por la búsqueda del botín. Carlos Fassano fue fusilado. Lucila Révora, que tenía veinticuatro años, se había metido junto a Wado en la bañera para protegerlo, pero a ella la alcanzó una ráfaga de ametralladora. Moriría poco después en el campo El Olimpo, junto con el bebé que estaba por nacer.

A Wado, que había quedado en la bañera cuando sacaron el cuerpo herido

de su madre, lo dejaron en la casa de un vecino esa tarde, pero al día siguiente volvió a buscarlo una patota de civil. Se lo llevaron en un auto sin asiento trasero y lleno de armas. Lo dejaron en El Olimpo, primero, y después lo cedieron a una familia.

En esos primeros meses, sus nueve tíos maternos, una familia conocida y de buen posicionamiento en la zona, hicieron todos los contactos posibles, y entre ellos recurrieron a la curia de Mercedes. Poco después, el 13 de enero de 1979, un cura amigo de la familia, que había intercedido ante el general Guillermo Suárez Mason, recibió un llamado. Le dijeron:

—Tengo un paquete para entregarle.

El cura fue a la cita y le entregaron a Wado.

La carta

Muchos años después, Wado, a quien su mamá llamaba el Pichu, pudo leer una carta que ella le escribió a su hermana Silvia. Después del asesinato del padre de Wado, Silvia, que se había ido del país, le ofrecía a Lucila, que corría evidente peligro, una salida hacia el exterior. Vale la pena leer la carta entera, porque es la carta de la madre de Wado pero también expresa, como un testimonio vivo en cada palabra, una complejidad emocional profundamente personal y política. Lucila Révora le contestó a su hermana Silvia, en junio de 1977:

> A Quique lo mataron, como ustedes ya se enteraron. Para mí es tremendo, no lo puedo soportar, era el hombre más hermoso que existe, como pareja era dulce, cariñoso, alegre y triste. Habíamos comenzado a formar una familia en serio, cosa que nos era difícil, pues siempre es más fácil ser una pareja de compañeros con un hijo que ser una familia montonera, y en eso andábamos, éramos muy queridos por la gente del barrio donde vivíamos. Con el Pichu era hermosísimo,

lo cuidaba, lo bañaba, le daba de comer y jugaba todo el tiempo con él. El Pichu lo oía llegar y ya se empezaba a reír. Y como compañero y jefe era justo, humano, flexible, muy reflexivo y con una capacidad muy grande para amar al pueblo, a los compañeros de trabajo, a los vecinos, a todos los que conocía y no conocía. Creo que no se puede expresar aquí lo que era, ustedes lo conocieron, pero creo que en este último año, superó muchísimas cosas, y se convirtió en un ejemplo de marido, padre, compañero y jefe.

Mi objetivo es que el Pichu viva en un sistema socialista, sin alienación, yo estoy aquí por él y por todos los demás Pichus de la tierra, no creas que es inconciencia o inmadurez, en estos momentos no es joda, y cada uno de nosotros vive pensando en todo, la muerte, el costo, si vale la pena o no, si después será mejor.

Yo quiero vivir, y espero vivir muchos años, sobre todo por el Pichu, para darle todo el amor que siento por él, y enseñarle cómo era su padre, y cuánto lo quería. Si no estuviera él, no sé si me importaría tanto vivir, seguro que no, porque con Quique se fue toda mi vida, sólo vivo del recuerdo hermoso de dos años de amor, y sólo pienso que está enterrado, que no ve, no ama, no odia, no piensa, que ya no es. Sólo vive en mí, en los compañeros y en la gente que lo quería. Pero él, toda esa fuerza que era su vida está muerta. Tengo muchísimos deseos de poder creer en Dios, para por lo menos consolarme y pensar que ahora es espíritu, pero no creo, y la realidad es más tremenda que cualquier ilusión.

Lo peor no es el que se queda, sino el que se va, “al que lo van”, que hasta el 21 de abril a las 17.30 era vida, y a partir de ahí no es.

El Pichu al principio se puso mal, lloraba y estaba triste, un poco porque me veía a mí, y otro poco porque lo extrañaba, oía un silbido y miraba ansioso para ver si era el viejo, y cuando reconocía otra cosa se ponía mal.

Ya le han salido dos dientes y dice papá todo el día, es hermoso y buenísimo, es igual a Quique. Vive comiendo y durmiendo, el 11 cumplió 7 meses y pesa 10 kilos.

Me dijo Lidia que les mandó una foto. Espero poder criarlo yo, y bien, como queríamos con Quique, sólo que ahora me parece todo más difícil al tener que hacerlo sola.

Silvia, yo no me voy, porque les debo mucho a nuestros muertos. Quique, Mingo, Jaimito, Carlitos Agosti, y miles de compañeros caídos, cada minuto mío es de ellos, y de los que vendrán, y de los que hoy pasan hambre.

LA MEMORIA

La memoria de Wado se remonta al día en que fue restituido a su familia. Se crió con Estela Révora y Javier Ustarroz, y con sus primos como hermanos —él insiste en que les diga hermanos—. Su memoria no pudo retener a sus padres. Pero se dedicó durante mucho tiempo, por su cuenta, sin organización atrás, pacientemente, a recorrer el barrio de Floresta y a hablar con los vecinos. Reconstruyó minuciosamente todo ese operativo de 1978. Buscó la noticia en los diarios de la época. "Enfrentamiento entre extremistas, donde se secuestraron armas y libros", decía uno.

Wado empezó a buscar información por su cuenta desde muy chico, porque siempre supo su identidad, siempre supo la verdad, pero no lograba descifrar la situación política en la que había tenido lugar aquella tragedia de su primera infancia.

—Contexto, me faltaba contexto —dice Wado—. En Mercedes, como en todas las ciudades chicas, sobre esto no se hablaba. No fue que volvió la democracia y se habló. Hasta el 96 no se hablaba. Fueron muchos años. No había libros en los que se pudiera leer qué había pasado. Estaba el Juicio a las Juntas, nada más. Yo ya sabía que los habían matado, pero quería saber por qué militaban mis viejos, quiénes eran, por qué peleaban. Crecí con una sensación de mucha intriga. En la primaria yo no decía nada. Creo que se sabía que a mis padres los habían matado, pero no se hablaba. Yo a mis tíos les decía mamá y papá. Mis hermanos iban al mismo colegio, pero yo tenía otro apellido. Yo decía que era adoptado. Crecí con esa molestia de no poder hablarlo —dice Wado, que ya no tartamudea como antes, que habla de corrido pero con cierta dificultad. Él dice de sí mismo que es "disfluente"—.

Y tuve la suerte de crecer en esa familia hermosa, grande, donde nunca faltaron el amor y la contención, siempre fuimos muy solidarios y unidos. Somos muchos primos, de estar mucho en la vereda. Íbamos a pescar todos los primos a los ríos de Mercedes. Ya desde los catorce años empecé a trabajar en mi campo, un tambo que había heredado de mi mamá. Yo me ocupaba de toda la infraestructura, los bebederos, los fardos, el mantenimiento. Y cuando nos fundimos, en el 95, decidí venir a vivir a Buenos Aires. Al año siguiente entré en H.I.J.O.S.

Wado se había instalado en la Capital para estudiar Administración de Empresas. Un día de 1996, en *Página/12*, leyó una solicitada: por primera vez, se juntaban los hijos de desaparecidos. Ese hecho, que fue determinante en la vida de Wado, fue una noticia en los diarios, pero no de todos. Aquello que Wado dice que no se hablaba en Mercedes, no se hablaba en el país. No se hablaba de eso en los grandes medios de comunicación. Las leyes de impunidad parecían haberle puesto un cerrojo al reclamo de memoria, verdad y justicia.

Ese primer encuentro de hijos de desaparecidos puede tomarse, por otro lado, como un punto de inflexión en esta historia, que narra al menos una parte de la lógica histórica de la generación que termina confluyendo en La Cámpora. Esa generación emergió cuando tuvo la edad para hacer la posta con las Madres y las Abuelas, el relevamiento histórico. La aparición pública y organizada de los hijos de desaparecidos implicó un brusco cambio en la lucha por los derechos humanos que en ese entonces se sostenía con infinita paciencia: comenzaron ellos mismos a buscarse. Ya no eran los bebés o los niños en edad de primaria de los que habló, por caso, la película *La historia oficial*, de Luis Puenzo. Eran adolescentes a los que las Abuelas se podían dirigir, y que también en muchos casos se podían buscar a sí mismos. Todos los jóvenes de esa generación fueron interpelados por esa búsqueda. Probablemente, la generación de los treinta a los cuarenta, la misma de los

cuatrocientos nietos que todavía se buscan, ha sido particularmente marcada por esa etapa. Los argentinos que tienen esas edades probablemente se han hecho a sí mismos más preguntas sobre su identidad que otras generaciones. Recibieron, así, un golpe lejano pero directo de los efectos del terrorismo de Estado. Están mezclados entre ellos los que faltan.

El recuerdo de aquella primera reunión de hijos de desaparecidos, para Wado, es la de muchas voces al mismo tiempo, chicos con mucha necesidad de hablar. Un tema familiar lo obligó a volver a Mercedes. Regresó a la Capital al año siguiente, 1997, para cursar Psicología e incorporarse de lleno a H.I.J.O.S. La facultad lo aburrió en unos meses y se dedicó a ser militante full time antes de empezar Derecho. Tenía veintiún años cuando comenzó a organizar los escraches que marcaron esa época.

—Ya había leído, ya había entendido, y tenía clara la dimensión de lo que les habían hecho a mis padres. El sentimiento de injusticia era tremendo, porque los represores estaban en sus casas. Me puse a militar con ese sentimiento de injusticia como motor, impulsado por la idea de que "esto se tiene que saber, tengo que luchar contra el silencio". Para mí, la marcha del 24 de marzo de 1996, la de los veinte años, fue un quiebre. Yo estaba en Mercedes. La vi por televisión. Vi cien mil personas pidiendo justicia. A mí esa marcha me cambió la vida. Ese día decidí que me iba a involucrar de la manera que fuera necesario para saber qué había pasado con nuestros padres, que iba a estudiar Derecho y que iba a ser querellante en esa causa.

Los escraches

Cuando se incorporó a H.I.J.O.S., ya había tenido lugar el primer escrache, que fue al médico Jorge Magnaco, encargado de partos de la ESMA. Una ex detenida desaparecida lo había descubierto por casualidad al ir a atenderse en

el Sanatorio Mitre. Era un síntoma de esa democracia que ya tenía más de una década y que no había podido resolver la necesidad de justicia. Los represores estaban indultados y llevaban vidas comunes y corrientes mezclados entre todos. Y víctimas y victimarios podían converger en una escena tan cotidiana como una visita médica.

La ex detenida pasó el dato a H.I.J.O.S. Durante cuatro viernes seguidos, por primera vez, en una acción que todavía no tenía significado pero que a partir de entonces lo derramaría, decenas de jóvenes hijos de desaparecidos marcharon desde el Sanatorio Mitre hasta la casa del represor.

Hasta que comenzaron esas marchas, ni los compañeros de trabajo ni los vecinos de su edificio sabían que Magnaco había hecho parir a detenidas que poco después eran arrojadas al río en los vuelos de la muerte. Lo echaron del Sanatorio y el consorcio de su edificio le pidió que se mudara. Aquel primer esbozo de acción directa y pacífica —incluían sólo huevos y gritos— para modificar una realidad que naturalizaba la impunidad fue además, promediando los 90, una de las cartas de presentación más contundentes de la generación que entonces cruzaba la barrera de los veinte y que emergía desde los organismos de derechos humanos con nombre propio. No tenían un nombre acorde con la época, como los nombres ingeniosos de los universitarios independientes que estaban haciendo otras búsquedas políticas. Se llamaban H.I.J.O.S., marcados por una filiación interrumpida por el terrorismo de Estado. Eran específicos, aunque desde esa identidad buscaran a su vez sus diversas identidades políticas.

Los escraches tenían su método:

—Buscábamos información. Generalmente, la sacábamos del Juicio a las Juntas. Tenía que ser gente condenada, cuya culpabilidad hubiese sido probada, gente que estaba libre por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Averiguábamos dónde vivían, dónde trabajaban. Íbamos a hablar casa por casa con los vecinos. Les contábamos qué había hecho ese represor, lo

que había salido a la luz en el Juicio. En algunos lugares nos daban más pelota que en otros. Hubo un escrache en Mercedes que fue impresionante. Mil personas en 1998. Fue contra un médico, Julio César Cacerotto, que había sido jefe de Obstetricia en Campo de Mayo, donde funcionaba la maternidad clandestina. Ese acto lo organizamos con la Comisión de Familiares de Desaparecidos. En cada barrio nos contactábamos con las organizaciones civiles o culturales. Con Carlitos Pisoni y el Pelado Robles íbamos una semana antes a cada barrio, para organizar. Los de Videla y Martínez de Hoz fueron los escraches más grandes, pero el que fue reprimido con más violencia fue el de Etchecolatz. Terminaron reprimiéndonos siempre. Nos amenazaban por teléfono. Un día había salido publicado que mi mamá podía estar entre los que habían sido tirados al mar. Recibí un llamado y escuché del otro lado un sonido de agua y alguien ahogándose. Me dejaron esos mensajes durante un tiempo.

Espacios múltiples

Cuando ingresó a H.I.J.O.S., Wado empezó a recibir mucha de la información que había estado buscando sobre sus padres. Abel Madariaga, que años después encontró a su propio hijo, Francisco, ya trabajaba con Abuelas y había conocido a Enrique de Pedro, el padre de Wado. Se ofreció a presentarle a otros compañeros que podían contarle más cosas sobre Enrique. Ellos fueron, entre otros, Pancho Talento, Elvio Vitali, el Pacha Velasco y Julio Piumato. Con Elvio Vitali, Enrique de Pedro se había sacado una vez una foto saliendo del mar. Una foto idéntica reprodujeron muchos años después los hijos de los dos, Franco y Wado.

La militancia en H.I.J.O.S. fue abriéndole, al mismo tiempo, otros espacios. Ya antes de ingresar a Derecho, Wado estaba en contacto con NBI,

que lideraba Mariano Recalde, porque los dos trabajaban con Julio Piumato en Judiciales. Ese acercamiento desembocó muy pronto en el de las dos agrupaciones. NBI fue un espacio que empezó a tomar para sí, como un eje propio, el tema de los derechos humanos. A H.I.J.O.S. y a NBI se sumaron otros militantes que después se ubicarían alrededor de las agrupaciones Malón y Peronismo Militante.

Ya con la experiencia de la militancia en H.I.J.O.S. y en el sindicato, Wado se dedicó desde el principio de su vida universitaria a articular, desde NBI, UBA Independiente: quería repetir el formato de la organización de red a nivel nacional que tenían en H.I.J.O.S. Aquella "independencia" política, de cara a 2000, significaba básicamente una ruptura con la política tradicional de los partidos de los 90.

—En NBI trabajábamos en dos sentidos, hacia adentro y hacia afuera —dice Wado—. Hacia adentro, en el armado de una buena agrupación política. Eso incluía un nivel de organización, un nivel de formación de cuadros, nos movíamos como un partido político dentro de la facultad. Hacia afuera, vivíamos en campaña electoral permanente. Éramos algo nuevo y lo queríamos preservar. Hacíamos un análisis político básico, y era que la política tradicional, tal como la habíamos conocido, llegaba a su fin. La separación entre la política y el pueblo, para nosotros era el principal problema del país. Buscábamos otras formas. Por eso nos decían "los creativos". Era algo tanto del discurso como de la forma de transmitirlo. Nos habíamos dado cuenta de que los volantes, que en la universidad es lo primero que hace una agrupación, no servían porque nadie leía nada. Los repartían y enseguida estaban en el piso. Entonces probamos con otros soportes. Por ejemplo, llenábamos un globo con helio, le poníamos una tancita, una fotocopia A4 con alguna consigna nuestra, y lo soltábamos en el aula. Abríamos la puerta de algún aula llena, y le soltábamos el globo adentro. Y todo el mundo lo miraba y leía la fotocopia. Yo no era de los más

creativos, estaba más en la línea. Y la línea era tratar de refundar la política para generar más participación adentro y afuera de la universidad. Nos definíamos como estudiantes organizados, con conciencia política, con una ideología peronista pero amplia. Así surgimos. Y eso era lo que queríamos comunicar.

En 2000, Wado organizó el escrache a Alfredo Astiz desde su trabajo en Judiciales. Se había enterado de que el entregador de la iglesia de la Santa Cruz iba a ser citado a declarar en un juicio porque había dicho que "estaba preparado para asesinar periodistas". Le pareció inconcebible que la Justicia funcionara para juzgar un dicho, cuando los hechos de los que era culpable se mantenían impunes. El día que Astiz fue a declarar, muchos de ellos, con traje, se habían camuflado con los periodistas y los abogados. Cuando le tocaba hablar a Astiz, empezaron a gritar: "Que lo juzguen por lo que hizo, no por lo que dijo". Se armó tal revuelo que aquel juicio se suspendió. El verdadero, el juicio que reclamaban Wado y sus compañeros a mediados de los 90, llegó recién en 2011, cuando el 26 de octubre el ex capitán de fragata Alfredo Astiz fue condenado a prisión perpetua, junto a otros once ex miembros de su Grupo de Tareas con base operativa en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Wado tuvo una posición contraria tanto a la derogación de las leyes de impunidad, que dictó el gobierno de la Alianza, como a la extradición de militares represores a España. En el primer caso, "porque para mí era una farsa total, no tenía ningún efecto jurídico concreto. Era una falta de respeto hacia nosotros. Nos peleamos con algunos progresistas que decían 'es algo'. Yo decía que era mejor seguir con los tipos libres acá y pelear para que haya justicia en nuestro país, ése era el verdadero desafío, terminar con la impunidad en la Argentina". Cuando la justicia española empezó a reclamar la extradición de algunos represores, "yo estaba en contra porque me parecía que era algo que teníamos que juzgar nosotros acá. Si España extraditaba a

nuestros represores, nosotros no íbamos a generar en la Argentina el proceso de conciencia necesario. Eso interrumpía la línea de trabajo que teníamos en H.I.J.O.S., que se basaba en 'si no hay justicia, hay escrache'. La aspiración nuestra era obviamente la justicia, y queríamos seguir escrachando hasta que llegara".

El discurso inaugural

Después del estallido de 2001, en H.I.J.O.S. surgió la iniciativa de hacer desde ese espacio una convocatoria generacional. Ese llamado de 2002, que coordinó Wado, acercó a esa organización, entre otros, a Iván Heyn y a Axel Kicillof, que militaban en Ciencias Económicas, a Andrés Larroque, que estaba por crear Juventud Presente, a Javier Andrade, del Garra, que era un grupo político y artístico vinculado a Madres Línea Fundadora, y a Martín Rodríguez, de El Mate. En sus nombres se puede ver la confluencia de tres sectores de jóvenes. Derechos humanos, universidad y territorios. Ya entonces, en ese sondeo de 2002, hubo algo de lo embrionario de La Cámpora, aunque las identidades políticas todavía eran divergentes o difusas. Pero estaba la generación, y estaban los puntos de contacto.

—Yo tenía la idea de que H.I.J.O.S., como ya era una organización estructurada a nivel nacional, podía contener a compañeros que venían de diferentes expresiones —dice Wado—. De distinta formación ideológica incluso. H.I.J.O.S. fue en los 90 una vanguardia, una innovación política. No sólo por los escraches. Teníamos mucha militancia cultural, artística, muchas intervenciones callejeras, un discurso totalmente independiente, discutíamos política sin vínculos con ningún partido. Había muchísima discusión política. Se reveían los 70 críticamente. Se reveía el peronismo. Se discutía mucho a Duhalde. Yo creía que podíamos construir algo más grande desde ahí, porque

no había ningún espacio en el que confluir. Había cinco partidos de izquierda y los partidos tradicionales, que estaban totalmente entregados al consenso de Washington. Era el fin de la historia. Con el Cuervo, con Javier, con Iván y Axel, entre muchos otros, nos juntamos hacia fines de 2002, principios de 2003, en la sede nuestra de Venezuela y Piedras. Las reuniones eran para plantear cuál tenía que ser nuestro rol y cuál nuestra estrategia para ir incorporándonos a la política.

Desde H.I.J.O.S., Wado y sus compañeros querían chequear la posibilidad que cada uno entrevía, desde sus respectivos espacios, como el paso siguiente, que era el armado de una organización política de corte generacional. En lugar de nuclearse alrededor de un partido, iban decidiendo, en un largo proceso, articularse entre sí. Pero las reuniones se fueron desgastando porque se empantanaban, en esos meses previos a la asunción de Néstor Kirchner, cuando llegaban al peronismo.

—No sacamos ninguna conclusión, pero ahí nomás llegó Néstor y rompió todas las estructuras y los argumentos de las discusiones. Muy pronto nos reordenamos entre los que decidimos integrarnos entonces al kirchnerismo y los que decidieron esperar un tiempo más y ver qué pasaba.

NÉSTOR, LA SORPRESA

El 25 de mayo de 2003, cuando asumió Néstor Kirchner, Wado escuchó el discurso inaugural por televisión. Le pareció algo entre sorpresivo y sorprendente. Estaba bien predispuesto, porque personas de su confianza, como Rodolfo Ojea Quintana o Juan Carlos Dante Gullo, le habían dicho que era un compañero. Pero traía de arrastre la marca generacional del escepticismo en materia de liderazgos. Dice que durante el discurso inaugural se emocionó, y que se sintió interpelado. Creyó que lo que Kirchner dijo ese

día era una reivindicación de las cosas por las que él había empezado a militar siete años antes. Después, le encantó lo que él llama “el estilo K”: hablar directamente al pueblo, atender todos los problemas de la gente antes que a los lobbistas y también el golpe con la cámara en la frente, la Bic, los mocasines, la frontalidad casi descarada.

Al principio, en 2004, había una Juventud K que dirigía Nicolás Trotta, pero ése no era todavía un lugar al que Wado y sus compañeros se sintieran convocados. Fueron meses de dudas, de estar incómodo afuera y estar incómodo adentro. Fue el pasaje de “independencia política” a la incorporación a una fuerza política que estaba en el poder.

—Con la Juventud K yo sentía afinidades, aunque también había diferencias. Pero en todos estaba esa sensación de querer superar nuestra orfandad política. De no tener jefe, pasamos a tener un jefe político que nos interpelaba a nosotros, que estaba adelante. No tener jefe nunca fue una virtud. No lo considerábamos una bandera. No teníamos porque no había. Entonces preferimos hacer nuestro propio proceso, militar igual y como se pudiera, con nuestros propios errores. Ahora miro para atrás y creo que fue una buena manera de madurar, haber sido independientes en lo personal y en lo político. Cuando conocimos a Néstor, ya en 2004, fue muy claro que teníamos un jefe que no nos conocía. Ya en 2003, en la facultad, tratábamos de kirchnerizar. Era muy raro: discutíamos el kirchnerismo sin conocerlo. Hicimos varios intentos por llegar hasta Néstor, hasta le escribimos una carta que nunca le entregamos. No teníamos ningún vínculo con la política partidaria.

Antes del acto por la recuperación de la ESMA, el 24 de marzo de 2004, Wado ya había participado de dos reuniones con Néstor Kirchner. A la primera llegó por lo que vivió el 19 de diciembre de 2001 —se relata en el capítulo 4—, junto con otras víctimas. En esa reunión colectiva se habló de la ley que había impulsado Kirchner para indemnizar a los familiares de los

muertos de esos días. A la segunda llegó con los organismos de derechos humanos. Fue el 17 de marzo, unos días antes del acto en la ESMA. Había pasado menos de un año del discurso inaugural, y todo lo que había ocurrido, en materia de derechos humanos, lo encontraba en marzo de 2004 tan involucrado como a Juan Cabandié, uno de los oradores de ese día.

Wado y Juan empezaron a ir a las reuniones de la Casa de Santa Cruz. Ninguno de los integrantes de la Mesa Nacional relata esas reuniones, que fueron coordinadas por Máximo Kirchner. No hablan sobre él. Wado se limita a decir que “tiene todo. Tiene el know how, tiene la experiencia, tiene la información, porque no para de leer. Tiene la habilidad política del padre, la memoria y la capacidad intelectual de la madre, y tiene la paciencia de los dos. Porque Néstor y Cristina, sobre todo, a lo largo del tiempo, han sido dirigentes con muchísima paciencia”.

De las reuniones en la Casa de Santa Cruz, Wado recuerda que a la primera, en 2005, llegó invitado por Víctor Casanovas, un compañero del Cuervo, pero que a ésa no entró y se quedó en la puerta. “Todavía no se sabía muy bien qué eran”, dice. Durante todo el año siguiente lo fueron entendiendo. Desde ahí comenzó la articulación de todos los espacios juveniles que se mostraban afines al kirchnerismo. Allí se empezó a tejer el lazo entre los que venían de derechos humanos y los que llegaban desde la JP, sectores entre los que al principio hubo rispideces. Paralelamente, se hacían otras reuniones alrededor de la Dirección General de Juventud, donde estuvieron al frente Juan Cabandié, después Mariana Gras y más tarde Andrés La Blunda, otro nieto recuperado, actual dirigente de Kolina. Poco después, Juan Cabandié fue impulsado por Kirchner al frente de la JP a nivel nacional, y en ese intento de armado Wado trabajó con él.

La primera conversación política con Néstor Kirchner la tuvo recién en 2007, en las oficinas de Puerto Madero, a las que Wado llama “La Fundación Café Literario” —antes de dejar la presidencia, Kirchner había dicho,

bromeando, que se iba a retirar a un café literario—. Esa escena ha sido evocada por varios de los entrevistados en este libro. Andrés Larroque, José Ottavis, Juan Cabandié. Wado recuerda que ese día Kirchner les dijo que estaba leyendo *Primero la gente*, el ensayo de Amartya Sen y Bernardo Kliksberg sobre el mundo globalizado y la ética del desarrollo. Se lo compró al día siguiente y lo leyó en una noche. Dice que cuando lee para adentro no tartamudea.

En esa primera reunión, cuando le tocó hablar, Wado le hizo un planteo a Kirchner sobre el rol de la militancia universitaria. Hizo una caracterización, de la que se desprendía que si la convocatoria iba a ser amplia, si la construcción iba a intentar ser grande, no podía ser sólo desde el PJ. Para los jóvenes, el partido todavía implicaba demasiado a Duhalde. Wado planteaba "desde la JP y algo más", como en NBI. Kirchner escuchó a uno por uno, y después les bajó la línea. Les dijo que los partidos políticos en la Argentina estaban desactualizados, que había que repensar y reformular el partido. Que había que discutir la herramienta, incorporar nuevos conceptos, nuevas prácticas. Les dijo que "armaran" en la universidad, los territorios, los secundarios, que formaran cuadros para gestionar. "La gestión está muy burocratizada y hay elementos y personas que no tienen ninguna motivación. Hay cuadros que fueron formados en el neoliberalismo, formateados para otro tipo de Estado. No van a entender las transformaciones que necesita el país", les dijo. Les pidió que estudiaran el funcionamiento de otros partidos políticos para enriquecer los debates. Wado, entre otros, estudió al PT brasileño y al PSOE español. También les dijo que cada uno de ellos tenía que seguir formándose. Wado, que ya era abogado, tomó la decisión de empezar la maestría en Administración y Políticas Públicas, en la Universidad de San Andrés. La terminó a los dos años.

—En las primeras reuniones, yo me quedaba mirando a Néstor. Estaba muy asombrado. Era el presidente, el refundador del peronismo, el que

levantó las banderas de mis viejos, hablándonos a nosotros. Era como decir "esto es hoy, mañana se verá", y al día siguiente todo era todavía más intenso. Ese asombro siguió, no ha cesado. De todos modos, tardé mucho en asimilarlo. En 2010, yo era vicepresidente de Aerolíneas. Habían nombrado a Mariano Recalde, él me sugirió y a Néstor le pareció bien. "¿Te parece, yo?", le pregunté a Mariano cuando me lo propuso. Mi relación con Néstor era grupal, nunca había hablado a solas con él y ni siquiera sabía si él me individualizaba. Cuando viajamos a Madrid para reinaugurar la sede histórica de Aerolíneas fue Néstor, y esa noche vi que estaba conversando con dos o tres y dije "me mando", y me acerqué. "Seguro que no se acuerda quién soy", pensaba yo. Lo miré y le dije: "Soy Wado". Él se rió. "¡Pero sí, Wado!", me dijo. Y ahí me pregunta: "Che, ¿cuándo van a hacer un Luna Park? Déjense de joder, con todo el potencial que tienen". Cuando volví a la Argentina, al día siguiente cuando fui a trabajar, como Aerolíneas queda enfrente del Luna Park, crucé, averigüé las fechas y lo dejé reservado para el 14 de septiembre.

Con la Presidenta Cristina Fernández, el primer contacto directo, aunque muy breve, lo tuvo ese mismo año, en febrero, en el último cumpleaños de Néstor. Fueron invitados a Olivos las Abuelas, los nietos y los H.I.J.O.S., a una merienda. Wado se quedó charlando un rato afuera, con Máximo. Cada tanto Néstor se les unía. Cuando todos se empezaron a ir, la Presidenta les regaló un portarretrato con una foto suya, y todos le pedían que se las dedicara. Wado quedó para el final. Se acercó a ella, ella le sonrió y le preguntó: "¿Para quién?". "Wado", le dijo él. Ella gritó: "¿Vos sos Wado? ¡Maxi, Maxi, mirá, Wado!". Sabía quién era, pero fue la primera vez que hablaron. Esa tarde Wado se quedó un buen rato más, porque Cristina le hizo muchas preguntas sobre su historia y la de sus padres.

En lo que seguiría hasta desembocar en lo que hoy es La Cámpora, Wado participó tan activamente como lo viene haciendo en todo lo que se mete desde los dieciocho años. Si le piden que defina hoy la organización que

integra, él, más por convencido que por disfluente, menciona tres cosas y las repite, para reforzarlas: “La lealtad, la incorporación de la juventud a la política, la militancia. La militancia, la lealtad, la incorporación de la juventud a la política”.

El juicio

El 15 de junio de 2010, Wado declaró como querellante en el juicio por los asesinatos de su madre y de Carlos Fassano, y por su propio secuestro. Fue uno de los momentos más fuertes que recuerda. Toda su vida, que había sido tensada en la niñez por lo que se podía hablar y lo que no, y toda su militancia, que había empezado buscando información sobre aquello de lo que no se hablaba; todo, hasta sus propias dificultades para hablar, lo acompañaron en el momento de declarar. Los represores que habían asesinado a sus padres estaban presentes en la sala. Él recuerda ese día como “un antes y un después. Porque yo me había preparado mucho para eso. Creo que hasta era abogado para eso. Y era militante para eso. Declaré, dije lo que tenía que decir, y al día siguiente sentí una paz que nunca había sentido. Fue como sacarme una mochila de encima. Sentí tranquilidad. Y un agradecimiento inmenso a Néstor y a Cristina. Inmenso. Era algo personal y algo político. Desde lo profundo de mí les agradecía que hayan dejado funcionar a la Justicia”.

De hecho, aquel 15 de junio, empezó su alegato sacándose de encima su problema con la fluidez al hablar.

—Antes quería aclarar algo, tiene que ver con las formas. Voy a relatar los hechos. Me trabo. No es que tenga dudas con los hechos, sino que tengo una disfluencia en el habla —dijo, y luego siguió relatando el secuestro y asesinato de sus padres. Wado fue insertando, en ese alegato, detalles

precisos, fechas y conceptos. Éstos son algunos párrafos:

—Mi madre tuvo la posibilidad de irse, a fines del 77, y respondió con una carta, donde expresó que no se iba porque todavía seguía la dictadura. Expresó que se quedaba por todos los… —aquí se quebró y lloró—, por los otros.

—En el año 97 encuentro un recorte del diario *La Nación*, donde también mienten, y tenía la dirección de la casa donde fue el hecho, Belén 335. Fui ahí, toqué timbre, no me contestó nadie. Toqué el timbre de al lado, me atendió una chica, le pregunté si llevaba más de veinte años ahí, en esa casa, me dice que sí. Le dije que yo en año 78 vivía ahí. La chica llamó a la mamá. La mamá vino corriendo y gritando "¡Llegó Pichu!". Yo no entendí mucho. Me hizo pasar, me dijo que yo era Pichu, el hijo de Mirta. Le dije que no, que mi mamá se llamaba Lucila. Pero ella me dice que en el barrio la conocían como Mirta. Y la mujer, Beatriz Tvarkovsky, le dicen Quica, me trae la ropa de mi mamá. Y me trae una nota que le dejó a ella diciéndole que podía disponer de todo lo que mi vieja tenía en su casa. Me trae ropa mía de cuando yo tenía dos años. Le pregunté si ella estuvo el día del hecho, me dijo que sí, que ella el 11 de octubre de 1978 volvía de hacer las compras y encuentra la calle Belén cortada con un camión del Ejército.

—Quica me dijo que al rato escuchó como una bomba muy fuerte, y atrás un tiroteo. Escuchó mucho tiempo los tiros de un solo lado, hasta que cesaron. Después vio que sacaban a Fassano, el compañero de mi vieja, muerto. Lo reconoció por el pantalón. Y me dijo que a mi vieja la sacan de los pies y de las manos. Estaba embarazada de ocho meses. Me dice que le pareció que estaba viva. Que la habían baleado en una pierna y en el hombro.

—Le pregunté qué pasó conmigo. Me dice que yo estaba en la bañera con mi vieja cuando estos tipos entran. Entonces me hizo pasar a la casa, que estaba deshabitada. Fuimos al baño y me mostró los tiros en las paredes.

—Voy a ver a Susana Caride. Le pregunto qué había pasado en el Olimpo,

si mi vieja había podido tener a su hijo. Me dice que no. Que el operativo fue muy fuerte porque estos tipos sabían que en el domicilio teníamos plata. Después supe que Nelly, la mujer que vivía con nosotros, había vendido unas propiedades y que la plata estaba ahí. Susana Caride vio el cuerpo de Fassano en El Olimpo. Lo conocía de la facultad. Lo ve muerto y tapado con una lona. Y al lado ve a una mujer de veintipico, embarazada y acribillada. Estaban tirados en la puerta de la enfermería.

—Cuando la vecina me cuenta que vivíamos con una mujer que se llamaba Nelly, y que después del operativo la vio entrar a la casa y llevarse cosas, intenté durante muchos años saber quién era esa mujer. El año pasado, hablando con un compañero, me pasa el teléfono de una mina, Cristina Jurkiewicz. La llamo y me junto con ella. Me dice que ella me conoció. Que conocía a mi vieja, que conocía a Fassano, y que tenía información sobre el hecho de Belén 335. Me cuenta que ella entonces, en octubre del 78, tenía dieciocho años, y un hijo de dos meses. Que la mamá de ella, que era Nelly, era la secretaria del padre Mugica, y que cuando lo matan empezó a participar del grupo de mi vieja. Me cuenta que el 11 de octubre a Nelly la secuestran en la calle. Y que a ella, a Cristina, que volvía de comprar un regalo para el día de la madre, también la secuestran, y que las llevan al Olimpo. Que a la madre la ponen en una camilla de tortura, para que diga la dirección de la casa. Como Nelly no cantaba, llevan una rata y la amenazan con metérsela en sus partes íntimas. Y como no cantaba, llevan al hijo de Cristina, al bebé, al nieto de Nelly, y le hacen un submarino. Al bebé. Ahí Nelly dijo la dirección. Cristina me contó que vio a su madre con la mandíbula rota, quemada con picana y plancha. Y ahí se puso en marcha el operativo patriota por el robo de los 150.000 dólares.

—Cristina Jurkiewicz me contó que de bebé yo tenía un gato de juguete, y que ella en el centro clandestino vio ese gato.

Cuando un miembro del tribunal le preguntó, como es de rigor, sobre los

motivos para presentarse como querellante, Wado dijo que eran los mismos que lo habían llevado en 1997 a insertarse en H.I.J.O.S., que no podía entender cómo esta sociedad podía convivir con los responsables del genocidio sueltos. Relató en el estrado los años de su vida que se había dedicado a reconstruir lo que pasó y a escrachar a los represores. Hizo un repaso de los cambios que se sucedieron desde 2003, que comenzaron con la renovación de la Corte Suprema y la anulación de las leyes de impunidad. Dijo que el nuevo estado de las cosas oxigenó la situación y que le permitió presentarse como querellante. "En lo personal, ¿por qué tengo que bancarme que unos tipos que matan a mi viejo, ocho contra uno, unos tipos que matan a mi madre, por qué tengo que soportar que esos tipos estén libres?".

Apenas tres meses más tarde se escucharían las sentencias. Fue un día difícil. Hacía muy poco había muerto sorpresivamente Néstor Kirchner. En diciembre de 2010, los miembros de La Cámpora atravesaban un momento confuso y nuevamente vertiginoso: todavía lloraban al ex presidente pero al mismo tiempo asistían al crecimiento inesperado de sus propias bases. El más fuerte y masivo desde su creación, una réplica amplificada de lo que había ocurrido en 2008, después de la crisis de la 125.

Y a Wado, aquel diciembre lo enfrentó, además, al momento por el que había luchado desde que era adolescente. Ese día fue otra coincidencia rara del destino: el 20 de diciembre se cumplían nueve años del secuestro policial que sufrió en el estallido de 2001, era también el día del cumpleaños de su padre, y ese día escucharía la sentencia por el asesinato de su madre.

Wado, su familia, sus compañeros de H.I.J.O.S. y los de La Cámpora fueron a Comodoro Py a escuchar las sentencias en la causa por el circuito ABO (Club Atlético El Olimpo, El Banco-Olimpo). Wado, Paula Maroni, Carlos Pisoni y Agustín Cetrángolo eran H.I.J.O.S. de víctimas cuyos

asesinatos formaban parte de esa causa. Ese día el Tribunal Oral Nº 2 condenó a cadena perpetua al apropiador Samuel Miara, al Turco Julián, a Oscar Isidro Rolón y al ex agente de inteligencia Raúl Guglielminetti, entre otros. Eran más de tres mil personas esperando las sentencias, hubo gritos de alegría, y al final hubo un escenario montado frente a los tribunales, donde tocaron Actitud María Marta, la Chilinga y Dancing Mood. A la salida del juzgado, Wado dijo: “Por acá está Néstor, entre nosotros”. Máximo Kirchner estaba entre los amigos que lo acompañaban.

9
José Ottavis. Las orillas del PJ

Para explicar su infancia y su adolescencia, José Ottavis necesita recuperar el clima de los 90, cuando los miles que se fundían, o que emprendían negocios que fracasaban, se sentían culpables o se resentían. De eso empieza a hablar directamente, apenas arranca la conversación. Antes se ha hecho esperar un rato en las oficinas del FONCAP (Fondo de Capital Social), un programa de desarrollo de microcréditos para pequeños emprendimientos. Es que vive apurado, repartido entre la Capital y La Plata, donde es el vicepresidente de la Cámara de Diputados. Llegó pidiendo disculpas, de traje y con dos bolsos. Se metió en una oficina, y al instante salió cambiado, sin el saco y con una camisa rosa. Apenas lo vio, su secretaria le objetó que la camisa era *demasiado* rosa. Él se miró el color en la manga, extendiendo el brazo, no dijo ni una palabra y volvió a entrar a la oficina. Cambió por una camisa celeste. “No me sé vestir”, es lo primero que dice mientras se sienta. Y después arranca un paseo por su vida, que empieza yendo al punto: el malestar de la infancia.

La de José Ottavis fue una de esas vidas familiares atravesadas por los cimbronazos económicos que mantuvieron en vilo al país. Sus padres eran ingenieros agrónomos. Profesionales, clase media, y fundidos. Toda su infancia fue un derrotero de negocios familiares que fracasaban. José Ottavis, que a esta historia le agrega PJ, que es el que más tiempo pasó enredado en los vericuetos de un partido y que a su manera resistió ahí adentro.

Pero José, este hombre hiperactivo y verborrágico, que padece muy

seguido la ansiedad de querer estar en dos lugares al mismo tiempo, también es el resultado de una historia familiar marcada por cierto desfasaje entre el sector al que se quería pertenecer y la realidad. Desde que nació siempre hubo dos lugares: aquel donde estaba y otro peor, el lugar siguiente. Lo primero que perdió la familia fue un tambo en Uruguay, donde José vivió desde su primer año hasta los seis. De regreso a la Argentina, la mala racha siguió. "Tengo la penuria económica muy metida adentro, lo pasamos muy mal", dice él, mientras toma un tereré con hielo. Se acuerda, dice, de haber visto a su padre, en esa época, vendiendo rifas. No sabe si eran rifas o billetes de lotería, pero se acuerda de esa precariedad de la infancia, cuando las cosas ya no eran como hubieran tenido que ser.

Su familia, de siete hermanos, era muy católica, muy rutinaria, muy tradicional. Fue a colegios religiosos. Creció entre Acassuso y Martínez. En Acassuso, en un barrio acomodado en el que a todo el mundo, indefectiblemente, le iba mejor que a ellos. En Martínez, en unas cuadras más sencillas, ya asumidos en las malas, hasta que tuvo dieciséis años y la situación familiar se volvió directamente insostenible. José reconoce, en aquella resistencia para quedarse en esa zona privilegiada, algo desenfocado de la clase media a la que pertenecía. La percepción de que aquello que era tan de puertas adentro, tan personal y familiar, era político. Cuando las cosas fueron peor, en 1996, la familia se mudó a Monte Caseros, en Corrientes, de donde es oriunda su madre. El padre montó un pequeño emprendimiento de alimentos para vacas, pero muy pronto volvió a quebrar. Al año 2000 esa familia llegó con todos los golpes puestos.

—Se fue todo al carajo. Se terminó la familia. Hubo divorcio. Todo el proceso económico de los 90, en mi casa, hizo explotar los lazos. No era sólo la crisis, era también la cultura. A mi viejo yo lo vi inmolarse por querer ganar guita, porque si no ganabas guita no eras nadie. Y en esa carrera lo vi sacrificar todo. Eso fue duro para la clase media. El pobre se las rebusca

mejor, intercambia, va directo al trueque, se organiza, pero esa clase media que hizo pelota ese modelo no estaba preparada para caerse tanto. El ingeniero agrónomo y la ingeniera agrónoma que se habían recibido en la Universidad Católica no se las rebuscaban. En mí y en mis hermanos yo noto muy marcado eso, haber crecido con el miedo de la inseguridad económica, sin tener asegurado lo mínimo, el pudor de estar tan mal, el dolor de no tener trabajo. Eso es algo que yo pongo muy en valor del proceso que inició Kirchner en 2003. ¿Por qué a los jóvenes les pega tanto Kirchner? Porque te cambia la vida poder planificar tu futuro, y eso sólo es posible si hay trabajo. Un pibe que en 2003 tenía veintitrés años, como yo, y que venía de vivir experiencias económicas, emocionales, familiares tan fuertes como las que había vivido yo, que tuve que salir a laburar muy pibe para bancar la casa, sabe que de tener trabajo estable dependen muchas otras cosas de tu vida.

De lo primero que José consiguió trabajo fue de mozo, en una confitería de San Martín y Paraguay, a los catorce años. Para ese entonces, ya militaba. La militancia había empezado en Acassuso, todavía en el barrio coqueto. Enfrente de su casa había una iglesia, Santo Domingo Guzmán. José se fue metiendo ahí, en los grupos de jóvenes que trabajaban en La Cava y en el Bajo Boulogne.

El abuelo materno, Francisco Arias, había sido discípulo de Arturo Sampay. Le hablaba de Perón. De lo importante que era que los humildes fueran incorporados al poder. De lo que había vivido del 45 al 55. Ni su padre ni su madre estaban de acuerdo con que el abuelo les contara esos cuentos de su juventud. Los dos eran portavoces de la antipolítica. La madre le lloraba en el hombro a José cuando empezó a militar. “Te van a matar, te van a hacer algo”, le decía. Pero a José los relatos del abuelo lo impactaron. Fueron un bichito que se le metió en la cabeza, y ya en la primaria había andado buscando información sobre peronismo. En primer año, incluso, protagonizó un escándalo involuntario con su mejor compañera, Ana Cortio. Con Ana

iban a todos lados juntos. José recién empezaba con su trabajo en La Cava, y un día, en el colegio religioso de Acassuso, una profesora propuso un ejercicio oral de polémica sobre el peronismo. Ana y José levantaron la mano. Ana defendería la posición en contra y José la posición a favor. “Pero Ana se empezó a poner muy, muy gorila, y yo me puse muy, muy peronista. Nos dimos rosca y nos empezamos a gritar. Había mucha gente presenciando el ejercicio, otras profesoras y pibes de otros cursos. Ana cada vez más gorila, y yo cada vez más peronista. Y en eso, de repente, una de las profesoras que estaba ahí me empezó a cagar a pedos y terminó echándome de la clase. Ahí no tuve dudas de que el peronismo seguía siendo algo maldito.”

Durante toda esa primera etapa de militancia adolescente, lo que a José se le estaba afirmando, sin embargo, era su idea de cristianismo. La religión era precisamente lo que recorría entera a su familia, pero en la pubertad y en los grupos de la iglesia a José se le reveló que el cristianismo tenía sentido “si los humildes eran el sujeto de una liberación”. Las nuevas contradicciones no tardaron en llegar. Aunque su propia situación económica y social era más que tambaleante, el trabajo en las villas le hizo preguntarse por su estilo de vida, por los valores de sus padres, por su infelicidad. Sobre todo por su infelicidad. Porque apenas empezó a conocer ese otro lado de la zona norte en la que vivía, lo primero que le se había venido abajo era la idea de “vivir mejor”. Su familia había vivido muchas penurias tratando de “vivir mejor”, creyendo que eso consistía en aferrarse a Acassuso. En La Cava, donde en muchas casas José vio cuadritos de Perón o Eva apoyados sobre paredes de chapa, descubrió que los pobres eran alegres. Tan chico, tan poco entrenado, su primera certeza política fue que había un “vivir mejor” del que sabían más los pobres que ninguno. “En La Cava descubrí la miseria, pero también la felicidad del pueblo”, dice.

Poco después, José caminaba por Martínez cuando le llamó la atención un

caserón con un cartel que decía “Centro Cultural Homero Manzi”. Martínez no era un barrio de centros culturales. Entró y vio una cartelera en la que se anunciaban clases de tango y de teatro. Preguntó por las clases de tango a un grandote que lo atendió.

—Dije “qué raro, ¿acá clases de tango?”. Pregunté porque me interesaba. Yo era petiso, no era buen mozo, no era buen deportista, me vestía mal, así que me las tenía que rebuscar. ¿Por qué no bailar tango? De hecho, después hubo veces que me gané la vida como actor o bailando tango. El que me atendió ese día fue Marcelo Kaspar, un vikingo de dos metros y 150 kilos. Todavía trabaja conmigo. Estaba tomando mate en un vasito, cosa que apenas entré a ese centro cultural me llamó la atención, porque yo había escuchado que así era el mate de preso. Me dijo que no estaba el compañero de las clases de tango, y vi que estaba leyendo un libro de Cooke. Me acuerdo el escalofrío de emoción que me agarró: ahí me di cuenta de que ese centro era una unidad básica encubierta. Entré, y no salí más.

Con Kaspar, que era el secretario de la JP del PJ de entonces, José siguió recorriendo los barrios en los que había hecho desde muy chico trabajo social con la iglesia, pero los vio con otros ojos. Entró al barrio Santa Rita, al barrio Ombú, siguió yendo a La Cava. Ya el interés no era cubrir algunas de las miles de necesidades con donaciones, sino apuntalar la organización barrial. Ahí comenzaron a aparecer otras realidades que le habían sido vedadas al púber practicante católico. Conoció la conflictividad social, el gatillo fácil, las luchas colectivas por las cloacas o los desagües.

—Y por 1993 empiezo a ver —dice José— algo que recién volví a encontrar en la política con Kirchner. Mejor dicho: tuve la suerte de llegar a ver la última camada de humildes con algún tipo de representación. Porque Marcelo tenía un cargo orgánico que era importante, pero era un villero. Representaba a los villeros y vivía en la villa. Eso después dejó de pasar durante muchos años. Eran los últimos retazos, lo último que quedaba antes

de que el menemismo arrasara con todo. Con Marcelo empecé mi formación política. Con él y con tipos que él me presentó. Héctor Arias, el presidente de la Biblioteca Popular de Martínez, fue importante. Lo que sé de peronismo, y creo que sé bastante, me lo enseñaron tipos como esos en el barrio.

En las villas cada vez se vivía peor. Aquella vieja cultura del trabajo, el hormiguero villero de las seis de la mañana, había cesado. Nadie tenía trabajo. Empezaba la resistencia, aunque no se le decía así y se sabía que en el barrio de al lado y en miles de otros barrios se hacía lo mismo. José conducía un programa en radio Fénix, “Los herederos”. “Era ‘Los herederos de Evita y Perón’, pero si lo poníamos entero no nos escuchaba nadie”, dice. Acompañaba a familiares a visitar a presos. Generalmente a Sierra Chica. En La Cava siguió militando y uniendo política y religión. Ya su grupo no era el de la iglesia de Acassuso, sino el de la iglesia de la villa. Con ese grupo empezó nuevamente a misionar.

—Uno piensa que solamente misionan los ricos en los lugares pobres, pero no. Yo el mejor grupo de misión que conocí en mi vida fue ese de los villeros. Fuimos a Parada Cuña, en Corrientes, cerca de Monte Caseros, que es donde seguía viviendo mi familia, a hacer trabajo social. Estaban a cargo dos dirigentes sociales de la iglesia, Miguel y Tompy. Tompy hoy también trabaja conmigo. Yo en ese momento tenía solamente dieciséis años. Me le aparecí a mi vieja, en Monte Caseros, con mi grupo de misioneros de La Cava. Las gordas le abrieron la heladera y se la vaciaron en diez minutos. Mi vieja lloraba, me gritaba: “Me metiste la villa adentro de la casa”. Cuando tengo que contar mi formación política, siempre los pongo a Marcelo y a esos tipos en primer lugar, porque si no me parece que es olvidarse de la propia historia. Porque yo a los quince años me había mudado a la villa, me parecía que seguir viviendo en Martínez, aunque no tuviera un mango, era una contradicción. Y fue Miguel el que me hizo entender que era un error. Me dijo que el laburo social, en términos de solidaridad, estaba muy bien, pero

que lo que había que hacer era cambiar la realidad. Hacer política. “Vos no entendés nada”, me dijo Miguel. “Nosotros lo único que queremos es salir de acá, ¿para qué queremos que vos vengas?”

Duhalde y después

Por los eternos problemas familiares, José volvió a vivir un par de años en Corrientes. Ahí se insertó en una militancia juvenil que le abriría los ojos sobre cómo posicionarse en los años siguientes en relación al PJ. En la provincia gobernada por Tato Romero Feris, promediando la década, el peronismo orgánico que le correspondió al menemismo había abandonado hacía tiempo y de cuajo todos los intereses de un militante popular.

—El anticuerpo ya lo tenía desde los trece años. Yo no tenía nada que ver con el PJ oficial. Lo que me habían enseñado era lo contrario de eso. Entonces agarré una diagonal, y esa diagonal fueron los derechos humanos. Me di cuenta de que con ese eje, los compañeros con los que me iba encontrando eran los del peronismo que a mí me interesaba. Antes de irme a Corrientes, en un plenario, ya había conocido a Juan Carlos Dante Gullo. Y cuando volví, en 1998, con diecisiete años, lo fui a buscar y me hice como el hijo. Me fui a vivir con mi hermano menor a lo de mi abuelo, en San Isidro. Nos inscribimos en Ciencias Políticas en la UCA los dos. Mi abuelo dirigía esa carrera. Al mismo tiempo, volví a militar con Marcelo y con Héctor, y abrimos en Martínez una biblioteca popular, en la calle Pirán. Desde esa biblioteca tratábamos de abrirnos paso en los barrios. Yo me mudé a la biblioteca. Hacíamos política sin un peso, y eso era difícil pero al mismo tiempo te daba mucha libertad. Y empecé a meterme mucho en la APDH (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos), al lado del Canca. Comencé a conocer el mundo de los organismos. Me hice amigo de Taty

Almeida. Y con los pibes que rodeábamos al Canca creamos la JP Identidad. Éramos los peronistas que íbamos a las marchas todos los 24 de marzo.

El estallido de 2001 lo encontró al lado del Canca Gullo. Después de haberse ganado la vida como mozo, cadete, actor y algunas otras changas muy menores, un año después, José usó sus contactos en Corrientes: dos intendentes le pagaban para que les tramitara audiencias o les hiciera gestiones en la Capital. Y paralelamente se le ocurrió disputarle el armado de la JP del partido a Hernán Corach.

—Vas a ver que de todos nosotros yo soy el que más militó adentro del partido. Me metí en esa época, y ya con mi propia identidad. Entrar no fue fácil, era un bicho raro. Duhalde presidente. Yo andaba con el Canca, escuchaba a Kunkel y a Taiana. Y no podía acercarme por el lado de la provincia de Buenos Aires, porque ahí estaba el duhaldismo y yo era el pibe de Marcelo Kaspar, de San Isidro. Para ellos Marcelo era mala palabra. Así que al PJ entré con los pibes de Corrientes. Fue un poco loco todo eso: yo terminé siendo el referente de la JP correntina en la Mesa Federal del PJ. Esa mesa fue agitada. Las reuniones se hacían en el hotel de la UATRE. Estaban Juan Manuel Urtubey por Salta, Pablo Das Neves por Chubut, Juan Manuel Pichetto por Río Negro, Marcelo Santillán, que hoy es diputado de La Cámpora, por Tucumán. Las mayores tensiones se daban entre el menemismo y el duhaldismo. Era la época de esa interna feroz. Los que queríamos otra cosa éramos muy minoría. Y discutíamos también entre nosotros. Yo decía "bueno, si hay que bancar al duhaldismo para terminar con el menemismo, bancamos, pero mientras tanto militemos", porque el duhaldismo, más allá de esa lucha de poder, era una construcción muy parecida. Lo que el menemismo tuvo de política económica de vaciamiento, el duhaldismo lo tuvo en el vaciamiento de peronismo de la provincia de Buenos Aires. El duhaldismo fue lo peor que le pasó al peronismo de la provincia. Los pibes de todo el país que estábamos metidos en el PJ y pensábamos eso empezamos a

conocernos entre nosotros. Comencé a viajar, para armar. Hasta que finalmente, muy pronto, llegó la discusión para definir la sucesión de Duhalde. Ahí ese armado se partió. Una parte de la mesa se puso delasotista. Otra parte, reutemannista. Y muy pocos elegimos a Kirchner. Yo hablaba mucho con Kunkel y con el Canca. Había ido a un acto en el Teatro Roma de Avellaneda, en 2001, en el que habían hablado el Canca y Kirchner. Fue en la presentación de *El presidente que no fue*, de Miguel Bonasso. Y aparte, en Corrientes, yo había presenciado una charla que había ido a dar Cristina por Hielos Continentales. Y me había gustado mucho. Le hicimos la campaña a Kirchner en La Cava. Fui a la plaza cuando asumió. Estaba todo bien, más o menos parecía algo bueno dentro de lo que había. Pero el día que me convencí, el día que me sentí kirchnerista, fue cuando al toque anunció por televisión los cambios en la Corte Suprema. Me acuerdo que lo escuché y pensé "este tipo está completamente chapa. Me encanta".

Compromiso K

En la Casa de Corrientes, José había conocido a un radical con el que se entendía, Roberto Porcaro. Uno era muy peronista y el otro, muy radical. Se chicaneaban con eso. En 2003 los dos estaban con Kirchner. Porcaro, que era diputado, le hablaba de los pingüinos. José no conocía a ninguno. A través de ese contacto habló con Rudy Ulloa y con Carlos Zannini. De esas charlas José salió decidido a armar, con Porcaro, Compromiso K. Querían crear un espacio kirchnerista con jóvenes radicales y peronistas, entibiados por la transversalidad. Porcaro habló con los radicales que le parecían afines. José se ocupó de los peronistas. Confluyeron allí jóvenes de los dos partidos y extrapartidarios. Estaban, entre otros, Martín Alanis, de la Casa de Santa Cruz, Gustavo Vaca Narvaja y Mayra Mendoza.

—Desde Compromiso K empiezo a relacionarme con otras juventudes, para invitarlas a participar. Eran lo que yo llamo “las JP silvestres”. Porque viste que la JP nace como una planta silvestre, en cualquier parte. Una de las que todo el mundo hablaba era Juventud Presente, que lideraba el Cuervo Larroque. Me acuerdo de que un día lo llamo para invitarlo al primer acto que hace la juventud de Compromiso K. Fue en el ND Ateneo. Habló Zannini. Habló un pibe radical y hablé yo. Me crucé al Cuervo, yo lo junaba, pero no hablamos. Un poco después hicimos un encuentro de jóvenes kirchneristas en la Ciudad de los Niños de La Plata. Recuerdo que yo estaba nervioso porque habían venido tres pingüinos, tres compañeros que habían militado en el sur con Pepe Salvini, el compañero de Néstor. Eran Mariano Salvini, Raúl Ferrazzano y Juan Manuel Pignocco. También estaba Federico Ludueña. Yo me sentía nervioso porque Compromiso K era muy K, pero los pingüinos eran los pingüinos. Éramos kirchneristas, pero para nosotros el kirchnerismo también tenía mucho de misterioso, y los que lo conocían más que nadie eran los del sur. A ese encuentro fue el Cuervo, y fue también Telerman, que en ese momento estaba cerca de Kirchner. A los pingüinos les ofrecieron la Secretaría de Juventud de la Capital, un cargo negociado por Telerman. Y ellos me propusieron a mí. Cuando llegué a esa oficina, los pibes de la secretaría le dijeron que conocían al Cuervo. “Llamalo —le dije—, presentámelo”. Todo lo que sabía de su trabajo y de Juventud Presente me atraía.

A Mariano Recalde y a Wado de Pedro, por su parte, el Cuervo los conocía desde hacía muchos años. José todavía no, él había hecho un recorrido muy distinto, saltando entre la zona norte de la provincia de Buenos Aires y la provincia de Corrientes. De modo que ese acercamiento también fue la puerta de entrada a un trabajo generacional que ya estaba en marcha. Justo cuando iba a conocer a los que ya se reunían en la Casa de Santa Cruz, sin embargo, le salió un viaje a Río Gallegos, con el Canca Gullo. A un acto. El

gobernador era Sergio Acevedo. El lugar era el Club Boca Juniors. Habló también Zannini. Y estaba Máximo Kirchner. Después del acto hubo un asado y ahí José habló por primera vez con Máximo.

—Me impresionó mucho lo que habló de política. Me impactó. Pero me mandé un error garrafal. Vuelvo a Buenos Aires después de charlar tres horas en un asado con Máximo, y le cuento a todo el mundo más o menos que Máximo era mi mejor amigo. A todos. Al que se me cruzara. Así como te lo digo. Fue una cosa de runfla, de rosquero. Me llamó uno, que no voy a decir el nombre, y me dijo "arriba del escenario hablás muy lindo, pero abajo no digas boludeces". Y ahí, la verdad, quedé unos pasos para atrás.

Hacia 2005, casi todos los de Compromiso K, los de las "JP silvestres", los peronistas y los independientes de la UBA se conocían. Muchos ya se habían cruzado pero algunos se conocieron entonces a través de Máximo. No intervenía él directamente, pero surgían reuniones pensadas para que alguno al que le faltaba conocer a otro pudiera hacerlo en el marco de ese espacio juvenil del kirchnerismo que Néstor Kirchner había impulsado desde que asumió la presidencia. Todos los presidentes desde el regreso de la democracia habían hecho, con más o menos consistencia, apelaciones a la juventud. Pero eran frases de rigor, retóricas, marketineras. Kirchner sostenía ese impulso en serio, aunque con discreción.

Llegar a la creación de La Cámpora había llevado años y el intento se había ido desplegando por distintos escenarios, como se ha visto y se seguirá viendo. En aquel momento había que limpiar, todavía, muchas tensiones generadas por prejuicios del pasado. Y hubo, en aquel proceso, muchas asperezas. Por ejemplo, la que instaló la desconfianza entre José y Juan Cabandié.

—Un día me dicen "che, José y el Cuervo, vengan para acá, júntense con Juan". El Cuervo estaba en el medio, pero yo hasta ese momento, qué loco, no lo conocía y me llevaba mal con Juan. Era la época en la que él ya tenía

una relación muy cercana con Néstor, y nosotros, los de la JP, no. Para mí, por mi historia, por todo lo que no había tenido tiempo de pensar de nuevo, Juan era el que nos venía a sacar lo que nos correspondía a nosotros, que éramos los peronistas que habíamos resistido esos diez años. Y para él, qué duda cabe, nosotros éramos duhaldistas-menemistas, el PJ. No nos podíamos despegar de esa lógica que nos enfrentaba porque no conocíamos nuestras historias ni nuestras voluntades. Y hubo alguien que se dio cuenta de que era necesario, simplemente, conocernos y entendernos. Hoy Juan es mi amigo, y lo digo con mucho orgullo.

Fue en la etapa previa a las elecciones de 2007 cuando se cosió el armado de lo que hoy es La Cámpora. Y eso supuso, en aquel proceso de detección y articulación de trabajo político en todo el país, un cambio de mentalidad en aquellos militantes. Cambios de mentalidades como los que acaba de relatar José. La "lógica" de la que él habla, la lógica de la política argentina en general, tenía que ser reemplazada por otra. Todos los convocados en aquella instancia eran en realidad autoconvocados: tenían sin excepción ya muchos años de militancia, provenían de distintos ámbitos, y habían abrazado la política por convicción personal y a contracorriente de la época. Pero eso no alcanzaba. Dice José sobre sus primeros tropiezos:

—Néstor y Máximo tuvieron mucha paciencia. Nosotros todavía éramos inmaduros. Veníamos con el disco rígido de la construcción política anterior. Voy a hablar por mí. A mí me costó mucho sacarme la inercia de la rosca, el café, el despacho. De confundir el poder. Venía con muchos vicios. Me costó mucho bancar con el cuerpo lo que decía con la boca. Yo al principio, con la boca, hablaba de la nueva forma de hacer política que había llegado con Néstor y Cristina, pero después eso no se traducía en mi manera de moverme políticamente. Y lo tuve que ir viendo, entendiendo, autocriticando. A veces me dieron una mano y me cagaron a pedos. Un día Néstor me ve llegar y dice: "Ahí viene el superestructural". Quiero decir: hubo un pasaje entre

confiar en la coyuntura y confiar en la construcción política. No fue de un día para el otro. Yo había sido un bicho de la coyuntura. Me gustaba un peronismo pero me había movido en otro. Y no fue fácil, aunque lo mejor fue empezar a cambiar la propia cabeza. Un día, en los barrios donde yo me había movido, me di cuenta de que de Néstor y Cristina lo que pegaba era lo mismo que me pegaba a mí, ese otro modo de ser peronista. Lo que enamoraba era que hablaban en serio, que no tenían doble discurso. Lo que yo tenía que hacer era seguir ese ejemplo. Yo lo viví como algo revolucionario.

La marcha a Olivos

Mientras La Cámpora tomaba consistencia y cada uno en paralelo seguía con su militancia en su lugar de procedencia, José quedó a cargo de la JP de la provincia de Buenos Aires. Fue algo que él mismo propuso, de tanto haber trajinado "las JP silvestres". Ya después de la asunción de Cristina, en 2007, cuando Néstor montó las oficinas en Puerto Madero, las charlas con él eran, además de frecuentes, intensivas. Juan era todavía el más cercano. Wado, Mariano y el Cuervo también iban. Ya les había hecho gestos fuertes, ubicando a Juan y a José como consejeros del PJ. "Nosotros estábamos todavía debajo de la línea de flotación —dice José—, pero él nos empezó a dar mucha bola. Nos desafiaba. 'Júntenme diez mil pibes', nos decía. Ya habíamos salido a recorrer todo el país, para tomar contacto con agrupaciones del interior, no importaba lo chiquitas que fueran. Pero yo creo que La Cámpora emerge del todo después de la crisis de 2008, cuando deja de tener una conducción colegiada, en la que yo mismo tenía mucho más protagonismo, y el Cuervo sale elegido para la conducción en un encuentro en Los Dos Chinos."

Para ese entonces, la militancia kirchnerista era más visible que nunca

desde 2003, y el epicentro del ciclo de movilización juvenil más fuerte desde el regreso de la democracia. Si uno le pregunta a José por qué cree que hoy hay tantos pibes militando, dice rápida y taxativamente: "Porque hay lucha de poder". Y repasa los hechos históricos desde el siglo pasado en el que la juventud fue un actor político decisivo. La independencia, las luchas por la Reforma Universitaria del 18, la Revolución del Parque, el 17 de octubre, los 70. Los ejemplos le chorrean en la verborragia. "¿Cuándo la juventud se retrae? ¿Cuándo la juventud va para atrás? Cuando en el menú de opciones no se discute nada. Cuando no hay discusión ideológica. Cuando no hay lucha de poder."

En la provincia de Buenos Aires, en esos extensos territorios superpoblados que habían soportado primero el rigor opresor de la dictadura y después la exclusión de la democracia, el clientelismo duhaldista y menemista de los 90 había desfigurado la organización política. "Siempre había sido un peronista el que cortara la zanahoria para la primera olla popular, pero en los 90 el punterismo dejó a esos barrios sin representación natural. El puntero histórico, el que tenía en el barrio algún contacto para solucionar cosas concretas, en los 90 está a sueldo del aparato. Y ya no está para organizarte, porque le pagan para que se haga el boludo."

Desde la JP del PJ, la tarea que tenía José era reconvertir. Ahí se sentían tensiones con algunos intendentes, pero en realidad la JP del aparato no era nada, era una chapa. La apuesta era llenarla de contenido. José creyó que valía la pena porque en esos años había conocido a muchos pibes peronistas que no se habían sentido convocados hasta entonces pero que tampoco bancaban al duhaldismo. "Nos propusimos un cambio histórico, porque la movida era la llegada de muchos nuevos compañeros a la JP. Pero también partíamos de la base de que había muchos compañeros ya involucrados que estaban esperando ser convocados, ser escuchados. En política los prejuicios son malos. Armamos una JP camporizada, abriéndonos paso entre el aparato,

para el que éramos zurdos, y el progresismo, para el que éramos el aparato. Y hoy podemos ver que en muchos distritos hay una JP que responde al jefe local, pero está unida al proyecto más allá de su distrito. Y esto es lo que pasa cuando la juventud se politiza de verdad. Ve más allá de su aula, de su barrio, de su gremio. Tiene un proyecto político, un proyecto de país.”

José andaba en la organización de esa JP bonaerense y sabía que había paño, pero no sabía si el paño se veía y quería mostrarlo. Más o menos eso fue lo que lo impulsó, en agosto de 2010, a movilizar cinco mil pibes a la Quinta de Olivos. “Yo decía ¿cómo hago para que Néstor vea lo que estamos haciendo? Y decidimos ir a Olivos.”

—Nunca me voy a olvidar de esa marcha, porque fue un quilombo. Yo lo había hablado con Abal Medina y con Icazuriaga, que me habían dicho “Dale, buenísimo”, pero no era con ellos que hubiese tenido que hablarlo. Pequeño detalle. Yo quería darle la sorpresa a Néstor, y con la cuestión de que era una sorpresa, digamos que en Olivos no estaban esperándonos. Y éramos cinco mil. El día anterior me dijeron que la dueña de casa, o sea Cristina, no estaba muy conforme con la idea. El argumento era típico de Cristina: que ésa era su casa y que ella llegaba de trabajar. Ya no lo podíamos parar. En la marcha, con columnas más grandes de lo que habíamos pensado, me llama Parrilli, que además era mi jefe en ese momento. “¿Qué hacés?”, me dice. “Estoy yendo a Olivos”, le contesto. “¿Y quién te dijo que podías ir a Olivos? No, no, no, vos no vas nada”, me grita, y recién ahí caí. Ni Abal Medina ni Icazuriaga se lo habían contado a nadie. Yo me estaba mandando con cinco mil pibes sin autorización. “Mirá que no va a salir, ¿eh?”, me dice Parrilli, hablando de Néstor. Y yo le hablaba rodeado de pibes que gritaban “Kirchner, Kirchner, Kirchner”. Al final negociamos: entramos veinte a hablar con él. Le pedimos que en 2011 la fórmula fuera Kirchner-Kirchner. Entramos y nos empezó a chicanear. ¿Querés ver el video?

José llama a Tompy, su asistente, y a los cinco minutos el video está

puesto. Se ve un salón de Olivos. Se lo ve a Néstor, que tiene puesta una camisa amarillo pálido. Tiene cara de cansado, pero está todo el tiempo sonriente. A su derecha, en una mesa grande, se sienta José. Más allá se ve a Wado y al Cuervo.

—¿Cómo están? —pregunta Néstor, con picardía.

—Bien, bien —le contesta José. Néstor se queda mirándole la campera que tiene puesta. Es negra y atrás dice La Cámpora.

—Qué linda campera que tenés —le dice. Todos se ríen.

—Acá estamos. Vinimos a verlo —sigue José.

—Ah, acá está el doctor —dice Néstor, que ubicó a Wado en la mesa grande—. Me dijeron que iban a venir. Pero yo pensé: ¿están locos? ¿Qué van a venir?

—Vinimos, y en cantidad —le contesta José.

—Me dijeron que son muchos.

—Somos como cinco mil. De toda la provincia. Hace mucho que esto no pasaba, Néstor. Siempre las últimas Jotapés eran las Jotapés de cada uno de sus jefes. Y nunca estuvo el interior. Te vinimos a bancar a vos y a Cristina, y a decirte algunas cosas que estamos pensando.

El video termina allí.

10

Mayra Mendoza. La transversalidad

Pasé a buscar a Mayra Mendoza por su oficina en el Congreso, que no está en el Anexo, sino al lado, en un edificio gris y angosto. Esa vez no subí. Habíamos quedado en que yo la pasaba a buscar para ir a Quilmes, porque ella prefería hablar en su unidad básica. Cuando lo arreglamos por teléfono alcancé a decirle que yo también era de Quilmes, y creo que la coincidencia la ablandó un poco, porque Mayra estaba tensa. Me parece que tardó un poco en bajar la guardia porque, como a muchos de los entrevistados en este libro, hablar de sí le da pudor. Mayra casi no ha tenido contacto con la prensa desde que empezó a militar, a los dieciséis años. Ahora tiene veintinueve y es la única mujer de la Mesa Nacional de La Cámpora.

Mayra va a la Cámara por la mañana y a la tarde vuelve a Quilmes, a su trabajo territorial, que no tiene horarios. Mientras me lo está contando, en un auto que circula por la autopista Buenos Aires-La Plata, ella en el asiento del acompañante y yo atrás, suena su celular por decimonovena vez en media hora. Mayra lo atiende y habla, no escucho lo que dice, pero sí escucho el estallido del neumático que hace saltar el auto y obliga al conductor a ir tirándolo hacia la banquina esquivando a los autos que vienen atrás a toda velocidad. Contengo las ganas de gritar del susto, el auto llega a la banquina, estaciona tranquilamente, el conductor sonríe y se pone a cambiar la rueda... y Mayra sigue hablando por teléfono, imperturbable.

Mayra reúne varias especificidades, además del género. Fue secretaria de Organización, y en su historia se abre con total claridad el abanico de

características personales que puede tener alguien que se siente como un pez en el agua en ese rol. Organizar, clasificar, prevenir, imaginar, hacer, avanzar. Ésos son sus verbos, que sostiene desde una convicción dura. Pero además Mayra es la única que proviene de las filas de la Juventud Radical, hija directa de la transversalidad que planteó Néstor Kirchner al principio de su mandato, cuando empezaba a intentar una fuerza propia que legitimara su magro 22 por ciento de votos. De los principales dirigentes de La Cámpora, también es la única que debió tramitar interiormente, durante esos primeros años, la Marcha Peronista que nunca había cantado en la adolescencia y que hizo propia a través del kirchnerismo.

La Unidad Básica Cristina Corazón, que fue construida por sus militantes, queda en la villa del río de Quilmes, sobre un terreno que tenía como destino la casa propia de Diego Méndez, uno de sus compañeros. Él sigue viviendo en la casa de sus padres, justo al lado. Fue en ese terreno, antes de hacer los cimientos, antes de que surgiera la posibilidad de esa construcción, donde el grupo se reunía, pero al aire libre. Después hubo paredes, y les pusieron un techo de lona. En invierno se juntaban alrededor de un mechero. Hoy la unidad básica es un local de material pintado de blanco radiante y azul, donde todo está en su sitio, encarpetado, enrollado, etiquetado. Hay banderas, pecheras, un bombo, afiches, sillas de plástico. La inauguraron en octubre de 2011, "pero fue cuando estaba listo hasta el último foquito", aclara Mayra. Después, y a raíz de otro tema, me contará que entre los que vinieron a pintarla antes de la inauguración estuvo Florencia Kirchner.

Aquí charlaremos un rato largo, pero Mayra estará pendiente de la hora porque quiere ir a hacer la recorrida por los otros barrios de Quilmes en los que están ayudando desde el temporal de abril, que arrasó chapas y paredes y dejó a miles a la intemperie. Su grupo trabaja actualmente en la Villa Itatí, en Solano, en La Florida, en la IAPI, en la Ribera, y en algunos barrios de Quilmes Oeste. El nombre de la unidad básica fue votado en asamblea. Hay

medio centenar de militantes empadronados. A ellos se suman los periféricos, los amigos y las familias.

Esta tarde iremos a la Villa Kolynos, y a la Odisea, en Quilmes Oeste, donde en las semanas que pasaron sin luz, después de un tornado, se organizaron las ollas populares y se recolocaron todas las chapas que se pudo. Es difícil de creer la Odisea: es uno de esos lugares a veinte minutos del Obelisco en los que todavía se respira indigencia, el invierno permanente, donde la gente está tan poco acostumbrada a que la ayuden que entre los vecinos que veremos hoy hay uno, un hombre joven —el padre de un chiquito recién bañado que tirita en la toalla en la que lo envolvió su madre, sobre el colchón apoyado en la tierra—, al que los compañeros de Mayra tienen que disuadir porque se empeña en demostrarles su gratitud ofreciéndoles lo único que tiene: un chancho.

Casa por casa, caso por caso

Tomando mate y absteniéndose de la pastafrola de batata, Mayra me cuenta que, en la villa del río, trabajan con cuadrícula. “Como Néstor”, le digo, porque recuerdo que así trabajaban en los 80 los militantes del Ateneo Juan Domingo Perón en Río Gallegos, con una cuadrícula que identificaba cada manzana y con un tipo de trabajo barrial que les permitía una construcción lenta y permanente.

—Es como Néstor nos pidió y nos enseñó —dice Mayra—. Lo que hizo él cuando fue intendente. Conocer casa por casa, cómo viven, quiénes son, cuál es la mejor manera de ayudarlos. Hay casos puntuales que requirieron atención especial y los seguimos. Por ejemplo, una mamá de tres hijos que nunca había cobrado la asignación universal. La detectamos y se la tramitamos. Pero esa mamá tenía otro problema, que era el paco. Nosotros

trabajamos mucho con ANSES, y pudimos ayudarla no sólo a que la cobre, sino también a que cobre el retroactivo. Pero ahí teníamos que intervenir de otra manera, porque si vos ayudás a una mamá en esa situación a que cobre ese dinero, y paralelamente no hay acompañamiento para su adicción y para garantizar que esa asignación tenga el destino que corresponde, en lugar de ayudarla podés destruirla. No hay papá, y esos tres chicos, además, necesitan su cuidado. Eso lo vas descubriendo caso por caso, con la cuadrícula. Ella vive con sus hijos en una casilla muy precaria. Lo que hicimos fue ayudarla a que con ese dinero planifique la construcción de una casa más digna. Los compañeros ponen la mano de obra, pero el compromiso es que ella con el dinero retroactivo que cobró compre los materiales. Y los chicos tienen que ir a la escuela, como todos. Esto es el trabajo territorial. Meterse de lleno en esta realidad. Nuestros militantes son casi todos de este barrio. Algunos vienen de esa misma problemática, la del paco, y desde acá los hemos ayudado y se quedaron. No te digo que la militancia los salvó, pero pensar en los demás ayuda. Leer, hablar, escuchar, pensar en otra cosa, que la cabeza les funcione desde otro lugar, porque si no, ¿qué quieren estos pibes?

Asumir como diputados sin abandonar el trabajo en los barrios fue una decisión orgánica de La Cámpora. En eso Mayra es taxativa, como los demás. Lo expresa así:

—Nosotros creemos que esto es la política, asentarse en un lugar, por más chiquito que sea, pero un dirigente político tiene que tener raíz territorial. Nuestro camino, aunque parezca que llegamos rápido, es de construcción lenta. De hormiguitas. El país estaría lleno de locales de La Cámpora si ése fuese un objetivo, pero seguimos eligiendo una construcción a conciencia, y con dirigentes que, aunque estén en gestión, no abandonen el territorio. Nosotros queremos que los compañeros que llegan sepan muy bien a qué organización se suman, y para qué. Ser de La Cámpora es tener claro el momento histórico que nos convoca. Sentimos un profundo amor por la

patria. Hay una Presidenta que toma las decisiones y se enfrenta a intereses que otros no hubiesen ni rozado. Son grandes rasgos, pero estamos muy atentos a que cada pibe que se ponga la remera de La Cámpora comprenda muy bien que no es solamente una remera. Esta organización es demandante. Es una organización que crece y demanda al mismo tiempo cada vez más organización. El tiempo... cada uno le aporta el que puede, porque el que no puede venir acá milita en su trabajo, en su vida cotidiana. En mi caso personal, a la familia la veo en los cumpleaños. Y cuando tengo tiempo libre... no tengo tiempo libre. Siempre que puedo estoy acá.

Mayra me explica la estructura piramidal de la organización, que ahora están tratando de horizontalizar. Le digo que ese esquema me permite entender cómo baja una línea de acción, cómo desde la conducción existen instancias —las secretarías y los frentes nacionales, provinciales y distritales— para que la información circule con fluidez. Le pregunto cómo es el circuito inverso, cómo llegan a la conducción las inquietudes de la base.

Me contesta que para eso están los plenarios, pero que en temas puntuales, como el aborto, la minería o la trata de personas, se elaboran documentos que circulan por todas las unidades básicas, los frentes y centros políticos, por las agrupaciones estudiantiles. Esos documentos reflejan los puntos más importantes de las leyes en cuestión, historizan las problemáticas y son instrumentos para la discusión abierta.

—De todos modos, aunque estamos en un proceso de horizontalidad ahora mismo, nosotros nos nutrimos del pensamiento de la base por nuestra propia experiencia cotidiana. Yo soy de la Mesa Nacional de La Cámpora y mirá dónde estamos y quiénes nos rodean. Así trabajamos todos. Acá no hay burócratas. No hay distancia entre la base y nosotros, los compañeros de esta unidad básica son de base y yo trabajo con ellos todos los días.

La decepción adolescente

A los dieciséis años, Mayra cursaba el Polimodal en la Escuela Normal de Quilmes. Egresó en 2001; esa fecha y sus resonancias marcaron su adolescencia con el trazo grueso de la decepción, porque ella había trabajado para el triunfo de la Alianza. La madre era militante radical, y colaboraba con el concejal quilmeño Oscar Batallés. Madre e hija habían trabajado en 1999 para la campaña del intendente Fernando Geronés, cuya gestión terminó en escándalos por corrupción. El 19 y el 20 de diciembre estaba en Quilmes, llorando de frustración, enojada a más no poder con la UCR.

—Pusimos todo en esa alternativa a Menem, y había sido un rotundo fracaso. Yo era muy chica. Tenía dieciséis años, pero milité en esa campaña. Los sábados los dedicaba a buscar gente en los padrones y a repartir volantes. Éramos nada más que tres jóvenes. Dos chicas y un chico. No tenía una militancia orgánica, pero sí tenía esa inclinación y ése era mi clima familiar. Mi abuelo materno había sido un yrigoyenista a full. La gestión de Geronés fue desastrosa. Yo no sabía cómo tenía que ser una gestión que me gustara, pero así no era. En 2001 eso también estalló en mi cabeza. Dejé todo y me puse a estudiar Derecho. En 2002 se hizo una marcha al Congreso, yo acompañé a mi mamá pero ya era todo angustia. Se insinuaba el apoyo a Duhalde y eso sí ya lo entendía. Fue mi límite. Entonces empecé a cuestionar todo lo que había aprendido y me habían dicho. Empecé a entender que había que armar algo, pero completamente distinto. Para ese entonces me di cuenta de que mi propia formación era una deformación. Hubo muchos quilombos en casa. Discusiones con mi vieja. ¿De qué calidad institucional hablaban los radicales? Eran preguntas sin respuesta. En 2002, cuando se cumplió un año del estallido, me fui al Comité de Distrito de la UCR con crespones negros y carteles que habíamos hecho nosotros. El objetivo era enlutar el comité. Me sacaron rajando. No me dejaron entrar, así que me quedé con los crespones

negros en la puerta. También había hecho volantes, y mirá vos, incluso en 2002 y después de todo lo que había pasado, yo misma en esos volantes hablaba de la “incidencia mafiosa del justicialismo”. Como exculpando a los radicales. Pero eran radicales los que nos sacaron corriendo, y terminamos a las trompadas. Mi papá estaba conmigo, acompañándome.

El último intento de acercamiento al radicalismo se produjo cuando, ya en contacto con la FUA, Mayra quiso llevar a Quilmes un plan de alfabetización armado desde la universidad. Se lo puso al hombro, como suele hacer con todo, y rápidamente se organizaron las reuniones de capacitación para los alfabetizadores. Como eran largas jornadas de entrenamiento, Mayra habló con el concejal Batallés para pedirle dinero: era poco, el necesario para darles choripanes a los alfabetizadores en los días de capacitación. Y Batallés le dijo la frase final, demoledora, la que terminó de deshacer su ilusión juvenil vinculada a la UCR:

—Dejate de joder con la alfabetización. Si vos sabés que todo eso no sirve para un carajo.

Mayra vendió un par de cadenitas de oro que tenía, y con ese dinero ofreció los choripanes esa tarde, pero ella no volvió.

El padre de Mayra había participado de la JP de los 70, pero ese peronismo había sido eclipsado durante dos décadas, en la familia, por el radicalismo de su mujer. Ese padre que hoy es el chofer del micro pintado con el Néstornauta que usan los militantes de la Unidad Básica Cristina Corazón comenzó a ser escuchado por su hija recién en 2003, cuando Mayra votó por primera vez. Tras un análisis de la situación nacional, su padre y ella decidieron votar a Néstor Kirchner.

Sobre el ex presidente y su discurso inaugural, Mayra, como indefectiblemente afirman los otros cinco miembros de la Mesa Nacional de La Cámpora, dice: “Le creí”. Siguió atentamente el descabezamiento de las cúpulas militares, la reestructuración de la deuda externa, el cambio en la

Corte Suprema. Pero la ficha pesada, la de oro, la ficha en la que se jugaba su futuro, le bajó en 2004, en el acto de recuperación de la ESMA. Lo vio por televisión. Como radical, Mayra nunca había suscripto la teoría de los dos demonios, un tema que no había sido conflictivo en la mesa familiar porque su madre tampoco hablaba del genocidio en términos de “guerra sucia”. Sí era un eje de debate entre los jóvenes radicales.

—La política de derechos humanos fue lo primero que me atrajo de él. Cuando lo escuché pedir perdón en nombre del Estado. Mi primer acercamiento se dio en 2005, cuando Néstor empezó a llamar a la transversalidad. Yo estaba conociendo a mucha gente, entre ellos a José María Eseverry, que hoy es intendente de Olavarría. En ese momento era senador provincial por la UCR. Él empieza a armar Compromiso K, pero de eso yo todavía no tenía ni idea. Eseverry comienza a plantearme que tenemos que aportar a otro espacio, porque en el radicalismo no había referentes. Era muy pesado pensarlo así. Fueron clicks que se fueron dando. Cuesta cambiar la cabeza. Y además, eso nuevo tenía que ser muy nuevo, porque veníamos del bipartidismo y había que desconfiar. Yo no entendía el peronismo. Ruckauf, Menem, Duhalde, eso era lo que se conocía. Néstor no era conocido, quería lo mismo que nosotros, pero no lo sabíamos. Eseverry era muy piola, tendría treinta y pico. A través de él se empiezan a armar pequeños grupos de juventud. Ahí nos conocimos muchos. Matute, Ana, Pablo. Ahora son todos recontra K. Eseverry nos dice a mí y a Caíto, su asesor y mi novio de entonces, que fuéramos a Compromiso K. Eso ya sonaba... Era saltar, ¡llamarse K! Yo me negué al principio, dudé. Estaba conservadora. Se me cruzaban cuestiones personales. ¡Imaginate mi mamá! Finalmente decidí acercarme. Empezamos a reunirnos con Compromiso K en la Casa de Corrientes, San Martín 55. Ahí conocí a José.

Muy pronto apareció en ese espacio Roberto Porcaro, para coordinar esos encuentros. Se prendió una chispa, ese espacio fue el disparador de muchas

ansiedades reprimidas y muchas intuiciones confirmadas. La chispa también se encendió entre Mayra y José Ottavis, que durante varios años estuvieron en pareja. Una pareja curiosa, porque dentro del mosaico de la Mesa Nacional de La Cámpora, Ottavis es el que más PJ tiene transitado y recorrido, justamente todo eso que Mayra no comprendía y necesitó entender para terminar de definir su identidad política. Y Mayra, a su vez, era un cuadro raro para José, acostumbrado a lidiar con la runfla y el doble discurso de los punteros y los intendentes.

Empezaron a ir a la Casa de Corrientes más seguido y después todos los días. Algo estaba en gestación en varios espacios al mismo tiempo. Mayra sacó sus armas, las que ella dice que no sabe si son una virtud o una manía. Empezó a organizar. Hacía mapas, planillas de Excel, carteles, organizaba a la gente por distritos. Iba a la facultad y de allí se iba a trabajar a la Casa de Corrientes, donde ya circulaban muchos jóvenes. Todo pasaba muy rápido, y siguió pasando así. A las dos semanas se armó un acto en Parque Norte. Hablaron José y también Carlos Zannini, quien volvería a hablar, y a marcar línea, en casi todos los actos sucesivos de las diferentes instancias por las que pasó La Cámpora hasta constituirse en tal.

—José hizo una reivindicación de lo que habían sido las luchas históricas de la juventud, y Zannini dijo que la política podía ser distinta si era una política de militantes. Yo a esa altura coincidía con todo, menos cuando nombraban tan fervorosamente a Perón y a Evita. Yo venía de otro lado y esa barrera no la pasaba. Pero eso fue saldado muy pronto, con el fervor que compartimos por Néstor y Cristina.

Para ella todo empezó a ser coherente, y el trabajo se multiplicó. Hasta que un día José la agarró y le dijo:

—Vos tenés que armarte un grupo.

—¿Cómo un grupo?

—Ponete un nombre.

—¿Qué nombre me voy a poner si soy yo sola? —le decía ella, extrañada.

—No importa. Vos sos una joven radical. A algunos pibes tenés que conocer. Ponete un nombre y convocá a los que hayas conocido y puedan acompañar este proyecto —le dijo él.

Ella le hizo caso y empezó a hacer reuniones con jóvenes radicales. Si había que firmar un comunicado, ponía "Jóvenes yrigoyenistas" o "Grupo Revolución del Parque". A los que encaraba siempre les hacía la misma pregunta:

—Hoy tenemos un presidente como Néstor Kirchner. ¿No te hubiese gustado que De la Rúa hubiera hecho lo que hoy hace Néstor Kirchner?

Y en su afán de convocar y meterse de lleno en esas situaciones, no se le ocurrió mejor idea que hacer esa misma convocatoria en el viejo Comité de Distrito de la UCR. Fue y dijo que los que realmente sentían que el tronco de la historia eran los sectores populares, los que hablaban de justicia social, podían hablar de Yrigoyen pero también de Perón. Y que Néstor Kirchner los estaba convocando.

—Serían cuarenta personas las que estaban en el comité cuando dije todo eso, pero me mataron. Me echaron. Con comunicado y todo. Mamá quedó muy apenada. Pero hoy eso es una anécdota. Y es el día de hoy que digo: qué poca capacidad para contener a una joven, ¿no?

Más cerca y más vértigo

Compromiso K duró poco, pero la Juventud de Compromiso K sigue hasta hoy, al menos ese núcleo del que formaban parte Mayra y Ottavis. Sabino Vaca Narvaja, Martín Alanis, Dante Sironi, Pablo Vilas son algunos de los miembros de La Cámpora que iniciaron su camino allí, cuando los jóvenes salían hacia la política desencantados por el Pacto de Olivos, y volvían a

pensar en un corte transversal, pero inspirado en Perón y en Yrigoyen. Ya entonces, en esos intentos, a lo que se apelaba era a la “comprensión histórica” de la que había hablado Néstor Kirchner en su discurso inaugural. Aquel nuevo posicionamiento político salteaba el temor al viejo bipartidismo con una lectura histórica permanente, que llegaba a las banderas de los padres fundadores del peronismo y del radicalismo.

Mayra dice que hoy los chicos que se acercan son de otra especie. Que el tiempo transcurrido, las cosas que pasaron, la resistencia constante al gran acoso mediático y la identidad de La Cámpora hace que los militantes más jóvenes que ellos, los de las nuevas generaciones, no lleguen con el tipo de dudas que a Mayra le demandaron mucho trabajo sobre sí misma y sobre sus prejuicios.

—Yo siempre digo que los más pibes vienen mejor. Los más pibes entienden más. Nosotros hicimos ese pasaje, pero estos pibes entran directo. Vienen con una lectura histórica ya incorporada, sin vicios. Poco después de armar la Juventud de Compromiso K hicimos un acto en el ND Ateneo. Hablaron José y Zannini otra vez, pero ya estaba el Cuervo Larroque. Ese acto explotó. Estaba lleno. Eran pibes que andaban buscando algo, pero no sabían muy bien de qué se trataba. Hoy te puedo asegurar que cualquiera de los que fueron a Vélez te puede contestar perfectamente sus razones políticas e históricas para haber ido ahí. Te pueden hablar del proceso de transformación de la Argentina de 2003 hasta ahora, y te pueden señalar qué hitos, qué leyes sostienen su confianza en este rumbo. Te lo pueden contar tranquilos, seguros, de corrido y con sus propias palabras. Te pueden contar a qué agrupación pertenecen y por qué. Te pueden contar por qué militan. Todo esto ha sido un fenómeno muy grande de conciencia del pueblo. Zannini en esos primeros actos nos hablaba de la juventud como un actor político, y eso era parte de la coherencia ideológica de Néstor y Cristina, porque habían sostenido ese eje de construcción política siempre, desde que ellos mismos

eran de la JP. Entonces, cuando lo entendías, volvía a tener sentido la militancia, y vos mismo te reforzabas. ¿Por qué llevamos adelante nuestras vidas como militantes? Porque hay una necesidad muy grande de tener un pueblo consciente de su realidad histórica, y eso se puede lograr con dirigentes que tengan sensatez y convicciones muy claras. Cuando los representantes políticos eran un mamarracho, la gente no sabía cómo defenderse de eso. Néstor y Cristina plantean un país con determinadas características en lo económico, en lo social, lo cultural, y plantean la transformación. Esto Néstor nos lo explicaba muy clarito: para la construcción política, vos tenés que generar conciencia en la gente, y la conciencia no llega a través de los medios, la conciencia es una tarea militante. Y militamos para qué: para tener una patria equitativa, y para volver a poner la salud, la educación, el trabajo, las cosas importantes donde corresponde. Evita decía, en una frase más larga: “No hay fuerza capaz de doblegar a un pueblo que tiene conciencia de sus derechos”.

Militar y gestionar

En 2006, José Ottavis tomó contacto con la gente que se reunía en la Casa de Santa Cruz. Había hecho su primer viaje a Río Gallegos, y había hablado con Néstor y Máximo Kirchner. Poco después José quedó al frente de la Dirección de Juventud del gobierno porteño, a cuyo frente estaba Jorge Telerman, que ensayaba su breve acercamiento al kirchnerismo. En ese ámbito, en el que ese grupo de jóvenes que integraba Mayra duró tres meses, lo más importante que pasó fue que José convocó a Andrés Larroque, que dirigía Juventud Presente, y ese vínculo propició la inmediata ampliación del nuevo espacio político, todavía sin nombre.

Sobre aquella temprana y fugaz experiencia de gestión, Mayra dice, como

otros entrevistados aquí, que el trabajo en el Estado forma parte de la concepción política de La Cámpora, de su idea de la militancia. Ya entonces ella compartía ese criterio, por lo que había visto con sus propios ojos de adolescente en la gestión municipal de Quilmes.

—Yo sabía lo que era un gobierno sin funcionarios militantes. En Quilmes, a los funcionarios que yo había conocido no les importaba la gente. Por eso me decían que los planes de alfabetización no servían para nada. Un militante jamás te diría eso. Yo estaba absolutamente segura de que servía y de que había que hacerlo. Gestionar es poder decidir políticas, poder inclinarlas hacia el lado de la gente.

Las reuniones que siguieron fueron en la Casa de Santa Cruz, a las que ya iba Juan Cabandié. Ahí empezaron a mezclarse los jóvenes de los tres ámbitos que confluyeron —universidad, territorios, derechos humanos—, bajo la conducción de Máximo Kirchner, que empezó limando algunas asperezas. Aquella construcción tenía mucho hecho hacia atrás, pero para que avanzara debía tener una conducción superadora que no privilegiara un ámbito sobre los otros dos, sino que potenciara la capacidad del conjunto. Esa primera articulación la hizo Máximo.

—Conocí a Diego y a Virginia, los dos compañeros de Santa Cruz que impulsaron todo esto junto con Máximo, y les conté mi historia. Necesitaba todavía explicar mi procedencia, porque casi todos los compañeros venían del peronismo que había resistido al menemismo, pero yo no. Después, no tuve más tiempo para pensar en eso. Se hizo un acto en El Cubo. Habló Zannini de nuevo. Y de ahí salimos despedidos a los viajes por todo el país. Fue en 2007. Anduvimos por todos lados. Fui a Santiago del Estero, a Córdoba, a Tucumán, contactábamos con todos. Íbamos a la pesca, como decía José, de las “jotapés silvestres”, las que crecían al costado del PJ. No era fácil encontrarlos y tampoco era fácil explicarles quiénes éramos. ¿Ustedes son los de la Presidenta? Sí, éramos. Pero lo que queríamos transmitir era algo menos

coyuntural, algo de fondo. Eso fue tan intenso que me sentí parte del todo, ya sin ninguna duda ni ningún complejo. Estábamos siempre juntos. Con Rodra (Rodrigo Rodríguez), con el Loco (Jorge Romero), con el Misio (Gustavo Cáceres), con el Cuervo y con su hermana, Mariana. Los viajes de 2007 terminaron de cohesionarnos, y al mismo tiempo nos permitieron tener una mínima estructura que iba a sernos de muchísima importancia poco después, en 2008, durante el conflicto con las patronales del campo.

El bautismo

En junio de 2008 se hizo el plenario en Los Dos Chinos que fue decisivo para llegar a la estructura que hoy tiene la organización. De hecho, esa estructura se completó. Se definieron secretarías, y Virginia García fue a la de Comunicación, Rodra a la de Territorio, Federico Martelli a la de Relación con las Organizaciones Sociales "o algo así", dice Mayra, intentando siempre ser muy precisa, cosa que sus compañeros no hacen. Todo ha pasado en tan poco tiempo, los sucesos han ocurrido vertiginosos y fueron tan intensos que sus memorias viajan a toda velocidad, y no se detienen en escenas puntuales. La historia de la organización es, de algún modo, la historia de sus vidas de los veinte a los treinta. Sus relatos son un encadenamiento de agrupamientos y reagrupamientos y armados y rearmados, y así, el día a día se ha ido perdiendo en ese tiempo de militancia que ha devorado otros aspectos de sí mismos. Con ninguno hemos hablado de gustos personales, por ejemplo. No formó parte ni de la iniciativa del libro ni de sus inclinaciones al hablar. Vuelvo aquí a lo que mencionaba en el prólogo: lo que cuentan, a través de estas entrevistas, es la lógica política que fue guiando sus actos y sus pensamientos hasta hacerlos confluir y sostener una organización que, por su volumen y su mística, hace décadas que no existía ni en este país ni en

muchos otros. El impulso de época La Cámpora lo comparte con todas las organizaciones que integran hoy Unidos y Organizados. Pero por suerte, Mayra, la única mujer de la Mesa Nacional, es detallista.

En aquel plenario de Los Dos Chinos, a ella le tocó la Secretaría de Organización. Pero lo más importante fue que el Cuervo Larroque fue elegido como secretario general, cargo que mantiene. En otro capítulo se amplía ese contexto, pero cabe escucharlo, contado por Mayra, porque también sirve para advertir que esa nueva estructura demostró reflejos porque debutó enfrentando a los sectores ruralistas y los grandes medios. Sobre 2008, Mayra se aparta del tono detallista de las secretarías, y dice:

—Ésa fue la primera batalla que teníamos que dar. La posibilidad de decir, a través de la militancia, "vienen por esto". Teníamos que salir a defenderlo. Me quedé los dos meses de las carpas en el Congreso. Solamente nos íbamos de ahí para movilizarnos cuando Cristina tenía que hacer un acto en algún lado. El clima era complicado. Íbamos a hacerle el aguante y hubo choques, de confrontación física, trompadas. Eso nos hizo duros. Era muy loco, porque estábamos todo el tiempo en la calle y nuestras mentes iban a mil tratando de entender todo lo que estaba pasando, política y técnicamente, con las retenciones. Todavía se trata de eso: de dar cada pelea lo mejor preparados posible para saber por qué la damos. Eso es la militancia.

Armar, rearmar

De 2009 es imposible no subrayar la desazón de la derrota de las legislativas. A principios de año se formó de nuevo la JP de la provincia de Buenos Aires, y allí fue Ottavis. Nombró cinco consejeros y uno de ellos era Mayra. El objetivo era sumar militantes de los pueblos, de los intendentes y de todo lo que no fuera el aparato a lo que ya públicamente era enunciado como el

proyecto nacional y popular. Eso supuso, tratándose de Mayra, otro salto mental y emocional. Otro impulso en el giro que había empezado cuatro años antes, desde el radicalismo al peronismo.

Mayra participó durante un tiempo de los dos armados, el de La Cámpora y el de la JP. Y así emergen nuevamente en esta historia esos múltiples y sucesivos armados paralelos, consecutivos, desdoblados, conducidos desde la Casa de Santa Cruz, para ir aglutinando en cada momento a la mayor cantidad de jóvenes posible y para ir capeando los temporales que sobrevenían.

—Mi lugar era La Cámpora, lo de la JP me costó. En la JP participaba más bien en términos operativos y de organización. Me sentí muchas veces más la compañera de José, que estaba a cargo, que otra cosa. Igual, en la JP conocí a muchísimos compañeros y formé parte activa, pero nunca pude digerir las prácticas de algunos intendentes. Justamente eso era lo que me había revuelto el estómago en la adolescencia.

La derrota de Néstor Kirchner en las elecciones, en ese sentido que está explicando Mayra, fue un punto de inflexión. Muchos intendentes en los que Kirchner había confiado le hicieron trampa. La derrota funcionó así como un catalizador, porque quedaron menos, pero visibles, los que concebían un proyecto político por sobre un liderazgo coyuntural.

Los meses que siguieron trataron de darle tiempo al tiempo. Hubo varios momentos en los que todo parecía venirse abajo. Y en virtud de la lectura de lo que había pasado en las elecciones, a mediados de año, “vuelve la voz de Máximo y de los compañeros de Santa Cruz para decir: compañeros, cerremos filas porque acá se pudre”. El armado de la JP había fracasado. Comenzaron a rearticular todo el trabajo alrededor de La Cámpora, lo que ya equivalía a generar fuerza propia y lealtad.

—No tenía que pasar necesariamente como pasó, no estaba pensado así de antemano, los armados y rearmados dan la pauta de que lo constante era la

búsqueda de esa fuerza propia, pero que se iba probando con distintos actores y sectores. Las organizaciones sociales, por ejemplo, pudieron haber ocupado el lugar que hoy ocupa La Cámpora. Estaba el llamado y la necesidad histórica de asumir ese rol. Pero las lecturas que hicieron algunos los mantuvieron en el apoyo crítico, y lo que se necesitaba era confianza y lealtad a la conducción.

El Luna y la despedida

El 14 de septiembre de 2010 fue el acto del Luna Park en el que "Néstor le hablaba a la juventud y la juventud le hablaba a Néstor". Los actos, como hemos visto y seguiremos viendo en estas páginas, son puntos de anclaje y de partida hacia nuevas escenas y otras fases. Aquel día, que transcurrió apenas un mes y medio antes de la muerte de Néstor, La Cámpora volvió a asomar, y con más fuerza que nunca hasta entonces, con un ex presidente convaleciente y una Presidenta que tomó su lugar, pero se presentó en aquel acto no como jefa de Estado sino como militante política.

—A Néstor lo internaron un martes, y el acto era el jueves. Fuimos a la clínica Los Arcos inmediatamente, nos preocupamos mucho, claro, pero ese día estábamos más cerca de creer en una Argentina de pleno empleo que en la muerte de Néstor. Sabíamos, eso sí, que al Luna Park no iba a poder venir, y la discusión era si lo cancelábamos. Discutíamos en la puerta de la clínica. De pronto baja Parrilli y nos dice que Néstor manda decir que no se suspenda el acto. Listo, pensamos, habla Cristina. El acto se hace. Pero él también fue. Ese mismo jueves. No tenía buen color. Estuvo sentado escuchándola a ella, que habló con una fuerza impresionante sobre la militancia. Néstor lo quiso vivir.

Y todavía no se habían apagado los ecos del Luna cuando el 27 de octubre

por la mañana, a las ocho y media, en el departamento de Plaza San Martín donde vivía con Ottavis, Mayra escuchó que su celular vibraba, y también, a lo lejos, en el pasillo, la voz de José hablando con alguien. Estiró la mano y leyó el mensaje. Era una amiga, Cielo, que le preguntaba:

—¿Es cierto que a Néstor lo volvieron a internar?

Justo entró José y ella le extendió el celular.

—Mirá lo que preguntan. Si Néstor está internado.

Él se sentó en la cama y le agarró las manos.

—Es peor. Néstor se murió —le dijo.

Se miraron desconcertados, y se quedaron un rato abrazados. Después empezaron a llegar compañeros. Todos lloraban y se decían mutuamente "tranquilos". Primero pensaron en ir a Río Gallegos en seguida. Les contestaron que esperaran en la Capital. Cuando llegó esa orden, con todo el día por delante, Mayra volvió a sus tareas de organización. Al día siguiente, el 28, se cumplía un año de la Asignación Universal por Hijo, que ella había vivido desde la gerencia de Relaciones Institucionales de ANSES. Estaba a cargo del festejo, que se haría en Lomas de Zamora y al que irían diez mil personas.

—Me puse pragmática en esas primeras horas. Llamé al micrero y le dije que no bajara ninguno de los micros. Recibía tantas llamadas de los compañeros de las provincias que me decían que ya estaban saliendo para Buenos Aires, que estaba segura de que iba a pasar algo enorme. Esa estructura la usamos para los compañeros que querían venir a despedirlo y no llegaban a movilizarse. Él nos enseñó a tener siempre una estructura, tener reflejos, capacidad de organización. De todos modos, a pesar de que nuestra columna fue enorme, fue otra cosa mucho más grande la que salió a flote con la muerte de Néstor. Esa tarde la pasamos esperándolo y pensando consignas. Pensamos mucho en Cristina, en lo sola que se quedaba, y en las consignas queríamos incluirla. Con José se nos ocurrió "Néstor con Perón, el pueblo

con Cristina”. Lo mensajeamos, quedó. Yo mandé a hacer remeras con esa leyenda que estuvieron listas al día siguiente. También hicimos pasacalles. El día del velorio, casi sin dormir, nos convocamos a las diez de la mañana en 9 de Julio y Avenida de Mayo. Marchamos hasta la Casa de Gobierno, éramos miles. Llorábamos y cantábamos al mismo tiempo. Yo estaba destruida, pero cuando llegamos a la Plaza me emocionó mucho ver colgados de la pirámide de Mayo los estandartes con el Néstornauta que habíamos hecho para el Luna. También usamos unas remeras que decían “Organización”. A las tres de la tarde, José salió a buscarme y me hizo entrar a Casa de Gobierno. Fuimos a un costado, estaban Juan, el Cuervo, Wado, Mariano, José, Diego, Virginia, Rocío y Máximo. Nos abrazamos todos. Estábamos desconsolados y también, como en la marcha, nos decíamos “tranquilos”. Máximo nos decía a nosotros “tranquilos”. Yo, que venía de afuera, les decía “no sabés lo que es esto, no sabés, es un pueblo”. Entré a las tres de la tarde y salí a las ocho de la mañana del día siguiente.

De aquellas exequias multitudinarias que despidieron a Néstor Kirchner, la frase que finalmente quedó grabada a fuego, y que luego, más depurada todavía, fue usada como eje en la campaña presidencial de 2011, fue la más sintética: “Gracias Néstor. Fuerza Cristina”. No había sido pensada para ese día, sino para el fin del mandato de Néstor y el principio del de Cristina. La Cámpora la había usado en esas dos semanas —la última de la presidencia de él, la primera de la de ella— en 2007. Ese día luctuoso de octubre de 2010, volvió.

De aquella larga tarde y noche en la sala contigua a donde estaba siendo velado Néstor Kirchner, Mayra recuerda dos momentos:

—Al lugar en el que estábamos nosotros iba cada tanto Cristina a descargarse. Lloraba mucho. Yo no me animaba a acercarme. Todavía hoy a mí Cristina me hace latir el corazón más fuerte y me da hasta pudor. Yo estaba con Virginia y Rocío, y ellas me decían “Andá”. En uno de esos

momentos, me animé. La vi venir con los lentes negros, acompañada por Florencia y una de sus sobrinas. Fui y le agarré las dos manos, y le dije lo que se me salía del pecho. “Cristina, hay una plaza llena del amor que Néstor nos dio.” Porque yo quería que ella lo supiera, me había pasado toda la mañana viendo cosas que me superaban, muestras de cariño y de convicción que nunca había imaginado. Se me pasaban todo el tiempo por la cabeza las épocas en las que éramos nada más que cinco. Y ella, que había estado todo el tiempo al lado de él, tenía que saberlo. Y unas horas después, de madrugada, cuando ya había poca gente y Alicia Kirchner se había quedado sola junto al féretro, nosotras estábamos ahí y vimos las bolsas enormes llenas de cartas y mensajes que había dejado la gente durante todo el día. Alicia nos pidió a Mariana Gras, a otra chica y a mí que las clasificáramos. En una oficina encontré unas cajas archiveras azules, y ahí empezamos a ordenar las cartas por destinatario. Había mensajes para Cristina, para Máximo, para Florencia, para Alicia, y muchas hojas abiertas con simples mensajes de amor. Yo lloraba despacio y sin parar cuando leía esas hojas, porque era como tener en las manos un sentimiento popular. Serían las cinco de la mañana, y nos quedamos hasta las siete clasificando las cartas, para mí fue como ponerme a hacer algo que ordenara el desorden interior general que sentíamos todos. —Mientras termina su relato de ese día, Mayra vuelve a llorar y su voz, que es tan segura, se entrecorta—. Hoy a Néstor lo podemos recuperar desde el recuerdo y desde lo que nos enseñó, pero yo no puedo superar su muerte todavía. No hay caso. Porque no está y nos falta. Y yo me sigo preguntando por qué no lo escuchamos antes. Por qué no nos dimos cuenta antes de que nos estaba llamando. Cada duda de antes hoy me parece estúpida. Yo sé que fue un proceso que demandó los pocos años que tardamos en armarlo, pero cada dos por tres me digo que a lo mejor él hubiese podido apoyarse en nosotros mucho antes, y que tal vez su salud... No sé, son cosas de los duelos.

A la muerte de Néstor le siguió la explosión de nuevos militantes, que encontraron una organización otra vez exigida por su propio crecimiento. Inmediatamente, Máximo y la Mesa Nacional decidieron volver a insistir en “la orgánica de la juventud”, la idea que Néstor traía desde su propia militancia. Le pregunto a Mayra qué es exactamente “una orgánica”, y ella agarra una birome, un cuaderno, y dibuja allí un esquema piramidal en el que arriba hay una mesa nacional y abajo secretarías. Abajo hay un esquema que se replica, pero en cada provincia. Abajo, lo mismo en los distritos. En paralelo, están los frentes Estudiantil y Territorial, y los Centros de Formación Política y Profesionales, y los grupos específicos como Diversia. La orgánica, así, es una estructura que abarca todo el territorio y que termina en los barrios, donde se trabaja casa por casa.

Tres meses después de la muerte de Néstor, en Río Gallegos, hubo una reunión de la Mesa Nacional, que integraban Wado de Pedro, Juan Cabandié, Mariano Recalde, el Cuervo Larroque y José Ottavis. Mayra, Virginia García y Diego Felgueroso también estaban. En esa reunión se decidió sumar a Mayra a la Mesa Nacional de Conducción.

11
La comunicación camporista

La organización, desde sus inicios, cuidó cada detalle de comunicación hacia adentro y hacia afuera. Los miembros de La Cámpora llevan adelante un tipo de comunicación que nunca es un fin en sí misma, sino el medio para contar las acciones políticas ideadas en el marco de un proyecto colectivo. Lo colectivo, precisamente, es lo que prevalece en cada soporte que elige La Cámpora para comunicarse con sus militantes y con la sociedad en general.

Rafael Graves tiene treinta y seis años, y es riogalleguense. Estudió Diseño en Comunicación Visual en la Facultad de Bellas Artes de La Plata. Actualmente es el secretario de Comunicación de La Cámpora, un área a la que la organización, según él relata, le dio mucha importancia desde el arranque, allá por 2006, cuando se hacían las primeras reuniones en la Casa de Santa Cruz, a las que él iba. Según describe, la organización y la comunicación partieron de un mismo impulso, en el que tuvo un rol muy importante Virginia García, la primera en ocupar el rol que hoy cumple Rafael.

—A partir de fines de 2006, principios de 2007, empezó lo que fue el primer paso importante en materia de comunicación: la creación de nuestra página. La coordinaban Virginia García y Martín Hernández, que también son de Río Gallegos. Era un soporte web, para ir instalando un poquito lo que era la organización. La primera encargada fue Virginia. Ella no sólo es abogada, también estudió Comunicación. Éramos un grupo de compañeros de Santa Cruz que fuimos acompañando todo aquel proceso. A partir de esa

página original fuimos modificando cosas, agregando, sacando, hasta llegar a la página actual. Cada uno aportaba lo que podía. Yo, desde el diseño. Otros, desde los contenidos.

Las fechas no son casuales. La página nació poco antes de que se realizaran en todo el país los primeros plenarios de La Cámpora como tal en Entre Ríos, Corrientes, Salta, Jujuy, y el relevamiento de esos encuentros fue lo primero que volcaron en ella. En 2007 los militantes de la primera camada salieron a recorrer el país buscando agrupaciones pequeñas que estuvieran en la misma búsqueda política que ellos. La página fue el soporte de comunicación de esos viajes y esos intercambios.

—Sí, la página fue imbricándose en la acción política, mostrando lo que se hacía en algún lugar del país para que los militantes de otros lugares estuvieran al tanto. Fue una referencia de información para los compañeros.

Actualmente, la página de La Cámpora, siendo como es un instrumento de comunicación interna, también es el soporte de la organización hacia afuera. Cuando la organización juzga que algún tema merece una respuesta o una toma de posición, se sube un comunicado firmado por La Cámpora que instantáneamente es levantado por los medios.

—No “emitimos comunicados”, no “hacemos prensa” —dice Rafael—. No hacemos folletitos. Si queremos decir algo es para comunicárselo a los compañeros. Por ahí hacemos un volantito, un afiche, como fueron los de “YPF ¿y la producción?”, “YPF ¿y las inversiones?” antes de la estatización. O como fueron el “Clarín Miente” y el “Todo Negativo”. Después, en 2008, sacamos nuestra revista. El primer número tuvo como título “La juventud se organiza”. Estaban Gianni, Tony; en el número dos ya estaban Patucho y Franco. Colaboraron un montón de compañeros. Ya hicimos diez números. En todo lo que hacemos hay referencias al rock y a la cumbia. El afiche de Vélez lo hicimos con “Ella vendrá” —de Don Cornelio y la Zona—, y no sé si los más chicos lo conocían, pero igual todo se resignifica. Los Redondos y

el Indio siempre fueron una inspiración, claro. Para el segundo aniversario de la muerte de Néstor, salimos con el “Insoportablemente vivo” de La Renga. Decía justo lo que queríamos decir. Que Néstor siga vivo en nosotros le resulta insoportable a mucha gente. También les damos mucha importancia a los murales, porque son otra manera de ganar la calle y de participar en los barrios. Pero no se pinta cualquier cosa.

Aquel primer impulso de comunicación que partió del grupo de Santa Cruz al mismo tiempo que la organización política hoy tiene la forma de una estructura piramidal que se abre, no obstante, en todas las ramas que le sea posible. Rafael es el secretario de Comunicación a nivel nacional, pero los hay a nivel regional, por provincias, por localidades, y hasta por unidades básicas.

—Alguien sabe escribir, alguien sabe sacar fotos, alguien sabe diseñar. Y cuando no sabe, aprende. Pero la idea es que absolutamente todas las actividades que llevan a cabo los compañeros en todo el país tengan un registro audiovisual, para que la propia organización pueda enterarse, verlo, incorporarlo. Así como nosotros buscamos tener ese registro de cada acción que se hace —gracias a eso hemos podido también y sin haberlo previsto tener registro de muchas agresiones—, Unidos y Organizados tiene su propia estructura de Comunicación, que integran miembros de las distintas organizaciones. Si querés saber qué pasó en La Plata, en la página de Unidos y Organizados están todas las constancias audiovisuales subidas y disponibles.

El devenir de los hechos, sin embargo, trajo elementos de comunicación inesperados, como los tatuajes que llevan en la piel los militantes más jóvenes.

—Eso pasó, sucedió. No sé si hay muchos casos en el mundo en el que los pibes se tatúen el nombre de un presidente o una presidenta o conductora. Fueron los más chicos los que empezaron, y prendió mucho. Es la

comunicación de una nueva generación, e videntemente. Algo que se lleva para siempre. Y yo creo que a eso es a lo que le tienen miedo y que por eso nos atacan. Ven que no estamos de paso. Nosotros nos estamos preparando para ser una organización dispuesta a discutir todo para adelante.

UN DÍA PERONISTA

En 2001, Santiago “Patucho” Álvarez, que hoy es presidente de la agencia Télam, tenía diecinueve años y era un flamante alumno de Derecho. Se instaló a los dieciocho recién cumplidos en Buenos Aires, y empezó a husmear dónde se podía meter. En 2000 fue interesándose por NBI, pero la agrupación era un poco fantasma. A él —diez años menor que Mariano Recalde—, NBI ya llegó con el mensaje que sus mentores querían impregnarle, un mensaje atípico para la época: “Hacemos política y qué”.

Tanto TNT como NBI usaron la ironía para comunicar. Los dos elementos de comunicación más importantes de La Cámpora, los que la identifican, son la ironía y la mística. La mística es lo que llegó masivamente después de 2008, pero en la prehistoria de La Cámpora predominaba la ironía; fue el eje elegido políticamente desde los 90 para contrarrestar la desconfianza generalizada hacia la política, pero también para posicionarse a sí mismos frente al aparato político.

Patucho y Franco Vitali crearon el blog *Un día peronista* en 2007. Allí comenzaron a desplegar una serie de falsas efemérides que iluminaron la web como una zona de comunicación posible entre jóvenes interesados en política y adherentes al proyecto nacional y popular, cuando no existía aún “la blogósfera peronista”, que estalló un año y medio más tarde. Cientos de otros más, muchos inspirados en la lectura del blog que pronto se hizo de culto, tomarían la web como un territorio a conquistar.

El blog fue un derivado de aquellas largas discusiones sobre si ser o no ser kirchneristas. Esa discusión se daba cara a cara pero también en una lista de mails —llegó a tener diez mil direcciones—, y era planteada por peronistas que no se sentían kirchneristas, por kirchneristas que no se sentían peronistas, y por kirchneristas nuevos, que no habían pasado por el peronismo.

—Eso fue una sorpresa, porque empezamos a ver que los más jóvenes, los que llegaban, ya tenían resuelto eso que nosotros veníamos discutiendo como locos. Empezó a pasar, primero en esa lista de mails, que los peronistas mandaban una efemérides, y los que no eran peronistas no tenían qué mandar. El peronismo está lleno de efemérides, tiene su historia, tiene sus mártires, sus intelectuales, sus figuras. ¡Tenemos tres efemérides por semana! Y del otro lado eso provocaba un silencio incómodo. Así que con Franco empezamos a mandar efemérides que no existían, una boludez, para molestar y al mismo tiempo para tomarle el pelo a esa situación. Entonces mandábamos primero lo clásico de la efemérides, "Compañeros: un día como hoy...", y después le pegábamos alguna mentira absoluta, como "Obregón Cano se fumó por primera vez un Parisienne". Las empezamos a imprimir, y cuando apareció la idea del blog, el primer mes publicamos las que ya teníamos hechas, y después seguimos escribiendo ahí. El humor, la ironía, siguió siendo un lenguaje. El nuestro pretendía simplemente ser efectivo, lo más masivo posible. Nuestra referencia histórica era el peronismo de izquierda, exagerábamos cierta ortodoxia, porque había que llegar tanto a los que no eran peronistas como a los que estaban orgullosos de serlo. En el diseño del blog se rescata la época de oro, la de la heladera Siam. A nosotros todo eso nos gusta mucho, pero además, en esa primera época, recuperar las imágenes y los contenidos del primer peronismo nos sirvió también para expresarnos en un momento en el que la disputa por la identidad peronista era entre Kirchner y Duhalde. No queríamos sentirnos afuera.

El Néstornauta

A principios de 2009 nació el suplemento *Ni a palos* que empezó a salir con el diario *Miradas al Sur*. Fue y es una página web de un medio gráfico. La idea en su momento la piloteó Patucho con Eduardo Anguita. La Cámpora ya estaba consolidada, pero *Ni a palos* se hizo con militantes y no militantes. Querían mostrar experiencias juveniles del campo nacional y popular. No mostrar a La Cámpora sino a una generación. Pero rápidamente llegó la derrota en las elecciones de ese año, cuando de nuevo, con Francisco de Narváez arriba de Néstor Kirchner por menos de dos puntos, parecía que el kirchnerismo estaba en desintegración, según los debates televisivos.

De La Cámpora ya se hablaba, pero no se entendía bien qué era. El 11 de marzo de 2010, en Ferro, fue el primer acto propio. Y en esa convocatoria apareció por primera vez el Néstornauta, elegido por el equipo de Comunicación de La Cámpora. Aquel afiche original era una síntesis que mostraba a Néstor dentro de la escafandra del Eternauta, y como texto, lo único que decía era "Ferro". Eran fanáticos de la revista *Fierro*, y del Eternauta, de Oesterheld y Solano López, rescataban su frase más política: "El único héroe válido es el héroe colectivo". Pero nada de eso estaba presente en el afiche que, con el correr del tiempo, derivaría en una de las imágenes emblemáticas de la agrupación.

Después de Ferro, el Néstornauta salió en la contratapa de la revista de La Cámpora. La imagen esa vez estaba acompañada de otra frase: "Mi único héroe en este lío", una línea de "Esa estrella era mi lujo", de los Redonditos de Ricota. Mariano Recalde recuerda haber estado presente en Olivos cuando, en una cena, Néstor y Cristina la vieron. Máximo tenía la revista y se las mostró. A Cristina no le gustó. Se la quedó mirando unos instantes, leyendo la frase. Los miró y les preguntó:

—¿Cómo mi único héroe? ¿Y yo?

Néstor y Máximo se rieron. Máximo “bancaba la frase por ricotero. Ella también terminó riéndose”, dice Mariano.

Entre aquellos antecedentes del Néstornauta y el que después se multiplicó por miles en banderas, pancartas y tatuajes, estuvo el Luna Park, el segundo gran acto de La Cámpora, el 14 de septiembre de 2010. Néstor Kirchner participó ya como el líder de salud debilitada por el cuadro cardiovascular que lo había mantenido internado hasta el día anterior. A ese acto, en el que la principal oradora fue la Presidenta, la imagen del Néstornauta llegó ya con la aprobación colectiva de la organización, e incluso con el visto bueno, un poco desconcentrado, según Patucho, de Néstor.

—Le llevamos las tres propuestas a ver qué le parecían. La verdad es que no les dio mucha importancia. “Shí, shí, innoven, sean transgresores, innoven”, nos dijo, pero no sé si a él le interesaban estas cosas. Hicimos clips con la historia del primer peronismo y musicalizados con los Redondos. Y en el escenario pusimos imágenes enormes del Néstornauta. Un mes más tarde murió Néstor, y muchos de los pibes que empezaron a acercarse a La Cámpora se lo tatuaron. Hoy los veo, y lo que me da orgullo es ser peronista, porque es el peronismo el que puede transformar algo individual en algo colectivo. El Néstornauta tiene que ver con eso. No es que nadie inventó nada. Estaba Oesterheld, estaba Solano López, estaba Néstor. Juntás dos cosas y sale. Es como el Perón Vuelve. Quién lo habrá inventado... Al PV los gorilas le agregaron las patitas de la V para que quisiera decir Perón Muere. Y eso se volvió a transformar en la calle, porque de ahí salió Perón o Muerte. Uno es parte de eso. Yo no tuve mucha cultura de cómics de chico. Pero en el cómic clásico, el héroe está solo. El héroe del cómic es muy liberal. Es alguien extraordinario que se hace cargo él solo de los problemas. Súperman se la banca solo. Y ésa era la idea del héroe que, por otra parte, tenía nuestra

generación. El Eternauta es diferente, es un héroe colectivo. Y al Néstornauta, finalmente, el que lo llenó de contenido fue Néstor.

IVÁN, EL ECONOMISTA CALLEJERO

Poco antes de que saliera al ruedo el suplemento *Ni a palos*, tanto Patucho como Franco Vitali circulaban mucho por Parque Patricios, donde además de la única unidad básica de La Cámpora había una milonga que hoy es el Centro Cultural el Gardel de Medellín. Fue el padre de Franco el promotor de ese proyecto, así como lo fue de la Ley del Tango en la ciudad, que permitió habilitar las milongas como tales. Vitali falleció la noche anterior a la inauguración. Franco y Patucho quedaron al frente del proyecto, que sigue funcionando. Una milonga peronista.

Entre los compañeros de La Cámpora que más asiduamente la visitaban estaba Iván Heyn, a quien conocían desde hacía años, y que se había sumado desde su militancia universitaria en TNT. Como ya se ha leído en diferentes capítulos, Iván estuvo desde la primerísima hora, fue desde muy chico alguien que buscó una alternativa política para su profundo corazón peronista. Y a eso le sumaba su alegría y su talento. En la milonga de Parque Patricios bailaban tango, militaban y también allí comenzaron a hacer unos videos de Iván en los que él hablaba sobre economía, muy de divulgación, que comenzaron a salir en *Ni a palos*. Ellos dos, Franco y Patucho, que trabajaban en la comunicación, encontraron en Iván a alguien que podía hacerlo, que lograba hablar de economía en castellano, en el idioma de la calle, que era por donde Iván se movía, además de las milongas, los claustros, las unidades básicas y los despachos.

—En la milonga Iván terminó asociándose. Empezó siendo una milonga militante y después empezamos a abrirla. El gordo se prendió y empezó a

bailar. No sabía manejar un auto pero bailaba muy bien. Era el peor automovilista que conocí en mi vida. Los videos los empezamos a hacer porque Iván era un comunicador extraordinario. Primero nos daba clases en joda a nosotros, y aprendíamos. Entonces, con Franco y con Carlitos Figueroa pensamos que eso había que compartirlo, y le propusimos filmarlo. Iván militaba en la docencia económica, era incansable. No paraba nunca. Bastaba que lo llamaran de cualquier encuentro o unidad básica con dos horas de anticipación y él estaba listo. Incluso en los últimos tiempos, cuando él ya era conocido y tenía más responsabilidades, era el economista disponible para ir a explicar lo que hiciera falta a donde fuera necesario.

Iván murió inesperadamente el 20 de diciembre de 2011, durante la Cumbre del Mercosur, en Montevideo. Cristina Fernández acababa de asumir su segundo mandato. Iván era subsecretario de Comercio Exterior. Apareció ahorcado en su habitación. La justicia uruguaya y el Instituto Técnico Forense de ese país, según trascendió entonces, trabajaron sobre las hipótesis de suicidio o muerte accidental por hipoxifilia. Su muerte fue un golpe muy duro, un dolor excesivo en un momento en el que el viento soplaba a favor, después de haber estado en todos los momentos en los que el viento había soplado en contra.

Estuve en el velorio de Iván, y en el aire, entre sus compañeros, sobrevolaba un estado de shock. Más que escenas de llanto, lo que vi fue el estupor incrustado en los gestos de todos. Iván era uno de esos jóvenes a los que se les podía adivinar un gran futuro, porque derrochaba capacidades. Sabía de lo que hablaba, pero además sabía cómo transmitirlo. Era un comunicador nato y brillante.

Una semana después de su muerte, Patucho y Franco firmaron juntos el texto del *Ni a palos* que se convirtió en un homenaje a Iván. Lo reproduzco a continuación, porque captura la mirada que sus compañeros tenían y tienen sobre él:

28 de diciembre 2011

Un tal Iván

Por Franco Vitali y Santiago Álvarez

El gordo Heyn, a fines de los 90, a principios del 2000, era gordo de verdad. Hay una crónica publicada en *Clarín* en la que se relata su llegada a la presidencia de la FUBA. La foto mostraba a un gordo Heyn con su infaltable mochila y bicicleta, transpirado por el calor de ese verano fatídico temporada 2001-2002, con una Heineken fresquita en la mano. El periodista hacía un juego de palabras entre el apellido del gordo y la marca de la cerveza, mientras ejecutaba un análisis erróneo de lo que significó aquella victoria en la FUBA, luego de 18 años ininterrumpidos de ser gobernada por la Franja Morada: el periodista creía que era una victoria de la antipolítica, envalentonado por las ganas de que se vayan todos que dictaba el clima de época. Pero Iván y todos los que él representaba (nosotros hacía muy poco que lo habíamos conocido y que militábamos con él) venían a la escena política para hacer política. Era, ante todo, inclusive antes que economista, un militante político. Bah, el gordo era el ejemplo caminante de que el mundo de la economía y el de la política cierran juntos o no son nada.

Entre esos días y el comienzo de *Ni a palos* hay miles de anécdotas y de historias, desde lo afectivo y lo político. Algunas derrotas electorales en la UBA compartidas entre todos y afrontadas con dignidad, alguna que otra trompada en una militancia en clave de resistencia, el reverdecer —al principio incrédulo— de las esperanzas con la llegada de Néstor, la política sin tirar piedras y desde el Estado como novedad, como aprendizaje, la militancia en La Cámpora, con un rol destacado en la organización y formación de cuadros político-técnicos, un proyecto de una milonga en Parque Patricios, su constitución como un referente en temas económicos y su creciente visibilidad pública en esos debates, y un muy largo etc.

Cuando empezamos a armar el proyecto de este suplemento, queríamos hablar desde una generación sobre las cosas que hablan “los mayores”. Evitar el suplemento de consumo de “cultura joven” y poner en tinta voces jóvenes que tenían cosas para decir al respecto de los temas que ocupan el destino de nuestro país. Hablar, por ejemplo, de economía.

En el primero que pensamos fue en él, y nos sorprendió cuando aceptó, porque ya estaba ocupado en funciones públicas. Le habíamos errado al pensar que iba a

declinar. El gordo llegaba cagando al cierre del suplemento, siempre andaba con miles de cosas a la vez. Tomó un compromiso y cumplió a rajatablas.

Tal vez fue una de las mejores épocas del suple, porque en las reuniones de sumario era un placer escucharlo y discutir política con él. Eran reuniones que se esperaban toda la semana y en las que apurábamos el laburo para después relajar con una birrita y dedicarnos a la charla. En esas noches de viernes también empezamos a filmarlo con un celular explicando cuestiones económicas de coyuntura para colgar en los blogs, y la verdad es que nos hacía cagar de risa. Primero nos bajaba la línea para que supiéramos qué preguntarle y cuándo, y después "rodábamos". El desafío era hacerlo en una toma y lo cierto es que siempre nos salía mal. Le ponía tanto humor a esas explicaciones, como en la época de TNT a los volantes. Tal vez porque tenía ese espíritu divulgador, esa necesidad de llegar a la gente.

Fue siempre un gran polemista. Tenía opinión formada sobre temas como el impacto de la revolución industrial en los Países Bajos, sobre cómo se limpia eficientemente la grasa caída en una terraza (qué fórmulas químicas usar como disolventes) o sobre la correcta manera de plantar y cuidar orquídeas. Es decir, era un sabelotodo, un tipo que se leía todo y de todo. Entre esos consumos, había también una gran cuota de literatura. Sabía bastante de cine, de música, tocaba el piano, era un conocedor de la historia universal. Recordamos sólo una disciplina en la que el virtuosismo le estaba negado: manejaba como el orto. Muy pero muy mal.

Pero principalmente era un tipo muy divertido, chicanero bien, inteligente, cordial y ameno. No era humilde, tal vez era más bien soberbio porque se sabía bicho, pero jamás te hacía sentir menos. El gordo se adecuaba al interlocutor, en eso era una especie de camaleón. Tenía algo fascinante, a los pibes que recién empezaban los hipnotizaba.

Mientras escribíamos esto que hoy leen, la Presidenta le rindió un sentido y merecido homenaje y dijo, en tan poco tiempo y con la humildad que la caracteriza, mucho más que lo que nosotros hemos dicho aquí en 5000 y pico de caracteres. Le sacó la ficha en clave histórica, ese recorrido que va de los 90, pasa por la debacle de 2001 y llega hasta este momento político. Un largo período en el que Iván fue protagonista.

Por qué pasó lo que pasó, qué trasfondo hay en esta desgracia, son cuestiones en

las que es inútil indagar. El sabor horrible que nos deja no poder trasnochar nunca más con él, no poder discutirle, pelearlo, cagarse de risa, armar proyectos o recibir su apoyo, su afecto o sus consejos es indescriptible. Esa nostalgia pedorra que te amarga la vida cuando perdés a un amigo y a un compañero de militancia, esa combinación rara de dos tipos de relaciones distintas que se potencian entre sí, que no son ni una cosa ni la otra, ni la suma de las dos. Sino mucho más.

Perder a alguien así, a un amigo-compañero, tiene una sola ventaja, una ventaja pírrica, diríamos: el dolor se enfrenta colectivamente, hay un proyecto de muchos, que se apoyan unos a otros para atravesar el duelo y para construir una sola memoria, una sola fuerza reivindicativa.

Gordo, te despedimos con una inmensa tristeza. Te admiramos siempre por esa nobleza del tipo que se hizo de abajo, por esa onda que dabas de chabón que no le debe nada a nadie. Te queremos porque te vimos indignarte profundamente por las injusticias y porque militaste cada minuto de tu intensa vida por el futuro de este país, al que amabas profundamente.

A Luana, a su familia y amigos, nuestras condolencias y respeto.

Chau gordo querido. Te vamos a extrañar mucho.

12

Horacio Pietragalla Corti. Alguien a quien parecerse

Horacio Pietragalla Corti se crió en Lugano como César Castillo, con Lina y Chacho Castillo como padres, y con Adriana, la hija de ambos, como hermana. Lina y Chacho se llevaban muy mal. Peleas a toda hora. Horacio sospecha que fue su irrupción en esa casa, el día en que lo apropiaron, lo que terminó de tensar la cuerda entre ellos. Lina era mucama en la casa del coronel Herman Tetzlaff , jefe del grupo de tareas del centro clandestino El Vesubio, de Villa Martelli. Tetzlaff , que vivía en el mismo edificio que los Castillo, había apropiado a Victoria Montenegro, que entonces se llamaba María Sol Tetzlaff .

Al llegar la adolescencia, Horacio empezó a buscar las pruebas de lo que le parecía un hecho. No era hijo biológico de ese matrimonio, estaba seguro. Al principio de todo, como en tantos otros casos, buscó las cajas con fotos. A escondidas. Y comprobó exactamente lo mismo que había comprobado Juan Cabandié sobre su hermana Vanina, haciendo lo mismo unos años después: encontró fotos de una familia tipo en la que él no estaba. Había fotos de Lina embarazada de Adriana, pero ninguna foto embarazada de él.

Horacio y Victoria Montenegro se criaron casi juntos, pero no solamente como vecinos del mismo edificio de Lugano. Tenían una relación estrecha, como de primos, aunque lo que unía a la familia del patrón con la de la empleada doméstica era el secreto del origen de los niños.

Cuando el apropiador de Victoria se había aparecido con ella, una beba de dos semanas, en febrero de 1976, su cuñado, Nicolás, le pidió “cuando tengas

un varón, traémelo”. Tetzlaff llegó poco después con Horacio, al que había “retirado” de la Brigada de San Martín. Pero la esposa de Nicolás no quiso saber nada. Lo rechazaron. Lina, la mucama, fue testigo de esa conversación. Y pidió el bebé para ella y su marido. Tetzlaff se lo dio. Pero a Chacho, al marido de Lina, aquella idea, ya consumada, no le pareció buena. Le dijo a su mujer que estaba loca, que iban a ir presos. Lina tuvo que convencerlo. Aquella reacción de Chacho resume algo: incluso los que formaban parte del anillo exterior que rodeaba a los ejecutores del terrorismo de Estado sabían ya en ese momento el origen de esos bebés. No se hablaba de eso, ellos tampoco hablaban jamás de eso. Ellos menos que nadie. Pero sabían.

Lina y Chacho lo criaron como hijo propio. Lo anotaron el 22 de mayo de 1977, pero Horacio después descubriría que nació el 11 de marzo de 1976. No le dijeron ni siquiera que era adoptado. Creció creyendo que tenía padres que no lo querían. Chacho se emborrachaba muy seguido. Lina también era violenta. Se pegaban entre ellos. Después la violencia se dirigía hacia César y su hermana Adriana. Una mala nota, una paliza.

Así como Juan Cabandié dice que hasta la adolescencia fue un chico “sumiso”, Horacio dice que fue un chico “oprimido”. Vivía en Lugano, enfrente de la comisaría 52, torre 2. Un barrio bravo, atravesado en esa época por la problemática de las drogas duras. Picos, jeringas. Eran frecuentes los suicidios de jóvenes, por sobredosis o saltos por las ventanas. Casi todos tenían conflictos familiares. Casi todos los padres estaban perdiendo sus trabajos. Horacio ubica los primeros reflejos de verdad en la escuela República de la India, donde los maestros hablaban de la dictadura. Era de la escuela de donde salían los lazos de contención. En las clases de historia y en los talleres de teatro.

—Me acuerdo del jardín de infantes. Puntualmente, de Lina poniéndome la corbatita y el delantal y diciéndome “nunca digas que tenés un padrino militar, porque se están llevando a los chicos que están con los militares”. Mi

padrino era Tetzlaff , su patrón. Tenía miedo, Lina. Y yo llegaba al jardín y le contaba a todo el mundo que tenía un padrino militar. Hasta los diez años quería ser militar. En verano me llevaban a la pileta de Campo de Mayo. A Villa Martelli. Tetzlaff tenía una quinta, le decían "el campito". Ahí jugábamos con Victoria. Agarrábamos los perros del barrio, les hacíamos fichas, les dábamos de comer, jugábamos a los veterinarios. En Lugano, ellos vivían en el piso 10 y nosotros en el 13. Hasta 1982, a Tetzlaff me lo acuerdo siempre vestido de uniforme. Cuando llegaron las elecciones, todo el mundo estaba con Alfonsín, yo era chiquito, palpaba la euforia que había, y ese día salí al balcón y me puse a gritar con los de la calle "Alfonsín, Alfonsín", y Tetzlaff salió a gritarme "callate la boca, pendejo de mierda". Me quedé helado. Aunque era violento con Victoria, a mí nunca me había gritado así.

Empezar a saber

Horacio jugaba al básquet. Empezó de muy chico y presionado. Cuando perdía o jugaba mal, castigo. Con el básquet —jugaba en Comunicaciones y después pasó por San Lorenzo— tuvo una relación de amor y odio que lo llevó a la Liga de Capital, pero se hartó a los veintitrés años. Cuando cuenta su paso por San Lorenzo, el club del que era hincha, se le traspapela la historia, y recuerda que cuando recuperó su identidad una de las primeras cosas que quiso saber de Chacho Pietragalla, su verdadero padre, fue de qué club era. Reencontrado con sus tíos, les preguntó. "Tu viejo era de San Lorenzo", le dijo su tío. "Fue un flash", dice él. Ya había pasado, entonces, por la primera sorpresa del destino: a su padre le decían Chacho, igual que a su apropiador.

Lina y Chacho no entendían nada de política, ni les interesaba. Pero había temas políticos que generaban una enorme tensión. Eso lo fue advirtiendo

Horacio. Temas puntuales que un chico no podía descifrar, y era para que no lo descifrara que empezó a haber escenas que a Horacio le fueron señalando algo.

—Una vez daban *La noche de los lápices* y me mandaron a dormir. Ellos la estaban viendo, así que yo me quedé en el pasillo y miraba por la puerta entreabierta. Me vi casi toda la película en diagonal. En la escuela tampoco se hablaba sobre el pasado. Yo tenía la sensación de que eso había pasado hacía cincuenta años, no podía relacionarlo con mi historia. Si alguno contaba algo sobre el terrorismo de Estado, lo escuchábamos como un cuento de terror. Yo tenía un compañero de básquet, Sebastián. Iba a la casa muy seguido. Y un día me cuenta que tenía un tío, su padrino, desaparecido. Me impactó. Me fui a la cocina, donde estaba la madre de mi amigo, y le pregunté "¿Cómo era el padrino de Sebastián?", así, directo. Necesitaba saber. El *Nunca más* lo leí a los catorce años. Me lo prestó Ricardo, el portero de mi edificio. Ya había empezado la causa de Victoria, y aunque nosotros dos no lo sabíamos, en todo el edificio se comentaba que éramos hijos de desaparecidos. El tipo, prestándome el libro, me tiró una soga. Me llevaba bárbaro con él. Hubo otra gente así, a lo largo del tiempo, que casi anónimamente, muy desde su conciencia, me tiraron sogas para acercarme a la verdad.

A los quince años, Horacio se puso de novio con una mujer de treinta y uno. Ésa fue su primera novia. Él era un adolescente que medía 1,83 y ella una brasileña que vivía en Lugano. A ella le dijo que tenía casi veinte. Y en esa misma época, a Lina, que un día le tiró un cachetazo, le paró la mano y le dijo:

—Vos a mí no me tocás nunca más.

A partir de ese día fue todo diferente. Con él ya no se metieron, pero a su hermana siguieron pegándole. Durante un tiempo Horacio vivió en esa casa pero solamente iba a la noche, a dormir. Evitaba el contacto con sus padres. Dejó el secundario y empezó a trabajar. El primer empleo fue en una fábrica

de tela. Después, en Carrefour, fue cadete de caja, cajero y repositor. Más tarde, vendedor de seguros y de medicina prepaga, hasta que consiguió su ocupación más estable en la cervecería Quilmes. Cuando iba a trabajar, en el colectivo, escribía poesías. Corrían los 90 y lo rodeaba el naufragio. El barrio siempre había sido difícil, pero con el correr del tiempo había rodado hacia la marginalidad. En la casa empezó a faltar el trabajo que escaseaba en todas partes. Los taxistas se negaban a llegar hasta allí. En el mismo barrio, se cortaron las redes de solidaridad y se desconfiaba. Horacio escribía sobre todo eso, y por todo eso, cuando años después empezó a militar, eligió hacerlo en Lugano.

Su primera experiencia, ya en el gobierno de la Alianza, empezó siendo barrial y ligada al Partido Humanista, al que lo acercó el relojero del barrio. Decidieron perseguir a un circo que maltrataba animales. Los denunciaban por las condiciones en las que tenían a los leones y porque vendían los cachorros. Lo averiguaron, lo filmaron y lo denunciaron. En Soldati consiguieron que el circo se levantara. Cuando se enteraron que se presentaba en La Matanza, le metieron una nueva denuncia. El circo tuvo que dejar de usar a los leones.

Buscarse

El estallido de 2001 hizo estallar en Horacio, igual que en Juan Cabandié, la crisis de su identidad. La primera palabra que lo indignó fue “blindaje”. Esa palabra lo hartó. Tenía la sensación de que aquí no iba a haber ninguna oportunidad. Que todo iría siempre para atrás. Con Magalí, su novia de entonces, empezaron a pensar en irse del país, planearon un viaje a Brasil, pero después del estallido de diciembre Horacio decidió que iba a quedarse para conocer su identidad.

Hacía años que esa certeza lo acompañaba, de maneras difusas y esquivas, como la que lo había llevado, a los diecisiete años, a preguntarle a su hermana Adriana:

—¿Vos te acordás de mamá embarazada de mí?

—No, no me acuerdo.

—Porque hoy a la salida de la escuela se me acercó una señora que me dijo que yo podía ser hijo de desaparecidos, y que consulte en Abuelas de Plaza de Mayo.

Era mentira. No se le había acercado nadie. Eran las ganas que confirmar lo que ya sabía en una capa profunda de sí, en esos bajos fondos de la conciencia. En 2002, Horacio tomó coraje y se metió en la Asociación de Madres de Plaza de Mayo para pedir información sobre Abuelas. No conocía a los organismos de derechos humanos, no sabía nada de sus internas, no se sintió contenido y se fue. Tardó siete meses en volver a tomar envión. También le sirvió, ese tiempo, para elaborar lo que los jóvenes que se han acercado por sus propios medios a Abuelas para conocer su identidad han vivido como el mayor obstáculo emocional: el acceso a la verdad sólo era posible si se decidían a avanzar en una búsqueda que podía terminar con quienes los criaron en la cárcel. Ese salto, ese pasaje, ha sido en casi todos los casos lo que demoró esas búsquedas.

—Vi un programa que conducía Víctor Hugo sobre los veinte años de Abuelas. Yo se lo dije a él cuando lo vi por primera vez, se lo agradecí. Escuché el testimonio de otra nieta, Tatiana Sfiligoy, y me convencí. “Tengo que ir”, me dije ese día. Y fui. Esta vez a la CONADI, que trabajaba con Abuelas. Cuando llegué, me atendieron muy bien, y cuando empecé a dar mis datos ellas mismas no lo podían creer. Había varias denuncias de mi causa, y ya habían decidido pedirle al juez que me citara. Es decir: yo me decidí por las mías, pero si yo no iba, a la semana iba a recibir una citación. Porque me estaban buscando. Tuve una segunda reunión en la que la abogada me dice

que es muy probable que yo sea hijo de desaparecidos, y que vamos a hacer el ADN. Ese día, qué alivio. No estaba loco. Era parar con la película “soy, no soy”. A la noche cuando entro al edificio de Lugano le digo a Ricardo, el portero del edificio: “Che, ¿vos escuchaste alguna vez que yo soy hijo de desaparecidos?”, “No, nada”, me dice. Y le muestro el papel: “Porque mirá, me cita un juez para hacerme el ADN”. Y entonces él me miró, me palmeó la espalda, me dijo: “Sí, Horacio, acá siempre se dijo”. Me hizo pasar a su casa y se sinceró. Me dijo que eso se decía hacía años, que por eso me había prestado el *Nunca más*, y que si él no me había comentado nada era porque pensaba que eso tenía que salir de las personas que me criaban. No me lo dijo ese día, pero después me enteré de que Ricardo era una de las personas que habían hecho denuncias anónimas en Abuelas.

Primero fue Victoria quien accedió a su identidad, pero su situación emocional era distinta, y no quiso saber, no pudo aceptarlo en aquel momento. No obstante, mientras Horacio estaba esperando su ADN, Victoria le anticipó el resultado: le dijo que Tetzlaff le había confesado a ella que los dos eran hijos de desaparecidos. No fue un día cualquiera, fue el 11 de marzo. Ni Horacio ni Victoria lo sabían, pero ése era el día del real nacimiento de él. A partir de ese momento, lo que Horacio esperó no fue una confirmación de su apropiación, que ya daba por hecha, sino el nombre de sus padres, su identidad. Pero la verdad ya estaba tan a flor de piel, tan en la superficie, que su novia de entonces, que había mirado detenidamente en Internet la página de Abuelas, le señaló la foto de una detenida desaparecida. Le dijo: “Es igual a vos”. Era la foto de Liliana Corti, la madre de Horacio. Cuando él fue a hacerse el análisis, llevó la foto impresa y le dijo a la médica que lo atendió: “Comparame con ella, no perdamos el tiempo”. El resultado tardó solamente diecisiete días. Hicieron el cruce y dio positivo.

El resultado se lo dieron en la CONADI. Ese día le dijeron a César Castillo que era Horacio Pietragalla Corti. El nieto número 75. Sus padres fueron Horacio “Chacho” Pietragalla y Liliana Corti, los dos militantes montoneros. Chacho fue un dirigente importante, que participó de la dirección del Operativo Dorrego, en 1973, cuando la JP y el Ejército llevaron a cabo intensas tareas comunitarias. A los dos los asesinaron en 1976. Horacio llamó desde la CONADI a Abuelas. Le dijeron que lo estaban esperando. Cuando llegó, estaba lleno de gente. “Todas las viejas”, dice. Y también estaba Chela Ojeda, la esposa de Juan Carlos Dante Gullo, que había sido amiga de sus padres. Mucha gente que trabajaba en los organismos había conocido a su padre. Apenas le empezaron a contar, Horacio se puso a llorar y ellos aplaudían. Horacio hizo un gesto con los brazos, y Chela le dijo que su padre movía los brazos así. Eso es lo que Horacio había querido escuchar toda su vida. Saber a quién se parecía. “Alguien había filmado a mi vieja en un casamiento de una tía, bailando. Un día me dieron el video, llegué de trabajar y me puse a verlo. Y me atraganté de la emoción. Ver bailar a mi vieja. Lo más impresionante es encontrar las cosas de uno en alguien, lo que buscaba en todos esos años: saber a quién me parezco.”

La primera en llegar a Abuelas ese 4 de abril de 2003 fue su tía materna, Graciela, con su esposo José. Entró, lo miró, y fue corriendo a abrazarlo. Le dijo entre lágrimas: “Yo si te veía por la calle te paraba. Sos igual a Liliana”. Horacio se parece a su mamá y tiene la altura de su papá. Por eso dice que tiene a sus padres tatuados en él. Y como todo estaba a flor de piel, como si las piezas de aquel monstruoso rompecabezas se hubieran puesto de acuerdo para juntarse solas, movidas por la inercia de muchas voluntades sin contacto entre sí, apenas tres meses después de recuperar su identidad, Horacio viajó a Córdoba para recoger los restos de su padre, que fueron exhumados por el

equipo de Antropología Forense en la fosa común del Cementerio de San Vicente.

—A mí me encantó porque los toqué. Lo del desaparecido tiene eso. Los familiares de los desaparecidos se quedan con un último recuerdo en el que estaban vivos. Yo no tenía ni siquiera un recuerdo de mi viejo vivo. Pero toqué sus huesos. Y fue un consuelo.

El viaje y la vuelta

La que siguió fue una época de acomodamiento emocional y político. Y como en tantas otras de las historias que circulan por este libro, en la de Horacio esas dos dimensiones, la emocional y la política, fueron convergiendo. El juicio contra Lina y Chacho, que llevó adelante el ex juez Roberto Marquevich, tuvo un curso muy rápido. Al poco tiempo ambos fueron detenidos. Horacio, tanto en la conferencia de prensa que dio cuando fue presentado como el nieto recuperado número 75, como en los años que siguieron, aun estando presos, siguió llamándolos “mis padres del corazón”. Tuvieron que pasar años hasta que los llamó “mis apropiadores”. Quizá para hacer ese nuevo salto interno, emocional y político, fue que Horacio decidió en 2005 irse, finalmente, de viaje.

Se fue con una mochila. Caracas con escala en Perú. Iba al Foro Social Mundial que ese año se hizo en Venezuela. Después se fue para el costado, para arriba y para abajo. Anduvo por Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba y Jamaica. Jamaica, para él, fue “un flash”. Desde los catorce años, “cuando salí a la calle”, Bob Marley era su debilidad. Después, cuando volvió, tampoco quiso detenerse mucho tiempo en Buenos Aires. Siguió hasta Bariloche, y ahí vivió hasta 2007, el año en el que Cristina Fernández de Kirchner ganó la presidencia.

Horacio ya tenía un vínculo con Néstor Kirchner. Un vínculo profundo como los que tenía Horacio con los que habían conocido a su padre, o le contaban anécdotas sobre él. Sobre esos datos que iba recolectando, Horacio iba reforzando esa identidad que le había llegado tarde. En 2003, apenas asumió la presidencia, Kirchner, en un acto histórico, recibió a los organismos de derechos humanos. Se había consensuado sobre qué temas se iba a hablar. En aquella reunión, Eduardo Luis Duhalde le dijo a Kirchner, apenas entraron, que Horacio era el hijo de Chacho Pietragalla. Kirchner le contó entonces, parado junto a él en la puerta del salón, que un amigo suyo de La Plata le pidió un día que lo acompañara a una cita en Constitución. La cita era con el padre de Horacio. Fueron a un bar y Néstor se sentó en otra mesa. Vio a su amigo reunido un Chacho Pietragalla. “Cuando volvimos, en el tren, mi amigo se lo pasó hablándome de tu viejo. Lo admiraba totalmente. Si mi amigo hablaba bien de tu viejo, era buen tipo”, le dijo.

El buen principio de esa reunión no impidió que un rato después Horacio protagonizara un roce con Kirchner y con todos los presentes, por largar allí lo que tenía atragantado. Justo en aquel momento Horacio estaba indignado por algo que lo tocaba muy de cerca y que no era un tema de esa agenda: se acercaba el jury al juez Roberto Marquevich, el que había metido presos a Lina y a Chacho. Y a Horacio le parecía injusto que lo destituyeran porque había ordenado la detención de Ernestina Herrera de Noble y que la detención de Lina y Chacho hubiese seguido su curso. Le parecía discriminatorio. Cuando se estaban presentando, Horacio dijo:

—Yo soy Horacio, el último nieto. Lo único que tendría para decir es que Lina y Chacho, mis padres del corazón, están en cana, y Ernestina Herrera de Noble no.

—Mirá, en primer lugar a ustedes no los abandonaron, ¿eh? —le dijo Kirchner, a quien pareció hacerle ruido lo de “padres del corazón”. Horacio recuerda que tragó saliva—. Nosotros sabemos que la Justicia no es igual

para todos. Y eso es lo que vinimos a cambiar.

A partir de entonces, cada vez que lo veía, Kirchner le hacía un chiste, le palmeaba la espalda, lo envolvía en un fugaz contacto de complicidad. Como un día en Corrientes, en un acto, cuando estaban charlando y jodiendo con Hugo “el Turi” Perié, un diputado que había estado detenido muchos años. “¿Te conté lo que le pasó a éste? —le dijo a Horacio, guiñándole el ojo—. Estaba pescando en una lancha en el Paraná, y vino otra lancha y le afanó todo. Es el único montonero al que le afanan en el medio del río.”

Hacia 2007, en uno de los viajes a Buenos Aires, Horacio discutió un par de veces con Juan Cabandié, porque le parecía que el kirchnerismo era sólido en derechos humanos, pero lento en la redistribución de la riqueza. Venía de su viaje por Latinoamérica y se impacientaba. Juan le decía: “Horacito, no se puede hacer todo de golpe, es una transición”. Los dos recuperaron la identidad el mismo año, y se habían hecho amigos. En sus crisis iniciales, Juan le preguntaba: “Horacio, ¿cuándo se supera esto?”, y Horacio, año tras año, le decía: “El año que viene”. Esa contención emocional después se dio vuelta y en esas charlas políticas de 2007 era Juan el que le daba a él contención política.

Para Horacio fue clave, en su reposicionamiento, en su lectura de la escena, la crisis de 2008. Ahí ya se terminaron las dudas, aunque vivía en Bariloche. La militancia activa en el kirchnerismo llegó en los debates por la Ley de Medios, por la que militó intensamente, porque por otro lado era una de las medidas de profundización que él reclamaba. En 2009 empezó a trabajar en la Legislatura porteña con la diputada Gabriela Alegre, además de mantener el vínculo de militancia con Abuelas.

En 2010 ya estaba decidido a abrir una unidad básica del FPV en Lugano. Empezó yendo regularmente para hablar con la gente. La abrieron en 2011. Ese año todo volvió a mezclarse. Él eligió el 25 de febrero para abrir el local, porque era el día del cumpleaños de Néstor. La fecha para el parto que le

había dado el médico a Sabina, su mujer, era el 11 de marzo. El mismo día del nacimiento de Horacio, el mismo día en el que Victoria Montenegro le había confirmado que era hijo de desaparecidos. Pero el 24 de febrero Horacio y Sabina fueron a la clínica, a un chequeo, y el obstetra les dijo que seguramente la nena iba a nacer el día siguiente al mediodía. Cuando estaban saliendo de casa, Horacio repasó la fecha y le dijo a Sabina, asombrado: "Tania va a nacer el día del cumpleaños de Néstor". Tania nació el 25 y el local fue inaugurado finalmente el 26.

ELLOS DOS

Horacio se guarda para sí el último cumpleaños de Néstor, el de los sesenta años, cuando las Madres Línea Fundadora, nietos y Abuelas fueron invitados a Olivos para compartir un festejo sencillo. Fue el 25 de febrero de 2010. Recuerda a Néstor pálido, recién salido de la primera internación. Recuerda lo doméstico, lo familiar de ese cumpleaños.

—Ellos dos estaban tan tocables, tan personas como todas... Eso siempre me pasó con los dos, desde que los conocí. La posibilidad de hacer contacto directo, y con lo que fuera. No eran intimidantes. Para nada. Pero me quedé pensando, después, por qué había querido pasar su cumpleaños con nosotros. Eso fue íntimo, fue para él. Se acercó a la mesa, se sacó fotos con todas las viejas. Justo a mí me llamó un amigo de La Plata, Juan Scotti, re kirchnerista. Me dice "Hola Horacito". Y estaba Cristina al lado mío, y le digo "Pará, pará, que te van a hablar", y le paso el teléfono a Cristina. Le dije a ella: "Acá un amigo mío que es hincha del Lobo". Y ella le dice: "Hola, Juancito, ¿cómo estás? ¿Cómo quién habla? Tu presidenta", y el otro se quería morir de la emoción. Al final ella conocía a la madre de él; los de La Plata se conocen todos. Esa noche, en un momento, me acerco a ellos dos y les digo "Bueno,

ya que no tengo padres, me saco una foto con ustedes”. A Cristina eso le pegó. Yo lo dije con un poco de humor negro, pero fue fuerte. Después ella hizo alusión a esa escena cuando abrió las sesiones del Congreso. Mi intención no fue impactarla. Pero nosotros tenemos esa orfandad. Y en ellos dos, por lo generacional, por lo que significan como referentes políticos, por el trato que nos dieron, de tanto afecto, de tanta protección, uno un poco deposita ese amor que no pudo vivir con sus padres. Tengo esa foto y después se la regalé a Cristina. Porque incluso después de la muerte de Néstor ella volvió a hacer una referencia. Dijo: “Ahora Horacito no lo tiene a Néstor, pero me tiene a mí con mucha más fuerza, y para rato”. Lo tiró así. Se dio así. Como se fue dando con Tania. Durante el embarazo de Sabina, en cada acto, si no podíamos hablar me hacía señas desde lejos para preguntarme cómo iba el embarazo. Una vez en un acto, ahí en Lugano, en un cuartel de bomberos, me vio desde arriba del escenario y cortó el discurso para preguntarme. Nadie entendía nada y ella dijo por el micrófono “No, estoy preguntándole a Horacito cómo está la panza”. Después siguió hablando. Para mí, que Tania haya nacido un 25 de febrero la convierte en pingüina. Cuando nació le avisé a Estela, y ahí nomás en un acto, en la inauguración de la Casa Patria Grande, Estela le contó a Cristina. Y en la apertura dijo: “Quiero felicitar también a Horacito, un compañero de H.I.J.O.S., porque hoy nació su hija, Tania. Un 25 de febrero. Son símbolos de un país que renace de sus cenizas”. Y es eso.

13
Los pibes para la liberación

Entre ellos y los referentes nacionales de La Cámpora hay una generación de diferencia. Helio Perviu tiene veinticuatro años y es de Mendoza, Matías Zelarrayán tiene veinticuatro y es tucumano, Daniela Serrano tiene veinte y es de San Luis, Guadalupe Ivana Jancik tiene diecinueve y es correntina. Y ellos, a su vez, son referentes de una nueva generación, la de los secundarios que ahora militan en los centros de estudiantes de sus escuelas.

Las historias de estos cuatro jóvenes tienen mucho en común. Sin conocerse, vivieron intensamente, cada uno a su modo y desde la perspectiva de su propia edad, los acontecimientos políticos más importantes de los últimos años. Los mayores, Helio y Matías, se acuerdan de 2001 como de un mal momento de sus infancias. Votaron por primera vez en 2007. Daniela tenía once años cuando asumió Néstor Kirchner. Guadalupe, la correntina, votó una sola vez. Los cuatro se despertaron a la política en 2008, cuando entendieron que ese gobierno con el que habían empezado a interesarse por la historia como ni siquiera en el colegio lo habían hecho, peligraba. Ellos son, vistos de muy cerca, solamente cuatro de los miles de jóvenes que la crisis de 2008 puso sobre el tablero político como un efecto colateral. Y son ellos mismos los que hablan de los más jóvenes que ellos: en sus respectivas unidades básicas, los cuatro comenzaron a recibir, y lo siguen haciendo, a los que recién se acercan, muchos de ellos apenas empezado el secundario.

Sacar fortaleza de la adversidad siempre fue un reflejo kirchnerista. Eso es lo que se repite, en el relato de su propia vida que hizo Cristina Fernández de

Kirchner en *La Presidenta*, como un recurso cíclico, y eso es lo que aprendieron los miembros de la Mesa Nacional de su jefe, que en los momentos en los que ellos mismos flaqueaban, lo veían a él regenerando una escena política y salir con más energía a la pelea. Es cierto que el kirchnerismo es una fuerza política peleadora, discutidora, de una frontalidad que desconcierta a sus adversarios. Es como un colmo, como algo que quieren sacarse de encima porque, entre otras cosas, los agota.

Es difícil pensar en un cambio estructural y amable. Mi propia generación, los que cursamos los cincuenta, vio durante sus años dorados cómo los buenos modales y los grandes consensos fueron haciendo lejana, abstracta, casi infantil la idea de la representación política. Fuimos de los que en democracia nunca nos habíamos sentido representados. En ese sentido, va de paso, es bueno repensar la adhesión a un proyecto político como el acto consciente de un ciudadano representado o en busca de representación. Ésa es la única lógica que hace de la política algo vivo. Entre nosotros, los que escucharon ese latido primero fueron los jóvenes, y siguen siéndolo.

Helio, Matías, Daniela y Guadalupe cuentan en qué climas familiares crecieron, qué acontecimientos públicos los acercaron a la política, qué entienden ellos por militancia. A diferencia de las otras generaciones de La Cámpora, los más jóvenes no se plantean ningún dilema entre peronismo y kirchnerismo. Pero fue el kirchnerismo el que les despertó el deseo de militar. Fue la idea de país que les propuso. Los cuatro están formándose como cuadros y le dedican casi todo su tiempo libre a La Cámpora. Lo primero que fluye en esa pertenencia colectiva es el amor por Néstor Kirchner. Cristina es la conductora, pero en el núcleo del corazón de La Cámpora está él, el Néstornauta.

HELIO PERVIU, MENDOZA "A VECES ME PONGO A PENSAR QUÉ ESTARÁ HACIENDO

CRISTINA”

Helio Perviu tiene veinticuatro años y es bostero y cuartetero, algo que quizá tenga que ver con los movimientos de su familia cuando él era niño. Hasta los quince vivió en Córdoba, y antes, en Tucumán. Su madre y sus tres hermanos seguían a su padre, gerente de ventas de Cadbury —una empresa británica que ahora forma parte de la multinacional Kraft— en los destinos que le eran asignados. Helio vivió gran parte de los 90 mirando lo que pasaba a su alrededor del lado de adentro del sistema. La compañía se expandía y compraba más empresas, como Stani. Después, Mantecol. Todo indicaba que su padre tenía un buen trabajo en una empresa a la que le iba de parabienes a nivel global, que es donde se movía. Pero en un país que bailaba al compás de los mercados, nada era como parecía. A su padre lo echaron el 17 de diciembre de 2003.

Ese despido le hizo mirar a Helio las cosas de otro modo. “En 1994, cuando a mi viejo le ofrecieron ser gerente en Tucumán, él entró en esa rosca capitalista que unos años después lo golpeó de cola, cuando lo echaron de una patada. No lo echaron porque las cosas iban mal, sino porque iban bien, pero no en la lógica de la producción, sino en la de las finanzas: Cadbury acababa de comprar Chicles Adams cuando decidieron ese ajuste que dejó a mi viejo sin laburo.” El padre quedó desocupado, sosteniendo con sus ahorros a su familia numerosa. Al poco tiempo volvieron a Mendoza.

Allí Helio hizo su secundario, en una escuela privada pero barata, parroquial. La primera acción colectiva que recuerda fue en 2006, en una época en la que todavía ni siquiera se planteaba la idea del centro de estudiantes, y en la provincia gobernaba Julio Cobos: era invierno y tenían frío, porque faltaban las estufas. Los estudiantes hicieron una sentada para reclamar calefacción. Era una sentada espontánea, que se disolvió después de que la rectora les pegó cuatro gritos.

Mendoza, dice Helio, es una provincia conservadora, en la que muchas familias de clase media mandan a sus hijos al Liceo Militar porque la disciplina es un valor constituido —Julio Cobos es uno de esos egresados—, y en la que la presencia del Opus Dei es una de las más fuertes del país. De regreso a la provincia y sin trabajo, el padre terminó asociándose con un amigo en un depósito de vinos y gaseosas de segunda línea. De la posición acomodada de principios de esa década pasaron a una situación precaria en la que terminaron trabajando también él y sus hermanos: la clásica pyme de los 90, familiar y sin posibilidad de generar puestos de trabajo, pero una década más tarde. Y así y todo, tuvieron que cerrar.

Pese a su mala racha personal, al padre de Helio le gustaba Néstor Kirchner, más que al hijo, que todavía era chico y estaba un poco apabullado con tantos cambios y tanto achique. Pero todo lo que escuchó en las sobremesas familiares, incluso en las que lo aburrían y de las que se levantaba, pasó a primer plano, para Helio, en 2009, cuando hubo que votar. Ya tenía veinte años, y le dijo a su padre que iba a votar a Lilita Carrió. El padre se enfureció. “Ustedes comen gracias a Cristina y van a votar a Cristina”, les dijo.

Cuando llegó al cuarto oscuro, Helio no pensó tanto en Cristina como en su padre. Votó al Frente para la Victoria a nivel nacional, pero en la provincia votó a Libres del Sur. “En ese momento quise darle mi voto a un partido chico. La típica que te meten en la cabeza, que un partido chico es más noble, y después ese partido chico termina siéndole funcional a la derecha. Le di bola a mi viejo, y aunque perdimos le doy gracias a Dios. Esa elección fue una panquequeada, y muchos dijeron que se terminaba el kirchnerismo. Me acuerdo del discurso de Néstor reconociendo la derrota. Yo sentí que él no estaba derrotado, que no hablaba como un derrotado, y me dieron ganas de hacer algo para que a ese tipo no lo derrotaran nunca”, dice Helio, que emergió en aquel momento preciso como militante.

—Empecé a militar en febrero de 2011 —cuenta—. En 2010 había entrado a una universidad privada cuyo estatuto prohibía crear un centro de estudiantes. Me acerqué a esas discusiones, a las agrupaciones políticas, a la JP, y me enteré de que en diciembre se lanzaba La Cámpora. No sabía cómo contactarme. Un día, chateando, veo que en Messenger estaba un amigo de la secundaria, Ezequiel, con una frase bien militante. Le pregunté de una: “Che, Negro, ¿estás militando?”, y me dice que sí, y que defendía el proyecto a morir. Se comentaba que a La Cámpora la manejaban unos tipos, políticos peronistas locales que habían hecho todo mal. Le pregunté si era cierto que a los pibes los dirigían los mayores. Me dijo que no, que eran todos pibes nuevos. Me invitó a ir a una reunión el martes siguiente. No iba a ir, porque me cuesta integrarme a los nuevos grupos. Pero fui con él. Nos recibieron Anabel Fernández Sagasti, hoy diputada nacional, Lucas Llardo y Marina Femería, que ahora son diputados provinciales. Nos contaron el funcionamiento de los secundarios, el territorio, la formación. Yo les conté lo que me había pasado en la facultad. Un profesor, el primer día de clases, dijo de pronto: “Estoy harto de que la juventud fornique en las paradas de los micros”. Me chocó mucho. Me levanté y le dije: “Me parece que si ése es su pensamiento, tendría que manejarlo, porque acá somos todos pibes y no me parece correcto que diga algo así. Usted es de las personas que hacen que la juventud no avance”. Desde ese día hubo mucha tensión, yo me puse muy mal, hasta fui a la psicopedagoga. Perdí las ganas de estudiar. Porque esa gente te desanima. Me cambié de universidad. El primer día que llegué a La Cámpora les conté todo eso. Después me di cuenta de que militar, para mí, fue como desahogarme.

Desde ese día se integró sumándose a las actividades, pero el eje de la militancia era la formación. Una vez por semana tenía taller de formación o taller-debate, donde se ponían en cuestión y se abordaban temas de actualidad, y les sumaban perspectiva histórica y política. Desde la baja de la

edad de imputabilidad hasta las retenciones, el funcionamiento en teoría y práctica de la asignación universal o la minería. "No es un debate tonto. No vienen a bajarte línea para que vos te quedes callado. Es un debate crítico y zarpado", dice Helio. A los debates siempre llevaban a especialistas de distintos rubros. Y lo que aprendían allí lo ponían a prueba en el puerta a puerta que formaba parte, también, de las actividades semanales. Es el tocar timbre y proponerle a un vecino cualquiera abordar un tema, dando información y ofreciéndose a despejar dudas. Eso no se puede hacer sino con militantes con formación política. En esa escena del puerta a puerta, que llevan adelante los militantes de varios partidos —aunque algunos la montan sólo en épocas preelectorales—, está la política que no es videopolítica y que no es aparato.

El 11 de marzo de 2011, en Huracán, Cristina Fernández encabezó el primer acto político después de la muerte de su marido. Se recordaban las elecciones que había ganado Héctor J. Cámpora, y se especulaba, ya entonces, que ese día la Presidenta iba a lanzar su candidatura. En el tramo central del discurso, ella hizo foco en los jóvenes, que ocupaban buena parte del estadio. "Ustedes, la generación del Bicentenario, se incorporan a la política no contra alguien sino por alguien", dijo.

Helio estaba allí. Había llegado con dieciséis compañeros unas horas antes. De pronto, en pocos meses, pasó de estar entre ocho compañeros en una unidad básica mendocina a sentirse parte de eso multitudinario que latía en el estadio.

—Yo estaba medio tonto, mareado, hasta que una compañera que estaba al lado mío me dijo "mirá todo bien, llenate de peronismo". Empecé a mirar para todos lados, me empecé a emocionar. Y cuando comenzó a hablar Cristina no pude parar de llorar. Era como que elaboraba lo que decía ella y me salía por los ojos. Fue mi primer acto y la primera vez que canté la Marcha con decenas de miles de personas. Me volví convencido de que éste

es mi lugar. Cuando uno se engancha en un colectivo como éste, la sociedad te tira para atrás, para que pienses en vos, en tu futuro y nada más, pero el mismo colectivo te demuestra que eso no es así, que uno sólo se realiza en conjunto. Si hoy a un compañero le toca ser diputado, somos todos diputados. Eso lo tenemos muy claro. Las ambiciones personales hay que bajarlas y estar al servicio del proyecto. Cristina puso las manos en el fuego por nosotros, y nosotros respondemos con militancia. Yo a veces me pongo a pensar en ella. De pronto, me pregunto qué estará haciendo. Y seguro que está trabajando a full, militando. Néstor es el padre de esta juventud —dice Helio, tocándose la remera, en la que al lado de la imagen de Kirchner está la frase de los Redondos "Mi único héroe en este lío", la primera frase que acompañó la imagen del Néstornauta—. Me pica no haberlo conocido, no haber ido a un acto suyo. Pero bueno, a nosotros nos toca luchar por ella, que es lo que él hubiese querido.

Todos los martes, en Mendoza, Helio recibe con sus compañeros a los recién llegados. Hacen lo que hizo él: cuentan por qué se acercan, qué buscan, qué dudas tienen. Después hacen el café debate todos juntos. "Te vas a tu casa flasheado, enamorado", dice.

MATÍAS ZELARRAYÁN, TUCUMÁN "MI INFANCIA HA SIDO EL MENEMISMO"

Aunque recién tiene veinticuatro años, el tucumano Matías Zelarrayán hace política desde hace mucho. Nació en 1989. "Mi infancia ha sido el menemismo", resume. Y como si literalmente a lo largo de toda su vida hubiera estado elaborando una decisión, apenas empezó el secundario se metió de lleno en la militancia estudiantil. En la escuela técnica y salesiana Lorenzo Masa, Matías fue delegado en primero y segundo año, en tercero fue elegido secretario de Exteriores del centro de estudiantes, y en cuarto,

vicepresidente.

Hijo de padres separados, tercero de cuatro hermanos —tres militan en La Cámpora—, Matías creció viendo cómo durante los 90 su madre se involucraba en política, aunque nunca desde un lugar orgánico. Era parte "del centroizquierda peronista". En las últimas elecciones, las de octubre de 2011, esa madre, profesora de Ciencias Sociales, acompañó a su hijo camporista en las actividades de la campaña. Ya en 2009, habían trabajado juntos, madre e hijo, en la que encabezó Néstor Kirchner.

En una provincia que fue el escenario anticipado del terrorismo de Estado, donde en 1975 comenzó a funcionar la Escuelita de Famaillá —el primer centro clandestino de detención del país—, y en la que no sólo los nombres, sino los pasados y las prácticas del represor Antonio Domingo Bussi y del comisario Malevo Ferreyra habían sido reivindicados y legitimados —el primero hasta en las urnas, en 1995, el segundo en niveles de popularidad hasta su suicidio en directo por Crónica TV—, siempre hubo sectores refractarios a esa inercia autoritaria, y la resistieron como pudieron. En muchos casos que quedaron anónimos, esa resistencia fue acallada con gatillo fácil y represión.

—Hace poco estuve viendo en la facultad los porcentajes de votos que el radicalismo le sumó a Bussi para que llegara a la gobernación. Yo hoy juzgo a esa sociedad, no lo puedo entender. No me entra en la cabeza —dice Matías —. Acá fachos sigue habiendo, pero lo que hay ahora es una juventud movilizada. Resistencia nunca dejó de haber. En los cerros de Tucumán no solamente hay naturaleza: están llenos de pintadas políticas, hay por todas partes. Las hacían los militantes de otras épocas que se tenían que ir a esconder ahí. Aquí hubo represión casi sin pausa desde la dictadura.

El 19 de diciembre de 2001, Matías tenía doce años. Estaba en el centro de San Miguel de Tucumán con un primo de ocho y su hermano de trece. Estaban jugando en los videojuegos. Pero ese día la gente se empezó a

enloquecer. Todos empezaron a correr. Matías, su hermano y su primo no entendían qué pasaba. Le preguntaron a una señora, que les dijo que había que sacar a los chicos del centro porque venían los saqueos, que venía mucha gente con palos y cadenas a robar. Los chicos salieron a la vereda, y todo era corridas y gritos. No sabían qué hacer. Empezaron a caminar hacia donde corría la gente, hasta que salieron del centro y llegaron a una parada de colectivos. Y entonces pasó una moto con varios chicos encima. El hombre que la manejaba les dijo que trataran de subirse ellos también. Probaron pero era imposible. Justo llegaron dos colectivos, y otras personas los agarraron y los subieron de prepo a los tres, que estaban desconcertados. El de ocho lloraba a mares, los de doce y trece lo tranquilizaban. Estaban nada más que a diez cuadras de su casa. Ese episodio fue el primer hecho político que Matías recuerda como una marca.

Desde que tiene diez años, cuando algún presidente de la República visitaba Tucumán, él iba a verlo. El 9 de julio de 2003, siendo todavía menor de edad, y después de haber colaborado en la campaña, Matías presenció la llegada de Néstor Kirchner a su ciudad. Fue con su madre, sus hermanos y sus tías. Lo escuchó decir que había que tener paciencia, que las cosas iban a mejorar, lo previsible. Pero algo se salió de lugar, y fue el Presidente, cuando terminó el acto: Kirchner se bajó del escenario y empezó a caminar sin custodia entre la gente. Matías quedó prendado.

—En 2007 voté por primera vez. A Cristina. Fue muy lindo porque voté en mi colegio. Me encanta participar electoralmente, me encanta ser presidente de mesa. Me gusta mucho el hecho electoral. En Tucumán ese día se paraliza todo. Me gusta esperar los resultados, comparar los porcentajes, ver los votos nulos, los votos en blanco, ver la asistencia en cada distrito. Ese día a la noche nos fuimos a la Plaza Independencia a festejar por Cristina. Estaba ese rumor sobre ella ya instalado, si iba a poder, si no iba a poder. Tucumán es muy machista y eso se hablaba mucho. ¿Una mujer? ¡Sí, una mujer! Te

subías a un remís o a un colectivo y escuchabas “Una mujer no va a poder llevar adelante todo esto”. Lo decían también algunos amigos, algunos profesores. Yo les decía: “Loco, ¿de qué estamos hablando? ¿Cómo no va a tener capacidad una mina que se formó toda la vida para eso?”.

En 2008 Matías vivió la crisis con las patronales agropecuarias en dos escenarios, Tucumán y Buenos Aires. En Tucumán lo tomó por sorpresa, al principio del conflicto, un embotellamiento de Mini Coopers y 4 x 4 que habían bajado del barrio Yerba Buena, el sector más acomodado, al centro de la ciudad. Se topó con la protesta ruralista cuando viajaba a bordo de un remís cuyo conductor se bajó a pelearse para que lo dejaran pasar. A los pocos días viajó a Buenos Aires, para acompañar a Tincho, un amigo que tenía a su hermanito internado en el Hospital Garrahan. Paraban en Martínez, en la casa de sus tías. El 18 de junio estaban en el hospital y alguien les dijo que en la Plaza de Mayo había un acto kirchnerista. Fueron. Fue un día enrarecido porque un rato antes una vieja farola de la plaza se había caído y había matado a otro tucumano, el militante Carlos Marriera, de veintiún años, oriundo de Lules.

“Llegamos a escuchar el discurso de Néstor, pero era un quilombo. Habían venido pibes de todo el país, estaban agotados, a muchos les bajaba la presión. Esa misma noche nos fuimos con Tincho para Martínez, y en el camino nos cruzamos el acto de los del campo. ‘Pero loco, mirá estos vagos’, me decía Tincho. No podíamos creer todas las cupés y las camionetas que veíamos. Estaban todas estacionadas en filita por el Hipódromo. Todos tenían puesta la escarapela. No nos quedamos, solamente lo atravesamos, para verles las caras, para ver cómo eran. Eran re chetos.”

Iba sumando, elaborando, hasta que en 2009 Néstor perdió las elecciones. Matías es uno de esos muchos casos, poco enfocados, de los militantes que se acercaron a La Cámpora recién después de la derrota de 2009. Lo hizo indignado, “porque no podía creer que la gente que más tenía le complicara la

situación a la gente que recién estaba sacando la cabeza. Eso me colapsó totalmente. Empecé a buscar por Internet a dónde ir. Encontré la página oficial de La Cámpora. Mandé un mail y me contestaron. Chateamos un par de veces y después me llamaron por teléfono. Mi celular andaba muy mal, así que hablaron con mi mamá. Llegué y me dijo que a las dos horas volvían a llamarme. Estuve atendiendo el teléfono yo solo esas dos horas. De pronto esa llamada era muy importante para mí. Me habló un compañero y me dijo que en la provincia el responsable era Jesús Salim, que le iban a dar mi teléfono. Yo lo conocía de vista, y antes de que me llamara me lo encontré en el centro y lo encaré. 'Mirá loco, yo quiero militar en La Cámpora', le dije, como desesperado. Y ahí me integré, tuve muchas reuniones con Jesús. Él ya conocía al Cuervo y estaba armando bien. Y después de un tiempo me plantearon que me hiciera cargo de los pibes que se querían sumar, porque él era de Famaillá, y Marcelo Santillán, que organizaba con él, era de Bella Vista. Los dos eran de la JP, un poco más grandes. Así que empecé a convocar a los pibes por Facebook, y a hacer reuniones. Escribía algo, me fijaba si había comentarios, me conectaba con los que opinaban, a veces era gente de la facultad o el colegio, viejos conocidos, y a veces gente que conocía en las reuniones, que eran de cinco o seis personas, entre secundarios y universitarios. Funcionó bien".

El 24 de marzo de 2010, cuando todavía los contactos con los pibes nuevos se estaban aceitando, Matías le preguntó a Jesús qué le parecía si él, su novia, algún hermano y algún amigo iban al acto que organizaban los organismos de derechos humanos con una bandera de La Cámpora. Hasta entonces, en Tucumán la agrupación nunca había tenido visibilidad. Jesús y Marcelo, los responsables, eran todavía de la JP. Jesús le dijo que le parecía muy bien. La bandera fue gigante, y la hizo de apuro la ex novia de Matías, egresada de Bellas Artes. Eran ocho pibes y la bandera enorme. Cuando los vieron llegar, un funcionario provincial que conocía a uno de ellos se acercó a preguntarles

para quién trabajaban. “Para Cristina”, le contestaron. “No, pero acá”, repreguntó el funcionario. “Para Cristina, directo”, especificaron.

Después esa decena de chicos y chicas siguió trabajando a un ritmo frenético, hasta que llegó septiembre y los de La Cámpora y los de la JP, que ya eran casi lo mismo, viajaron al acto del Luna Park en el que habló Cristina porque Néstor había salido el día anterior de la internación en la clínica Los Arcos.

—Mientras Cristina hablaba, yo lo miraba a él. Yo creo que fue al acto porque si no él se hubiera ido sin vernos y nosotros no lo hubiéramos visto. Pero lo hicimos. Respiraba profundamente. Miraba para un lado, para el otro, la miraba a ella, y a mí se me ponía la piel de gallina. Volví y le dije a mi vieja: “Néstor está mal”. Yo lo presentí. Esto era con él. Y lo pude ver, entre los jóvenes, y él el más joven de todos. El 27 de octubre, yo estaba censando. Toqué el timbre en la casa de una señora, y cuando estoy por presentarme la señora me dice: “Pará, hijito, que ha muerto Néstor”. Yo no entendí. Encaré de nuevo y ella me dice lo mismo. Le digo, sin querer creer: “Tengo que hacer el censo. ¿De qué Néstor me habla?”. “Néstor Kirchner”, me dice. Negué con la cabeza, no me salían palabras. “No puede ser, señora, no me puede decir eso. ¿Puedo pasar? ¿Podemos ver la televisión, por favor?”, le pedí, y ella se dio cuenta de que yo estaba muy afectado, me dejó entrar. Prendimos la tele, primero vimos una placa que decía “Último momento: Néstor Kirchner internado”, y en seguida otra: “Murió Néstor Kirchner”. Al toque empecé a recibir mensajes de texto. Decenas. Los compañeros, mis amigos, mi novia. Me llama mi vieja. Me dice que la JP está organizando el viaje a Buenos Aires. La señora me miraba, me escuchaba hablar todo conmocionado, llorando. Ella repetía: “Pobre Cristina, cómo estará”. Largué el censo ahí. Pasé por mi casa, y después me fui a la esquina donde estaba el micro y me subí. Viajamos dándonos fuerza, un viaje terrible. Cuando llegamos, al dolor se le sumó la sorpresa, porque eran miles y miles de

jóvenes, yo nunca había visto tantos jóvenes en mi vida, ni en Carnaval. No pude digerir fácil la muerte de Néstor. Me alejé de la política unos meses. Estaba enojado, era todo muy injusto y yo me la agarré con la política. No podía entender que nos hubiéramos quedado sin Néstor tan pronto. Después volví con todo, porque había mucho trabajo. A los pibes no había que salir a buscarlos, venían solos. Y me recuperé mirándola a Cristina. En ese duelo, ella fue el ejemplo.

Daniela Serrano, San Luis "uno no tiene por qué quedarse callado"

Daniela Serrano es la penúltima de cinco hermanos. El mayor tiene veintiséis y la más chica, diecisiete. Ella tiene veinte. Los cinco militan en La Cámpora. "Mis hermanos son primero compañeros y después son mis hermanos", dice ella, un poco en broma y un poco en serio. Sus padres no tuvieron participación activa en política, pero militaron por otras cosas de la vida cotidiana. En la casa de los Serrano nunca se almorzó ni se cenó mirando televisión. Ésas eran las horas de la charla familiar.

—Hubo discusiones por eso. El televisor está ahí, en el comedor, pero cuando comemos no se enciende. Entonces charlamos. Así son mis padres. ¡Hay que hablar! —se ríe ella—. Así fue siempre, sobre todo el almuerzo, porque a la noche, al ser tantos, empezamos a llegar en distintos horarios. Y además, a la noche, a veces mi viejo veía algún programa periodístico. Por ahí desde la cocina lo escuchábamos putear en el comedor. Era mi viejo contestándole a Nelson Castro.

A pesar de que tiene dos hermanos mayores, la primera en acercarse a la política fue ella. Lo hizo a los dieciséis años y con la 125. "No había que ser muy astuto para darse cuenta de que muchos de los que públicamente ese año estaban bancando a los ruralistas eran los autores intelectuales de todas las

desgracias de nuestro país. Daba mucha impotencia ver a los medios de comunicación bombardeándote las veinticuatro horas con información totalmente tendenciosa. Daban ganas de salir a gritar lo que vos pensabas.”

En 2008 estallaron las redes sociales, y Daniela vivía pegada al Facebook. Urgía la necesidad de conexión para saltear las operaciones de los grandes medios, que mostraban a los ruralistas como héroes. En las redes, en las discusiones acaloradas que a veces duraban horas, los que defendían al gobierno empezaban a generar entre sí un tipo de relación totalmente novedosa, porque era la primera vez que ese soporte tecnológico servía para hacer micropolítica. Fuera de las redes, en los medios, parecía que era unánime el rechazo que despertaba Cristina Fernández. Y de pronto, cada uno solo en su casa, conectado a una computadora, descubría que eran miles los que necesitaban romper ese cerco de comunicación. “Éramos compañeros. En los debates nos defendíamos entre nosotros como si nos conociéramos desde siempre. Me pasaba algo que me pasa ahora cuando voy a los actos de Buenos Aires y veo miles de compañeros de otros lugares. Siento el lazo que me une a ellos.”

Finalmente en 2008 hizo un contacto a través de la red con un chico de la Capital Federal que le habló de La Cámpora. El chico le preguntó si quería acercarse. Ella no dudó, dijo que sí. Ese mismo día la llamó desde Buenos Aires Gustavo “el Misio” Cáceres, un militante muy cercano a los miembros de la Mesa Nacional, hoy responsable de Interior de La Cámpora. Le contó que la agrupación estaba armándose en todo el país. En San Luis todavía no había nada.

Daniela describe su provincia, gobernada desde 1983 por los Rodríguez Saá, como un lugar en el que incluso quienes votan por ellos han preferido olvidar los siete días de 2001 en los que Adolfo Rodríguez Saá fue presidente de la Nación elegido por el Congreso. “Lo que más me quedó a mí fue cuando dijo que no iba a pagar la deuda externa y todos lo aplaudieron. Fue

un bochorno. Igual que lo que pasa en San Luis en tantos órdenes. Lucecitas de colores. Ni los saadistas se quieren acordar. Lo borraron. Su adhesión es más fuerte en el interior de la provincia, como si fuera un deporte y Rodríguez Saá compitiera representando a San Luis. Y se trata de otra cosa.” Daniela cuenta que muchas veces las discusiones más difíciles no las tienen con los puntanos, sino con los turistas, que llegan convencidos de que San Luis es lo que dicen las propagandas institucionales.

Ahora que tiene veinte, los dieciséis son parte de su pasado. Habla de lo que ocurrió hace tan poco, en tiempos normalmente periodísticos, como del origen de su vida actual.

—Uno empieza a defender algo. A bancar algo puntual. A mí me pasó con la 125, a otros con la Ley de Medios, a otros con el Matrimonio Igualitario. Y de pronto te metés, conocés gente que te forma, leés, asociás con lo que ya traías de tu casa o el colegio, y se te abre un panorama impresionante. Nosotros hacemos los talleres los sábados. Son sagrados. Cuando se suman compañeros, ellos se presentan y nosotros también nos presentamos y eso te hace mantener una gimnasia y tener fresco por qué empezaste, cómo te fuiste dando cuenta. Hace una semana entró una compañera de trece años. Estaba empezando primer año. Estuve charlando mucho con ella. Y mirá que cuando yo entré era una nena. Pero no deja de sorprenderme lo que traen hoy los más chicos, las cosas de las que ya son conscientes, cómo visualizan el proyecto.

¿Qué preocupa a los jóvenes de San Luis, cuáles son sus reivindicaciones específicas? Daniela dice que son “cosas muy básicas”, como el conservadurismo que se mantiene en la educación pública. Hay solamente dos colegios con centros de estudiantes. No hay espacios de contención para los jóvenes. Es reciente y producto de sus luchas la adhesión de San Luis al Consejo Nacional de Juventud. Ni en lo estudiantil ni en lo laboral o lo deportivo hay políticas específicas para los jóvenes.

Cuando empezó a militar, Daniela cursaba tercer año. Y en ese clima

cerrado y tan poco proclive a los planteos juveniles, un día se encontró en una clase con un profesor de Ciencias Políticas que le hizo hervir la sangre. El profesor no invitaba al debate: se limitaba a hablar él sin parar, descerrajando opiniones despectivas sobre la Presidenta. Daniela levantaba la mano, pero el profesor no le daba la palabra. Cuando no aguantó más se paró en su banco de la última fila.

—No le voy a permitir que hable así de nuestra Presidenta —le dijo.

El episodio terminó con la rectora en el aula y con amonestaciones. Se comentó mucho ese incidente en el colegio, porque no había registro de que un estudiante pudiera plantarse en clase y discutir con un profesor. La institución tomó como una falta de respeto las opiniones personales de la alumna, y jamás puso en cuestión la falta de respeto del profesor hacia ella.

—Yo estaba tranquila porque sabía que llegaba a casa, a mi casa de la televisión apagada, y todos me iban a entender —dice Daniela—. Conté todo en la cena —se ríe—. Mi viejo me preguntó si quería que él fuera a hablar por mí al colegio. Le dije que no. Fueron mis primeras amonestaciones. Me las banqué con gusto, porque si yo no hablaba era una injusticia, y uno no puede hacerse el tonto cuando escucha cosas que no comparte, porque si no habla parece que estuviera de acuerdo. Con mis compañeros estaba todo bien, yo los entiendo, pero no me defendieron. Un poco me dolía, porque no es que yo quisiera que todos fueran de La Cámpora, pero ahí se trataba de otra cosa. Era que yo quería decir lo que pensaba, y me amonestaron. No hacía falta ser kirchnerista para darse cuenta de que me amonestaban por pensar políticamente de una manera determinada, que no era la oficial.

En 2009, Daniela y sus hermanos militaron casi en soledad por la Ley de Medios. Se juntaron con La Colo, del Movimiento Evita, uno de los primeros contactos que Daniela hizo por Facebook. Ya habían chateado bastante cuando descubrieron que las dos vivían en San Luis. Fueron a juntar firmas a la plaza Pringles. Daniela recuerda ese día como "uno de los más felices de

mi vida. Éramos quince en total. Fuimos con carteles que hicimos nosotros. Vino Arturo Claveles, un amigo, con un cartel que decía ‘Autoconvocado 678’, porque era él solo. Al poco tiempo se sumó a nosotros. ¡Fue el primero que reclutamos fuera de la familia!”, se ríe.

Un año después, al acto del Luna Park, que fue el gran encuentro entre militantes de todo el país que no se conocían, Daniela viajó con compañeros de Mercedes. Eran cincuenta en un micro. Era la primera vez que iban tantos a Buenos Aires. Cuando Daniela lo recuerda, se inflama con una catarata imparable de afirmaciones de fe en lo que hace y lo que piensa. “Primero era Néstor bancando a Cristina y terminó ella bancándolo a él porque lo habían operado dos días antes. Fue hermoso. Uno viaja doce horas, tiene hambre, frío, calor, cansancio, pero siempre vale la pena. Nosotros le cantábamos ‘Cristina, Cristina corazón, acá tenés los pibes para la liberación’, y uno no canta por cantar. Acá nos tiene. Cuando cantamos le entregamos nuestro corazón. Acá nos tiene para lo que haga falta. Porque cuando flaqueás, si te llega a pasar, vos la escuchás a Cristina y te vuelve el alma al cuerpo.”

Pero el alma se le volvió a salir del cuerpo un mes y pico después, el 27 de octubre, cuando un grito de su hermana la despertó. Estaba viendo la noticia por Crónica TV. Lo primero que sintió Daniela fue la necesidad de juntarse con los pibes, “correr a verlos”. Ese mediodía se reunieron en la mueblería del padre de Daniela, en el patio. No tenían unidad básica —todavía no la tienen—, y ése era el punto de reunión. Lo primero que hicieron fue pintar una bandera que decía “Néstor vive”. La llevaron a la plaza Pringles, y allí estuvieron hasta que a la noche un micro que llevaba militantes de Mendoza a Buenos Aires hizo una parada en San Luis y se subieron. No pudieron coordinar su entrada con la columna de La Cámpora, que avanzaba desde la 9 de Julio, porque el micro iba a esperarlos apenas unas horas. Fueron a la Plaza y entraron al Salón de los Patriotas Latinoamericanos. Se despidieron de Néstor cantándole y llorando. Daniela le gritó a la Presidenta:

—¡Fuerza, Cristina! ¡Esto recién empieza!

El lanzamiento oficial de La Cámpora en San Luis fue en febrero de 2011, pese a que la construcción política había empezado en 2008, y Daniela había sido parte fundadora, formándose ella y formando a los más chicos que ella al mismo tiempo. Unos meses después, en las elecciones de octubre, el candidato del Frente para la Victoria, Enrique Ponce, ganó la intendencia, en un hecho político tan sorpresivo como hacía décadas que no se producía en la provincia. Daniela lo analiza:

—Es el proyecto nacional. Los votos son de Cristina. El intendente que tenemos ahora es un compañero, ha militado mucho como abogado de derechos humanos, tiene una hermana desaparecida. Pero yo creo que en San Luis más que en ningún otro lado los votos son de Cristina. Era como un estigma ser de San Luis. Ahora es distinto. El día de las elecciones fue una locura. Nosotros fuimos fiscales, y ganamos solamente por mil votos. No es fácil fiscalizar en mi provincia. Íbamos sacando cuentas con los datos que tenía cada uno y no llegábamos, no llegábamos. De hecho, la intendenta que iba por su reelección, Alicia Lemme, salió a festejar. Nosotros esperamos hasta que estuvieron bien los números. Después que se revirtió el resultado, qué fiesta. Y qué desafío. Porque nosotros lo que tenemos que hacer es demostrar que estamos totalmente alineados con Cristina y eso se tiene que ver y se tiene que traducir en la gestión. Ahora la juventud forma parte del gobierno. Se nos critica por eso. Nosotros lo vemos de otra manera que parece que muchos no pueden entender, pero es bastante lógica. El sueño del militante es trabajar en el Estado para materializar y hacer efectivo todo eso por lo que venís militando. Somos leales a un proyecto en el que creemos profundamente. Cuando empecé a trabajar en la municipalidad, planteé que si había algo para reconocer, que fuera por el trabajo. Lo más importante es el trabajo. Estamos formados para afrontar desafíos, y parte de la formación es saber que esto no es un trabajo cualquiera, que no tiene horarios, que no es

una meta personal, que es colectiva. Somos orgánicos porque serlo garantiza el proyecto, que es más importante que cualquier individualidad. Si no entendés eso, acá no tenés nada que hacer.

Guadalupe Ivana Jancik, Corrientes "Me gusta ese modelo de mujer"

Llega nerviosa, le tiemblan las manos y el labio inferior. Es castaña, bajita, y tiene ojos celestes. Está pintada delicadamente. Es una mezcla de nena y adolescente, una muñequita correntina que va perdiendo la timidez a medida que habla, pero nunca del todo. Nos juntamos en un bar de paso respetable y concurrido de Corrientes. De esos bares a los que la gente no va a encontrarse, sino a tomar un café antes de subirse a un colectivo. Está en el inicio de la Costanera donde se ubica la terminal. Algunos de esos colectivos cruzan el puente Manuel Belgrano, que une Corrientes con Resistencia. Guadalupe eligió ese bar porque no quería testigos familiares.

No es que se lleve mal con sus padres, para nada. Ni que ellos no la apoyen en su militancia. Es más, fueron ellos los que la acompañaron, el 10 de noviembre de 2011, a la Dirección Municipal de la Juventud. Ella había comenzado los contactos por Facebook con esos militantes, preguntándoles de qué se trataba, quiénes eran. Le contestaron que eran todos peronistas. Siguieron las preguntas y las respuestas hasta que ella decidió sumarse. También les preguntó si había algún problema con que fuera menor de edad. Tenía dieciséis. Le contestaron que no.

La invitaron a ir a una reunión de lo que en ese momento era la Juventud Peronista. Ella fue con sus padres, que insistieron en acompañarla. Le dio un poco de vergüenza, pero cuando llegó creyó que estaba bien, porque todos andaban por los veinte. Bastante mayores que ella. Los padres se quedaron charlando un rato con Pitín Aragón, que era el responsable. Después se

fueron. Había tres chicos nuevos, además de Guadalupe. Les preguntaron a ellos por qué estaban allí, por qué querían acercarse. Guadalupe se puso tímida, porque no había preparado nada para decir. Nunca había estado en una situación semejante, en la que hay que presentarse y hablarles a los demás que están sentados en una ronda alrededor.

Cuando le tocó a ella, dijo que veía en Cristina un modelo de mujer que la impactaba, y que por eso la había empezado a seguir. Y dijo que estaba allí porque le interesaba la política. Después se calló y se quedó temblando. A todos sus motivos les parecieron buenos. Al mes siguiente, se armó La Cámpora en Corrientes. Y unos meses después, Guadalupe fue la referente de secundarios de la provincia.

Todo es así. Estrepitoso. Todo parece que sucede antes de tiempo. Desde el deseo de acercarse a la política hasta una responsabilidad en la organización. Eso pasó a distintos niveles, y es una de las primeras críticas que se escucharon sobre La Cámpora. “Nacidos en el poder” o “Militan por los cargos” son algunas de las muletillas que incluyen esas críticas. Con el foco ya muy cerca de los movimientos colectivos que llevaron a miles de adolescentes y jóvenes, de 2008 para acá, hacia esa agrupación, se ve cómo ese espacio que estaba vacío, a nivel nacional y provincial, se fue ocupando con la urgencia de los tiempos.

Así como a nivel nacional hubo un núcleo duro que se armó con jóvenes de veintipico que venían de experiencias militantes anteriores, a nivel provincial se ve esta escena que protagoniza Guadalupe: una vez armada la estructura nacional, con muy pocos referentes en algunas provincias, el espacio vacío se llenó, de entrada, con un salto generacional: los pocos de veintipico que ya había empezaron a recibir a adolescentes que no tenían sobre sí la carga de los 90. Venían con menos dudas y con mucho fervor.

Guadalupe nació en democracia, pero en Moreno, provincia de Buenos Aires, porque sus padres habían tenido que emigrar de Corrientes hacia el

conurbano bonaerense, en los 80, por falta de trabajo. Ahora tiene diecinueve años. Nació en 1994. Sus padres ya entonces habían emigrado de Goya, desencantados, miembros de una familia ligada al radicalismo, por parte materna, y a la izquierda, del lado de su padre. Ninguno de los dos tuvo militancia política, pero la política estaba instalada en la sobremesa de esa casa de Moreno, de la que participaban Guadalupe y su hermanito, nacido en 2001. En Moreno, el padre iba pasando por distintos empleos precarios —docente de matemáticas, colectivero, empleado de una distribuidora de artículos para kioscos—. Estaban instalados, los chicos iban a escuelas parroquiales, pero el matrimonio nunca superó la distancia ni dejó de soñar el regreso. Siempre hubo un hilo de nostalgia planeando sobre esas conversaciones, que se prolongaron durante muchos años. Recién en 2007 el padre se animó a su propia distribuidora, que sigue siendo su actual trabajo, y pudieron volver a Corrientes. Eso fue algo largamente añorado y concretado gracias a las posibilidades económicas que surgieron desde 2003. En la sobremesa de los Jancik todos estaban de acuerdo con eso.

Mientras los Jancik acariciaban ese deseo de la vuelta, de Corrientes llegaban noticias cada vez peores. Entre los meses de octubre de 1988 y octubre de 1999, es decir prácticamente durante todo el menemismo —que en Corrientes se expresó en el Tato Romero Feris y toda su familia—, se destruyeron 8140 puestos de trabajo.

Regresar a Corrientes fue difícil para Guadalupe, porque ella no volvía. Había nacido en Moreno y allí dejó toda su historia, sus amigos y su paisaje. El primer año lo pasó mal, extrañando y viviendo en la casa de su abuela, mientras toda su familia trabajaba en la construcción de la casa propia. Después del paso por un primer colegio en el que trastabilló con las equivalencias, finalmente la inscribieron en la Escuela Técnica Juana Manso. Es donde todavía cursa el secundario.

Ya cuando tenía quince, recién llegada y sin ningún contacto con La

Cámpora, Guadalupe encabezó una lista —la 27, un número de las efemérides kirchneristas, pero un año antes de que tuviera algún sentido— para conducir el centro de estudiantes. Ganaron. El primer tema que abordaron fue la necesidad de articular los distintos turnos de alumnos para mejorar las condiciones de estudio de todos. Ese edificio, de noche, era usado por otra escuela, en la que chicos más grandes completaban su secundario. Las mesas estaban sucias o aparecían rotas. Se daban vuelta las paletas de los ventiladores. Se tiraba la basura en el piso. El centro de estudiantes de la Juana Manso se propuso hacer un trabajo de diálogo y concientización con los alumnos del otro turno y de la otra escuela, para que se viera a la institución como algo propio que había que cuidar, y no como un espacio hostil al que agredir.

—“Basta, Guadalupe” —se ríe ella—. Ésa es la frase que más escuché en mi vida. Discuto mucho, es cierto, pero no hay por qué quedarse callado. Hay cosas que no digiero y no puedo dejar pasar por alto. Esta semana vamos a proyectar *Iluminados por el fuego* para todo el colegio. El primer día de clases de este año, el 29 de febrero, escuché comentarios que me dejaron muda. Un profesor sacó el tema Malvinas y uno le dijo lo que decían en la radio: “Después de todo ellos ganaron la guerra”. ¿Decir eso en Corrientes? ¿Con la historia de los soldados correntinos que murieron en las islas? ¿Cómo es posible? Yo no intervine. Los dejé hablar. Pero les vamos a pasar la película para que recuerden.

El acercamiento de Guadalupe a La Cámpora se produjo unas semanas después del 27 de octubre de 2010, cuando murió Néstor Kirchner. Ese día ya tenía claro que cuando terminara el secundario iba a seguir Ciencias Políticas, pero esa decisión se adelantó y tomó otra forma. Sintió que había que defender eso que en los hechos para ella tenía el valor de políticas concretas: las que señala son la de derechos humanos y la política exterior. El no al ALCA de 2005 la había hecho entender, en plena pubertad, que el

alineamiento de la Argentina a su propia región era lo que terminaba de hacer potente al proyecto al que adhería.

El primer gran acto político al que fue tuvo lugar un mes después, cuando la Presidenta llegó a Curuzú Cuatiá para los festejos del bicentenario de esa ciudad, fundada por el general Manuel Belgrano. Guadalupe no fue con sus compañeros, sino con sus padres y su hermanito. Ese día, Cristina Fernández tenía todavía inscripta en la cara la máscara del dolor, los párpados hinchados, la voz por momentos temblorosa. Desde abajo, en la plaza, la gente le gritaba “Fuerza Cristina” y “No aflojes”. Ella interrumpió el discurso y dijo: “Ni abajo del agua voy a aflojar”. Guadalupe, perdida entre las banderas, sollozaba abrazada a su madre.

Desde entonces su vida transcurre entre talleres de formación y actividades militantes en los barrios. Instalan peloteros para los chicos, hacen chocolatadas en invierno y jugos en verano, van de un lado al otro con un gazebo y a su sombra hacen campañas de prevención sexual o de información sobre la asignación universal. Le hicieron la campaña puerta a puerta a Justo Estoup, de veintiocho años, el primer concejal correntino salido de La Cámpora. Apoyan a Camau Espínola, el intendente correntino.

Con Ricardo Colombi, el actual gobernador de la provincia, no se llevan bien. “¡Nos hizo *fuck you* el otro día!”, dice Guadalupe, refiriéndose al acto en el que se inauguró la autovía de Paso de los Libres. Habló la Presidenta por teleconferencia, y los jóvenes le cantaban, pero cuando terminó la cadena nacional abuchearon al gobernador. Las críticas a esa gestión se concentran en el estado de las escuelas y en el manejo del presupuesto educativo. Dice que la nación manda fondos para construir escuelas que no se hacen, y que en las que sí se hacen, semanas antes de las elecciones de octubre aparecieron carteles que decían “Gobernación” y no “Presidencia de la Nación”. A los pocos días los volvieron a cambiar. Antes nadie se daba cuenta. Ahora son ellos los que señalan esos deslices. Molestan.

Volviendo a la figura de Cristina, en quien ella, a los quince años, vio “un nuevo modelo de mujer”, Guadalupe reflexiona: “Como cuadro político es todo lo que ya sabemos. No soporto a un político que lea un discurso que encima no escribió él. Un dirigente tiene que saber lo que dice. Cristina interpela ya desde ahí a los demás dirigentes. Pero además se pinta mucho. Yo también. Me gusta su manera de ser femenina. No se masculiniza. Es linda y es inteligente, y nos demuestra a las mujeres que no hay que elegir entre una cosa y la otra. Para mí es como una madre. Si un día la llego a ver, yo creo que la abrazo, me pongo a llorar y después me desmayo”.

14
Andrés “el Cuervo” Larroque. La jugada a futuro

La cuarta entrevista con el Cuervo Larroque es en la villa 21-24 de Barracas, en la unidad básica Tierra Amarilla. Es sábado a la tarde, hace frío. Los militantes del barrio están resolviendo una urgencia: una joven madre fue hallada muerta esta mañana. A su lado estaban sus dos hijitos, uno de ellos bebé. La mujer falleció por la complicación de un cuadro bronquial. Tenía una tercera hija, de dieciocho años, que no estaba en la casa, y ahora está cuidando a sus hermanos.

—Lo primero de todo es que no se separen —dice una de las chicas de Tierra Amarilla que están discutiendo cómo organizar la vida de los chicos que acaban de perder a su mamá.

Planifican entre varios lo básico, eso de lo que se ocupa una familia, porque los chicos no tienen parientes en la Capital. Dicen que ya verán cómo ayudan a la hermana mayor para buscar a sus tíos en el interior. Pero ahora de lo que se ocupan es de las comidas de los tres hermanos para esta noche y mañana al mediodía. Revisan qué mercadería tienen disponible para llevarles, y qué cosas hay que salir a buscar. Hay arroz y unas latas de tomates. Faltan agua y leche. Van por eso.

Traen el mate y le digo al Cuervo que en las entrevistas anteriores llegamos hasta 2010. Él tose, está acatarrado. Tiene los ojos rojos de cansancio. Pero rebobina mentalmente dos segundos y retoma:

—Ese año empezó con el quilombo del Banco Central —dice.

Ese verano, Martín Redrado no quería abandonar su sillón de presidente, y

resistía atrincherado y defendido por la oposición y los medios con tanto ahínco que hasta se decía que era presidenciable. Cuenta el Cuervo que en esos días, reunidos con las organizaciones sociales, llegaron a evaluar un abrazo al Banco Central, porque entendían que aquella situación era de gravedad institucional. En la América Latina de hoy, ya se sabe, ya se ha probado, ya no suena paranoico como en 2008 que los golpes blandos que quiebran las democracias se producen institucionalmente, con sectores políticos cómplices de las corporaciones. Honduras, Venezuela, Ecuador, El Salvador, Bolivia y Paraguay no son botones de muestra, sino coyunturas enrarecidas en las que una oposición sin chances en las urnas forzó mecanismos institucionales para destituir a los presidentes elegidos en elecciones libres. Cada país es un globo de ensayo en el que se crean distintos escenarios para ver cuál prende, mientras los medios concentrados aplican su cobertura higiénica para limpiar la imagen de lo que ocurre.

Aquel verano de 2010, mientras La Cámpora y otras organizaciones kirchneristas evaluaban que el amotinamiento de Redrado en el Banco Central podía derivar en una crisis de gobernabilidad, empezaron a observar, sin embargo, que algunas políticas que se habían puesto en marcha en los dos años anteriores ya habían ampliado la base de apoyo al modelo. Empezaban a escuchar un eco popular.

El 12 de marzo se organizó un acto en Ferro, un día después de que Néstor Kirchner reasumiera la presidencia del PJ en el Chaco. “Reventó”, dice el Cuervo. Fueron más de treinta mil personas. En Ferro alcanzaron a ver algo movimientista que se asomaba. Convocaron todas las agrupaciones kirchneristas, aunque la que tuvo mayor protagonismo aquel día fue el Movimiento Evita, que conducía Emilio Pérsico. Hubo varios oradores. El Chino Navarro, Daniel Scioli, Hugo Moyano, Edgardo Depetri. Otra postal.

—Néstor hizo un discurso imponente ese día. Planteó una línea. Dijo que a lo mejor en 2020 el presidente de la Nación iba a ser alguno de los pibes que

estaban en el estadio. Se preguntó “por qué no”. Había en el aire un clima de fuerza política. Estaba esa cuestión silvestre: había más peso de las organizaciones que del aparato, no fue un acto hegemonizado por los intendentes ni por el cegetismo. Se vio otra cosa.

Mientras el Cuervo y otros dirigentes de organizaciones —todavía de límites a veces ásperos entre ellas— olfateaban que algo distinto estaba fermentando en la base, en la superficie los grandes medios insistían en esos meses, otra vez, en que el kirchnerismo estaba terminado. El Grupo A preponderaba en el Congreso. Durante esos dos años, cada iniciativa parlamentaria del Poder Ejecutivo iba a ser sistemáticamente bloqueada en el Parlamento. Todo era escándalo y denuncia, diagnóstico de malestar, crispación y posibles desmadres, cuando, de pronto, llegó el Bicentenario.

EL HUMOR DE LAS BASES

La fiesta popular más multitudinaria del último medio siglo comenzó el 21 de mayo. Ese día, la cobertura del diario *La Nación* fue curiosa: la nota se titulaba “Una pelea política opaca los festejos del Bicentenario” y en la bajada se leía: “La Presidenta no irá a la reapertura del Colón porque Macri criticó a Kirchner”. Esa semana, Mauricio Macri, el jefe de gobierno porteño, había resoplado por televisión diciendo que “iba a tener que soportar” sentarse al lado de Néstor Kirchner si la Presidenta iba a la reapertura. Un día más tarde Cristina Fernández de Kirchner le respondió con una carta que se hizo pública, le avisó que no concurriría, y le pidió que se dejara de “hipocresías”.

Y ya esa noche comenzaría a tomar volumen lo que al cabo de esos días movilizó a millones de personas, ese clima que el Cuervo y otros dirigentes percibían. El enojo y la crispación estaban concentrados en los medios, en la

oposición política y en los sectores sociales acotados que reproducían los tics del antiperonismo del siglo XX, de derecha y de izquierda.

—Cristina inauguró los festejos del Bicentenario con todos los trabajadores que habían participado en el armado de las estructuras —recuerda el Cuervo —. Habría algunos miles de personas, pero esa misma noche del 21, que era viernes, empezó a pasar otra cosa. La gente llegaba a mares. Ese día jodimos con que íbamos a hacer una bandera que dijera “Perdón Parrilli”, porque en las últimas semanas, Parrilli, que trabajaba en la organización directamente con Cristina, estaba solamente abocado a eso y de lo único que hablaba era del Bicentenario. Estaba obsesionado y decía que iban a ir cien mil personas. Nosotros le decíamos “Bueno, Oscar, si vienen treinta mil está muy bien”. Néstor también lo jodía. Y cuando vimos lo que pasaba... Ahí Cristina demostró claramente su capacidad de mirar hacia adelante. El Bicentenario nos permitió ver más allá del clima de los medios. El 25, arrancamos con el tedéum en Luján, con Néstor y Cristina. Y cuando quise volver a la Capital, no pude. Veníamos por la autopista y el embotellamiento era increíble. Dejé el auto en la bajada de San Juan y caminé. No se podía avanzar. Desde la muerte de Evita que no se juntaba tanta gente. Yo tenía que llegar al escenario y no pude, me quedé atascado en esa fiesta que fue de mucha felicidad y alegría. Terminé quedándome en Diagonal Norte y 9 de Julio, sin saber ni siquiera dónde estaba el escenario al que tenía que ir, porque había varios. Después, más tarde, cuando pude llegar al Cabildo, estaban Néstor y Cristina con los presidentes de la región que habían venido, y era tanta la gente que se decía que no había condiciones de seguridad para que ellos cruzaran a la Casa de Gobierno. Cristina dijo que salían igual, y lo hicieron, y no sé si alguna vez en el mundo se dio eso, una multitud tan grande abriéndoles el paso a un puñado de presidentes tan queridos. Ahí empezó otra etapa, exactamente cinco meses antes de la muerte de Néstor. Cinco meses de una intensidad arrasadora, pero ya con la certeza de que, en términos

culturales, las cosas se estaban haciendo bien.

ALIADOS Y CONDICIONES

La única ley que votó Néstor Kirchner como diputado fue la del Matrimonio Igualitario, el 15 de julio de 2010. Aunque los festejos después de la sanción de la ley —que convirtió a la Argentina en el primer país latinoamericano que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo— le dieron nuevo oxígeno al gobierno, Kirchner no llegó a ella sin un profundo malestar con algunos aliados e incluso con algunos propios. Hubo diputados del Frente para la Victoria que no lo acompañaron, y que en el recinto obedecieron a sus gobernadores, a su vez presionados por la curia.

—A Néstor eso le dolió mucho —dice el Cuervo—. Ahí se expresaba un obstáculo que él quería disipar a futuro. El problema era que muchos no estaban dispuestos a avanzar, a profundizar. Hubo que hacer acuerdos con algunos bloques de la oposición para sacar la ley. Néstor estuvo muy encima del voto a voto. Estaba indignado porque algunos gobernadores que habían visto a sus provincias crecer claramente bajo las políticas del gobierno nacional se dejaban apretar. Los resultados del proyecto eran visibles en la vida cotidiana, y eso era lo que había que defender. Y el que se deja en una, se deja en otra. En esos meses de 2010 se consolidó nuestra relación con él. Mientras veía la defección de algunos, se apoyaba en nosotros, otra vez.

La consigna “Unidos y Organizados” que la Presidenta lanzó en el acto de 2012 en Vélez —y a la que poco después le agregó “Solidarios”— ya daba vueltas en esos meses de hace dos años. Esa consigna tiene como trasfondo a La Cámpora como agrupación articuladora de los otros espacios preexistentes. Kirchner ya concebía a La Cámpora como la fuerza propia, después de haber cosechado decepciones y deslealtades por parte de aliados

temporarios que “no veían la película entera del proyecto”, dice el Cuervo. “Les costó asimilarlo”, agrega.

—Nos habló primero a nosotros y después también lo hizo con los dirigentes de otras organizaciones. Nosotros no veníamos trabajando para eso, sino para coexistir. Y cuando Néstor nos decía que teníamos que empezar a articular nosotros, nos mirábamos... Bueno, decíamos, capaz que él tiene razón. Capaz que él tiene más fe en nosotros que nosotros mismos. Porque era un salto político para todos. Era un nuevo encuadramiento general, que se anticipó desde la conducción. Néstor, Cristina y Máximo son el tipo de dirigentes que pueden anticipar este tipo de cosas, y que es, de nuevo, ver la película entera. En esa época él nos jodía, y nos decía que si no juntábamos diez mil pibes se iba a la JP Descamisados o al Evita. Del papel que él quería que jugara la juventud nos había hablado siempre. Decía: “Hay mucha simpatía de los pibes, pero hay que organizarla”. Nosotros íbamos los viernes a jugar al fútbol a Olivos y el tema era recurrente. “Hay que hacer un hecho político, hay que hacer un hecho político”, insistía, y lo que terminamos haciendo fue el Luna Park.

Empezaron a organizar ese acto que finalmente tuvo lugar el 14 de septiembre de 2010. Querían hacerlo el 16, que era el aniversario de la Noche de los Lápices, pero el Luna Park no estaba disponible: cantaba Ricardo Montaner. A Néstor la fecha le pareció bien. Para el 10 de diciembre estaba previsto otro acto en la Plaza de Mayo. Era el Día de la Democracia, y la idea era “ir a bancar a Cristina”.

En los dos meses previos al Luna, toda La Cámpora se dedicó a la organización. La convocatoria esta vez era exclusivamente a la juventud. “Néstor le habla a la Juventud, la juventud le habla a Néstor”, fue la consigna. No fue fácil imponerla ni explicarla.

—Hubo que sentarse con todos los espacios, hubo reticencia y hubo quilombo. Cada uno venía con su historia, con su hegemonía y sus planteos.

Ya les resultaba extraño que un acto de esa envergadura fuera para convocar solamente a los jóvenes de cada organización. No les parecía lógico, pero era la lógica de Néstor y Cristina. Hubo miles de reuniones. En un acto como ése, todos miden todo. Cuántas entradas, qué ubicación, qué palco, la lista de oradores. Nosotros ya podíamos llenar el Luna Park si movilizábamos a La Cámpora de todo el país, pero no era la idea. Aunque tuvimos que hacerla valer: si no entendían esa idea, lo hacíamos solos y listo. Discutimos mucho con la Juventud Sindical. Se había lanzado el 23 de agosto de ese año, Néstor estuvo y nosotros también. Fue en el Luna Park, mientras estábamos en la organización del otro acto. Estuvo lleno, pero era otro corte. Facundo Moyano había llevado a sus mil quinientos y el resto era moyanismo. Ese día de agosto me lo crucé a Piumato, que estaba exaltado y me dijo “viste lo que es esto”, y le dije “el nuestro va a tener más gente”. “Ni en pedo”, me dijo. Y la verdad es que después tuvimos razón.

El candidato que no estaba puesto

Mientras tanto, de cara al Luna Park, en los “miles de reuniones”, se especulaba sobre la concurrencia. Tiraban números de asistencia que ellos no sabían si obedecían a una expectativa real o eran inflados. Pero por las dudas decidieron poner pantallas gigantes en la calle y planificar un cordón de seguridad. El viernes anterior al Luna, el Cuervo fue con algunos de sus compañeros a Olivos. Kirchner llegaba de Corrientes, de presidir el Consejo del PJ. En un momento de esa noche, lo llamó aparte y le preguntó:

—¿Cómo viene lo del martes?

—Bien, bien —le contestó él.

—El martes ustedes entran en la historia —le dijo Kirchner.

—Bueno, Néstor, ojalá —al Cuervo le dio un poco de pudor y de temor al

mismo tiempo.

—Va a estallar, va a estallar —le aseguró Kirchner.

—Estamos trabajando a full —dejó sentado el Cuervo.

—Explota, explota —le dijo el jefe.

Esa tarde, cuando estaban hablando del acto de La Boca y del discurso tan fuerte de Néstor —había empezado diciendo "sí, apláudanme ahora porque después de que hable no sé si van a aplaudir"—, Kirchner le comentó:

—¿Sabés qué pasa? Yo no sé si voy a ser candidato en 2011, y a Cristina hay que convencerla porque no quiere. Yo no voy a ser el candidato de los negocios de la corporación política. Si soy el candidato de Cristina, es para seguir transformando la realidad. Pero si nos presentamos, no va a ser para garantizarles los negocios a estos tipos.

El Cuervo agrega: "Estaba recaliente con los intendentes". En esas semanas Kirchner dejaba que pintaran "Kirchner 2011" para proteger a Cristina de las especulaciones. "Aparezco yo como candidato y después decidimos. Mientras tanto, que me ataquen a mí", les decía. Se vivieron días de horas cargadas, de aceleramiento:

—Bajaba línea muy fuerte, ese día mucho más. Y al día siguiente lo internan. Vamos para Los Arcos. Fueron momentos de zozobra. Apenas recupera la conciencia, Néstor habla con Parrilli y viene Parrilli a decirnos que el acto del Luna se hacía igual. ¿Quién habla?, le pregunto. No sé, pero se hace, me contesta. Son cosas del destino, creo yo. Ése tenía que ser el acto de Cristina. Porque ahí en el Luna, cuando ella habla en su lugar y él la mira, ella aparece en su rol de conductora política. Néstor había hablado en Ferro, y Cristina habló en el Luna, ya con la juventud como su fuerza política. No sé de qué manera inconsciente, más allá de nuestro raciocinio, él generó esa escena en la que empezó una nueva etapa, con Cristina al frente de la juventud. Él siempre decía que Cristina iba a ser la mejor presidenta de la historia, mejor que él, mejor que todos. La conocía mejor que nadie. "Le pasa

el trapo a cualquiera", decía.

La viuda es ella

El último contacto que el Cuervo tuvo con Kirchner fue el 26 de octubre, a la noche. Estaban con Wado de Pedro, Mariano Recalde, Juan Cabandié y Juan Manuel Abal Medina en un plenario de universitarios. Estaban hablando entre ellos cuando Abal Medina miró su celular, que estaba sonando. "Uy, Néstor", dijo. Kirchner estaba en Santa Cruz.

—Atiende, habla, le cuenta dónde estábamos, porque él, sobre todo cuando estaba allá, era muy de cagarte a pedos, de decirte "dónde estás", y si le decías que estabas, no sé, en el cine o en tu casa, te decía "vos siempre boludeando". Juan Manuel le dijo "estoy acá en el plenario con los pibes de La Cámpora", y Néstor le contestó "Ah, muy bien, muy bien". Nada, eso fue todo. Y al día siguiente muy temprano me llama el Topo Devoto, que es un tipo de hacer chistes pesados. Era el día del censo, me había acostado tarde porque era el cumpleaños de mi hermana, me despierto y veo cinco llamadas perdidas del Topo. "Qué mierda pasa", pensé mientras lo llamaba. "Se murió Néstor", me dice. Yo le decía "Topo, no me jodas", porque no podía ser, pero tampoco podía ser que el Topo me hiciera una joda así. Y veo que entraba una llamada de un pibe de Crónica TV que había sido compañero mío del secundario. Recién cuando entró esa llamada, aunque el Topo lloraba y me repetía que Néstor se había muerto, caí. Y enseguida empezaron las llamadas entre todos, unas horas muy raras, nadie se lo terminaba de creer. La verdad, hasta las dos de la tarde, cuando nos reunimos en el local de la calle Piedras, todo parecía mentira, una pesadilla de la que nos queríamos despertar. En el local hubo mucho silencio. Mucho mirarnos a los ojos, abrazarnos en silencio. Ahí nos juntamos unos quinientos compañeros. Después nos fuimos

a la Plaza, colgamos las banderas del Néstornauta que hicimos para el Luna en la Pirámide de Mayo. Era dolor, era incertidumbre. No se sabía todavía dónde lo iban a velar. Empezaron a llegar otros compañeros. Me quedó grabado el Flaco Kunkel, que es un tipo muy duro, llorando como un chico. Empezó a llegar gente, mucha gente que venía sola, y aunque hubo un par de hijos de puta de la derecha que ya habían salido a decir cualquier cosa, los medios se vieron obligados, por la evidencia de los hechos, a mostrar el dolor popular. En el velorio estuve con Máximo y con Cristina. Ella, entera. Cuando llegaron entró directamente con el féretro, esos momentos fueron muy duros. Pero más tarde Máximo me dice "vamos ahí atrás un poco", y nos fuimos a una oficina de Casa de Gobierno, atrás del Salón de los Patriotas. Estábamos ahí cinco, seis pibes. Y de pronto entra Cristina, ella era la que nos venía a saludar, porque nosotros todavía no nos habíamos acercado, por respeto. Ella vino y me dijo "Hola, Cuervito". Viste, esa fuerza —se le quiebra la voz.

Al día siguiente ese núcleo duro de la Mesa Nacional de La Cámpora viajó a Río Gallegos, horas antes del vuelo presidencial, para recibirlo. El camino desde el aeropuerto hasta el cementerio "fue una batalla", recuerda sorpresivamente el Cuervo, porque no ha quedado ese registro de los hechos. Ellos iban caminando alrededor del auto que llevaba el féretro, como una escolta. Iban enlazados pero la gente era mucha y rompía el cordón, los insultaba, les gritaba que Néstor era de ellos. Hubo varios incidentes con golpes. La caravana de autos no podía avanzar, la gente bloqueaba el paso. La Presidenta se bajó varias veces para pedir que despejaran el camino.

Cuando llegaron al cementerio, ellos no entraron. Se quedaron afuera con los compañeros de La Cámpora del sur.

A los dos días, Cristina dio su primer mensaje, una cadena nacional que se cortó abruptamente por su llanto. Les agradeció a los jóvenes. "El mensaje era clarísimo", dice el Cuervo. "No era que 'sería bueno que la juventud',

sino ‘es imprescindible que la juventud’.” La línea de todos esos años, que se había intensificado mes a mes y acontecimiento tras acontecimiento desde 2009, con la defección de tantos, era reconfirmada por Cristina en el mismo sentido que les había dejado claro su marido.

—Tuvimos que madurar. Tuvimos que superar algunas boludeces entre nosotros porque superarlas era parte de lo que nos pedía Cristina, “redoblar el esfuerzo”. El esfuerzo también había que ponerlo ahí, en privilegiar el proyecto por sobre cualquier diferencia. Y pudimos hacerlo porque con la muerte de Néstor vimos que había una dimensión épica. Podría decir que hasta el conflicto con el campo esto tuvo la épica que le imprimió Néstor con su política de derechos humanos. En 2008 se sumó la épica de la militancia callejera. Y en 2010, con su muerte, el kirchnerismo completó una mística propia. Entramos a otra fase en la que se logró romper el bloqueo mediático, y el que dudaba, simpatizó, y el que simpatizaba, empezó a militar. Esa avalancha de jóvenes que se acercaron desde octubre de 2010 la pudimos atajar con La Cámpora ya organizada. Y de pronto la urgencia de Néstor, esa insistencia con los “diez mil pibes, tráiganme diez mil pibes”, adquirió otro sentido. Como si todo hubiera sido un preparativo. El acto del Luna Park nos había dejado con una maquinaria organizativa importante, y fue la que reactivamos al mes siguiente, cuando murió Néstor, para contener en todo el país a una enorme cantidad de jóvenes que estaban ansiosos, doloridos, que querían sumarse y a los que teníamos que recibir. La cuestión nunca fue recibirlos y darles la remera para que se la pongan. Si hubiésemos hecho eso, en una organización que se volvía masiva, hubiese sido muy difícil preservar la identidad propia que se venía cuidando tanto.

Sin él

A partir de entonces, cuando se quedaron solos, la Presidenta sin su marido, compañero y articulador, y La Cámpora sin jefe, comenzó otra etapa. Cuenta el Cuervo que la corporación política no dio respiro. Que hubo también dirigentes del Frente para la Victoria que no creían que Cristina Fernández pudiera llenar el espacio que había dejado vacío Néstor Kirchner. Que en los primeros meses hubo mucha especulación. Y que a partir de entonces los caminos se bifurcaron entre los que creyeron ya el 28 de octubre de 2010 que la consolidación del proyecto nacional y popular sólo era posible con Cristina como conductora y los que comenzaron a disfrazar sus especulaciones en la nostalgia, en la reivindicación aislada y equívoca de Néstor.

—En esa lógica, nosotros somos claramente cristinistas. Porque es lo que él dijo siempre, que ella iba a ser la mejor presidenta de la Argentina. Tuvimos una discusión sobre eso, y dijimos, con todo lo que lo quisimos y lo queremos a él, que no vamos a ser nosotros las viudas de Kirchner. La viuda es ella. Le hicimos algunos homenajes a él, pero no tantos, porque el homenaje y la tarea principal es respaldarla a ella. Desde el día siguiente de la muerte de Néstor, Cristina nos viene confirmando que no solamente es el gran cuadro político de este país, sino nuestra conductora política. Así se dio la relación. Porque hubo muchos actores nestoristas que jugaron a que en 2011 se terminaba este proyecto y volvía otro parecido pero atado a la corporación política. Y la gran movida de Cristina fue jugar tan fuerte. Ésa fue su decisión, y a nosotros nos iba sorprendiendo día a día. Ella apuesta a la juventud, a la militancia. Y esa jugada tiene una proyección muy fuerte, impensada, una proyección que nadie podía prever, y es que con ese gesto ella prepara su instrumento político para el presente, pero también para los que vienen, para el futuro. Proyecta el kirchnerismo hacia los próximos años. De diez que hubieses podido consultar en aquel momento, ocho estaban en contra de esa decisión. Y ella hace algo más: mantiene en secreto sus definiciones y pega sorpresivamente. Por supuesto que eso era secreto

también para nosotros. Tuvo un enorme coraje, porque podía salirle mal, podía licuar el poder, podía decepcionar a Néstor. Pero ella hizo las listas de las elecciones de 2011 de una manera que dejó a todos boquiabiertos. Hay una cosa importante que tienen que saber todos los compañeros que se acercan: nadie en La Cámpora, nunca, va a pedir un cargo. Acá no existe “yo quiero esto o lo otro”. Nosotros estamos a disposición de la conducción. Por eso decimos que somos soldados, es por eso. En ese sentido fuerte que tiene que ver con tu vida cotidiana como militante. Nadie pide nada. Así que si en las listas hubiéramos tenido el diez por ciento que ella quiso que tengamos, hubiese estado bien para nosotros. Hubiéramos confiado en su criterio, porque ella es la conducción. Fuimos los primeros sorprendidos. Uno tiene que trabajar, su trabajo queda a consideración del que monitorea todo el dispositivo, lo que uno ve y lo que uno no ve. Por eso se necesita conducción, porque nadie ve todo, salvo el que conduce. Y, de paso, te ahorrás miles de internas pelotudas, porque de otra manera se pierde el tiempo compitiendo. Y eso pudre las cosas.

En 2011, primero hubo un gran operativo para que fracasaran las elecciones primarias del 14 de agosto. Incluso dentro del Frente para la Victoria la especulación era que Cristina Fernández iba a sacar un 40 por ciento, sobre una asistencia del 50 por ciento. Fue la asistencia a las urnas lo primero que los miembros de La Cámpora quisieron saber. La especulación allí se moría: fue más del 80 por ciento, récord histórico desde 1983.

—Cristina sacó el 50, y ese día fue inolvidable, porque nos pudimos sacar de encima la mochila que cargábamos desde la muerte de Néstor: no defraudarlo. La carga había que llevarla, porque él se había sacrificado. Y en octubre fue el éxtasis.

VÉLEZ

Ya casi al final de esa entrevista, en la unidad básica Tierra Amarilla, de la villa 21-24, el Cuervo baja el tono cuando termina de repasar sucesos políticos argentinos tan recientes que, no obstante, son pilares de la historia de La Cámpora. A lo largo de las cinco entrevistas que tuvimos, varias veces ha repetido "no sé si esto se puede decir" cuando corría el velo que cubría una interna, un diálogo, un entretelón. Es obvio que, en rigor, como cualquier entrevistado, pero todavía más el secretario general de una agrupación que surgió hace seis años casi en secreto, y que no ha parado de crecer preservando ciertas zonas de hermetismo, el Cuervo sabe mucho más de lo que cuenta. Sin embargo, por primera vez, ha expuesto lo que este libro le planteó: la lógica política que en 2006 puso en contacto a decenas de agrupaciones atomizadas, la que los llevó a ir a buscar ellos a quienes creían que tenían que acompañarlos, la que los mantuvo al servicio de la conducción primero de Néstor, y ahora de Cristina Kirchner.

El 27 de abril de 2012, cuando se cumplían nueve años de la primera vuelta del 22 por ciento de los votos que convertiría a Néstor Kirchner en Presidente, Cristina Fernández fue explícita en Vélez. Allí comenzó este libro, allí termina. En un plano, con el foco muy cerca, en estas páginas se han contado los miles de hechos políticos que se entretejieron durante los últimos años y que convierten a La Cámpora en la agrupación que expresa el corazón del kirchnerismo. Pero alejándose un poco, en esa misma escena, también se ve que el "unidos, organizados" al que instó en Vélez la Presidenta, tiene un claro destinatario generacional que va más allá de La Cámpora, y que incluso traspasa al kirchnerismo. La Cámpora es en todo caso el síntoma más visible de que las generaciones más jóvenes de la Argentina han vuelto a poner la política en valor.

Como fuere, a dos años de Vélez, aquel "unidos, organizados" por el que abogó Cristina Kirchner ha traspasado el discurso y ya es un espacio político. El trabajo de construcción comenzó al día siguiente de aquel acto, pero

Unidos y Organizados tuvo su oportunidad de acción a partir del 2 y 3 de abril de 2013, en La Plata y sus alrededores —Tolosa, Villa Elvira, Los Hornos, entre otros barrios—, cuando asolaron las inundaciones más feroces de las que se tuviera memoria en la zona. El agua había dejado marcas en las paredes que en muchos casos llegaban casi hasta el techo. Hubo setenta y ocho muertos, según se informó oficialmente, y no sin polémica. El Estado, municipal y provincial, o estuvo ausente o era impotente para atajar una catástrofe de esa dimensión. En una de las bajadas de su recorrida en helicóptero por las zonas afectadas, la Presidenta le dijo a Larroque: "Ocupate vos, Cuervo".

Ahí probó su eficacia Unidos y Organizados, en un operativo monumental que llevó a cabo junto con el Ejército, uniendo logística y recursos, militantes y militares. Fueron casi dos meses de acción ininterrumpida. En el fin de semana de mayor emergencia llegaron a trabajar allí, desde todo el país, quince mil miembros de las distintas organizaciones que integran ese espacio, más otras que se sintieron convocadas. Llegaron, además, para pasar a la acción una consigna que el mismo día de las lluvias torrenciales, en el sur y en un acto recordatorio de los héroes de Malvinas, había lanzado la Presidenta. "La Patria es el Otro" fue la bandera conceptual de aquel enorme operativo solidario.

—Unidos y Organizados es el nombre de una realidad que ahora ya no es solamente un nombre —dice el Cuervo en la quinta y última entrevista, mantenida en enero de 2014—. Ahora es una fuerza política. Es un espacio. A mí me hace acordar mucho al surgimiento de La Cámpora, hay muchas similitudes, aunque el volumen es mucho mayor, por supuesto. Nosotros en su momento éramos grupos, ahora somos organizaciones. La coyuntura es otra y hoy el kirchnerismo tiene una épica mucho más consolidada que cuando nosotros armamos La Cámpora. Pero hay coincidencias, hasta en la manera en que nos tratan los grandes medios. Y quizás lo que se dio en La

Plata fue un punto de conexión entre todos y en el territorio, en la ejecución, que puso a prueba el desarrollo de lo que en 2012 fue un hecho político. Unidos y Organizados nace en el acto de Vélez, que muchos minimizaron. Porque creyeron que era solamente un acto. No. En principio, era la voluntad de construir algo con la masividad, con el orden, con la claridad de consignas que hubo en ese acto, donde el discurso de Cristina también generó una energía muy grande. Hoy no hay otra fuerza política capaz de generar un hecho político de esas características. Eso tuvo una continuidad. Hubo réplicas de ese acto en varios puntos del país. Vélez se fue reproduciendo. Se armó una mesa de trabajo. Y La Plata, con esa catástrofe, permitió tener continuidad de acción, que es el objetivo de Unidos y Organizados. ¿Por qué? Porque entre las organizaciones, que son plurales, hay una unidad de concepción, por supuesto, que es el kirchnerismo. Pero lo que queríamos era darle continuidad de acción en lo cotidiano. En La Plata se pusieron a prueba todas nuestras potencialidades.

De lo que habla el Cuervo es de los cincuenta días de trabajo ininterrumpido, con un promedio diario de dos mil a tres mil militantes en la calle, mezclados con las fuerzas de seguridad, compartiendo logística, cansancio y guisos. Recibiendo, clasificando y distribuyendo mercaderías y donaciones y mandándolas inmediatamente a barrios en los que todavía el agua no había empezado a bajar. Después, a las tareas de asistencia urgente les sumaron las de reconstrucción. Se limpiaron arroyos, se pusieron chapas en los techos, se levantaron paredes, se vacunó, se hicieron primeros auxilios, se tramitaron documentos que habían quedado bajo el agua.

—Nosotros cuando estábamos ahí teníamos como referencia el Operativo Dorrego, pero ya al decimoquinto día —se ríe—. Yo dormí doce días en la Facultad de Periodismo, con muchos otros compañeros. Ya después la facultad nos pidió que les devolviéramos las aulas, y seguimos teniendo mucho más tiempo las funciones operativas ahí, pero nos íbamos a dormir a

otro lado. En esa etapa alguno encontró la cobertura que había hecho *El Descamisado* del Operativo Dorrego. Y había durado dos o tres días. Ahí empezamos a darnos cuenta de que lo que estaba pasando era importante también desde otro punto de vista, el histórico. Nos pasó algo muy loco con Horacio Pietragalla. Su padre había sido uno de los líderes del Operativo Dorrego. Y uno de esos primeros días en los estábamos trabajando en la emergencia se cumplía una fecha importante en relación con la recuperación de la identidad de Horacio. Él había organizado una fiesta muy grande, que por supuesto suspendió. El día exacto de ese aniversario de la identidad de Horacio nos llega un pedido de la Presidenta, porque alguien se había comunicado en su Facebook y había avisado que había una situación crítica en Villa Elvira. Cristina me avisa: “Fíjense en tal barrio, en tal dirección, que hay una situación compleja”. El responsable de esa zona era Horacio, así que le pedimos que fuera. Ahí él organizó un gran trabajo, porque era necesaria la asistencia urgente. Un compañero lo filmó, y cuando vimos esas imágenes de Horacio subido a un techo hablándole a los gritos a unas trescientas personas, explicándoles que los recursos iban a llegar, pero que primero se iba a asistir a las embarazadas, después a los ancianos y discapacitados, en fin, dando premisas de organización que en esas situaciones críticas son necesarias, la verdad fue emocionante. Porque era el día de la recuperación de su identidad, y lo encontraba ahí, arriba del techo y en esa acción, tan parecida a la que había hecho su padre.

Las jornadas solidarias, como se ha dejado constancia en las primeras crónicas de este libro, antecedieron a las inundaciones de La Plata, y después no pararon nunca. Siguen hasta hoy, todos los fines de semana, en centenares de barrios de todo el país.

—Hoy el objetivo central es que a esas jornadas solidarias se sume gente que por ahí no milita orgánicamente en ninguna parte, pero que tiene la voluntad o un sábado libre y quiere ayudar a otro. Son abiertas a la

comunidad. Por supuesto que se busca resolver distintas problemáticas, y son los militantes los que tiene el impulso inicial. Pero la idea es que el trabajo se diagrame con los vecinos y con los que quieran acercarse a colaborar. No queremos llegar a los barrios y ser una especie de empresa de limpieza o de pintura. No es el espíritu. La intención es trabajar en un proceso de organización y concientización comunitaria. Es una tarea lenta, que corre de boca en boca: alguien que se acercó y le comenta al amigo o al hermano, que al fin de semana siguiente también se suma. Eso es lo que les comunicamos cara a cara a los vecinos. Porque si no, ¿quién lo va a comunicar? ¿TN? Tardará, bueno, habrá que seguir trabajando, pero creemos que la cosa pasa por ahí, por recomponer lazos sociales, por la comunidad organizada. Los medios muestran siempre la parte decadente de la juventud, pero no esta otra parte, la de la solidaridad, que es tanta.

El Cuervo, como otros dirigentes de La Cámpora y como sus militantes, toma la confianza depositada en ellos por la Presidenta como una responsabilidad a la que le tienen que hacer frente. En la quinta entrevista, como en las anteriores, Andrés Larroque tiene los ojos enrojecidos de cansancio. Come frutas a las cinco de la tarde de un día muy caluroso en el que no tuvo tiempo de almorzar. Se iba a tomar unos días de descanso a fin de año, pero los cortes de luz lo retuvieron en Buenos Aires. Vuelve a hablar de Cristina y de su relación con los jóvenes.

—Ella vio algo que quizá Néstor también hubiese visto, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que ella decidió jugarse así. La lógica de su segundo mandato fue que si vos sos un aliado de seis meses, dos años, un tramo del camino, bueno, ya lo compartimos, ya está. Este país es otro. Pero ella quiso jugar con los que iban a estar, no con los que estuvieron y que para seguir estando iban a empezar a condicionarla. Ella jugó hacia el futuro. Yo creo que el enorme paso de Néstor fue poner la política por sobre la economía, y el enorme paso de Cristina fue poner la militancia por sobre el actor

individual de la política.

15
Máximo Kirchner. Qué es la política

La primera batalla que ganó Néstor Kirchner, ha dicho Máximo en la primera entrevista, fue la que libró contra el escepticismo. Hoy se rompió el cerco del escepticismo. Ya no es un eje, aunque sea tan evidente el intento de reingreso de la antipolítica. Pero a la antipolítica y al antikircherismo se los cultiva con tanto fervor que el escenario es necesariamente otro. No hay indiferencia. Se dice que hay confrontación. Sería absurdo negarla. La hay. Se confrontan dos modelos de país. En el antiguo, en el de la indiferencia, cuando los jóvenes todavía no encontraban masivamente la oportunidad de la política como forma no sólo de entender la realidad sino de estar en ella, pasaban otras cosas y muchas de ellas eran trágicas. Por ejemplo, Cromañón.

—El escepticismo es la base de muchas cosas —dice Máximo, hablando de su generación, la que atraviesa esta historia, la de los de treinta y pico, precisamente los que tuvieron que sobreponerse al síntoma de su propia época—. Muchas veces, en esos años, uno se preguntaba dónde terminaba la rebeldía. Cromañón tuvo un fuerte impacto en ese planteo. No creer en nada, pero meterse en un lugar como ése, que existiera un lugar como ése. Yo hubiera podido estar perfectamente ahí. Fui muchas veces a recitales en esa clase de lugares. Néstor puteaba mucho contra el escepticismo. Decía que el escepticismo, si bien podía generar, a veces, alguna discusión superadora, impedía avanzar y construir.

El escepticismo fue también el principal obstáculo que salieron a enfrentar los primeros armadores de la estructura nacional de La Cámpora, allá por

2007, cuando recorrieron todo el país buscando JP silvestres o grupos de militantes con los que compartieran una sintonía. Y en lo primero que coincidían con los que iban sumando era en creer que se podía, que las cosas se podían cambiar si se articulaban y eran más. Ahora, seis años después, Máximo dice:

—En 2007 hicimos una elección muy buena, aunque creo que Cristina hubiese sacado más votos si no hubiese sido mujer, y además la esposa de Néstor. Pero ahí empezó otra historia. Ahí ya había un Néstor más suelto, ya liberado de la responsabilidad de gobernar, con más tiempo para hablar con los pibes. Ahí empezó a sentarse con ellos, ahí empezaron las charlas. Yo fui testigo de ese clima que se generó. Fue muy bueno tenerlo. Los chicos a veces se lamentan, dicen que no tuvieron tiempo de aprovecharlo. Yo creo que sí lo aprovecharon, que entre los compañeros y él se dio lo que se tenía que dar. Y lo que empezó con los pibes siguió por otro lado, porque ahora en perspectiva uno ve que lo que se abrió no fue solamente La Cámpora ni los espacios juveniles, sino muchos espacios de participación política, y eso toca a toda la sociedad. Eso cambia la escena. A Néstor lo han criticado mucho porque tenía su plata, tenía su patrimonio. Lo han criticado tipos que tienen lo mismo o mucho más que Néstor, y que nunca en su vida le dedicaron una hora de su tiempo a la militancia. Tipos que se habían ido a sus casas a hacer la suya. Néstor siempre dio sus peleas. Como intendente, como gobernador, como Presidente, y después. Fue siempre un militante, como Cristina.

Máximo dice que “uno”, y se refiere a él, podría haber hecho lo mismo que tantos hijos de dirigentes o de músicos o de personas conocidas: “Creerse que el apellido es una cuestión de nobleza. Lo que nosotros demostramos es que uno puede ser parte, pero para que uno sea parte tiene que haber otros también”. Así, su silencio mediático, tallado desde la infancia por una cuestión de discreción y concepción, se funde en la construcción política a la que se dedicó.

—Es fantástico que se haya generado esta situación en la que los jóvenes estamos defendiendo posiciones de gobierno, con la responsabilidad de gobierno; no es común, ni acá ni en ningún lado —dice—. Es una experiencia inesperada. La juventud siempre quiere cambiar algo. Y en la Argentina lo que encuentra es que las cosas pueden seguir cambiando no a través de un gobierno, sino de un proyecto colectivo. Si los jóvenes miran la política desde esa perspectiva, lo que encuentran en los otros partidos es que los quieren llevar al lugar del que venimos. Las juventudes de todos los partidos se van a terminar expresando, cada una a su manera. Los de treinta para arriba eso ya lo vivimos. Y los demás, qué ven. Los más pibes tienen las experiencias de sus padres. Muchos de ellos han crecido en familias con desocupación, y han mamado el alivio del puesto de trabajo. A uno le llama la atención, por ejemplo, que haya dirigentes jóvenes que crean que la política puede contaminar algo. Eso dijo Victoria Donda sobre el 8N. Es difícil de entender, viniendo de alguien que sufrió y debe seguir sufriendo una historia terrible. Por mí puede estar a favor del 8N, ése no es el tema. El tema es que desde la política se esté diciendo que la política contamina. ¿De qué política estamos hablando? La política en la que nosotros creemos no contamina nada. Somos una organización, nos mostramos como lo que somos, decimos lo que proponemos y lo que defendemos. No engañamos a nadie. Pero si vas a empezar a disimular lo que sos… Antes del 8N decían: "No digamos que estamos a favor de los milicos", "Evitemos las frases muy agresivas". ¿Qué es todo eso? En ese momento nosotros discutimos si salir o no, si confrontar o no. Nos parecía que había que hacerlo. Pero Cristina decidió que no.

Cuando se interna en los detalles de ese tipo de política en la que cree y que lleva adelante La Cámpora, Máximo vuelve a los ejemplos barriales, al trabajo de las unidades básicas y a las pintadas callejeras, que siempre le interesaron. Había una camino al aeropuerto de Gallegos, en 2001, de la que

se acuerda porque incluso volvió al lugar a releerla y “estudiarla”: se fijó en el aerosol blanco, en la caligrafía, en el trazo. Decía: “Primero se crece y después se paga”. Siguió leyendo paredes toda su vida. Las pegatinas de La Cámpora las hacen los militantes. Máximo dice que eso es bueno porque amplía la conciencia. Pero no habla solamente de conciencia, también habla de valor y de autoestima. Cuando hacemos la entrevista, La Cámpora de Río Gallegos está trabajando los dos centros de edificios más viejos de la ciudad, construidos antes de que Néstor Kirchner fuera gobernador. El proyecto se llama “Gallegos en colores”. No hay consorcio, no hay propiedad horizontal, no hay organización. “Empezamos a sacarles fotos a los edificios y a trabajarlas para mostrarles a los vecinos cómo quedarían bien pintados, bien cuidados. Hay que ir por donde a uno lo escuchen: si lo hacen, lo que tienen valdría más. Si en un barrio todas las cuadras tienen su tacho de basura, si hay mantenimiento y las casas están bien pintadas, eso vale más.”

También vuelve, Máximo, a las escenas de su primera adolescencia, cuando su padre era intendente o gobernador.

—En casa no pasó nunca que vino un día el tipo y nos dijo “Mirá, Antonia, me voy a dedicar a la política”. El militante tiene que saber que cuando se inserta en una organización, eso quita tiempo inevitablemente para tu familia, para tu vida privada. Yo lo viví como hijo. Y estuvo bueno. No éramos una familia siamesa, pero hay cosas que se valoran mucho más. Mirá, yo salía los sábados, y el domingo me costaba mucho despertarme. Pero si no me levantaba mi viejo me tiraba la puerta abajo. Yo me tomaba cuatro litros de agua y me sentaba a comer todos los domingos con la familia, como tantos otros. Esos lazos son importantísimos, pero para un militante cuesta el doble de esfuerzo sostenerlos.

Aquellos jóvenes que empezaban a nuclearse alrededor del kirchnerismo hicieron el primer salto hacia una organización con arraigo en 2008. Máximo afirma que los que todavía no se habían decidido vieron claramente ese año

que los que no se habían terminado de ir en 2001 querían volver. Empezaron a acercarse muchos chicos muy jóvenes, y militantes que se desprendían de los partidos de izquierda que habían apoyado al gobierno de Kirchner pero cuando el modelo comenzó a profundizarse se hicieron antikirchneristas.

—El discurso de la izquierda era el de siempre. "Se podría haber hecho de otra manera." Claro, de mil maneras distintas. Pero se hizo. Nosotros recibimos a muchos de esos pibes que no aguantaron tantos errores políticos. Esos dirigentes tienen una responsabilidad, porque producen frustración. En su momento, Libres del Sur, la Venceremos, eran orgas importantes. Ahora que sus dirigencias han virado yo me he encontrado con gente de Libres del Sur que me discutía la asignación universal, que me decía que frenaba la construcción política en los barrios. Pero lo que frena es el clientelismo. Los punteros ya no tienen qué ofrecer. Algunos de esos pibes se vinieron a La Cámpora, pero también se hubiesen podido ir a sus casas pensando que la política era una mierda. En 2008, los pibes se dieron cuenta de todo: una de las consignas, no sólo nuestra, ya era "Nos mean y *Clarín* dice que llueve". Estaba y está muy claro todo. Yo no sé si esos dirigentes terminan de darse cuenta de lo que están haciendo. Hay gente para la que el ego es demasiado importante, y este armado colectivo necesita que todo el mundo deje un poco su ego de lado. En su momento, nosotros quisimos abrir. Lo hizo Néstor primero, y lo hizo Cristina en la conferencia de prensa posterior a las elecciones de 2009. Dijo que se podía abrir un diálogo con sectores como el de Pino Solanas. No quisieron. Y mirá dónde terminaron. Esto requiere un proceso de madurez, y que ellos también critiquen desde un lugar de mayor madurez. Nosotros quisimos que surgiera una nueva organización que incluyera a todos, no solamente a algún tipo de nobleza, porque acá nadie está predestinado a nada. La discusión se da con todos. No es por generosidad, es porque sin esa discusión no se construye. Primero éramos miles de chapas y después llegó la amalgama, que fueron Néstor y Cristina.

Ya con la organización armada, dejamos que fuera. Probamos, fuimos para adelante, empezamos con la paginita, hubo ataques externos y muchas presiones internas. En aquel marco de demonización, parecía imposible seguir creciendo en tantos lugares, respondiendo directamente a Cristina. Una vez un intendente fue a ver a Néstor indignado porque habíamos pintado en su distrito. Me llamó delante del tipo: “Che, ¿ustedes estuvieron pintando en tal lado? ¿Sí? ¿Por qué?”. “Porque las obras de la Nación no tenían los carteles de quién las hace. Le pintamos ‘Esta obra la hace Cristina con los trabajadores’.” “Ajá. Bueno, que no pase más, ¿eh? Cualquier cosa me preguntan a mí.” Después que el tipo se fue, me volvió a llamar y me dijo: “Está bien, sigan así”.

El padre

El relato de Máximo va a toda velocidad. Viene recapitulando, recreando climas de los últimos años, que también pasaron a toda velocidad. “Y Néstor empieza a caminar, y Cristina le entra a dar, y dar, y vamos, y de pronto llegamos al Bicentenario y explotó eso que nosotros sabíamos que existía, pero necesitábamos que se expresara. Pero no tenemos tiempo, y llega octubre.”

El 27 de octubre de 2010 murió su padre. Y lo que ellos ya estaban construyendo desde hacía años se hizo voluminoso. No se generó de la nada, sino con lo que ya se había hecho en los seis años anteriores. Pero en la mirada pública, los jóvenes salieron de debajo de la alfombra.

—Entonces se multiplicaron, se mezclaron todos los relatos sobre La Cámpora. Si íbamos por los contratos, si éramos los hijos del poder. Aunque no lo admitan ni hoy, tuvieron que reconocer que había muchos pibes y ellos no los veían. Yo me acuerdo de una nota de Tenembaum que salió entre el

acto del Luna Park y la muerte de Néstor, que hablaba de “mística prefabricada”. Ésa es la visión de ellos. El simulacro. Ellos no creen y suponen que entonces nadie cree. Un mes después se muere Néstor y salieron a decir que lo armó Fuerza Bruta. No lo pueden explicar. Se van por la tangente. Estaba en el aire. Yo lo había olido en el Luna Park, ese magma. Sobre la salud de Néstor, yo percibía. Pero el tipo lo tenía decidido, iba a seguir. Eso lo hablé hace poco con la hija de Hugo Chávez. Ella estaba enojada por el desgaste que producía la campaña en la salud de Hugo. Pero qué podés hacer. Lo podés sentar, le podés decir lo que vos pensás, lo que vos preferís. Pero es su vida, son sus decisiones. Antes del acto del Luna Park, cuando recién salía de la internación, yo le decía “no vayas, no vayas”. “No —me decía—, quiere hablar tu vieja pero voy a hablar yo, porque los pibes me quieren escuchar.” Logramos que no hablara. Vos ves las imágenes y le ves la emoción en la cara, en los ojos. Trato de no ver el video, no lo resisto. Él vio la semilla. Y después la riega el 27. Y la nuestra es la responsabilidad del chico del violín, el de la película. El que dice “este violín me lo dio el presidente”. Esos pibes tienen la posibilidad de vivir de acuerdo a lo que creen, de animarse a creer, de animarse a desilusionarse. Porque esto es así. Te desilusionás muchas veces pero volvés a creer. Hay riesgos. Alguno hace algo que no tiene que hacer, otro te muestra un botón como si fuera una mercería, y pasa, yo estoy preparado. Los Alberto Fernández en política son una constante. No deja de doler, pero uno tiene que seguir. Cuando Néstor muere en Calafate, yo no lo quería traer. Yo quería que se quedara en Gallegos. No quería verlo rodeado de gran parte de la dirigencia política, los que lo habían difamado, le habían mentido, lo habían traicionado… Porque traicionarlo, y con De Narváez... Pero cuando vi la gente, dije “bueno, esto es otra cosa”.

Ahora La Cámpora forma parte de Unidos y Organizados, que “nos supera, es más grande que nosotros, pero para llegar a eso tuvimos que pasar por todo lo anterior”. En perspectiva, desde sus orígenes, La Cámpora lo que ha hecho es aglutinar. Primero, a los militantes de los 90 que no tenían pertenencia o que se resistían a una conducción. Después, a las nuevas generaciones, que ahora son las que la nutren mayoritariamente. Esos chicos y chicas, ejemplifica Máximo, “nacieron con Telefónica. De Entel ni se enteraron”. Sin embargo, esas generaciones ya llegan embanderadas con la idea de un país, y con la conciencia de que a ese país sólo se puede llegar a través de un salto colectivo.

En el armado grande, con las otras organizaciones, se trabaja intensamente. En muchos casos, para allanar suspicacias y desmontar prejuicios, como hicieron cuando empezaba el armado propio, cuando remaban en dulce de leche. Están acostumbrados, porque esos roces forman parte de la política. Pero también, dice él, es la parte que le resulta más “aburrida”. Máximo se ríe:

—El otro día me vienen a ver dos compañeros y me dicen: “Wado dijo que nosotros somos impresentables”. Les dije: “Imposible. Im... impres… Imposible. Wado te puede decir malo, feo, runfla, pero impresentable es muy largo”. Cuando se lo conté a Wado nos cagamos de risa. Acá no hay ningún misterio. Lo que hay que hacer es trabajar y dar frontalmente todas las discusiones necesarias. Está claro el valor de la unidad.

Los más chicos, mientras tanto, empiezan a trabajar en los barrios, que son el epicentro de todo. El trabajo territorial ahora lo hacen también los cuadros universitarios. La relación con los vecinos, dice, lleva tiempo y en algunos barrios hay que aceitarla a cada rato. Si pusieron un vidrio y al día siguiente está roto, “y bueno, muchachos, es así. Cámbienlo hasta que dejen de

romperlo”. Sobre ellos, sobre el semillero, sobre las mil flores, Máximo dice:

—Se forman para insistir. Hay que insistir. Si en las primeras adversidades empezás a dudar si se puede o no, no se puede. Si insistís, es como en el TEG: un país, después otro país, y vas juntando fichitas. Claro, después vienen los dados. Y hay cosas que se dan y otras que no. Nosotros tratamos de depender lo menos posible de la suerte, pero el factor está. Ojalá algún día, dentro de diez, veinte años, algún pibe o piba que está empezando ahora a militar con nosotros llegue a intendente, a gobernador. No seremos los mismos, claro, pero ojalá ese pibe mantenga esta idea de la política que hoy lo acerca a la militancia. Nosotros no bajamos a los barrios como una cuadrilla de limpieza ni a repartir nada. Cuando la gente se involucra y cuida las cosas, se quiere más, vive mejor, se puede organizar. No hay organización posible si no hay autoestima. No sabemos qué expresión electoral tendremos, pero estará bien lo que resulte. Nuestro trabajo es a largo plazo. Ojalá también que haya sectores que se decidan a abandonar la comodidad de la queja y se animen a la dificultad de la construcción. Nosotros abrimos. Hoy parece que el peronismo es lo que abarca todo, pero hay que ver qué piensan los pibes, si se sienten tan representados de esa manera como para decir que son peronistas y ya está. Lo que se escucha es Cristina. Los veo muy de ir con lo propio. Están muy decididos. Y eso es lo que no ve ni siquiera gente que nos ha venido acompañando. Ven a los pibes y se enervan. Han llegado a decir que traicionamos a Néstor, han llegado a decir que no tenemos el coraje de Montoneros… ¿Qué están diciendo? Nos dicen soberbios. ¿Por qué soberbios? ¿Uno defiende su posición y es un soberbio, y se tiene que bancar que vengan y te insulten y te digan que todo anda para la mierda, y de esa manera, callado, uno estaría demostrando que es democrático? ¿Y qué sería lo democrático? ¿Que el que sacó el 16 por ciento le diga lo que tiene que hacer al que sacó el 54? Que digan lo que quieran, nosotros seguimos. La Cámpora no es ni dogmática ni pragmática en exceso. Esa permeabilidad nos

permite seguir ampliando bases. Hay políticas fuertes, como la de derechos humanos, o el desendeudamiento, que son esenciales, constitutivas, como la conducción de Cristina. Sabemos que hay sectores con los que no es posible ningún acuerdo porque si no te cagan a la entrada te cagan a la salida. Después, hay mucho que es discutible, conversable. Pero que se pongan entre ellos mismos de acuerdo. Porque si un día la asignación universal se va por la canaleta del juego y de la droga, y al día siguiente otra persona de la misma foto es capaz de decirte que el problema es que hay que aumentar la asignación, no hay discusión posible. Lo que reclamamos es un poco de consistencia. Nosotros a los pibes no les vamos a decir que no se puede. Los pibes ya se despertaron. Esa porción de la Argentina, después de 2015, va a seguir exigiendo.

Modelos para un país

Como se ha relatado en el prólogo, la segunda entrevista con Máximo Kirchner tuvo lugar un año después de la primera, en su oficina de Río Gallegos, un local largo y estrecho, donde al final de un pasillo se encuentra su escritorio. Sobre él hay una foto enorme en la que el primer plano lo ocupa Néstor Kirchner que mira a cámara, y desde atrás se ve a Evita mirándolo. Es una imagen tomada en un acto. Cuando Máximo se sienta y le da la espalda a la foto veo el encadenamiento de miradas.

En el largo lapso entre una y otra conversación con Máximo no dejaron de suceder cosas que a su vez hacían necesaria una actualización de lo ya conversado. Una de ellas fue su paternidad. El 14 de julio de 2013 nació Néstor Iván Kirchner en el Sanatorio Otamendi de la Capital Federal. Mal que le pese, le guste o no, por el mismo “efecto traslativo” del que habló Máximo para referirse a su propia condición de hombre público, su bebé ya ha recibido un regalo papal a través de su abuela, la Presidenta. Quizá para no

abundar en eso que le viene dado solo, Máximo no quiere extenderse cuando habla de él. Con Rocío, su mujer, todavía no le han buscado ningún diminutivo, y no saben si lo harán. Lo llaman por sus dos nombres. Máximo sólo dice: "A veces llego pateando piedritas a casa, y cuando lo veo reírse me cambia el humor. Todavía no ocupo un gran papel, pero no por machismo, ¿eh? No sé, me da miedo no hacer las cosas bien. La gran responsable ahora es Rocío, y yo soy su soldadito", se ríe. "Me decían que un hijo te cambia la vida. Yo no creo que me haya cambiado la vida. Pero me la completa. Un hijo es más vida". Sobre haber hecho abuela a su madre, se limita a decir: "Está contenta con su nieto. Lo disfruta mucho".

De lo personal Máximo pasa rápidamente a la política. Cuenta que en los meses en los que acompañó en Buenos Aires a su esposa a hacerse los chequeos del embarazo miraba la construcción del Metrobús.

—Cuando estábamos en Buenos Aires con Rocío, por el tema del nene, yo miraba el Metrobús. Y pensaba "estéticamente va a quedar lindo". Uno no deja la rivalidad política en ningún momento —se ríe—. Y sí, iba a quedar lindo. Pero después, más allá de que no vivo ahí y no sé si funciona bien, lo que termina demostrando el Metrobús es que está transportando un modelo de país que los que hicieron el Metrobús no comparten. Esa fuerza de trabajo que hoy puede viajar quince minutos o media hora más rápido, con el modelo de país que propone el PRO no existiría, porque lo que ellos proponen incluye un 15 por ciento de desocupación. El Metrobús es útil en un modelo que mantenga un 5,6 por ciento de desocupación y vaya hacia el pleno empleo. En otro contexto de país había avenidas vacías, trenes vacíos, lo que vimos en 2001. Ese modelo incluía que cualquier manifestación grande de gente, además, como los recitales, terminaba en incidentes violentos. Eso lo sufrimos nosotros en 2003 y 2004 todavía, y hoy cuando uno ve que el Indio Solari puede juntar ciento cincuenta mil personas en una provincia argentina y que no pasa nada grave, eso marca los cambios. Hay una sociedad que se

resiste a la violencia que le quieren imprimir. Eso no quiere decir que no tenga demandas o que esas demandas no sean lógicas, y que muchas veces los tiempos de solución de esas demandas no se ajustan a los tiempos que reclama mucha gente.

Desde chico Máximo es un lector voraz, instado sobre todo por el consejo de su madre: hay que leer y mirar todo. De pronto busca un libro que dice que ya había leído hace años, pero que ahora está releyendo desde otra perspectiva. Es *En busca de la política*, del polaco Zygmunt Bauman, en cuya tapa se ven varios hombres levantando vuelo amarrados a sus paraguas negros. Le interesa especialmente un capítulo que habla sobre el miedo y "la inseguridad".

—Trato de comprender en qué nos equivocamos, pero también en cómo inducen a la sociedad al error, a actuar en contra de sus propios intereses. Sectores enteros son inducidos a votar contra sí mismos. Hay que estar atentos, porque después es tarde. Vos podés tener una propuesta de un modelo de país, pero si la Argentina no genera intendentes y gobernadores que administren seriamente los fondos de sus provincias, que además de lo que hace el Estado nacional ellos también redistribuyan sus presupuestos hacia adentro de sus distritos, no se puede. Vos podés tener la asignación, los subsidios, políticas sociales, diferentes cosas, pero hay mucha gente acostumbrada a tirar las culpas hacia arriba. Vos ves la ciudad de Buenos Aires, hay sectores que no pagan casi nada de luz. Acá en Gallegos nosotros pagamos la luz mensualmente y en un promedio de cien, doscientos pesos para arriba. Acá el boleto de colectivo cuesta cinco pesos. Con el gas pasa lo mismo. En el interior los servicios son mucho más caros que en la Capital. Muchos alimentos también son más caros. Ése no es un planteo que esté en la agenda de los medios. Esas diferencias, esas inequidades, pasan inadvertidas. Y eso naturalmente se vincula con la información. Si acá en la ruta hay un choque y mueren siete, nos enteramos después de saber que hay un corte en

la Ricchieri. Va a llevar mucho tiempo modificar esa agenda.

La fuerza propia de este proyecto

Es entonces cuando le recuerdo cómo cerraba la primera conversación que habíamos tenido un año antes. Le leo: “Ese sector de la Argentina, después de 2015, va a seguir exigiendo”. “Claro”, dice. Y empieza a retomar aquella idea, ahora que 2015 queda mucho más cerca.

—Más allá de las organizaciones juveniles, de todas las organizaciones, no sólo la nuestra, yo creo que toda la juventud entiende que la cosa va por otro lado, y el cambio se va a terminar dando. Esto tiene que cambiar, pero no es medible en períodos electorales. Diez años no es nada. Hace diez años llegamos y era desolación. Yo entiendo que muchas veces se diga de mí: “Él, porque está en otra situación”. Y es verdad. Pero en líneas generales la situación de toda la sociedad mejoró en estos diez años. Algunas de esas mejoras trajeron aparejados otro tipo de problemas, y no los vamos a negar. Las mejoras en el poder adquisitivo de la gente, por ejemplo, traen otros problemas que crea el ritmo de consumo de la sociedad. Las mejoras en términos laborales traen aparejados ahora otros problemas, los salariales. Yo creo que de todos modos esas reivindicaciones salariales no pueden ser las únicas de los gremios, porque por caso están las reivindicaciones por las condiciones de trabajo. Y también falta la conciencia de que cada gremio es parte de un todo. No es que no entienda la lógica corporativa, ¿eh? La entiendo, pero la última vez que la política se corporativizó fue en 2001, cuando toda la política se cubría a sí misma. Y estalló todo. La política dejó a la sociedad de lado y se quiso salvar sola. No pudo ser. La discusión que tenemos por delante es inmensa, por eso creo que hasta la Iglesia está cambiando, o queriendo cambiar. Los medios se centraron últimamente en el

ataque a la juventud en general, y a algunas organizaciones juveniles en particular. Dicen que todo se hace por contratos, por cargos. Ese cliché. Y mientras tanto no se ocuparon de los pibitos que son usados para vender drogas, para delinquir o asesinar. Se olvidaron de un montón de cosas. El eje de ataque de algunos medios fue la juventud que hace política. El problema en un momento se redujo a ver si pechera sí o pechera no, y no discutíamos en ese mismo momento que tres pibes del Frente Darío Santillán habían sido asesinados en Rosario. Y esto no es por hablar de la violencia de Rosario, no lo digo por ahí. Estamos dispuestos a discutir todo lo que sea, lo que haga falta. Pero que nos ataquen cerrilmente mientras obvian otras cosas muy graves que pasan alrededor del tema de los jóvenes, por acción u omisión... En este país hay muchos jóvenes trabajando seriamente por otra cosa. Jóvenes vinculados a la política en diferentes vertientes, a la Iglesia, incluso a algunas ONG —aunque el papa Francisco aclaró que la iglesia no es una ONG—. Hay que alentar esas acciones. Si uno pretende que la sociedad cambie desde el desánimo no cambia más. Por eso siembran desánimo. El mensaje que emiten esos medios es contradictorio, porque se reivindican algunos valores y al mismo tiempo se los bombardea.

Máximo se detiene a encontrar ejemplos sobre esos “valores” de los que habla. Empieza por las pantallas. Hay pantallas por todas partes. Dice que se crió en una casa con un solo televisor, como tantos otros argentinos. Ahora las nuevas tecnologías y el acceso al mercado de sectores que antes estaban excluidos las multiplican. Están los televisores, varios por cada hogar, los celulares, las netbooks que da el Estado.

—Eso lleva a un ensimismamiento, que tenemos que cuidar que no termine en un nuevo tipo de individualismo. Me encantaba una propaganda de la ANSES que decía “Apagá un rato la computadora y salí a la calle”. El Fútbol para Todos fue importante porque no sólo permitió a todos ver el partido gratuitamente, sino además verlo en familia o con amigos. Y eso es lo básico.

La familia, los amigos, los vecinos, los compañeros. Yo creo que tenemos que aprender a compartir más. Y compartir es compartir también los espacios públicos.

—¿Vos sos creyente? —le pregunto.

Él se ríe mientras busca la respuesta.

—Yo creo que sí, yo creo en la fe. Creo que la fe es un motor. Antes era muy crítico, muchas veces pensaba que rezar era como una actitud de dejar las cosas en manos de otro. Pero si eso, si la fe, a su vez trae aparejadas las ganas de activar, de decir bueno, aunque sea del árbol que está en la puerta de mi casa me voy a ocupar yo, mi casa la voy a pintar, esa mancha de humedad que tengo la voy a limpiar, entonces es distinto. Y la fe es un motor. El Papa se encontró con un lugar que necesita que lo sacudan un poco. Los que se fueron quedando en las iglesias no fueron precisamente los que practicaban el Evangelio. Con la Iglesia se quedaron los más privilegiados, y el Papa quiere cambiar eso, pero le va a ser difícil. Cuando les pide a los chicos que hagan lío, me parece que a nosotros nos resuena. Es como decirles "agiten", "muévanse". La juventud le va responder si ve gestos que vayan más allá de las palabras. Decir algo no es más que decirlo. Si nosotros hubiéramos dicho que el matrimonio igualitario era lindo o justo, pero nunca lo hubiéramos concretado, no pasa nada. Y para hacer esas cosas que requieren distintos equilibrios de poder hay que arremangarse, hay que trabajar, hay que saber que éste no es un camino sin contradicciones. Los armados lo suficientemente grandes como para modificar la realidad incluyen las contradicciones. Para lograr algunas cosas hay que hacer lo que hay que hacer. Si el Papa está dispuesto, las cosas pueden cambiar. De hecho, si surgen un montón de pibes que vienen de la Iglesia para ayudar a otros, es mejor. Es mejor que haya un montón de pibes en las iglesias, en las unidades básicas, en los comités, en todas partes. Haciendo algo. Y los fines de semana que salgan, y si se quieren quedar un rato en la esquina con la birrita también,

lo importante es que esa esquina no sea toda su vida.

Las elecciones de medio término y las de 2015

Entre los grandes acontecimientos que tuvieron lugar el año pasado y de los que era necesario hablar con Máximo, para saber cuál fue su propia lectura y la de su organización, estaban las elecciones de octubre pasado, en las que si bien el kirchnerismo no perdió el quórum legislativo, prefiguraron, como era previsible, un paisaje posible de cara a 2015.

—Lo que pasó estaba dentro de nuestras expectativas. Las elecciones de medio término… Las únicas que ganamos fueron las de 2005, cuando Cristina fue candidata por la provincia de Buenos Aires. Las otras las perdimos. Creo que el principal derrotado en las elecciones del año pasado fue el odio. Habría que ver la Capital Federal en ese sentido, ahí todo tiene otra composición, pero lo que pasa ahí no es lo único que pasa. En líneas generales en todo el país lo que fue furiosamente antikirchnerista, furioso y agresivo, no cuajó. Uno ve cómo termina De Narváez, que se paró ahí, en el "Ella o vos", que le había ganado a Néstor Kirchner, que tenía la fórmula de la Coca-Cola, y lo ves terminar boqueando con Plaini, con Moyano, y que fue del treinta y pico que creía que tenía al cinco por ciento. La política es muy dinámica. Lo que sí es claro es que hay proyectos que electoralmente se vienen sosteniendo. Esos proyectos pueden tener a veces más o menos votos, pero es eso lo que finalmente se plantea a través de las ofertas electorales, los proyectos. En octubre el derrotado fue el odio, salvo en el caso de Carrió, que representa a los sectores más recalcitrantes y conservadores de la ciudad de Buenos Aires, donde se concentra la mayor parte del odio y el poder mediático. Como perdió el odio, esos sectores hoy apoyan a Massa, que es confuso. La propuesta de Massa es ésa, la confusión, un tipo que estuvo

dentro del proyecto, que fue fronterizo, que en 2011 acompañó a Cristina muy contento, y es más, al que pese a conocerlo Cristina le abrió la puerta, porque a veces dicen que Cristina es autoritaria y todo eso, pero por el contrario: Cristina en ese sentido fue muy abierta. Ya se sabía la historia de Massa en la embajada de Estados Unidos, ya había pasado aquel "lo dije, no lo dije" que caracteriza a Massa. En cómo le fue en las elecciones pesó la asociación que hizo mucha gente entre su figura y las políticas de inclusión jubilatorias que llevó adelante este gobierno. Massa fue un administrador de los recursos que se obtuvieron gracias a consensos que costó mucho lograr, y no fue él el que los logró. Sin los más de dos millones de jubilados que ingresaron al sistema, sin la asignación universal, sin las políticas con las que mucha gente lo identificó, Massa no hubiera tenido esa base. Empezó su campaña diciendo que había que preservar lo que estaba bien y cambiar lo que estaba mal, de modo que los beneficiarios de la asignación, por ejemplo, no se sintieron amenazados. Aprovechó. Percibió que no había cabida para algo rabioso contra el gobierno. Los poderes de siempre buscaron que los representara alguien más tamizado que los candidatos puramente odiadores, y Massa se deja usar en ese sentido. Pero va a tener que cuidarse, porque cuando te usan esos sectores, si no respondés fielmente a lo que te piden, de la misma manera que te impulsan, te desechan. Massa hace ruido rápidamente primero, porque se rodea de economistas que sabemos lo que plantearon y plantearán, y aparte es obvio que muy pronto se le exige una postura de mayor enfrentamiento. De repente van todos con la Constitución en la mano —era muy gracioso ver a gente como Cariglino con la Constitución en la mano— porque querían firmar ante escribano que se iban a oponer a la reelección de Cristina. Era patético, porque ellos arrancan la campaña con un tema que no salió de nosotros, Cristina jamás planteó su reelección. Confunden las cosas. Cuando nosotros hablamos de llevar adelante un proyecto político en el tiempo, ellos permanentemente lo

confunden con los tiempos institucionales. No hablábamos de eso. Nunca hablamos de eso. Cristina conduce un proyecto político y ha generado prole, lo cual a esos poderes de siempre les crea un problema. O sea: que haya generado prole le da la posibilidad de una continuidad en el tiempo, y es eso lo que nunca había pasado y a lo que se oponen férreamente. Eso le da una identidad que va más allá de su persona como candidata. Matrimonio igualitario, recuperación de Aerolíneas, de YPF, son todas cuestiones que cruzan transversalmente a la sociedad. Esa identidad que logramos no a través de palabras sino de hechos y gestión es lo que atacan brutalmente cuando atacan a La Cámpora o a las otras organizaciones políticas que acompañan este proyecto. Ellos tienen la necesidad, para llevar adelante las políticas económicas que les interesan, de que este proyecto político termine mal. Si uno repasa la historia argentina, a esos intereses siempre la violencia les sirvió para confundir y terminar imponiéndose. La violencia es una herramienta útil para ellos. ¿A quién terminó beneficiando una y otra vez la violencia social o política? A los sectores más concentrados de la economía. Sin excepciones.

LOS CAMBIOS Y LAS REFORMAS QUE HAGAN FALTA

Máximo observa qué pasa en algunos países vecinos. En Chile, por ejemplo, donde Michelle Bachelet fue nuevamente electa después de los cuatro años frustrantes de la derecha de Piñera, o en Uruguay, donde Tabaré Vázquez vuelve a asomar como posible presidente.

—En Chile la Constitución dice que nadie puede tener más que un solo mandato, pero parece que la gente quiere otra cosa. La reforma constitucional es una discusión pendiente que habrá que dar, no ahora, porque van a decir que es oportunista. Pero eso no quiere decir que en algún momento no haya

que darla. Hay gobernadores que tienen reelección indefinida y pueden presentarse a cinco elecciones seguidas, y las pierden todas. El tema de la posibilidad de la reelección no pasa por una cuestión constitucional, sino por lo que la gente quiera. Si te vota o no te vota. ¿Qué era lo que decía *Clarín* en su momento? Pasan los gobiernos y *Clarín* queda. Claro. El sistema está organizado para que esos poderes, sea *Clarín* o cualquier otra corporación —porque a esta altura *Clarín* es un símbolo que lo excede—, puedan desarrollar sus intereses sabiendo que a lo sumo tienen que resistir uno o dos mandatos. Ellos quedan. Cuando Néstor habla de *Clarín* nunca habla sólo de *Clarín*, sino del ariete de los sectores concentrados. El ariete que con el tiempo, además de haber sido el vocero y gracias a eso, se transformó el socio de esos intereses. Primero fue vocero, pero después le dieron Papel Prensa, después vino el cable, con nuestros errores. Después el campo, pero de esos sectores ya tampoco eran voceros sino socios... Los gobiernos pasan y son ellos los que están agarrados del poder.

Mientras tanto, mientras las organizaciones kirchneristas siguen creciendo desde la base, en los barrios, y se incorporan a ellas jóvenes cada vez mucho más jóvenes que los dirigentes de la Mesa Nacional de La Cámpora, Máximo hace un paneo por el posible futuro mediato e inmediato.

—A los compañeros que tienen las mayores responsabilidades uno les tiene toda la fe del mundo, los conoce, a la mayoría los conoce bien. Pero yo tengo mucha esperanza en lo que viene detrás de eso. En los hijos de la democracia. Que conocen de estas peleas, que no se olvidan. Cuando en diciembre fue el concierto por los treinta años de democracia, y fue a tocar La Renga, cosa que yo no sabía, y ellos piden que se anuncie nada más que veinte minutos antes que iban a tocar, yo me quedé pensando mucho en ese gesto. Eso de ir a tocar pero no querer que se anuncie para que los escuchen los que fueron por las suyas, los que decidieron ir por el acto y la fecha, no por ellos. Yo pensaba: ¿por qué pidieron eso? Porque eso era un mensaje. ¿El

mensaje era para la sociedad? No, el mensaje era para su público. Por ahí me equivoco, pero creo que ese mensaje era decirles que ellos tendrían que haber estado ahí. Que no tendrían que haber ido porque tocaban ellos, sino porque se cumplían treinta años de democracia y el público de La Renga es hijo de la democracia. La banda tiene diferencias con el gobierno, pero así y todo me pareció que el mensaje era muy claro, más todavía con lo que estaba pasando esos días con las policías. Y ese tipo de mensajes son los que me hacen creer que es de ahí abajo, de esas bases, de donde van a salir los futuros dirigentes, y los futuros empresarios, y los futuros kiosqueros y contadores y todo lo que quieras. Que en todos los ámbitos de la sociedad tienen que entrar a jugar los que quieren otro modelo de país. Ahí es donde el país necesita una fuerza propia. Incluso más que un proyecto político, es un país el que necesita tener fuerza para cambiar. Y esto no es ni chauvinismo ni nacionalismo, sino tratar de entender al país. No significa no mirar hacia afuera, no tomar lo que a uno le pueda parecer bueno, todo lo que quieras. Pero si nosotros tenemos la suficiente inteligencia, estamos trabajando para que la Argentina tenga una fuerza propia que la cuide y que le permita desarrollarse, porque nos han dicho que tenemos los cuatro climas, y que somos un país rico, y que tenemos que quedarnos todos esperando. Y no hay que esperar. Hay que aprovecharlo. Y no hay que desanimarse. Porque hay cosas que saldrán mejor o peor, tanto en los ámbitos públicos como privados de la gente. Hay que construir. Yo espero que los partidos políticos les den más espacio a sus juventudes. Porque algunas experiencias les tienen que transferir, no los pueden dejar solos. Yo no sé qué piensan los jóvenes radicales de Ernesto Sanz, que es el jefe de su partido. A nosotros nos corrían por izquierda algunos sectores juveniles que terminaron con Gil Lavedra. Y no es contra Gil Lavedra que lo digo, pero por las críticas que nos hacés a nosotros no te podés ir con Gil Lavedra, te tenés que ir a otro lugar, pelearla de otra manera si de verdad te interesa más el país que tu propia banca. Ese tipo de

construcción, cualquier cosa por una banca, a sabiendas de que cuando llegues te vas a ir como ya te fuiste de otros bloques, ¿para qué sirve? ¿A quién le sirve salvo al que sale en los afiches? Se atomizan los bloques y aparecen como siempre nuevos bloques, "Soledad y revolución" podrían llamarse. ¿Y qué cambia? Uno siempre más puro que el otro, uno siempre más de izquierda que el otro. ¿Y?

LAS DIFICULTADES Y LOS DESAFÍOS DE LO COLECTIVO

Finalmente, en el último tramo de la conversación, Máximo volvió sobre algunas ideas que había tirado sobre la mesa en la primera entrevista. Se advierte que son sus puntos de partida. Uno de esos ejes tiene que ver con tomar la política como lo que es, un instrumento, el mejor o el único, al que sin embargo él insiste en que "no hay que santificar" para que las decepciones no deriven en frustración.

—Hay que acostumbrarse a que en lo colectivo hay decepciones, y hay que bancárselas —dice—. Si vos me preguntás si en este proyecto político me gustan todos, no, con algunos me llevo mejor y con otros peor. Pero nadie es el portero del proyecto. Acá no hay ningún patovica que se reserve el derecho de admisión. Es la propia gente la que elige a sus dirigentes. La gente tiene que estar atenta. A lo que hay que estar atento, cuando se es un ciudadano cualquiera, es a por qué se está discutiendo lo que se discute. Que es lo que quiere cada uno y qué representa cada uno. Y eso lo condensa la sociedad. Yo prefiero una sociedad participativa. Con todos los defectos, porque te lo dije la otra vez que hablamos: no hay que santificar la política, tampoco. Es un instrumento que puede permitir muy buenas experiencias si la sociedad se involucra. Pero para eso tenemos que dejar de mirarnos un poquito el ombligo. Hay que salir y ver, salir y hablar, bancarte la decepción si llega, y

volver a insistir. ¿De cuántas cosas nos decepcionamos y volvemos a insistir? No conozco muchos casos de gente que se haya casado con el primer novio. Tenés que insistir, si te gusta lo tenés que hacer. Y después, bueno, habrá gente a la que la política no le gusta, pero ojo, si no la hacés vos la hacen otros, y después no vengas con beneficio de inventario a señalar con el dedo. Participá y organizate, desde cualquier lugar, pero no con esa actitud de dádiva de dar lo que te sobra. A ninguno de nosotros nos sobra el tiempo. Y a veces lo que hay que dar es tiempo.

En la primera charla habíamos hablado de la decisión y de la vocación de su padre, que no pudo parar el motor encendido de la política. Esta vez le pregunto cómo afrontó la operación en el cráneo a la que fue sometida su madre a principios de octubre pasado, después de una caída doméstica en Olivos.

—Uno la ve que atraviesa situaciones y después sale con fuerza, pero claro, está presente lo que pasó con Néstor. Cuando apenas asumió el segundo mandato hubo que atravesar el tema de la tiroides. Y después esta otra operación. Uno no es insensible ni a lo que tiene que pasar ella ni a la virulencia con la que la atacan. Uno quisiera, uno está tentado muchas veces de salir a decir o a hacer cosas para defenderla, pero las responsabilidades son las responsabilidades, y además la que manda en cualquier situación, incluso en ésta, es ella. Pero creo que la sociedad también tiene un techo para eso. Incluso los que no están de acuerdo, incluso los que la critican: hay un límite. Y saben, perciben que Cristina es el último dique de contención que hay hoy en la política argentina contra los intereses que hicieron de la Argentina un país invivible y que tuvo su corolario final en 2001. Creo que hoy no hay ningún otro dirigente político que exprese esa contención, porque para ganar espacio han transado con esos intereses. La sociedad puede estar más o menos enojada con nosotros, pero percibe a los otros candidatos, al menos hoy, como meros alfiles de esos poderes. Y eso nunca mejorará la vida del

pueblo. Hoy Cristina gobierna como siempre, cumple con algunos actos, aparece cada tanto, toma todas las decisiones, pero que ella constantemente tuviera que salir a dar la cara y a explicar todo, no sólo lo que pasa sino lo que no pasa y los medios dicen que pasa…

¿Y cómo visualiza o avizora Máximo Kirchner el vínculo con sectores opositores? O todavía más: ¿cómo concibe el rol de un opositor?

—Yo no voy a hacer lo que nos hacen a nosotros. Y quizá en algún punto eso sea un problema para nosotros en el futuro. Pero creemos firmemente que uno tiene que construir siempre, desde el oficialismo y desde la oposición. Uno ve Santa Fe, que tiene problemas estructurales; algunos de esos problemas son los del país, no son exclusivos de Santa Fe. Pero el uso político que les da el socialismo a esos problemas estructurales es sanguinario. Nosotros no queremos ser como ellos. De ninguna manera queremos falsear la lectura de la realidad para perjudicar a un adversario. Cristina se ha portado muy bien con el gobernador Bonfatti. Ha ido cuando explotó el edificio en Rosario. Le ha mandado la Gendarmería cuando fue necesario. Le ha dado la zona franca de Villa Constitución. Y no fue correspondida en esa actitud de altura. Quieren que fracase y eso marca su propia mediocridad. Necesitan hacer que más allá de los problemas genuinos que tenemos, que no los negamos, como no negamos las contradicciones, necesitan desesperadamente su fracaso, convirtiendo ese fracaso en el de todos. Y de esa manera nunca van a nacer opciones superadoras. Esto es lo preocupante de este país, hoy. Que quieren que Cristina termine mal, y no tienen nada mejor para ofrecer. Nosotros creemos que si perdemos porque aparece algo que nos supera y nos mejora en términos de un proyecto que incluya y que beneficie a la enorme mayoría de los argentinos, bancamos, está bien. Pero no es eso lo que pasa. Acá en Santa Cruz nada es superador. Un sistema de salud pública por el suelo, la construcción de viviendas casi no existe, no hay caminos, los municipios están abandonados. Uno esperaría que

los más críticos estuviesen en la primera línea de fuego, aportando, trabajando, proponiendo, y en todo caso quejándose porque sus propuestas no se escuchan. Pero no. Nada por aquí ni por allá. Lo que hay es gente enojada con la vida, y no es un buen ejemplo. Yo hablo con todos, con radicales, con gente de izquierda, nos chicaneamos, discutimos, y un día hay un problema en un municipio, por ejemplo, y les proponés "bueno, hagámoslo juntos, vamos, dale, yo pongo veinte compañeros, vos poné otros veinte o diez o cinco, y vamos a laburar ahí con la gente", incluso muchas veces tomando propuestas que parece que traen, y nada. No aparecen. No tienen nada construido y no entienden la política como esta forma de poner el cuerpo en lo cotidiano. Se enfermó el nene, mi mujer tiene fiebre, se me hizo tarde, y bueno, yo cuando era chico me enfermaba pero ni Néstor ni Cristina abandonaron nunca sus responsabilidades porque yo tenía fiebre. Acá hay que trabajar y trabajar con todos los que sea posible. Lo que más bronca me dio el año pasado es que nosotros, en la tragedia de La Plata, en las inundaciones, nos pusimos a trabajar sin pausa, sin dormir, sin respiro, y en el medio de tantas necesidades nos encontramos con que el gran tema, el gran debate, fue pechera sí o pechera no, en esa discusión entre el compañero Andrés Larroque y el periodista Juan Miceli. Cuando ellos en el prende y apaga van a pintar una escuela, están a full con el logo de TN en la pantalla. Yo me podría enojar, pero ojalá pintaran escuelas todos los días con el logo de TN. Qué me importa el logo de TN si lo usan para mejorarles la situación a algunos argentinos. No me importa quién lo hace. Nosotros ya pintamos mil escuelas, y cuando digo "nosotros" hablo de algo muy grande que por supuesto fue mucho más allá de La Cámpora. Vamos a seguir pintando escuelas, vamos a tratar de incorporar a los alumnos en esa tarea, y a los docentes también, porque todos tenemos que involucrarnos. La participación ciudadana tiene que ir a la par del Estado. Pero activemos todos. Quejate, pero subí y bajá la brocha. En La Plata quizá en algún punto fallamos, pero se

redujo al mínimo el margen de error porque en la enorme mayoría de los casos la ayuda llegó a los lugares donde se necesitaba. Y eso se pudo hacer con organización. Y la pechera sirve en la organización. ¿Qué vas a tener, al bañero camuflado en la playa para que nadie se entere de quién es el bañero? ¿Si hay un interés político? Claro que lo hay. Pero es honesto, es trabajando, es ayudando y es poniéndose al servicio del otro. Es una manera de hacer política, porque reivindicamos la política. Yo me alegraría si pasa un desastre en mi barrio y aparecen pecheras radicales o troscas o lo que fuera, incluso Melconian con veinte pibes de amarillo, dispuestos a dar una mano. Creemos en eso cuando lo hacemos nosotros y cuando lo hacen los demás también. Que convenzan trabajando, no desde la tele. Que convenzan en el territorio, con capacidad de gestión. Porque para poner en marcha un operativo de organización tan grande como el que hubo en La Plata tiene que haber capacidad de gestión. Nos pasó que en algunos barrios de la Capital el PRO nos dio a nosotros —a Unidos y Organizados y a expresiones políticas más a la izquierda o más a la derecha, eso no importa— la tarea de la distribución, porque no tenían una herramienta organizativa que estuviera a la altura de esa necesidad. No tenían ni idea. Si no avanzamos así, ¿qué nos queda? ¿Volver a venderse por televisión? Esa diferencia se va ensanchar. Y ojo, porque muchos de los políticos que hoy critican desde la televisión no te pisan un solo barrio, y si están hoy en la televisión es porque hubo diez años en los que pudieron volver a salir a flote después de que en 2001 todos fueron arrasados. Si hoy reaparecen personajes que se dedicaron a ajustar y durante un largo tiempo tuvieron que mantenerse en la sombra es porque hubo un tipo que entre 2003 y 2007 se dedicó a laburarse todo, y porque Cristina desde 2007 se entregó en cuerpo y alma a cumplir con sus responsabilidades para construir un país más justo que el que teníamos el 25 de mayo de 2003, cuando nadie daba nada ni por Néstor ni por el país.

FOTOGRAFÍAS: ARCHIVO LA CÁMPORA



Máximo en el acto de Unidos y Organizados en Vélez, 2012. (Foto: Télam)

FOTOGRAFÍAS: ARCHIVO LA CÁMPORA



Máximo en Huracán con militantes, 2011.



El Cuervo habla en Huracán. Primer acto público sin Néstor, marzo de 2011. (Foto: Miguel Martelotti)



Andrés Larroque en Parque Lezama, septiembre de 2011.



Carpas de la militancia en la Plaza de los Dos Congresos, junio de 2008.





Militantes en los inicios de La Cámpora, 2006.



Caravana de la alegría, Buenos Aires, 2007.



Columna Juventud Peronista, 2007.



Acto en San Telmo, 2007. Mauricio Gómez Bull, Juan Manuel Silva, Martín Medvedovsky y Rocío García.



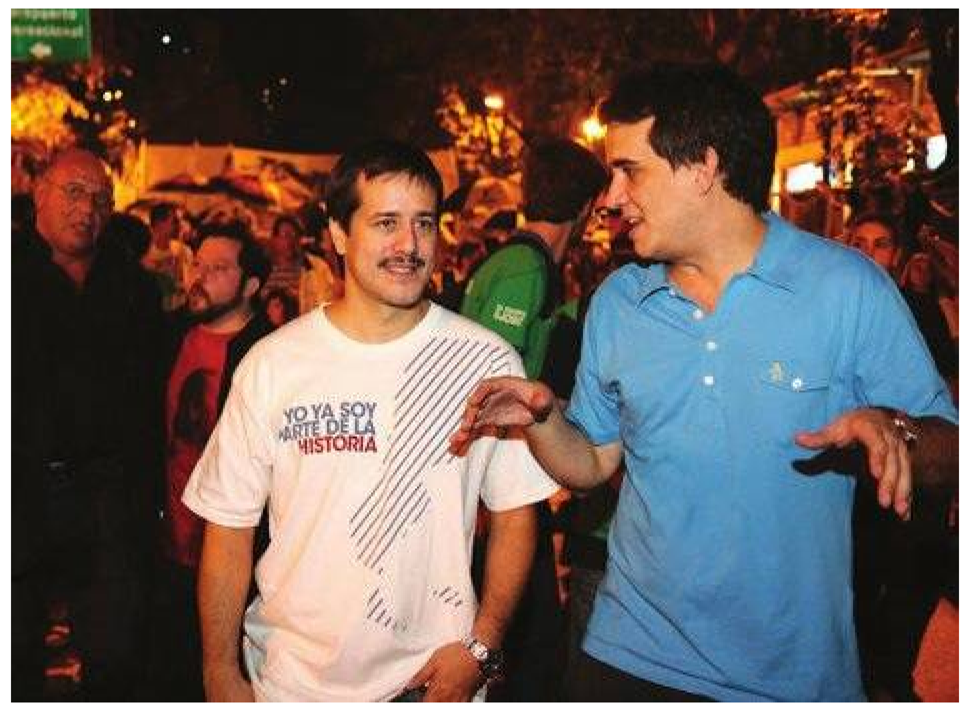
Mariano Recalde en el acto de Unidos y Organizados, abril de 2012.



Mariano y el Cuervo recorriendo los barrios.



Recalde, Larroque y Cabandié junto a Laura Alonso, Anabela Lucardi y Paula Penaca.



Mariano Recalde y Santiago “Patucho” Álvarez.



Comienza el mito… nace el Nestornauta.



Bandera La Cámpora Universidad.



Militantes de organización.



La Juventud esperaba a Néstor en el Luna Park y no les falló.



Néstor y Cristina con la Juventud en el Luna Park, septiembre de

2010.





Gustavo “Misio” Cáceres y Jorge “Loco” Romero, Río Gallegos, octubre de 2010.



Marcha en el último acto de Néstor en Río Gallegos, 8 de octubre de 2010.



Último acto de Kirchner en Río Gallegos. Estuvo con los jóvenes en un asado en el autódromo, 8 de octubre de 2010.



Miguel Funes, marcha y festival por los derechos humanos, 2010.



Nestornautas en el juicio a los genocidas, diciembre de 2010.



Iván Heyn, el economista callejero.



Iván y Máximo en Huracán, marzo de 2011.



Juan Cabandié. Emoción en la ESMA, marzo de 2004. (Foto: Damián Neustadt)



Juan Cabandié en Barracas, 2011.



Juan y el Cuervo, 24 de marzo de 2012.



Franco Vitali, cierre de año en Vicente López, diciembre de 2010.



Acompañando a Cristina en la inauguración del Estadio Único de La Plata, febrero de 2011.

FOTOGRAFÍAS: ARCHIVO LA CÁMPORA



Día del Militante en el microestadio de Ferro, noviembre de 2011.



FOTOGRAFÍAS: ARCHIVO LA CÁMPORA



Marcha de las antorchas durante el homenaje a Evita, julio de 2011.



Se despliega la bandera de Néstor Kirchner en el Congreso, mayo de 2012.



Encuentro Político de Cooperación en el Cono Sur. Cristina con Mariana Gras, Mayra Mendoza y Virginia García; Pilar, 2008.



Mayra Mendoza en Parque Lezama, 2011.



Mural “El primero de lo nuevo”, Buenos Aires, octubre de 2011.



Mural "Insportablemente vivo", Santa Cruz, noviembre de 2012.



Mural "¡Tenemos Patria, las Malvinas son Argentinas!", Córdoba, 2 de abril de 2012.



Mural en homenaje a Hugo Chávez, Buenos Aires, marzo de 2013.



Todos a Vélez, abril de 2012.



Se cristaliza Unidos y Organizados en Vélez.



La Cámpora en el acto de Unidos y Organizados, abril de 2012.



Jornada solidaria por las inundaciones en Villa Elvira, La Plata, abril de 2013.





Jornadas solidarias: en La Plata, abril de 2013 y en Catamarca, febrero de 2014.





Horacio Pietragalla en la jornada solidaria de Villa Elvira, La Plata, abril de 2013.



Wado de Pedro y Horacio Pietragalla en Plaza de Mayo, 24 de marzo de 2012.



Wado junto a H.I.J.O.S. (Foto: Gentileza Wado de Pedro)



A Wado otra vez el Estado le da la espalda. La Policía se lo lleva en las trágicas jornadas de diciembre de 2001. (Foto: Damián Neustadt)



El Cuervo Larroque, José Ottavis, Juan Manuel Pignocco, Federico Ludeña, el Loco Romero y el Misio Cáceres. Acto en San Telmo, 2007.



El dirigente José Ottavis en una de las clásicas marchas de La Cámpora en sus inicios, 2008.



José Ottavis habla con los militantes en Plenario, 2010.



Militantes preparando una pegatina de afiches.



Estudiantes secundarios marchan a Plaza de Mayo, 24 de marzo de 2012.



Jóvenes Incautos, la estética de La Cámpora en la estampa de sus remeras.



Todos a Plaza de Mayo por la “Dékada ganada”, 25 de mayo de 2013.





Siempre presentes, en este caso acompañando a Cristina durante un acto en diciembre de 2012.

Russo, Sandra
Fuerza propia. - 1a ed. - Buenos
Aires : Debate, 2014
(Debate)
EBook.

ISBN 978-987-1786-92-3

1. Investigación Periodística. I.
Título
CDD 070.4

Edición en formato digital: marzo de 2014

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

ISBN 978-987-1786-92-3

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar